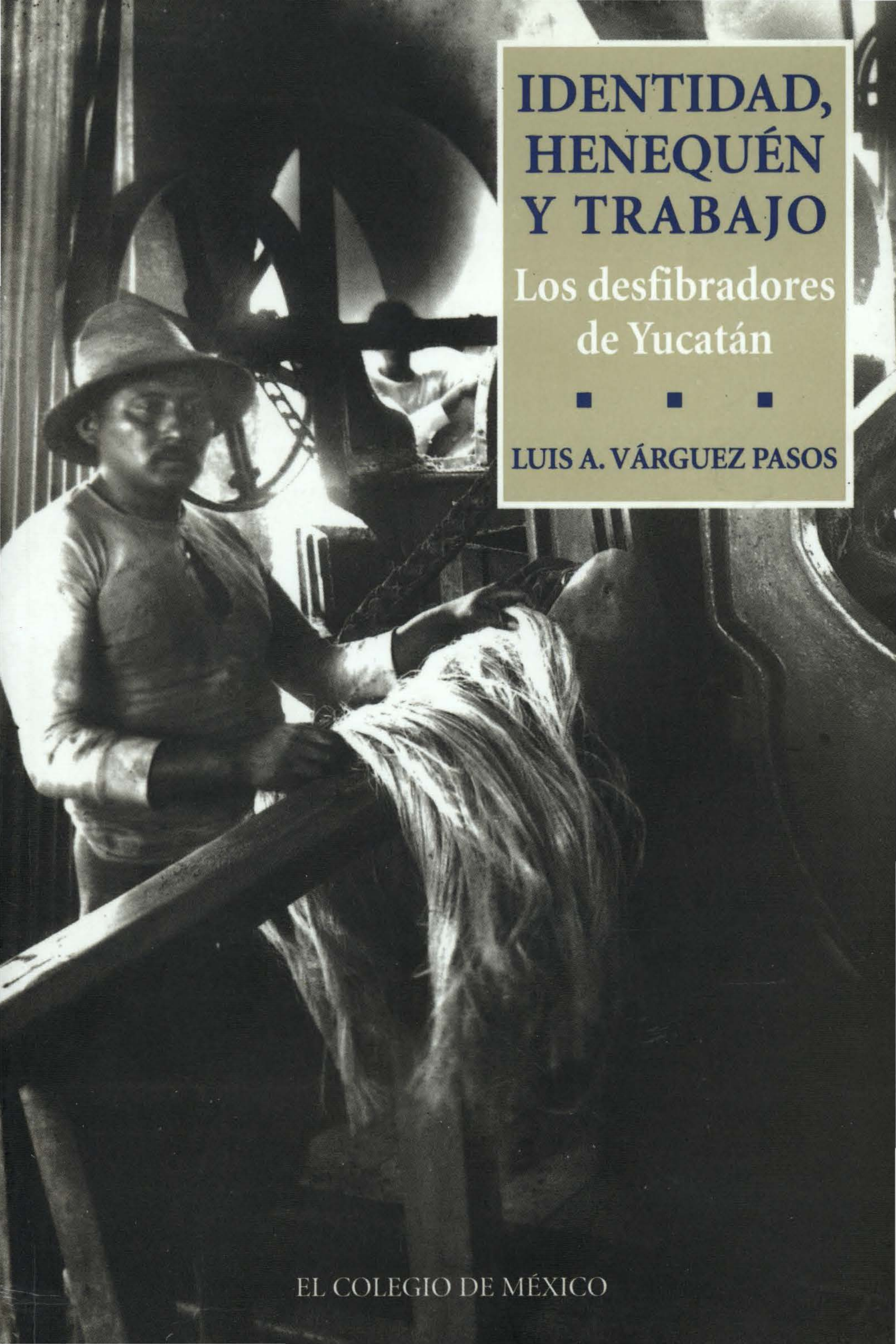


IDENTIDAD, HENEQUÉN Y TRABAJO

Los desfibradores de Yucatán

LUIS A. VÁRGUEZ PASOS

EL COLEGIO DE MÉXICO

IDENTIDAD, HENEQUÉN Y TRABAJO
Los desfibradores de Yucatán


CENTRO DE ESTUDIOS SOCIOLÓGICOS

IDENTIDAD, HENEQUÉN Y TRABAJO
Los desfibradores de Yucatán

Luis A. Várguez Pasos



EL COLEGIO DE MÉXICO

301.1151
V2976i

Várguez Pasos, Luis A.

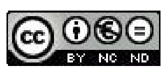
Identidad, henequén y trabajo: los desfibradores de Yucatán/ Luis A. Várguez Pasos.-México: El Colegio de México, Centro de Estudios Sociológicos, 1999.

314 p. ; 22 cm.

ISBN 968-12-0857-9

1. Psicología social-Estudio con casos 2. Trabajadores agrícolas-Identidad de grupo-Yucatán. 3. Henequén-Yucatán.

Open access edition funded by the National Endowment for the Humanities/Andrew W. Mellon Foundation Humanities Open Book Program.

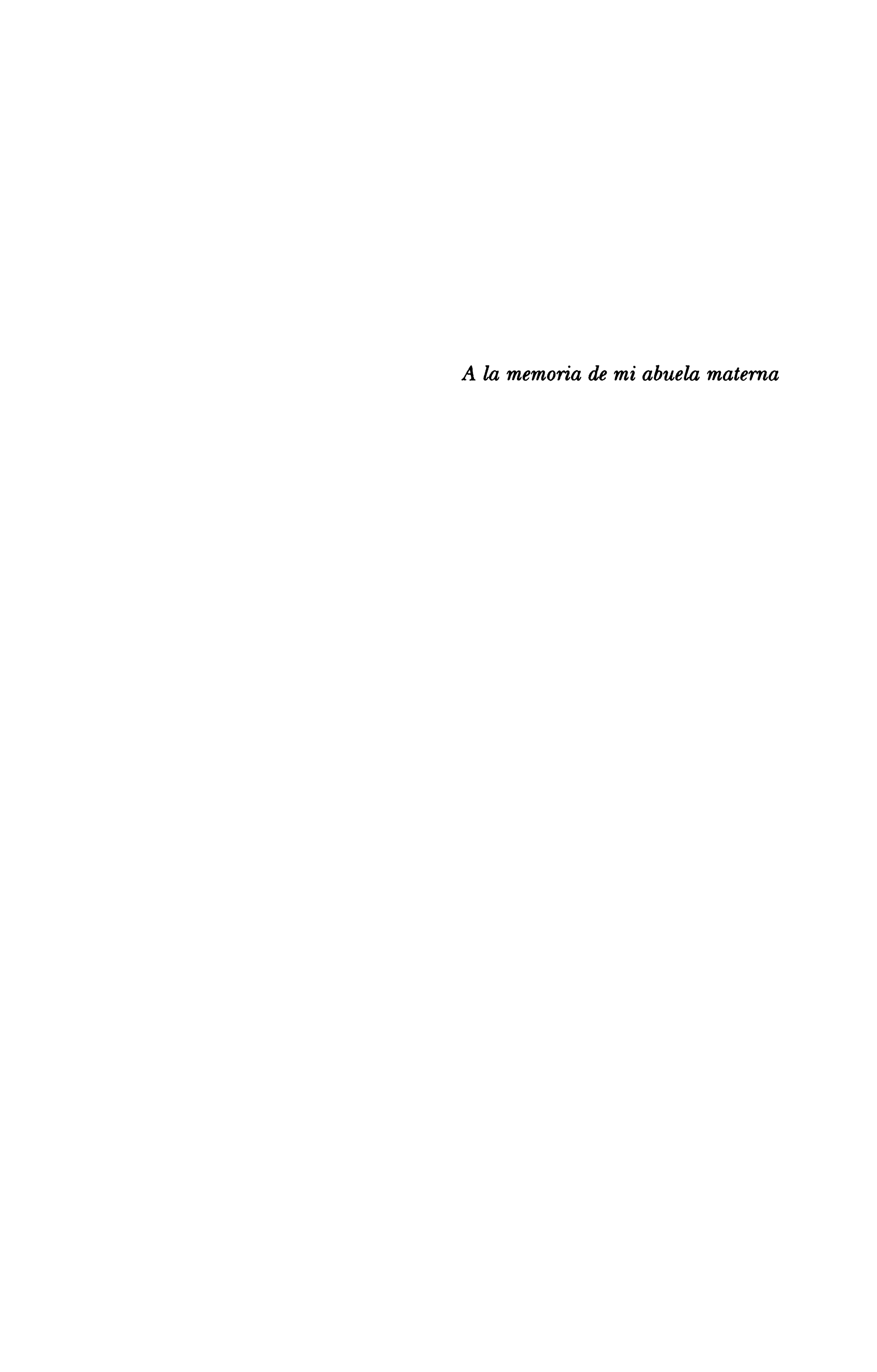


Portada de María Luisa Martínez Passarge

Primera edición, 1999

ISBN 968-12-0857-9

Impreso en México/*Printed in México*



A la memoria de mi abuela materna

ÍNDICE GENERAL

IDENTIDAD, HENEQUÉN Y TRABAJO
Los desfibradores de Yucatán

ÍNDICE DE MAPAS

SIGLAS

ALAS	Asociación Latinoamericana de Sociología
CEHSMO	Centro de Estudios Históricos sobre el Movimiento Obrero
CIESAS	Centro de Investigación y Estudios Superiores en Antropología Social
CIIH	Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades (UNAM)
CNC	Confederación Nacional Campesina
CRIM	Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias (UNAM)
CROC	Confederación Revolucionaria de Obreros y Campesinos
CTM	Confederación de Trabajadores de México
FSIY	Frente Sindical Independiente de Yucatán
FTY	Federación de Trabajadores de Yucatán
IIA	Instituto de Investigaciones Antropológicas (UNAM)
IIS	Instituto de Investigaciones Sociológicas (UNAM)
IFAL	Instituto Francés de América Latina
IMSS	Instituto Mexicano del Seguro Social
INAH	Instituto Nacional de Antropología e Historia
PAN	Partido Acción Nacional
PISPAL	Programa de Investigaciones Sociales sobre Población en América Latina
PRI	Partido Revolucionario Institucional
SEP	Secretaria de Educación Pública
SRA	Secretaría de la Reforma Agraria
UNAM	Universidad Nacional Autónoma de México
UNTA	Unión Nacional de Trabajadores Agrícolas

AGRADECIMIENTOS

Este libro es el resultado de un largo proceso en el que intervinieron instituciones, profesores, condiscípulos, amigos y familiares. Sin ellos, su aparición habría sido imposible. Lamentablemente es difícil recordar a todos y cada uno, por lo que de antemano les ofrezco una disculpa.

Originalmente fue escrito como tesis para optar al grado de doctor en Ciencia Social con especialidad en Sociología, luego de haber realizado los estudios correspondientes en el Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México.

Mis primeras muchas gracias son para mi familia nuclear. Durante el tiempo que duraron mis estudios, la investigación y la redacción de este documento, mi esposa, Nancy Villanueva, me alentó, sugirió bibliografía y ayudó a resolver los problemas ocasionados por mi torpeza en el manejo de la computadora. Eugenia y Sofía, nuestras hijas, no solamente me dejaron trabajar, sino que también alegraron lo que parecía estéril y aburrido.

Gracias también debo decir a las autoridades de la Universidad Autónoma de Yucatán. Quienes ocupan y ocuparon su rectoría, la dirección de su Centro de Investigaciones Regionales "Dr. Hideyo Noguchi" y la coordinación de su Unidad de Ciencias Sociales, me apoyaron, dentro de sus límites, con el financiamiento y la libertad que requería tanto para estudiar como para investigar y escribir. Entre el personal que labora en esta Unidad, quiero agradecer a Raúl García por su empeño para rastrear y conseguir los libros, revistas y artículos que le solicité.

En la fase final de la elaboración de este libro, la dirección de la Facultad de Ciencias Antropológicas, de esa universidad, puso a mi disposición el valioso acervo de su fototeca y al personal que labora en ella. Gracias.

Otros compañeros de la Universidad Autónoma de Yucatán a quienes estoy agradecido son Salvador Rodríguez, Sergio Quezada y José Luis Cárdenas. Al primero por haberme proporcionado documentos y estadísticas de la zona henequenera, al segundo por su ayuda en mis múltiples dudas, y al tercero por la elaboración de los mapas de esta región.

Mi agradecimiento va igualmente dirigido a El Colegio de México. Sin la beca para mi estancia en sus aulas, su biblioteca, su Unidad de Cómputo y sin los profesores de su Centro de Estudios Sociológicos, este libro no se habría podido realizar. Entre estos últimos debo mencionar, en orden alfabético, a Fernando Cortés, Silvia Gómez-Tagle, Lorenzo Meyer, Nelson Minello, Rosa María Rubalcava, Vânia Salles, Rodolfo Stavenhagen, Francisco Zapata y Hugo Zemelman. Sobre todo a Vânia Salles y Francisco Zapata.

Los comentarios de Alejandro Figueroa, primero como lector y luego como sinodal, influyeron en mi estado de ánimo. Ante su muerte prematura, vayan mi gratitud y mi reconocimiento a su talento. Lamentablemente el esfuerzo y los conocimientos de todos los profesores mencionados no se ven reflejados en este documento. Mi terquedad por imponer mis criterios lo impidieron. En este sentido, reclamo la paternidad de los errores contenidos en este texto.

A los condiscípulos que aportaron ideas, hicieron críticas, sugirieron bibliografía e hicieron agradable la vida estudiantil, gracias también. Igualmente en orden alfabético quiero recordar a María Eugenia Anguiano, Moisés Bailón, Miguel A. González, Misael Gradilla, Tonatiuh Guillén, Teddie Paz y Héctor Vázquez. Sus contribuciones para que mi proyecto de investigación superara su etapa embrionaria fueron decisivas.

En el teatro, al finalizar la función de que se trate, los primeros actores siempre salen al final para recibir la mayor ovación. Por ello he querido dejar para este momento mi agradecimiento a los desfibradores de la exparaestatal Cordemex S. A. de C. V. Cuantas veces me acerqué a ellos, accedieron a responder mis preguntas sobre su trabajo en la desfibradora y fuera de ella, sus actividades antes de ser trabajadores de Cordemex, su vida familiar, sus ideas acerca de ellos mismos, de su trabajo y de los demás.

Muchas gracias a quienes me recibieron una y otra vez en sus hogares o en sus parcelas y me ayudaron a resolver las dudas que tenía o a corroborar mis planteamientos. Especialmente quiero agradecer a los señores Pedro Canché, Carlos Herrera, Álvaro Gómez, Maximiliano Cen y Juan Medina –este último, asesor jurídico del desaparecido sindicato de desfibradores "José María Morelos y Pavón"– sobre todo porque tuvieron suficiente bondad y paciencia para explicarme lo que para ellos era tan evidente y yo no entendía. De nuevo, muchas gracias.

INTRODUCCIÓN

Ubicación temática

El contenido de esta investigación se sitúa en el amplio tema de la identidad. A diferencia de otros conceptos, cuyo uso corresponde exclusivamente a una determinada disciplina académica, el estudio de la identidad lo mismo es objeto del quehacer de diversos especialistas del saber científico que del dominio de quienes no poseen este tipo de conocimiento. Es decir, es un término que tiene un uso tanto científico como popular.[1]

La importancia de su estudio se ha visto reflejada en los distintos seminarios, coloquios y reuniones de especialistas, organizados dentro o fuera de México, durante los últimos diez años.[2]

[1] Erik H. Erikson, *Identidad. Juventud y crisis*, Madrid, Taurus, 1992.

[2] Por mencionar sólo algunos ejemplos de estas reuniones, véase Silvano Héctor Rosales Ayala (coord.), *Primer seminario sobre identidad y carácter nacional*, México, CRIM-UNAM, 1989; Leticia Irene Méndez y Mercado (comp.), *I Seminario sobre identidad*, México, IIA-UNAM, 1992; Leticia Irene Méndez y Mercado (comp.), *Identidad. III Coloquio Paul Kirchhoff*, México, IIA-UNAM, 1996; José Manuel Valenzuela Arce (coord.), *Decadencia y auge de las identidades. Cultura nacional, identidad cultural y modernización*, Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte-Programa Cultural de las Fronteras, 1992; Ricardo Ávila Palafox y T. Calvo Buezas (comps.), *Identidades, nacionalismos y regiones*, México, Universidad de Guadalajara-Universidad Complutense de Madrid, 1993; Guillermo Bonfil Batalla (comp.), *Hacia nuevos modelos de relaciones interculturales*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1993; Guillermo Bonfil Batalla (coord.), *Nuevas identidades culturales en México*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1993; León Olivé y F. Salmerón (eds.), *La identidad personal y la colectiva*, México, UNAM, 1994; Agustín Jacinto Zavala y A. Ochoa Serrano (coords.), *Tradición e identidad en la cultura mexicana*, Zamora, El Colegio de Michoacán-Conacyt, 1995, y Ana Bella Pérez Castro (ed.), *La identidad: imaginación, recuerdos y olvidos*, México, IIA-UNAM, 1995.

Lo cual no significa que antes no haya sido abordado el análisis de la identidad.[3]

El objeto

El tratamiento que le asigno a la identidad en este trabajo tiene como fuentes conceptuales básicas las aportaciones, por una parte, de Schütz,[4] Berger,[5] Luckmann[6] y Goffman[7], y, por la otra, las de Habermas[8] y Touraine[9] al respecto. Bajo esta doble vertiente teórica analizo los elementos que incidieron en la identidad de los trabajadores de las desfibradoras que pertenecieron a la exparaestatal Cordemex, S.A. de C.V., al pasar de su condición de pequeños productores primarios y artesanales a la de obreros de esta empresa. Respecto a esta situación empírica, quería conocer cómo expresaban los desfibradores el cambio que experimentaron; cómo se identificaban a partir de su condición de obreros; qué nuevas formas de relacionarse adoptaban; cómo se relacionaban con otros trabajadores y grupos con quienes compartían algunas

[3] Sobre esto último, algunos estudiosos remontan a las "últimas décadas los trabajos en torno a la identidad" (José Manuel Valenzuela Arce, *El color de las sombras: identidad cultural y acción social de la población de origen mexicano en Estados Unidos*, tesis doctoral, México, El Colegio de México, 1993, p. 28).

[4] Cfr. Alfred Schütz, *Fenomenología del mundo social*, Buenos Aires, Paidós, 1972; *El problema de la realidad social*, Buenos Aires, Amorrortu, 1974; *Estudios sobre teoría social*, Buenos Aires, Amorrortu, 1974, y A. Schütz y T. Luckmann, *Las estructuras del mundo de la vida*, Buenos Aires, Amorrortu, 1977.

[5] Peter L. Berger, "La identidad como problema de la sociología del conocimiento", en Gunter W. Remmling (comp.), *Hacia la sociología del conocimiento*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.

[6] Peter L. Berger y T. Luckmann, *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu, 1983.

[7] Erving Goffman, *Estigma. La identidad deteriorada*, Buenos Aires, Amorrortu, 1980.

[8] Jürgen Habermas, *La reconstrucción del materialismo histórico*, Madrid, Taurus, 1981; *Ciencia y técnica como ideología*, Madrid, Tecnos, 1984, y *Teoría de la acción comunicativa*, tt. I y II, Buenos Aires, Taurus, 1987.

[9] Cfr. Alain Touraine, *Production de la société*, París, Éditions du Seuil, 1973; *Introducción a la sociología*, Barcelona, Ariel, 1978, y *El regreso del actor*, Buenos Aires, Eudeba, 1987.

características; cuáles fueron las organizaciones que generaron, las acciones que emprendían, y cómo se insertaban en una estructura social ya existente.

Categorías conceptuales

La identidad no sólo es el proceso mediante el cual los individuos construyen los elementos por los que se reconocen como integrantes de un determinado grupo, y son reconocidos como tales por los demás. Como categoría conceptual, además del significado anterior, "identidad" también tiene una utilidad metodológica. En este sentido, cuando hablo de las diversas *identidades* que definían a los desfibradores que pertenecieron a la exparaestatal Cordemex, no lo hago para decir que poseían dos o más identidades en el sentido estricto del término, sino como un recurso metodológico para referirme a ciertos momentos, condiciones, a su participación y sus formas de expresión.[10] *Identidad de origen* e *identidad ampliada* son las categorías centrales que utilizo a lo largo de este trabajo.

Como se verá en los capítulos respectivos, ambas categorías aluden a los momentos más amplios por medio de los cuales los trabajadores señalados construyeron su identidad, pero también a los procesos y elementos particulares que incidieron en su conformación. En el caso de los desfibradores, la identidad de origen hace referencia a una multiplicidad de elementos y procesos. Para el caso que ahora expongo, los elementos más relevantes que conformaron la "identidad de origen" de estos trabajadores fueron las ideas, los símbolos, los valores, las conductas, las actitudes, los saberes y las formas de hacer las cosas, de relacionarse

[10] La existencia de diversos tipos de identidad es reconocida por distintos especialistas. Alejandro Figueroa, citando a Alberto Melucci, señala la siguiente tipología: identidad segregada, identidad heteroguiada, identidad etiquetada e identidad desviante. Cfr. Alejandro Figueroa Valenzuela, *Identidad étnica y persistencia cultural. Un estudio de la sociedad y de la cultura de los yaquis y de los mayos*, tesis doctoral, México, El Colegio de México, 1992. Este trabajo apareció publicado, bajo la misma autoría, con el título *Por la tierra y por los santos. Identidad y persistencia cultural entre yaquis y mayos*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994.

y organizarse, que portan la familia y los grupos sociales dentro de los que nacieron y crecieron. En cuanto a los procesos a los que se refiere esa categoría, el de la socialización primaria fue el más general y el que causó mayor impacto. Por medio de éste les fueron transmitidos los elementos anteriores y los interiorizaron. Ampliando el significado de la identidad de origen, ésta se refiere a las tradiciones, ceremonias, lengua, espacio e historia del grupo que les son propios tanto a los desfibradores como a sus familias.

La categoría identidad ampliada remite a los elementos que, a través de su socialización secundaria, los desfibradores fueron incorporando a la identidad que ya poseían. Mediante su participación en nuevas actividades y su interacción con otros individuos y grupos ajenos a sus familias y a los que pertenecían, incursionaron en procesos de trabajo y espacios diferentes a la milpa, el solar y la parcela paternos e interiorizaron sistemas de relaciones, códigos simbólicos, ideas y formas de trabajar, organizarse y comportarse, diferentes a los de su niñez. Esto es, sin abandonar los elementos de su identidad de origen.

Vista desde la metodología, la identidad ampliada igualmente ayuda a comprender los mecanismos mediante los cuales dichos obreros ampliaron los límites y significaciones de la identidad que ya poseían. Los sucesos que en este caso intervinieron para que ello ocurriera, como se verá también más adelante, fueron su incorporación a la exparaestatal, su participación en las acciones colectivas que emprendieron, las organizaciones laborales que formaron y las relaciones que establecieron entre sí y con quienes reglamentaban su trabajo en las desfibradoras. A su identidad, cuyos referentes estaban dados por las actividades agropecuarias y artesanales que realizaban, la organización de la unidad doméstica, la racionalidad subyacente a aquéllas, así como la cultura del grupo y la región, le añadieron una serie de elementos que son propios de las clases trabajadoras.

En sentido inverso, la categoría identidad ampliada permite comprender por qué tras el derrumbe de la industria henequenera, aunque en unos casos retornaron a sus antiguas actividades primarias y artesanales y en otros se incorporaron a éstas, los trabajadores continuaron reconociéndose como obreros de una indus-

tria textil que para entonces rebasaba las fronteras de Yucatán. El haber continuado con el trabajo de la desfibración del henequén, participando en sus sindicatos y actuando como obreros, contribuyó a la preservación de este autorreconocimiento.

A la vista del conjunto, debo señalar que los desfibradores de la exparaestatal Cordemex, construyeron inicialmente su identidad de origen, por medio de los roles[11] que jugaron en la organización de la familia y en el grupo social al que pertenecían, de las actividades económicas que desempeñaron como productores primarios y artesanales y de la historia de la región y de su grupo social, ante el desarrollo de la industria henequenera. Posteriormente la ampliaron al incorporarse a Cordemex, por medio de las relaciones que establecieron como obreros con sus compañeros, con los dirigentes de la empresa y los miembros del Frente Sindical Independiente de Yucatán; de las representaciones simbólicas que construyeron a partir del trabajo que desempeñaban, y las acciones que emprendieron para la creación y el reconocimiento de su primer sindicato.

Los sujetos

Los sujetos sobre los que recae este estudio son, como ya se mencionó, los obreros de las desfibradoras que pertenecieron al Estado.[12] En los últimos años de la década de 1980, la depreciación de sus salarios los obligaba a completar el ingreso familiar a través de alguna actividad económica al margen de sus horas de trabajo en las plantas fabriles. La mayoría de los entrevistados tenía como actividad económica extralaboral, la agricultura; otros se ocupa-

[11] Sobre la diferencia entre estatus y roles, véase Talcott Parsons, *El sistema social*, Madrid, Revista de Occidente, 1966, pp. 33 y ss.

[12] La historia de estas desfibradoras comprende un periodo de 25 años dividido en dos etapas: desde 1967 hasta 1990, y desde esta última fecha hasta 1992, cuando se transfirieron a los sectores privado y social. En la primera, formaron parte de la exparaestatal Cordemex, S. A. de C. V., y en la segunda, estuvieron bajo la administración de la empresa, también desaparecida, Desfibradoras de Yucatán, S. A. de C. V. (Desfiyusa).

ban de la cría de animales y de diferentes oficios manuales; en tanto que una escasa minoría, a diversas actividades. Excepto estos últimos, los restantes recurrían a la organización de la unidad familiar y se ocupaban también de la comercialización, total o parcial de sus productos.

Estas actividades no les eran del todo desconocidas. Algunos las habían realizado antes de trabajar en la paraestatal, otros las continuaron practicando incluso cuando ya trabajaban en esa empresa, y otros más las conocían dada la composición económica de la región en la que crecieron. Ante la crisis económica por la que pasaban, decidieron retornar a ellas, continuar desarrollándolas o iniciarse en tales labores. En estos términos, y dada una coyuntura específica, se puede decir que los desfibradores eran tanto obreros como pequeños productores agropecuarios y artesanales. Elementos que en conjunto les permitieron ampliar su identidad de origen y reproducirla en los términos en los que se presentaba.

Dada la división técnica y política que prevalece en la industria del henequén, a los desfibradores les correspondían las tareas relativas a la extracción y el empaque de la fibra de este agave, misma que todavía es enviada a las cordelerías situadas en Mérida, para su transformación en productos terminados y su consecuente comercialización en el extranjero, o bien para ser exportada como materia prima.

Hasta marzo de 1990, los desfibradores, junto con los obreros de las cordelerías ubicadas en Mérida y los trabajadores de ambas, integraban la planta laboral de la exparaestatal Cordemex, S. A. de C. V. Antes de que finalizara ese mes, en el marco de las políticas económicas y laborales del gobierno salinista, el entonces gobernador Víctor Manzanilla Schaffer –como parte de la reorganización de la industria henequenera–, desincorporó las desfibradoras de la administración de Cordemex y las transfirió a Desfiyusa, empresa creada ex profeso el 12 de marzo de ese año. A partir de ese momento, desfibradoras y cordelerías se convirtieron en unidades separadas, por lo que sus obreros y empleados dejaron de tener relaciones de trabajo entre sí.

Como obreros de la industria henequenera, los desfibradores se incluían en la fuerza de trabajo más antigua de Yucatán. Su

origen se remonta a la primera mitad del siglo XIX cuando aparecieron las desfibradoras en el estado. No obstante, a pesar de la importancia de su participación a lo largo de la historia de la industria henequenera y su estatización en 1964, su reconocimiento formal como obreros sólo ocurre en 1974 al formarse su primer sindicato: el "José María Morelos y Pavón". Antes de esta fecha no eran considerados obreros, sino simples trabajadores de esa industria. Es más, ni siquiera fueron considerados así cuando en 1917, como parte de los programas del Partido Socialista de Yucatán, se fundó la Liga de Trabajadores de Artefactos de Henequén que agrupaba a los obreros de las cordelerías de esta entidad.

El reconocimiento de su sindicato fue producto de un movimiento social más amplio que ocurrió en Yucatán hacia la década de 1970. Desde la percepción de los desfibradores, aquél fue resultado de las "luchas", en sus términos, que emprendieron ante la empresa, el gobierno del estado y la propia Junta Local de Conciliación y Arbitraje. Ambos hechos dieron como resultado que la identidad que los desfibradores poseían antes de incorporarse a Cordemex se ampliara al adquirir nuevas formas de concebir el trabajo que realizaban, concebirse frente a éste, identificarse entre sí, establecer una organización alterna a la que hasta entonces habían tenido, relacionarse con agentes externos a su ámbito comunitario y emprender acciones que rebasaban tanto este ámbito como la organización tradicional en que se desenvolvían.

Hasta la década de los setenta, los desfibradores eran campesinos que alternaban sus actividades primarias con la extracción de la fibra del henequén, en las plantas desfibradoras cercanas a sus ejidos, comisarías y cabeceras municipales en torno a Mérida, o bien, eran trabajadores manuales que lo mismo practicaban algún oficio que se empleaban en las actividades anteriores. Quienes se empleaban en esas desfibradoras no contaban con seguridad en el trabajo, turnos establecidos, salarios y prestaciones. Su permanencia en las desfibradoras y el salario que recibían estaban regidos por la demanda del henequén y sus productos, así como por la conducta que demostraban en el trabajo. Si bien estas condiciones laborales desaparecieron al crearse dicho sindicato, la alternación de unas actividades con otras es un esquema que permanece hasta nuestros días.

¿Por qué ocuparse de estos obreros y no de otros? De alguna manera creo haber respondido ya a esta interrogante. No obstante, debo agregar que, por el número que alcanzaron, la relevancia económica que hasta hace un par de décadas tenía la industria henequenera en Yucatán y su vinculación con el Estado, los desfibradores, junto con los cordeleros, llegaron a ser la fuerza de trabajo organizada más importante de la entidad.[13] Para el caso del ramo de fibras duras en la industria textil, igualmente lo fueron en todo el país.

En contraste, hoy en día, dicha industria se encuentra en declive. Las compañías brasileñas ocupan el lugar que tenía Cordemex como reguladoras de los precios de la fibra en el mercado mundial. Del henequén en Yucatán, en el marco de la ideología dominante en esta sociedad, sólo queda el recuerdo de un pasado mítico que tuvo en las haciendas, los ferrocarriles y las casonas del Paseo de Montejo en Mérida, la imagen de una sociedad opulenta que no pocos añoran y a la que desean retornar. Siguiendo la línea trazada por el Ejecutivo federal y apoyada por el estatal, desfibradores y cordeleros ya no son obreros suyos. Actualmente pertenecen a empresas diferentes. Los primeros, a las desfibradoras que, luego de ser transferidas a Desfiyusa, pasaron a manos de los pequeños productores de henequén y de empresarios que las adquirieron, en tanto que los segundos, a cuatro cordelerías que sustituyeron a Cordemex y que ya fueron reprivatizadas.

En el momento de la desincorporación de las desfibradoras de Cordemex, en 1990, los dos sindicatos que agrupaban a los obreros de estas plantas solamente contaban con 823 agremiados de los 1 425 de un año antes.

Sin el soporte económico de la industria henequenera y el político que les brindaba el Estado, los desfibradores están a la espera de que mejoren las condiciones de la industria henequenera, ya que de lo contrario sus centros de trabajo serán cerrados y mu-

[13] Hacia 1975 los trabajadores de Cordemex constituían 22% de la población económicamente activa ocupada en el sector industrial de Yucatán. Cfr. Tomás Vera y M. Martín, "Los trabajadores ante el auge y la crisis de la industria henequenera durante la década de los sesenta", en *Memorias del Segundo Coloquio Regional de Historia Obrera*, México, CEHSMO, 1979.

chos de ellos despedidos. Conocedores de su endeble situación mantienen sus actividades extralaborales y la organización que han seguido para la realización de éstas. De no hacerlo, carecerían de los satisfactores individuales y familiares.

En los términos anteriores resultaba interesante estudiar cómo se identificaban dichos obreros —quienes, a pesar de pertenecer a la industria más importante de Yucatán y de tener los mejores salarios y prestaciones de la región, estaban vinculados a la práctica de actividades económicas y a la organización del campesinado—; cómo habían construido su identidad; cuáles eran los cambios que en ella se habían producido, y cuáles eran los elementos que la componían.

EL ESPACIO

El escenario donde residen los sujetos de quienes se ocupa este trabajo es la región que rodea el municipio de Mérida (veáse el mapa I-1). La ubicación precisa de esta región corresponde a la parte central y noroccidental del estado de Yucatán, y en ella se incluyen 62 municipios de los 106 que comprende la entidad.[14] Tomando como referencia el meridiano de Greenwich, está situada al oeste "entre los paralelos 20 grados 25' y 21 grados 17' latitud norte, y los meridianos 90 grados 00' y 89 grados 25' longitud oeste".[15] En total, su extensión se calcula en 14 000 kilómetros cuadrados, aproximadamente, es decir, 34% de la superficie del estado.[16]

La población total de esos municipios es de 989 402 habitantes, de los cuales 486 573 son hombres y 502 829, mujeres.

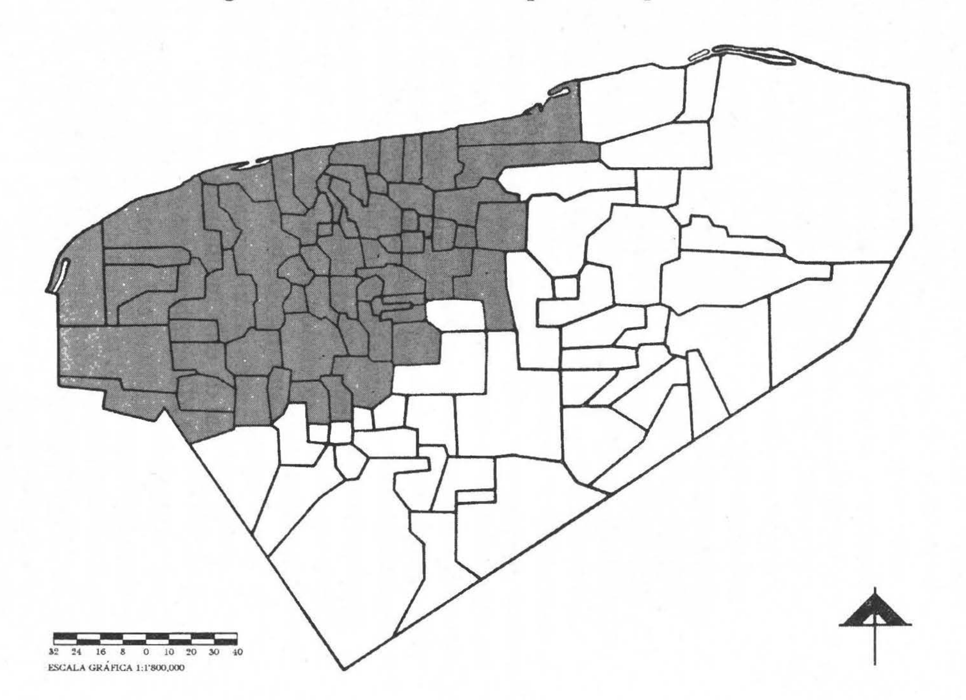
[14] Programa Nacional de Solidaridad, *Programa de desarrollo regional de la zona henequenera de Yucatán 1992-1994*, México, 1992. Durante esta segunda mitad del siglo XX, ya por concluir, el número de municipios que componen esta región ha variado, en unos casos, por el aumento de los henequenales, y en otros, por el manejo arbitrario de las estadísticas.

[15] Programa Nacional de Solidaridad, *op. cit.*

[16] *Ibid.*, p. 11.

MAPA I-1

Configuración de la zona henequenera a partir de 1992



Descontando a los 523 422 residentes de la ciudad de Mérida, dicho territorio tiene 465 980 habitantes; 235 823 hombres y 230 157 mujeres.[17] Por su parte, la población económicamente activa (PEA) es de 133 000 individuos. De ellos, 53 924 practican actividades agropecuarias, de los cuales 37 000 cultivan henequén.[18]

Diversos analistas coinciden en señalar que esta región forma parte de una capa plana de piedra caliza que emergió en el pleistoceno y se extiende por toda la península de Yucatán.[19] A pesar de esta configuración y origen comunes, sus condiciones ecológicas y sociohistóricas hacen de ella una región claramente diferenciada de las demás que componen esta península.

Su orografía y topografía nos revelan la inexistencia de formaciones relevantes. A diferencia de las tierras del sur, hacia donde el suelo se eleva gradualmente, la región noreste es una superficie plana con ligeras ondulaciones, cuyas pendientes fluctúan entre tres y cinco por ciento. Su geología calcárea permea las aguas pluviales, por lo que, junto con las características anteriores, impide la formación de corrientes y cuerpos de agua superficiales de importancia. A cambio de ello, en su subsuelo, como en todo Yucatán, se encuentran numerosos cenotes y corrientes entre los tres y los cincuenta metros de profundidad.[20]

Su clima está clasificado como tropical semiárido. Excepto en la costa que presenta menor humedad, en general, es caliente subhúmedo con lluvias, cuya mayor intensidad –entre 800 y 1 100 milímetros– se produce entre mayo y octubre.[21] No así durante los meses de febrero, marzo y abril, en los cuales la ausencia de lluvias es total.

[17] Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, *XI Censo General de Población y Vivienda, Yucatán, resultados finales*, México, 1990.

[18] Programa Nacional de Solidaridad, *op. cit.*

[19] Cfr. Ramiro Robles Ramos, "Geología e hidrología", en Enrique Beltrán, *Los recursos naturales del sureste y su aprovechamiento*, t. II, México, Instituto Mexicano de Recursos Naturales Renovables, 1959.

[20] *Idem.*

[21] No obstante, las masas de aire polar que se abaten sobre el golfo de México entre noviembre y febrero suelen ir acompañadas de lluvias ocasionales. Estas masas son conocidas popularmente en Yucatán, y en todo el país, como *nortes*.

En dicha región, mayo también es el mes en el que se registran las temperaturas más altas. Aunque la media anual varía entre 23 y 25 grados centígrados, durante ese mes, el termómetro marca temperaturas superiores a los 40 grados centígrados.[22] En contraste, el mes más frío es enero con temperaturas hasta de seis grados centígrados.[23]

La nomenclatura de los suelos predominantes en esa superficie refleja la sabiduría mitológica atribuida a los sacerdotes mayas prehispánicos y al conocimiento generado por los agricultores con base en su observación de la naturaleza. A ellos se deben los nombres con los cuales son conocidos, tanto por especialistas como por los campesinos y pobladores de las áreas rurales de Yucatán. Tales suelos son el *tsek'el* y el *ek'-lu'um tsek'el.* El término *tsek'el*

> [...] define a la caliza cubierta en menor o mayor grado por una capa incipiente de suelo y abundancia de materia orgánica en diversos grados de descomposición. Esta capa alcanza mayores profundidades en las cavidades superficiales de la roca, donde se encuentra mezclada con gran número de piedra caliza [...] Se denomina *ek'-lu'um* a la capa que cubre los *tsek'eles* o cualquier otro suelo, por lo que parece sugerir una equivalencia con capa grisácea o humífera.[24]

El cultivo del henequén, como actividad económica dominante desde la segunda mitad del siglo XIX, hizo que esa región fuera conocida por propios y extraños como la "zona henequenera". De todas las especies incluidas en el género agave,[25] las que reúnen las

[22] Programa Nacional de Solidaridad, *op. cit.*

[23] El 15 de enero de 1996, la prensa local publicó que el día anterior, a las siete de la mañana, se registraron en la ciudad de Mérida 6.1 grados centígrados "al abrigo" y 4.5 a la intemperie (*Diario de Yucatán*).

[24] Efraím Hernández Xolocotzi, "La agricultura", en E. Beltrán, *Los recursos naturales..., op. cit.*, t. III, pp. 14-15.

[25] Este término proviene del vocablo griego que significa magnífico. Las plantas agrupadas en la familia *agavaceae* son de origen americano y su antigüedad se remonta al Cretácico superior (Roger Orellana, "Agave, *agavaceae* y familias afines en la península de Yucatán", en Piedad Peniche Rivero y F. Santamaría Basulto (eds.), *Memorias de la conferencia nacional sobre el henequén y la zona henequenera de Yucatán*, Mérida, Gobierno del Estado de Yucatán, 1993.

condiciones óptimas para su industrialización son la *sisalana* y la *fourcroydes*.[26] Ambas son originarias de Yucatán y su uso se remonta al pasado prehispánico de los pueblos que habitaron la península. Testigos de este hecho son los vestigios arqueológicos, los cronistas del siglo XVI, y la nomenclatura hasta hoy existente que los mayas peninsulares le dieron a cada una de estas especies.[27] Así, a la primera le llamaron *ya'axki* y a la segunda *sakki*. Otras especies igualmente nativas de Yucatán son la *angustifolia, maculata, minima, purpurea, silvestris, viridis* y *furcrea*. A todas ellas, el campesino maya, sin más elementos que su observación y experiencia sobre el color de la fibra, las pencas u hojas, el tronco y el tamaño de la planta, les dio los nombres con los que todavía se les conoce. *Babki, xixki, kitamki, chukumki, ch'elemki, ya'axki* y *k'ahumki* son las voces mayas a las que cotidianamente recurren los campesinos yucatecos para referirse, respectivamente, a las especies anteriores.[28]

La organización de los capítulos

Una de las tareas más difíciles en la investigación científica, sin duda alguna, es la exposición de los materiales obtenidos y los resultados de su análisis. Ya sea por el problema que implica transcribir las ideas o por el riesgo de que, como diría Marx,[29] dicha exposición no refleje el método seguido en el proceso de la recopilación de los datos.

[26] Manuel Mesa A., "Cultivo del henequén", en E. Beltrán, *Los recursos naturales...*, *op. cit.*, t. III, 1959.

[27] Respecto a los usos prehispánicos del henequén y sus evidencias coloniales, véase Renán Irigoyen, *Los mayas y el henequén*, Mérida, Publicaciones de Henequeneros de Yucatán, 1950, y Salvador Rodríguez Losa, *El henequén en la época prehispánica*, Mérida, Ediciones de la Universidad de Yucatán, 1977.

[28] Sobre las características precisas de la morfología, vida y rendimientos de estas especies, así como las técnicas para su cultivo y explotación y aun las enfermedades y plagas a las que están sometidas, véase Manuel Mesa A., art. cit. Ahí el autor aclara la diferencia entre las especies *sisalana* y *viridis* las cuales reciben la misma denominación en lengua indígena. No obstante la semejanza de su fibra, la *viridis* se distingue por el color más verdoso de sus hojas.

[29] Carlos Marx, *El capital*, México, Fondo de Cultura Económica, 1959.

Los materiales empíricos así como los planteamientos teóricos que de ellos se desprenden, los he organizado para su exposición, además de esta introducción, en siete capítulos. El primero, "La construcción de la identidad", contiene los elementos teóricos sobre los cuales se edifica este trabajo. En éste expongo mi concepción sobre la identidad y los individuos que la construyen, la intervención de la estructura social y los individuos en este proceso, el objetivo de la identidad y los elementos que, referidos a los grupos que se identifican por la actividad laboral de sus integrantes, conforman este concepto. La referencia a las obras de Schütz, Berger y Luckmann; Goffman, Habermas y Touraine, ayudan a comprender lo que he afirmado en páginas anteriores respecto a la ubicación teórica del presente documento.

La identidad de los desfibradores no se comprende sin hacer referencia a los procesos más amplios en los cuales están insertos. Bajo el título "Los antecedentes de la identidad colectiva", en el segundo capítulo analizo, de manera global, la evolución de la industria henequenera, en Yucatán; cuáles fueron los elementos que incidieron en la evolución de la industria del henequén y en la conformación del espacio donde se desarrolló este cultivo; cuál era la situación de la fuerza de trabajo que intervenía en la desfibración del henequén, y cómo, a lo largo de este tiempo, se fueron creando las condiciones y los diversos elementos que habrían de constituir una especie de herencia social sobre la que los desfibradores estudiados construirían su identidad. Pretende, pues, servir de escenografía en la que se produce el proceso específico que me ocupa.

El periodo que comprende este capítulo abarca poco más de cien años, desde los orígenes de la industrialización del agave en el siglo XIX hasta la creación de Cordemex en 1964. A riesgo de parecer muy amplio, debo advertir que mi interés está centrado en los hechos más sobresalientes que ocurren en este lapso, los que se vinculan con mi objeto de estudio, y no en la cronología de esa actividad.

"La cultura como fundamento de la identidad" es el planteamiento que sirve de título al tercer capítulo. De acuerdo con mi visión de las cosas, como lo sugiere este enunciado, la cultura del grupo que expresa el individuo constituye el cimiento simbólico de su identidad. Concebida como proceso, la cultura, igual que la

identidad, implica movimiento, cambio, transformación. Ilustra la vinculación de sus portadores con su pasado, las relaciones y creaciones tanto objetivas como subjetivas que desarrollan en el presente, y el proyecto del que son capaces en un futuro próximo. Por ello se puede decir que sin cultura no hay identidad; pero sin ésta, aquélla no se reproduce.

En este capítulo expongo los elementos culturales que incidieron en los desfibradores para la construcción de su identidad y el cambio que en ésta se operaría. Sus raíces étnicas, la hacienda y el socialismo, la vida en un ámbito urbano, la creación de las desfibradoras de Cordemex, el proyecto de instalación de desfibradoras ejidales y su participación en el movimiento sindical independiente de Yucatán, son mi propuesta sobre dichos elementos. Sin embargo, aunque los desfibradores portan estos elementos, no todos les son exclusivos. Como parte de la dinámica que envuelve a la cultura, en algunos casos comparten ciertos elementos con los habitantes de la zona henequenera, y aun con determinados trabajadores de la ciudad de Mérida, aunque en otros no. De cualquier manera, son elementos que recrearon e internalizaron, y que en conjunto incidieron en la construcción de su identidad.

El contenido del cuarto capítulo, "De campesinos a obreros. La identidad de origen", se refiere a los elementos que los desfibradores adquirieron en su familia y su grupo social durante su infancia y juventud. A partir de éstos y de la reelaboración que al respecto hicieron, construyeron la identidad que los definiría y que habrían de reproducir, a pesar de haberse incorporado a una actividad industrial y a una empresa cuyas organización y racionalidad eran opuestas a las que hasta entonces conocían.

A lo largo del capítulo refiero las actividades productivas que realizaban, su importancia histórica, la organización familiar que seguían para ello y la racionalidad que las sustentaba. La identidad es un concepto de relación que, por una parte, implica el cómo se percibe el individuo a sí mismo y, por la otra, cómo es percibido por los demás. Por ello, al final señalo brevemente cómo identifican a los desfibradores los demás con quienes interactuaban, es decir, sus interlocutores activos.

En el quinto capítulo, "La identidad ampliada", me refiero a la forma como incidió la incorporación de los desfibradores a Cor-

demex en los cambios que se produjeron sobre su identidad de origen. Se inicia planteando las condiciones prevalecientes en la zona henequenera antes de que aquéllos se emplearan en esta empresa. De manera específica, este apartado gira en torno a la situación en que se encontraban quienes realizaban la desfibración del henequén y sus antecedentes o tradición obrera. El capítulo continúa con los procedimientos que siguieron los desfibradores para incorporarse a la exparaestatal y los cambios que en ellos se operaron. Concluye con la creación de sus sindicatos y las acciones o "luchas", como ellos las denominan, que emprendieron para lograr el reconocimiento de su organización por las autoridades laborales y empresariales. En conjunto, estos elementos fueron los referentes empíricos que me sirvieron para analizar los cambios que se producían en la identidad de dichos trabajadores.

La construcción de la identidad es un proceso que no sólo implica la internalización de un conjunto de elementos por parte del individuo, sino que, igualmente, alude a su externalización. Decir lo contrario significaría concebir a los sujetos como incapaces de ofrecer respuesta a las acciones que los afectan.

Con el título "Las expresiones de la identidad: satisfacción en el trabajo y conciencia obrera", en el capítulo seis señalo cómo los desfibradores expresaron la identidad que construyeron como obreros de Cordemex. De todas sus manifestaciones, las que tomo son, como lo indica el título, la satisfacción que obtuvieron en el trabajo, y la conciencia que desarrollaron por medio de esta actividad. Ahondando un poco más en el análisis, igualmente trato de explicar las posibles causas –llamémosles así– que intervinieron en su percepción hacia el trabajo y las etapas y formas en las que expresaron dicha conciencia.

El capítulo siete, "Ideas finales", es el último. Yo más bien diría que se trata de un pretexto para retomar algunas ideas y reflexionar de nuevo sobre el proceso que constituye mi objeto de estudio. Tal vez sería más adecuado llamarle "punto y seguido", pues lo que pretendo plantear ahí son algunas ideas que, en un futuro no lejano, deriven en nuevas interrogantes y mejores investigaciones.

I. LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD. ELEMENTOS TEÓRICOS

Introducción

Cuando acudimos a una fábrica y vemos a los obreros realizar las labores que les corresponden, o bien a cualquier otro sitio y conjunto de individuos, cuando los contemplamos en una marcha de su sindicato o cuando los miramos jugar béisbol con el equipo del departamento al que están adscritos en la empresa, usualmente los vemos como lo que son en ese momento, es decir, como individuos que podemos identificar, entre otros aspectos, por el trabajo que desempeñan, las organizaciones a las que pertenecen, –formales o informales–, y la actividad económica específica que practican.

Una visión impresionista de los hechos, como la anterior, nos hace ignorar lo que los individuos observados son fuera de su sitio de trabajo, lo que fueron en otro momento de su vida laboral o personal y, más todavía, cómo llegaron a ser lo que ahora son. Si bien esto es relevante, no menos importante es su propia concepción respecto a lo que son o lo que fueron y la que los demás poseen sobre ellos. O sea, cómo se identifican a sí mismos y cómo los identifican los demás. A pesar de la importancia que ello tiene, igualmente lo ignoramos. Su historia, no en cuanto al recuento cronológico de un conjunto de efemérides relativas a la relación que guardan estos individuos con su sitio de trabajo, o con ellos mismos, sino en cuanto a las acciones individuales o colectivas que emprenden para identificarse y constituirse, en este caso, como obreros de determinada industria, queda fuera si mantenemos esa visión impresionista.

La recuperación de esa historia ocurre cuando recurrimos a una perspectiva fenomenológica[1] –tanto en el momento de la investigación empírica como en el del análisis de los datos obtenidos–, en la que se privilegia la subjetividad en la construcción que hacen los individuos de una parte de su realidad social, a los individuos por encima de los fenómenos a los que están vinculados y al tiempo corto, y aun a lo cotidiano, sobre los periodos más amplios que constituyen la historia de larga duración.[2]

Una mirada así nos dice que –volviendo al ejemplo inicial– los obreros, en tanto individuos, están sujetos a diversos procesos coyunturales a través de los cuales, por una parte, se integran a un trabajo y a un grupo o grupos ya definidos y, por la otra, se identifican en relación con esta actividad y estos grupos. No obstante, persiste el riesgo de caer en el estatismo y creer que tal trabajo y tales grupos siempre han existido como los conocemos actualmente. Pero si miramos desde la perspectiva anterior, tendremos resultados diferentes. Encontraremos que uno y otros atraviesan procesos por los que, a su vez, se transforman y aparecen como los contemplamos en el momento presente, con lo cual, lo que ahora queda fuera son las miradas apriorísticas y estáticas de la realidad.

Identidad. Un concepto transdisciplinario

La identidad es una categoría conceptual que alude a múltiples ideas, fenómenos y referentes empíricos, mismos que constituyen parte de la realidad social en la cual se ubica el individuo que la construye. En este sentido, puede ser contemplada de diversas formas,[3] y aplicada a diferentes problemas. La discusión sobre el

[1] Debo precisar que la perspectiva a la que me refiero, si bien tiene sus orígenes en Edmund Husserl, son las aportaciones de Alfred Schütz y las de sus seguidores Peter L. Berger, Thomas Luckmann y Erving Goffman las que he tomado para el análisis que me propongo en este trabajo.

[2] Fernand Braudel, *La historia y las ciencias sociales*, Madrid, Alianza, 1968.

[3] Renato D. Alarcón ofrece una lista que comprende diez significados de la identidad. Según sus apreciaciones, este vocablo puede entenderse como "mismidad", singularidad, distintividad; continuidad, autenticidad, posibilidad, diversi-

ser, la autoestima, la etnicidad, los movimientos nacionalistas, el género, las minorías étnicas, el desarrollo de las bandas en las ciudades, la adscripción religiosa, los conflictos laborales, el Estado, ciertos procesos jurídicos, los roles que desempeñan los miembros de la familia y, recientemente, la democracia[4] y la modernización[5] son algunos casos sobre los que los estudiosos de la realidad social han aplicado ese concepto.

La lista anterior ejemplifica algunos de los temas y problemas que hoy se discuten en el marco de la identidad. La complejidad y heterogeneidad de cada uno, y la estrecha relación que guardan entre sí, indican la dificultad para encasillar esta categoría en alguna de las disciplinas del pensamiento. Por el contrario, en el momento presente, la identidad es objeto de estudio, como inmediatamente se verá, de diversas ramas del saber. La necesidad de su explicación ha llevado a los estudiosos que la abordan a recurrir a sus respectivas disciplinas, en busca de los elementos teóricos y metodológicos requeridos para este fin, lo cual ha contribuido a explicar la realidad social en una forma más amplia.[6]

Bajo distintos enfoques y teorías,[7] esta categoría es tratada, lo mismo desde la perspectiva de la filosofía que de la correspondiente a varias de las disciplinas que conforman las ciencias sociales. En ambos espacios de pensamiento, los analistas han hecho importantes contribuciones; el resultado obtenido no sólo es un

---

dad, universalidad, libertad e igualdad, y creación, expresión y reflejo de la cultura. Cfr. R. D. Alarcón, *Identidad de la psiquiatría latinoamericana. Voces y exploraciones en torno a una ciencia solidaria*, México, Siglo XXI, 1990.

[4] Cfr. Sergio Zermeño, "Hacia una democracia como identidad restringida: sociedad y política en México", *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 2, 1987, y María Pía Lara, *La democracia como proyecto de identidad ética*, Barcelona, Anthropos-Universidad Autónoma Metropolitana, 1992.

[5] Cfr. Gilberto Giménez y R. Pozas Horcasitas (coords.), *Modernización e identidades sociales*, México, IIS-UNAM-IFAL, 1994.

[6] Peter L. Berger y T. Luckmann, *op. cit.*

[7] José Manuel Valenzuela Arce destaca entre las diversas disciplinas y perspectivas teóricas, en que a juicio suyo se ha estudiado la identidad, la fenomenología de Alfred Schütz, la sociología de Pierre Bordieu, la antropología interpretativa de Clifford Gertz y el paradigma orientado hacia la identidad en el que ubica a Alain Touraine, Alberto Melucci y Francesco Alberoni. Véase J. M. Valenzuela Arce (coord.), *op. cit.*

conocimiento más rico, sino también una visión de complemento sobre esta categoría.[8]

Dentro del primer caso, la filosofía, los naturalistas sostienen que la naturaleza es la que le proporciona al individuo los atributos de su identidad; para los espiritualistas, en cambio, la identidad del individuo trasciende a la naturaleza y a la sociedad. En oposición a estas posturas, los existencialistas contemporáneos niegan la existencia de una naturaleza humana, por lo que, contra ello, privilegian una realidad humana que cambia de acuerdo con el contexto histórico y las opciones de los individuos.[9]

Desde sus respectivos planos de pensamiento, filósofos como Descartes, Kant y Hume asocian la identidad a procesos mentales que ocurren en la persona, mientras que para Wittgenstein es producto de las peculiaridades del lenguaje.[10]

Martin Heidegger[11] parte de la fórmula A=A, a la que denomina principio de identidad, para señalar que la identidad hace referencia a *lo mismo*, a lo que es idéntico, es decir, a lo que consigo mismo es lo mismo. Con este principio, Heidegger destaca, por una parte, que la identidad es consustancial al ser y, por la otra, el rango que posee dicho principio en cuanto ley del pensamiento. De acuerdo con esta última acepción, la identidad es entonces "una ley del ser que dice que a cada ente en cuanto tal le pertenece la identidad, la unidad consigo mismo".[12]

Heidegger explora los vínculos de la identidad con otros atributos del ser. En este ejercicio, recuperando las ideas de Parméni-

[8] Una tipología interesante para tratar los "problemas de desarrollo", tomando como referente la identidad, específicamente la "identidad del yo", es la propuesta por Habermas. En sus palabras: "Los problemas de desarrollo que se pueden ordenar en torno al concepto de la identidad de yo han sido elaborados en tres distintas tradiciones teóricas: en la psicología analítica del yo (H. S. Sullivan, Erikson); en la psicología evolutiva de tipo cognocitivista (Piaget, Kohlberg) y en la teoría de la acción influida por el interaccionismo simbólico (Mead, Goffman, etc.)." Cfr. Jürgen Habermas, *La reconstrucción del materialismo histórico, op. cit.*, p. 61.

[9] Torcuato S. Di Tella, *Diccionario de ciencias sociales y políticas*, Buenos Aires, Punto Sur, 1989.

[10] R. D. Alarcón, *op. cit.*

[11] Martin Heidegger, *Identidad y diferencia*, Barcelona, Anthropos, 1988.

[12] *Ibid.*, p. 67.

des, encuentra que el pensar y el ser tienen su lugar en lo mismo, por lo que, a partir de este mismo, se pertenecen mutuamente. Desde mi perspectiva, parafraseando a ese filósofo, la conciencia es un atributo del ser; éstos, el ser y la conciencia, tienen en la identidad la expresión de su mismidad.

Acudiendo al segundo caso, las ciencias sociales, en general, deben a William James y a Sigmund Freud el haber puesto las bases para la configuración de este concepto. Erik H. Erikson[13] señala que James acude al vocablo *carácter* para referirse a un sentimiento de identidad del individuo; poco tiempo después, Freud utiliza por primera vez la categoría *identidad* para privilegiar las características subjetivas por las cuales los integrantes de un pueblo se reconocían entre sí, y eran reconocidos por quienes no pertenecían a aquél. En palabras de Freud, lo que lo vinculaba al judaísmo no era la fe ni el orgullo nacional, sino una "multitud de oscuras fuerzas emocionales, que eran tanto más poderosas cuanto menos podían ser expresadas en palabras, así como una clara consciencia de íntima identidad, el seguro refugio de una construcción mental común".[14]

Revisando rápidamente el uso de dicho concepto en algunas de las ciencias sociales, en la bibliografía antropológica podemos encontrar numerosas monografías sobre los elementos que conforman la identidad de diversos grupos étnicos o sobre los que se construye la identidad nacional.[15] Más recientemente, algunos antropólogos han escrito en torno a la identidad diseñada por determinados grupos urbanos o la que poseen ciertos grupos que se definen por el trabajo que desempeñan sus integrantes. Dentro de las ciencias antropológicas, la arqueología nos enseña cómo entre los pueblos del pasado, artefactos, indumentaria, ornamentos, pintura corporal, tatuajes, vivienda, templos, tumbas, escritura, así como la pertenencia a determinado territorio y el uso de

[13] E. H. Erikson, *Identidad. Juventud y crisis*, *op. cit.*

[14] Citado por E. H. Erikson, *ibid.*, p. 18.

[15] Para una comprensión del análisis de la identidad como objeto de estudio de la antropología en México, véase Maya Lorena Pérez Ruiz, "Reflexiones sobre el estudio de la identidad étnica y la identidad nacional", en Arturo Warman y Arturo Argueta (coords.), *Nuevos enfoques para el estudio de las etnias indígenas en México*, México, CIIH-UNAM-Porrúa, 1991.

sus recursos, denotan la identidad cultural de sus integrantes, ya sea dentro del mismo grupo o respecto a otros grupos.[16]

En psicología, la identidad está íntimamente vinculada al sí mismo, al *self*. Bajo este último concepto, los psicólogos se refieren ya sea al *yo*, al sujeto consciente y agente activo de la conducta, o al *mí*, ante el cual los demás reaccionan considerándolo una persona en particular. A su vez, el significado del *mí* implica la autoimagen y la autoestima que de sí tiene el individuo, las cuales constituyen un sistema cognitivo que influye en la conducta de aquél.[17] En el marco de esta misma disciplina, los trabajos de George H. Mead[18] y Erik H. Erikson[19] han sido fuente de no pocas investigaciones sobre la formación del *yo* y los procesos psíquicos y sociales que intervienen en la construcción de la identidad, respectivamente. Otras líneas de análisis son las que algunos psicólogos sociales han emprendido en torno a la personalidad del mexicano y, más recientemente, a la identidad y el carácter nacional en México.[20]

Dentro del marco de la jurisprudencia, la identidad se utiliza lo mismo en el derecho civil que en el mercantil, penal e internacional. En los tres primeros casos se aplica a los procesos en los que la determinación de la igualdad absoluta de personas y cosas es indispensable con el fin de establecer su relación jurídica. En el último se refiere a la capacidad que posee el Estado para salvaguardar su personalidad jurídica por encima de instituciones y regímenes temporales, así como de los intereses particulares de quienes integran su población y aun de sus gobernantes. Independientemente de las transformaciones que puedan sufrir sus instituciones, territorio y forma de gobierno, el Estado mantiene su misma personalidad jurídica. Conforme este principio, igualmente se utiliza como un recurso para regular los acuer-

[16] Grahame Clark, *La identidad del hombre*, Barcelona, Paidós, 1985.

[17] Michael Argyle, *Análisis de la interacción*, Buenos Aires, Amorrortu, 1983.

[18] George H. Mead, *Espíritu, persona y sociedad*, México, Paidós, 1990.

[19] Para una visión sucinta de los estudios de Erikson, véase Renato D. Alarcón, *op. cit.*

[20] Cfr. Silvano Héctor Rosales Ayala (coord.), *op. cit.*

dos tomados entre gobernantes de diferentes países o entre los de un mismo país.[21]

La sociología también se incluye entre esas disciplinas que estudian la identidad. Aunque como tal no aparece en las obras de los "padres fundadores",[22] los analistas que se han ocupado de ella han tomado diversos elementos del pensamiento de algunos de esos fundadores. Unos, por ejemplo, han acudido a determinadas categorías de Emile Durkheim y Max Weber para explicar el problema en cuestión. Otros, en cambio, han reflexionado sobre las imprecisiones de éstos para elaborar su propia interpretación de las cosas. Alfred Schütz es uno de ellos. Al mirar críticamente los conceptos de Weber sobre el significado subjetivo, la acción social y la intersubjetividad,[23] sentó las bases de una línea teórica que habría de ser aplicada al análisis de la identidad. Aunque la intención de Schütz era estudiar la forma como el individuo de sentido común aprehende su realidad social, Peter L. Berger, Thomas Luckman y Erving Goffman fueron los encargados de aplicar los principios de Schütz a sus propios estudios, en los que la identidad era un tema central.

Dentro de esta corriente, uno de los esfuerzos intelectuales más interesantes para ubicar el tema de la identidad dentro del corpus teórico y metodológico de la sociología es el que presenta Peter L. Berger en un artículo que se ha convertido en referencia obligada para todo estudioso de dicho tema.[24] El propio Alfred Schütz reconoce que la sociología del conocimiento tiene su centro de interés "en la construcción social de la realidad en general".[25] Berger se apoya en los aportes de la psicología social elaborados por George H. Mead para precisar la idea anterior. De tales aportes, entre otros, toma el concepto de *realidad psicológica* para referirse "no a proposiciones científicas o filosóficas acerca de fe-

[21] Cfr. *Diccionario enciclopédico de derecho usual*, 15ª ed. revisada, actualizada y ampliada por Luis Alcalá-Zamora y Castillo, Buenos Aires, Heliasta, 1981, tt. II y IV, y *Enciclopedia jurídica Omeba*, t. XIV, Buenos Aires, Driskill, 1982.

[22] François Dubet, "De la sociología de la identidad a la sociología del sujeto", *Estudios Sociológicos*, vol. VII, núm. 21, 1989.

[23] Alfred Schütz, *Fenomenología del mundo social, op. cit.*

[24] Cfr. Peter L Berger, "La identidad como problema..., art. cit.

[25] *Ibid.*, p. 356.

nómenos psicológicos, sino a cómo el individuo tiene conciencia de sí mismo, de sus procesos de conciencia y de sus relaciones con los demás",[26] lo que implica un proceso por el cual el individuo construye su identidad en términos socialmente definidos. Así, la sociología del conocimiento

> se ocupa de una dialéctica relacionada, pero más amplia: la que se da entre la estructura social y los "mundos" en los que viven los individuos, es decir, las organizaciones comprensivas de la realidad en el seno de las cuales pueden ser significativamente interpretadas las experiencias individuales.[27]

Jürgen Habermas y Alain Touraine son otros analistas de la sociología que abrevaron en Weber para tratar la identidad. Sobre todo al elaborar sus respectivos enfoques en torno a la acción y a los movimientos sociales.

Edward P. Thompson y Eric J. Hobsbawm son sendos estudiosos, cuyas obras sobre las clases trabajadoras en Inglaterra durante los siglos XVIII, XIX y XX, han influido tanto sobre sociólogos como sobre un amplio sector de analistas de las ciencias sociales desde los últimos años de la década de los setenta.[28] Ciertamente, estos representantes de la historia social inglesa no se dedicaron al estudio de la identidad de manera particular. En cambio, historiadores, sociólogos y antropólogos, quienes se dedicaban a reflexionar sobre el papel de categorías no objetivas en temas como sindicalismo, historia del movimiento obrero y la formación del proletariado, encontraron en los textos de aquéllos la fuente teórico-temporal que enriqueció la discusión ya iniciada al respecto.

Conceptos como *cultura, conciencia, tradición, experiencia de vida* y aun el de *clase social* fueron incorporados a esta reflexión bajo un nuevo significado. Otros, de carácter metodológico, tales como

[26] *Ibid.*, p. 357.

[27] *Ibid.*, p. 359.

[28] Véase Edward P. Thompson, *La formación histórica de la clase obrera*, 3 tt. Barcelona, Laia, 1977; Eric J. Hobsbawm, *Rebeldes primitivos*, Barcelona, Ariel, 1974, y de este mismo autor, *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*, Barcelona, Grijalbo, 1979.

proceso, o los relacionados con la constitución de los *sujetos sociales*, tuvieron igualmente el mismo fin.

No obstante, los materiales resultantes de las investigaciones realizadas bajo los conceptos de los investigadores citados han sido insuficientes para agotar dicho tema. Eso sí, sirven para comprender la diversidad y la riqueza de fenómenos y sujetos a los que hace referencia esa categoría. De hecho, todavía se mantiene como una veta susceptible de ser explotada.

A mi juicio, el trabajo industrial y sus hacedores, los obreros, son sendos ejemplos de esos fenómenos, y sujetos sobre los que todavía hay mucho que decir desde la perspectiva de la identidad.[29] Ciertamente, durante la primera mitad de los años ochenta, algunos investigadores se dedicaron al análisis de determinados aspectos subjetivos que construyen los obreros a partir de las relaciones que se derivan del trabajo que realizan. Ejemplo de ello son los escritos que, en forma individual y en conjunto, hicieron Ilán Bizberg y Francisco Zapata sobre la conciencia obrera, y los que sobre cultura obrera realizaron, por una parte, Juan Luis Sariego y, por otra, Victoria Novelo y Miguel Ángel Gómez.[30] Sin embargo, aspectos tales como la concepción del trabajo que desempeñan los obreros y la identidad que construyen como parte de su socialización en cuanto tales, siguen en espera de ser estudiados. Muestra de lo que digo es la casi inexistente bibliografía al

[29] En este sentido, comparto la opinión de Luis Reygadas cuando señala que, no obstante la aportación hecha por la sociología del trabajo en la dimensión técnico-organizativa de los procesos de trabajo, queda mucho por investigar sobre la dimensión simbólica del trabajo y los procesos culturales asociados con esta actividad y el uso de la tecnología. Cfr. Luis Reygadas, "Trabajo y cultura en las maquiladoras de la frontera México-Estados Unidos", ponencia presentada en el Primer Congreso Latinoamericano de Sociología del Trabajo, celebrado en la ciudad de México, 22-26 de noviembre de 1993.

[30] Cfr. Ilán Bizberg, *La acción obrera en Las Truchas*, México, El Colegio de México, 1982; Ilán Bizberg y Francisco Zapata, "Conciencia obrera y participación sindical en Las Truchas", *Estudios Sociológicos*, vol. II, núm. 4, 1984; Juan Luis Sariego, "Cultura minera en crisis. Aproximación a algunos elementos de la identidad de un grupo obrero", *Cuicuilco*, núm. 19, 1987, y Victoria Novelo *et al.*, "Propuestas para el estudio de la cultura obrera", en *Coloquio sobre cultura obrera*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1987.

respecto.[31] Para el caso de los obreros mexicanos, al momento de iniciar la investigación que dio origen a esta obra, solamente encontré el estudio de Juan Luis Sariego que arriba cito.[32]

Hacia una definición de identidad

La definición de la identidad como concepto es una operación intelectual que encierra no pocas dificultades, no sólo por los amplios campos de significado y aplicación que le han dado los estudiosos, sino también por la determinación de su *definiendum* y *definiens*.[33] No obstante las diversas formas en que ha sido definida, sería un error pensar que todos los analistas proceden de la misma manera. En sentido opuesto, son muchos más quienes se refieren a esta categoría en sus respectivos trabajos sin definirla operativamente o, por lo menos, dar una idea de su concepción al respecto. En el mejor de los casos, digamos, hay un manejo tácito de su significado. Otros, a pesar de definirla, en poco han contribuido a su explicación. Lejos de ayudar al lector a obtener una comprensión de lo que lee, la definición que ofrecen se convierte

[31] En los 28 números de la revista *Sociología del Trabajo* publicados entre 1987 y 1996, solamente encontré tres artículos que se refieren explícitamente al tema de la identidad, y dos al de la cultura. En cada uno, sus autores lo abordan de acuerdo con los objetivos particulares que persiguen. Lamentablemente, en ningún caso se hacen explícitos los procesos por medio de los cuales los obreros construyen su identidad. Cfr. Jean Saglio, "Intercambio social e identidad colectiva en los sistemas industriales", *Sociología del Trabajo*, núm. extra, 1991; Michel Ralle, "La función de la protección mutualista en la construcción de una identidad obrera (1870-1910)", *Sociología del Trabajo*, núm. 16, 1992; Marcia de Paula Leite, "Innovación tecnológica y subjetividad obrera", *Sociología del Trabajo*, núm. 19, 1993; Pablo Palenzuela, "Las culturas del trabajo: una aproximación antropológica", *Sociología del Trabajo*, núm. 24, 1995, y Javier Callejo, "Fatalidad del mercado y culturas de la producción", *Sociología del Trabajo*, núm. 26, 1996.

[32] La ausencia de "la identidad" como objeto de estudio en las investigaciones sobre los obreros, hechas desde la perspectiva de la sociología, igualmente queda manifiesta en sendos artículos publicados, individualmente, por Francisco Zapata y Enrique de la Garza *et al.*, en 1986.

[33] Mario Bunge, *La investigación científica*, Barcelona, Ariel, 1969.

en una camisa de fuerza que, por una parte, lo obliga a pensar lo que el autor quiere y, por la otra, lo imposibilita para arribar al conocimiento del contenido de la lectura en cuestión.

IDEAS ARTICULADORAS

Con el propósito de ofrecer una definición operativa y evitar caer en los riesgos mencionados, prefiero partir de un conjunto de ideas que constituyen el sustrato de mi concepción de identidad. La primera es que una definición amplia de la identidad conlleva tener en cuenta que es una categoría analítica que alude a dos *realidades* estrechamente vinculadas: la del individuo en sociedad y la del observador que lo contempla. En el primer caso, es un proceso sociogenético[34] que ocurre en determinada sociedad, y sus actores son los distintos individuos que, consciente o inconscientemente,[35] la construyen.[36] En este sentido, implica, por una parte, "introducirse" a la sociedad y "hacerla" suya, y, por la otra, generar formas de concebirse, concebir a los demás y el entorno social en el que se ubican; de relacionarse con los sujetos y los ámbitos con los que interactúa; de organizarse y de actuar. Fuera de una sociedad y sin unos individuos, la identidad no se concibe.

[34] Utilizo el término proceso sociogenético en el sentido constructivista que Piaget y García le asignan a la epistemología. Cfr. Jean Piaget y Rolando García, *Psicogénesis e historia de la ciencia*, México, Siglo XXI, 1982.

[35] Una forma inconsciente es el aprendizaje de los valores, saberes o lengua del grupo, mientras que –como se verá en capítulos adelante– la creación de organizaciones laborales y su participación en acciones que demandan mejoras salariales son formas conscientes, mediante las cuales el individuo construye los elementos sobre los que se yergue su identidad. Aunque diversos estudiosos de las ciencias sociales coinciden en que la identidad tiene un fondo social, debemos a Sigmund Freud el haber esbozado los aspectos sociales de la identidad. Cfr. Erik H. Erikson, "Identidad psicosocial", en *Enciclopedia internacional de las ciencias sociales*, Madrid, Aguilar, 1975.

[36] Visto así, me sumo a la posición de los constructivistas para quienes "toda concepción, todo saber y toda comprensión es siempre construcción e interpretación del sujeto viviente" (Ernst von Glasersfeld, "Introducción al constructivismo radical", en Paul Watzlawick *et al.*, *La realidad inventada*, Barcelona, Gedisa, 1994).

En el segundo caso, es un recurso metodológico más amplio al que el observador recurre para analizar las diferentes dimensiones del proceso mediante el cual los individuos se reconocen entre sí. O sea, los distintos momentos del análisis por los que atravesó; las condiciones que los caracterizaron; la participación de los individuos que en el proceso intervinieron y las formas como se expresaron estos momentos; la intervención de tales individuos, y la identidad que iban construyendo.

La identidad en la realidad del individuo

Como proceso sociogenético mediante el cual el individuo se reconoce con los demás y se identifica, la construcción de la identidad ocurre en el marco de una doble dinámica. Por una parte, en la de las transformaciones de la sociedad, que sus integrantes le imprimen a través del tiempo, y por la otra, en la dinámica de la permanente elaboración, reelaboración e internalización,[37] que aquéllos hacen de los elementos, producto de esas transformaciones, a partir de los cuales construirán su identidad. No está demás decir que, como suele ocurrir con otros fenómenos sociales, la diferenciación de esta dinámica sólo es posible por motivos de exposición.

[37] La internalización es un proceso que a su vez está íntimamente asociado a los procesos más globales de enseñanza-aprendizaje que permean la vida del individuo. En términos de Durkheim, mediante la internalización, "las normas y valores socialmente dados se convierten en parte integrante y constituyente de la personalidad individual; de este modo, a la vez que la sociedad está por encima de nosotros, nos manda, nos penetra también y forma parte de nosotros" (Steven Lukes, *Emile Durkheim. Su vida y su obra*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas-Siglo XXI, 1984, pp. 129-130). Siguiendo esta línea de análisis, algunos estudiosos del aprendizaje humano sostienen: "El aprendizaje implica grados de comprensión y compromiso. Spradley, discípulo de Spiro (1966), diferencia cinco niveles de aprendizaje. Éstos van desde *aprendizaje de,* pasando por el *entendimiento, creencia,* y *uso* de la fe para organizar o dar razón para la conducta, al último nivel de internalización de la fe hasta que es parte cabal del (propio) conocimiento tácito... (Spradley, 1972b: 22)" (Judith Friedman Hansen, *Sociocultural perspectives on human learning. Foundations of educational anthropology*, Illinois, Waveland Press, 1990, pp. 7-8). Respecto a los procesos contenidos en esa doble dinámica a la que me refería en el texto, más adelante volveré a tomarlos.

Por su magnitud y dimensiones, la construcción de la identidad es un –llamémosle así– macroproceso que tiene lugar a través del tiempo y en éste hay que distinguir varios procesos particulares[38] que se entrecruzan y articulan, para dar origen a un complejo enramado, el cual no es otra cosa que la identidad misma. Dichos procesos son: la transmisión de los elementos cognoscitivos, ideológicos, axiológicos, simbólicos, organizativos y de actitud que constituyen la identidad del grupo social al que pertenece el individuo; la internalización que de ellos hace este último; su reelaboración por parte de este mismo y la transmisión que posteriormente hace a los integrantes de su grupo y a los individuos con quienes se relaciona.[39]

Igual que en el caso de la doble dinámica que refería al principio de este apartado, estos procesos no se presentan en forma aislada. Aunque ocurren preferentemente en algún momento de la existencia del individuo, se presentan, no sólo simultáneamente, sino también fuertemente entrelazados, aunque eso sí, bajo diferentes intensidades, significados y expresiones, según las circunstancias que envuelvan al sujeto.

Tanto este macroproceso como los procesos particulares que supone están contenidos en los *momentos* de la producción y la reproducción de la identidad. Uno y otro corren a cargo de sus actores. A lo largo de estos momentos, no sólo construyen su propia identidad, sino también la trasmiten a los demás, con quienes, a través del tiempo, interactúan y desarrollan determinadas acciones

[38] Desde la perspectiva del psicoanálisis, algunos autores sostienen que la identidad se construye a través de una acción denominada proceso de identificación. Este es un "proceso psicológico mediante el cual un sujeto asimila un aspecto, una propiedad, un atributo de otro y se transforma, total o parcialmente, sobre el modelo de éste. La personalidad se constituye y se diferencia mediante una serie de identificaciones" (Laplanche y Pontalis, 1983, pp. 184-185). Citado por Estela Serret, "Género, familia e identidad cultural. Orden simbólico e identidad femenina", en José Manuel Valenzuela Arce (coord.), *op. cit.*, p. 150.

[39] Aunque para algunos autores esta transmisión se produce cuando el individuo establece una familia, desde mi perspectiva puede ocurrir aun en la infancia cuando por medio de, por ejemplo, juegos, el niño trasmite a sus compañeros normas previamente aprendidas y que en ocasiones reflejan las del grupo al que pertenece. De la misma manera, conforme aumenta su capacidad de comunicarse con los demás, al crecer y establecer nuevas relaciones, puede trasmitir los conocimientos adquiridos sin esperar que forme un hogar.

colectivas. Así, la identidad que posee un individuo sintetiza tanto la suya propia, que él produce, como la de su grupo, que reproduce. Dicho de otro modo, es la herencia social que recibe de los individuos de su grupo y la que reelaborará para trasmitirla a sus sucesores.

La vía para la producción y la reproducción de la identidad igualmente es la socialización. En la vida cotidiana, ésta adopta formas específicas según sea el caso de que se trate. Cuando hablamos de la identidad que un individuo elabora en el grupo en el que nace, la socialización primaria es el mecanismo para ello. Mediante la internalización que hace de las normas, actitudes, tradiciones e ideas, se identifica con los demás que componen dicho grupo, y, de igual forma, reproduce esa identidad. Dadas las actividades que los individuos realizan y los roles que asumen y elaboran durante sus respectivos ciclos de vida, éstos igualmente se identifican a partir de las actividades económicas que desarrollan. En este caso, la socialización secundaria es el camino. Para comprender mejor cómo se produce la identidad entre estos individuos, hay que añadir a lo anterior la asimilación de los elementos diseñados por medio del desarrollo de las actividades económicas de que se trate. O sea, las acciones, formas de organización, sistemas de relaciones y símbolos generados a través del trabajo.

En este orden de ideas, la trasmisión de los elementos referidos y su internalización conforman el momento de la producción y ocurren preferentemente durante la infancia.[40] Mediante la socialización primaria[41] del individuo, la familia,[42] la escuela, la

[40] Inspirados en los estudios de Erik H. Erikson, algunos analistas (psicólogos fundamentalmente) sostienen que la estructuración de la identidad se inicia a través de la relación que sostienen madre e hijo al nacer este último. En palabras de este investigador: "El proceso 'comienza' en algún punto del primer auténtico 'encuentro' de la madre y su hijo lactante, en cuanto son dos personas que pueden tocarse y reconocerse mutuamente, y no 'concluye' hasta que se desvanece la capacidad del sujeto para una mutua afirmación." (E. H. Erikson, *Identidad. Juventud y crisis*, *op. cit.*, p. 20.)

[41] Cfr. Peter L. Berger y T. Luckmann, *op. cit.* También véase Talcott Parsons, *El sistema social*, Madrid, Revista de Occidente, 1976.

[42] Sobre la importancia de la familia en la construcción de la identidad, véase Vânia Salles, "Las familias, las culturas, las identidades", en José Manuel Valenzuela Arce (coord.), *op. cit.*

Iglesia y el grupo mismo, le trasmiten la mayoría de las ideas, normas, actitudes; los sistemas de relaciones, el conocimiento, las tradiciones, los códigos simbólicos y las formas de organizarse y trabajar prevalecientes en el grupo, mismos que, al asimilarlos y hacerlos propios, provocan que se reconozca ante el grupo como integrante de éste y, en sentido inverso, que el grupo lo reconozca de la misma manera.

Los otros dos procesos, reelaboración y trasmisión posterior, corresponden al momento de la reproducción, están más asociados con las actividades y relaciones que desarrolla el individuo y son resultado de la socialización secundaria.[43] A lo largo de ésta, y conforme se interrelaciona con otros individuos pertenecientes a otros grupos, de acuerdo con los roles[44] que le corresponden, enfrenta diversas realidades y tiene contacto con otras ideas, normas, actitudes, sistemas de relaciones, conocimientos, tradiciones, códigos simbólicos, maneras de organizarse y formas de trabajar. Lo anterior le permite reelaborar los elementos que poseía al integrar los nuevos que va adquiriendo con el fin de trasmitirlos tanto a los integrantes de su grupo social como a los individuos con quienes se interrelaciona cotidianamente.

Tomando la temporalidad a través de la cual se construye la identidad y refiriéndola al individuo, este proceso ocurre a medida que, durante su ciclo vital,[45] asume los roles[46] que le son asig-

[43] Peter L. Berger y T. Luckmann, *op. cit.*

[44] Muchos son los estudiosos que han reflexionado sobre el concepto *rol.* En este trabajo he acudido a los textos de Znaniecki (1941), Linton (1956) y Berger y Luckmann (1983) en busca de elementos teóricos para apoyar el uso que le doy a este concepto.

[45] Erikson reconoce la importancia de las diferentes etapas de la vida del individuo en la construcción de su identidad; sin embargo, le asigna a la adolescencia un papel trascendental ya que esta etapa está determinada en mucho por lo sucedido antes al individuo a la vez que igualmente determina lo que posteriormente vendrá. Cfr. E. H. Erikson, *Identidad, juventud y crisis, op. cit.*

[46] Los roles refieren el papel que le corresponde al individuo en la estructura social. En un sentido más amplio, aluden a las instituciones, individuos y sistemas de relaciones que establece al interactuar con ellos, así como al conjunto de conocimientos y habilidades, adquirido durante su socialización, mismo que le permite participar en los diferentes grupos y ámbitos de su entorno social. En estos términos, el individuo aparece como el actor central. Si bien las institucio-

nados y elabora aquellos mediante los cuales participa en los grupos y ámbitos sociales con los que interactúa. Sobre todo fuera del hogar paterno. En estos términos, se puede afirmar que sin la socialización y un sistema amplio de relaciones que establece el individuo, la construcción de la identidad no es posible.

Los procesos anteriores dan como resultado dos, digámoslo así por motivos de análisis, diferentes *identidades*. Por un lado, la *identidad de origen*, y, por el otro, la *identidad ampliada*. La identidad de origen, en cuanto categoría conceptual, podemos contemplarla en dos dimensiones: micro y macro. Bajo la dimensión micro, se refiere a los elementos que definen a determinado individuo, quien los recibe durante su infancia por medio de su participación en las instituciones que rigen el grupo social en el que nació y creció. Mediante la socialización informal y formal que recibe, primero de su familia y de su grupo social, y luego de la escuela y la Iglesia a las que asista, crea la matriz cultural[47] que le permitirá sustituir la identidad natural,[48] que posee como persona física, por su identidad de origen y la identidad de roles[49] que lo definen como miembro de esas mismas institucio-

---

nes de su sociedad son las encargadas de trasmitirle inicialmente los elementos —conocimientos, ideas, normas, valores, códigos simbólicos y formas de actuar, organizarse y aun de trabajar— sobre los que se fundamentan los roles, es el individuo el que los dinamiza, con lo cual permite que las instituciones tengan razón de existir y que la sociedad se reproduzca.

[47] Utilizo este término en el mismo sentido que le da Enrique Santos Jara. O sea, "los elementos y configuraciones *básicos* internalizados por los individuos durante su infancia y adolescencia, los cuales constituyen el *principio de su identidad*, un acervo de saberes, unas pautas de respuestas actitudinales y conductuales, un abanico de alternativas de acción y de pensamiento" (citado por Gilberto Giménez, "Comunidades primordiales...", art. cit., p. 175).

[48] Habermas habla de *identidad natural* para referirse a la forma como el niño aprende "a distinguirse a sí y a su propio cuerpo del medio que le rodea, aunque aún no acierte a separar en este entorno los objetos físicos y los sociales. De esta forma el niño ha adquirido una identidad 'natural' que debe al carácter transtemporal de su cuerpo, un organismo que mantiene sus límites". (Jürgen Habermas, *La reconstrucción..., op. cit.*, p. 74.)

[49] Con este concepto Habermas alude a la apropiación que hace el niño de las normas y principios que constituyen su mundo simbólico. "En la medida en que el niño hace suyas las generalidades simbólicas de un reducido conjunto de

nes,[50] es decir, como sujeto perteneciente a determinada sociedad. Bajo la dimensión macro, la identidad de origen alude a los elementos étnicos, históricos, culturales, laborales, organizativos, de actitud y aun espaciales, que se desarrollaron en determinada región y que comparten los individuos que la habitan. Esta condición más las interrelaciones que entre ellos se producen hacen que se reconozcan como integrantes de un mismo grupo.

La categoría *identidad ampliada* se refiere a los cambios que sufre la identidad de determinado individuo al interactuar con otros individuos y grupos sociales, es decir, a los mecanismos, por medio de los cuales amplía los límites y las significaciones de su identidad de origen. Mediante esta categoría se comprende cómo, a pesar de que un individuo, en un momento dado, internaliza y reelabora elementos que corresponden a otros sujetos y otros grupos sociales, no abandona todos los elementos que integran la identidad que generó en su propio grupo social.

Referida a grupos específicos, la identidad ampliada nos habla del pasado, del presente e incluso de las potencialidades futuras de sus integrantes. Por ejemplo, en el caso de los obreros, nos remite a sus historias laborales, su experiencia y calificación en el trabajo, las vías de su integración a éste y su socialización como tales. Igualmente nos habla de los roles que como obreros les ha tocado desempeñar y de sus proyectos tanto inmediatos como mediatos.[51]

---

roles fundamentales de su entorno familiar y, más tarde, las normas de acción de grupos más amplios, a su identidad natural se sobrepone una identidad de roles de base simbólica. Propiedades corporales tales como el sexo, la dotación física, la edad, etc., quedan asumidas para las definiciones simbólicas." (*Ibid.*, pp. 74-75.)

[50] Habermas, utilizando lo dicho en la cita anterior, pero levemente modificado, describe la sustitución de una identidad por otra. Así, dice: "Cuando el niño hace suyas las generalidades simbólicas de unos pocos roles fundamentales de su entorno familiar y, después, las normas de acción de grupos de mayores dimensiones, su *identidad natural*, de base orgánica, queda sustituida por una *identidad de roles* de apoyatura simbólica." (*Ibid.*, p. 87.)

[51] Ser representante de tal o cual departamento ante las autoridades laborales o dirigente sindical sería un ejemplo de estos roles.

En sentido inverso, igualmente ayuda a comprender por qué un individuo puede seguir reconociéndose en términos de su identidad ampliada al contraerse los límites de ésta. Ya sea que se extingan algunos de los elementos que anteriormente había incorporado y reelaborado o los abandone, parcial o temporalmente, continuará identificándose como tal. Estos serían los casos de, por ejemplo, trabajadores que eventualmente se emplean en determinada industria o actividad económica. Podrán no participar, entre otros elementos, en actividades, grupos, organizaciones y espacios que son propios de esa industria o empresa, pero continuarán reconociéndose como obreros o trabajadores suyos al mantener determinadas relaciones, ideas o actitudes que adquirieron en aquéllas.

Identidad individual e identidad colectiva

A lo dicho al final del apartado anterior, una idea más que quisiera añadir es que la construcción de la identidad hace referencia tanto al individuo como al grupo al que pertenece. Sin uno u otro, aquélla no se construye.[52] Por una parte, porque el individuo recibe de sus integrantes los elementos que rediseñará e interiorizará para la construcción de su identidad y, por la otra, porque con ellos los comparte y se identifica. En este sentido, la producción de identidad, aunque sea el individuo su protagonista, ocurre colectivamente.[53] Al igual que las categorías del entendimiento referidas por Durkheim,[54] se trata de un proceso social.

[52] En este sentido comparto las ideas de Harry Guntrip y Heinz Hartman. Para el primero: "Uno de los resultados más seguros de la investigación moderna es que el individuo y el grupo se interpenetran de tal modo que todo intento de estudiar al uno separado por completo del otro sería completamente irreal". (Citado por Aída Aisenson Kogan, *El yo y el sí-mismo*, Buenos Aires, Amorrortu, 1982, p. 144).

[53] Para una comprensión sobre la identidad individual y la identidad colectiva, véase Alfonso Pérez-Agote, "La identidad colectiva: una reflexión abierta desde la sociología", *Revista de Occidente*, núm. 56, 1986.

[54] Emile Durkheim, *Las formas elementales de la vida religiosa*, Buenos Aires, Schapire, 1968.

No obstante esa estrecha relación, como un recurso metodológico, ambas categorías pueden ser analizadas por separado.[55] La identidad individual[56] hace referencia a la persona que la construye. Alude directamente a las formas mediante las cuales el individuo se reconoce y reconoce a los demás de acuerdo con indicadores y límites precisos. Por ejemplo, las habilidades, los roles, el género, los valores, los sistemas de relaciones y las formas de organizarse, trabajar, pensar y actuar que lo asemejan y diferencian de los demás. Vista de manera más precisa, la identidad individual expresa los elementos que la persona recibe mediante la socialización y que la definen como miembro de ese grupo. No es otra cosa que la identidad del grupo expresada en determinada persona.

En cambio, la identidad colectiva[57] sólo adquiere sentido a partir de los individuos que constituyen determinado grupo. Como concepto implica el imaginario compartido por los individuos pertenecientes a determinado grupo, es decir, su historia, tradiciones, el saber acumulado, las efemérides, los héroes y villanos, las instituciones, las acciones, las formas de organizarse y manejar sus recursos, así como los códigos normativos y simbólicos que rigen la vida de ese grupo, y hacen posible la comunicación entre sus integrantes. De manera semejante a la identidad individual, la identidad colectiva es el conjunto de elementos recibidos e internalizados por el individuo a través de su socialización, que le permi-

[55] En este caso coincido con el mencionado Heinz Hartman para quien "no siempre se hace una distinción clara entre los términos yo, sí-mismo y personalidad. Pero una diferenciación entre esos conceptos parece esencial si tratamos de considerar de manera congruente[...] los problemas que llevan implícitos". (Citado por A. Aisenson Kogan, *op. cit.*, p. 146.)

[56] Aída Aisenson señala que la identidad individual, o personal como le llama, no siempre fue reconocida como tal. Por ejemplo, Hume era uno de quienes le negaban existencia, ya que no admitía otra realidad que no fuera la de las entidades sustanciales (*Idem*).

[57] Ramírez Saiz, al referirse a la identidad social, sostiene que está integrada por dos conceptos: "*1*) La autoconciencia y reconocimiento mutuo entre los miembros de un grupo, y *2*) la exteriorización o manifestación del mismo hacia fuera. Ambas dimensiones se complementan y refuerzan mutuamente." (Juan Manuel Ramírez Saiz, "Entre la identidad social y el ocultamiento", *Ciudades*, núm. 14, 1992, p. 31.)

ten tener conciencia de sí y de los demás en tanto componentes de una unidad grupal. Vista en un sentido diacrónico, puede definirse como el sentido de pertenencia a un pasado y de identificación con los individuos que crearon esas instituciones, desarrollaron esas acciones, diseñaron esas formas de organización y manejo de los recursos, elaboraron esos códigos, así como también su identificación con aquellos considerados como héroes o villanos. Es, pues, el sentido de pertenencia a un colectivo y a todo lo que lo sustenta, independientemente, como dice Pérez-Agote, de su verdad o falsedad científicas.[58]

La identidad étnica, la identidad nacional[59] y ciertos movimientos sociales, en los que media la memoria colectiva entre sus actores, son ejemplos de las formas que puede adoptar la identidad colectiva.[60]

Identidad y cambio

Concebida la identidad en los términos señalados, otra idea que quiero plantear es la noción de cambio. Aunque de alguna manera está implícita en las ideas ya mencionadas, me parece oportuno tratarla por separado. No sólo porque ayuda a comprender mejor cómo los individuos construyen su identidad, sino también porque es el elemento que permea el proceso. Bajo este planteamiento, la identidad que porta un individuo no es algo que una vez asumido permanece con él inalterable hasta su muerte. Antes bien, está sometida a las transformaciones que se derivan de las diversas interrelaciones que aquél establece a lo largo de su ciclo vital y de las acciones de las instituciones que componen su socie-

[58] A. Pérez-Agote, art. cit.

[59] Una discusión interesante sobre la identidad colectiva, sus formas y su lógica es la que presenta Philip Schlesinger en su artículo, "Identidad nacional. Una crítica de lo que se entiende y malentiende sobre este concepto", *Culturas Contemporáneas*, vol. II, núm. 6, 1989.

[60] Habermas señala que la nación y el partido son dos formas de identidad colectiva desarrolladas en el último siglo y medio. La tercera que menciona es la que tuvo lugar en el seno del movimiento obrero europeo en el siglo XIX y principios del XX. Cfr. J. Habermas, *La reconstrucción...*, *op. cit.*

dad.[61] Más aún, dentro de esta dinámica, puede ocurrir, en extremo, la disolución de la identidad.[62] En el primero de los casos, la formación de su propia familia, su participación en nuevas actividades productivas, su inserción en espacios distintos al suyo, su vinculación con otros individuos y su adscripción a formas de organización diferentes, son algunas expresiones concretas de las interrelaciones que sostiene el individuo y que inciden en los cambios que ocurren en su identidad. En el segundo, los diversos programas que componen la política económica de los gobiernos y las campañas que emprenden las Iglesias, sobre todo en las áreas rurales, aportan elementos para que se produzca el efecto anterior.[63]

La construcción de la identidad implica la modificación de una situación existente por otra que el propio actor elabora. En este sentido, los cambios que ocurren en la identidad del individuo expresan los momentos a través de los cuales éste la construye. Desde su nacimiento el individuo adquiere una identidad *natural*[64] por medio de la cual se reconoce y los demás lo reconocen. Ini-

[61] Los cambios que se producen en la identidad de los individuos es un tema que igualmente ha sido tratado dentro de la etnología. Los diversos estudios al respecto indican que las causas y los efectos resultantes difieren según los casos. Fredrik Barth afirma que "los incentivos para el cambio de identidad son inherentes al cambio de circunstancias" (Fredrik Barth [comp.], *Los grupos étnicos y sus fronteras*, México, Fondo de Cultura Económica, 1976, p. 31). Como prueba de ello menciona los casos de los yao de China, los pathanes de Afganistán y los yur de Sudán. Los cambios de identidad entre estos pueblos se producen por la compra de una persona, hecha por un jefe familiar o por matrimonio, el desplazamiento territorial y la incorporación a la economía y la organización social respectivamente (*Idem*). Sobre los cambios de la identidad en la sociedad estadunidense, especialmente entre los adolescentes, véase E. H. Erikson, *Infancia y sociedad*, Buenos Aires, Lumen-Hormé, 1993.

[62] J. Habermas, *La reconstrucción...*, *op. cit.*

[63] El problema del cambio de identidad debido a factores religiosos ha sido tratado recientemente por Gilberto Giménez. Al respecto, sostiene que este tipo de cambio puede adoptar dos formas: transformación y mutación. A su vez, esta última puede realizarse por fusión o bien por fisión, es decir, por asimilación y diferenciación respectivamente. Cfr. Gilberto Giménez, "Cambios de identidad y cambios de profesión religiosa", en Guillermo Bonfil Batalla (coord.), *Nuevas identidades culturales en México*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1993.

[64] J. Habermas, *La reconstrucción...*, *op. cit.*

cialmente está determinada por los rasgos físicos e intelectuales que posee y que lo hacen diferente de quienes integran su grupo. La altura, el volumen corporal, el color de la piel, el cabello y los ojos, la musculatura, ciertas habilidades como correr y saltar e, incluso, el nombre que posee son algunos elementos que, a manera de ejemplo, constituyen la identidad natural de todo individuo. Conforme construye su identidad de origen mediante su participación en las distintas actividades que corresponden a su familia, grupo y estrato social, esta identidad cambia a medida que la sustituye por su identidad de *roles*.[65]

Antes de continuar me parece oportuno advertir que no se debe pensar que la identidad de origen y la de roles son diferentes ni que al generar el individuo la segunda sustituye la primera. La relación que guardan una y otra es intrínseca. En principio, la primera envuelve a la segunda. Por otra parte, para el individuo, asumir la identidad de roles no es otra cosa que la confirmación de su identidad de origen, pues lo define ante el grupo como sujeto que comparte la historia de aquél, su espacio, sus saberes, sus normas, sus actividades, su sistema de relaciones, su organización y su código simbólico. En suma, lo define como miembro de esa comunidad.[66]

La sustitución de la identidad natural por la identidad de roles ocurre mediante de la socialización[67] tanto primaria como secunda-

[65] *Idem.*

[66] La integración del individuo a su grupo, como parte de su socialización, es un tema por demás interesante y complejo. Algunos autores sostienen que esta integración se da, incluso, desde que el niño o niña recibe un nombre, el cual expresa la historia y los orígenes del grupo. "El bebé *adquiere un nombre*, un nombre individual, un nombre familiar, un nombre grupal. Adquiere la *historia y los orígenes*. El pasado cultural del grupo automáticamente, se lo proporciona entre otras cosas" (Harold R. Isaacs, "Basic group identity: the idols of the tribe", en Nathan Glazer y Daniel P. Moynihan [eds.], *Ethnicity: theory and experience*, Cambridge, Harvard University Press, 1975, p. 32). Un sistema interesante para identificar a las personas como individuos únicos, a partir del nombre, es el señalado por Geertz en sus estudios sobre Bali. Para este objetivo existen seis clases de designaciones: nombres personales, por orden de nacimiento, términos de parentesco, tecnónimos, títulos de estatus y títulos públicos. Cfr. Clifford Geertz, *La interpretación de las culturas*, México, Gedisa, 1987.

[67] Al respecto, Habermas señala que la individuación de un recién nacido "sólo puede ser entendida como un proceso de socialización[...] que da como resultado al ser individuado". (Jürgen Habermas, *Ciencia y técnica...*, *op. cit.*, p. 18.)

ria. La familia, el grupo social, la escuela y la Iglesia son las instancias inmediatas que se encargan de trasmitirle al individuo los primeros elementos para ello, mismos que rigen al grupo o los grupos de los cuales forma parte. Desde su nacimiento,[68] el individuo internaliza la sociedad[69] en que vive. Hace suyos los códigos simbólicos, los valores, las normas de conducta, los roles[70] sociales prevalecientes y la estructura de la sociedad expresados por medio del lenguaje, las actitudes y las formas de organización de sus integrantes. Más todavía, durante este devenir adquiere conciencia de sí mismo, de sus relaciones con los demás, de su posición en la estructura social y hace suya la conciencia que de sí tienen los demás.[71] Recuperando la noción de Hegel sobre la identidad del yo,[72] digamos que, por medio de la socialización, el individuo internaliza la identidad de lo universal y de lo particular contenidas en su sociedad y en sí mismo.

La identidad resultante es otro aspecto del cambio. La identidad de origen que los individuos construyen no es igual en todos los casos. Se diferencia a medida que éstos diseñan su identidad de roles, es decir, una identidad que generan conforme asumen los papeles, normas, valores y símbolos que su grupo les asigna según su edad, sexo y estado civil. En este sentido, la identidad que puedan tener un niño de diez años y un adolescente de quince es diferente. De igual manera será diferente su identidad si son hombres o mujeres, y si uno es soltero y el otro es casado. En unos y otros casos el sistema de relaciones que establezcan, el universo simbólico que respectivamente elaboren y la explicación que den de su posición ante el grupo al que pertenezcan también serán diferentes.

La noción de cambio que refiero igualmente implica movimiento. Por una parte, es el elemento subyacente en las interrela-

[68] Cfr. Karl N. Llewellyn, "La educación y la familia", en Erich Fromm, M. Horkheimer, T. Parsons *et al.*, *La familia*, Barcelona, Península, 1978.

[69] Peter L. Berger y T. Luckmann, *op. cit.*

[70] Edward Thompson, al citar a Ralf Dahrendorf, menciona que "la pertenencia a una clase se deriva del ejercicio de un rol social". (E. Thompson, *La formación histórica...*, *op. cit.* , t. I, p. 10.)

[71] Cfr. Peter L. Berger, "La identidad como problema...", art. cit.

[72] J. Habermas, *Ciencia y técnica, op. cit.*

ciones entre los individuos y, por la otra, el dinamizador de las instituciones que componen la sociedad en la que se desenvuelven. Conforme esta perspectiva, la socialización puede verse como un sistema de relaciones que el individuo sostiene con la familia, el grupo social, la escuela y la Iglesia, y no sólo como la simple trasmisión unidireccional de elementos cognoscitivos.

La dinámica que desarrolla el individuo durante su ciclo de vida y el imperativo por satisfacer sus necesidades naturales son otros elementos que nos remiten a los cambios que se producen en la identidad. A través de ellos, los individuos reelaboran su identidad de roles al añadir los elementos que generan al entrar en contacto con nuevos espacios, interactuar con otros grupos, participar en sus formas de organización, realizar actividades comunes y adquirir conocimientos y universos simbólicos, en general ajenos a los que poseían. En este proceso, el individuo puede mantener su identidad de origen y enriquecerla con los nuevos elementos adquiridos o renunciar a ella para sustituirla por otra que corresponda a la realidad en la que ahora está inmerso, sobre todo, en este caso, cuando el individuo, su cultura y su identidad son estigmatizados. El *México profundo* de Bonfil Batalla[73] refiere esto último.

La complejidad que envuelve a los procesos que siguen los individuos en la construcción de su identidad es todavía mayor. Continuando la idea anterior, la actitud del individuo respecto a su identidad de origen, da lugar a otras formas mediante las cuales se identifica ante los demás o a través de las cuales estos últimos lo identifican. En los casos en que mantiene su identidad de origen, ésta puede ocupar diferentes posiciones. En ocasiones, ésta y los nuevos elementos que el individuo integra, tienen la misma importancia, no así en otras, cuando la identidad de origen y los nuevos elementos ocupan un segundo plano. En el primer caso se podría hablar de *identidad ampliada* y en el segundo de *identidad subordinada*. Pero cuando el individuo renuncia a su identidad de origen, o por los menos a los elementos centrales que la compo-

[73] Guillermo Bonfil Batalla, *México profundo. Una civilización negada*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Editorial Grijalbo, 1990.

nen, y adquiere otra, estamos ante casos de *identidad negada*[74] y *adquirida*, respectivamente.[75]

Los cambios en la identidad de un individuo señalan que, en un momento dado, su capacidad como constructor de ésta se expresa en la manipulación que de ella hace con el fin de modificarla o de sustituirla en su totalidad.

Sin restarle importancia al individuo como constructor de su identidad, los cambios que en ésta se producen no son resultado de un acto espontáneo ni de una mera expresión de su voluntad. Antes bien, estas transformaciones son posibles, entre otras causas, por la apertura que caracteriza a nuestra sociedad y la movilidad a que da lugar. Esto no podría ocurrir en sociedades cerradas o en un sistema de castas que define el lugar, el estatus y la identidad del individuo desde su nacimiento hasta su muerte. En este sentido es posible afirmar que el tipo de estructura que define a la sociedad a la que pertenece el individuo es un elemento importante en la construcción de su identidad, es decir, la estructura social tiene una importancia tal que, lejos de subestimarla, es necesario incorporarla al análisis. El individuo reelabora los elementos que adquiere de su sociedad para construir su identidad: la historia del grupo al que pertenece, la cultura que comparte con los demás, las condiciones de la región en la cual se ubican los actores, el desarrollo del proceso de producción al que están vinculados, la actividad laboral que practica y su misma sociedad son algunos de estos elementos. Todo ello, enmarcado por los cambios a que están sometidos.

[74] Erik H. Erikson denomina este fenómeno como *identidad negativa*. En sus términos, este concepto es la "suma de todas aquellas identificaciones y fragmentos de identidad indeseables o incompatibles que el individuo tuvo que sumergir en sí mismo o que el grupo le enseñó a considerar como el sello de la 'diferencia' fatal existente entre los roles sexuales o las razas, entre las clases sociales o las religiones [...] En momentos de crisis exacervada, un individuo (o un grupo) puede llegar a sentirse incapaz de acoplar estos elementos negativos a una identidad positiva". (E. H. Erikson, *Historia personal y circunstancia histórica*, Madrid, Alianza, 1978, p. 21.)

[75] Desde otra perspectiva, el fenómeno que aquí se presenta implica lo que Berger y Luckmann denominan *resocialización*. Cfr. P. L. Berger y T. Luckmann, *op. cit.*

La plasticidad que posee la identidad en tanto categoría analítica va más allá de ser un término de carácter unidireccional que solamente afecta al individuo sin que pueda hacer uso de ella. Concebido como actor de su propia realidad, la identidad se convierte para el individuo, como señala Dubet,[76] en un recurso para la acción. En este sentido, la identidad no es un atributo de los individuos, sino una acción[77] de éstos, una acción que se traduce en formas de organizarse y de pensar, de concebirse ante el mundo inmediato y mediato al que pertenece el individuo. Como más adelante veremos, por su contenido conceptual, tales nociones en su conjunto dan lugar a movimientos sociales cuya orientación está dada hacia valores y hacia una concepción del hombre y de su sociedad.[78]

Ahora bien, al privilegiar el papel del individuo en los procesos de construcción de identidad y conformación de grupos socialmente definidos, conviene también agregar que estos procesos tampoco ocurren en forma aislada y autocontenida. Están sujetos a procesos y condiciones más generales que operan sobre ellos, y a la dinámica que a estos procesos y estas condiciones les imprimen sus respectivos actores. En un momento dado, según la coyuntura en la que se presenten, pueden favorecer o entorpecer la construcción de la identidad de tales individuos y su constitución en grupos como los que ahora comento.

Tratándose de México, y América Latina en general, puedo mencionar, a manera de ejemplo, las condiciones históricas y estructurales a través de las cuales se formó la clase obrera. Entre esas condiciones se incluyen las políticas emprendidas por los gobiernos populistas, el origen agrario de un amplio sector de dicha clase, las formas de organización y la racionalidad que caracterizan al campesinado en países como el nuestro.

[76] F. Dubet, art. cit.

[77] I. Bizberg, "Individuo, identidad...", art. cit.

[78] A. Touraine, *Production de la société*, *op. cit.* Hay traducción al español: *Producción de la sociedad*, México, IIS-UNAM-IFAL, 1995.

Identidad y heterogeneidad

La heterogeneidad en la construcción de la identidad es otra idea que deseo señalar. Contra lo que se pueda suponer, en este proceso los individuos no siguen un mismo modelo y mucho menos tienen un comportamiento uniforme. Antes bien, siguen modelos diferentes y exhiben conductas heterogéneas. La historia del grupo al que pertenece el individuo, su actividad laboral, las acciones que desarrolla y las condiciones y particularidades específicas que envuelven su entorno espacial, entre otros elementos, dan lugar a múltiples procesos, expresiones y productos de identidad. Ante esta complejidad, es preferible acentuar el análisis de la identidad en las condiciones históricas y coyunturales que rodean a los individuos que la construyen.

Si tomamos esos elementos en conjunto, podríamos decir que la identidad de los individuos presenta, llamémosle así, *grados de intensidad* por los cuales se distinguen unos y otros. No obstante, incluso entre individuos que se identifican entre sí por su pertenencia a un mismo grupo laboral, por ejemplo, no siempre es igual la intensidad de su identidad. Ésta es más fuerte en tanto que unos u otros tengan mayor antigüedad y calificación en el trabajo, participen con más frecuencia y entusiasmo en las organizaciones y actividades del grupo, observen las normas establecidas y se sientan integrantes de dicho grupo.

De esta manera se puede entender el surgimiento de individuos y grupos con diferente identidad, pero también la aparición de grupos integrados por individuos con distintas percepciones de sí mismos y de su realidad, formas de organizarse y maneras de interactuar y de llevar a la práctica acciones colectivas dirigidas hacia fines concretos.

Referida al mismo individuo, la heterogeneidad de su identidad igualmente se expresa en diferentes niveles de adscripción que van desde lo estrictamente personal hasta lo grupal y lo macrogrupal. En el primer caso me refiero, por ejemplo, a un trabajador adscrito a un determinado departamento de tal o cual fábrica; en el segundo, a ese mismo trabajador en relación con el conjunto de los integrantes de la planta laboral de esa fábrica, y en el tercero, a dicho trabajador, pero en cuanto a su pertenencia

al total de trabajadores de la rama de la producción en la cual está ubicado el trabajo que realiza. Indudablemente, los niveles que puede tener la identidad de un individuo no se agotan en los aquí señalados; pueden ser tantos y tan complejos como los elementos que estemos manejando en el análisis, por ejemplo, el género, la etnicidad o la clase social.

La identidad como expresión

Una idea más plantea que la construcción de la identidad, dentro de la plasticidad que la caracteriza, no sólo supone la internalización por parte del individuo de, entre otros elementos, la historia de su sociedad, el manejo del territorio que ocupa, las normas que la rigen, la organización que en ella prevalece, el código simbólico que la orienta, sino también la externalización o expresión de estos elementos.

Varios son los autores que coinciden en ubicar la identidad en el plano de la ideología. Roberto Cardoso de Oliveira, por ejemplo, sostiene que "el núcleo de la ideología es la identidad".[79] No obstante, sin negar esta afirmación, no se debe confundir una categoría con la otra. Como producto social, la identidad es resultado de la interacción de los individuos, por lo que trasciende a los demás que integran la sociedad de la que éstos forman parte, en primera instancia, y a todos aquellos con los que interaccionan, sean o no miembros de su sociedad.

A lo inmediatamente dicho debo agregar que la identidad de los individuos trasciende otros planos de la estructura social en la que éstos participan, a través de las acciones colectivas que realizan. Mediante estas acciones, expresan la concepción que de ellos poseen, de la realidad social en la que están insertos y de los proyectos que tienen al respecto. Por ello se puede afirmar que la identidad incide en las actividades económicas que efectúan los grupos y las instituciones a las que pertenecen y la organización social que han diseñado.

[79] Roberto Cardoso de Oliveira, *Etnicidad y estructura social*, México, CIESAS, 1992.

Mediante este último proceso, la externalización de su identidad, el individuo se identifica y diferencia respecto de los demás, reafirma su identidad y se reafirma como integrante del grupo al que pertenece. Dicho de otro modo, como más adelante se verá, el individuo se constituye a sí mismo, construye la *identidad del yo*.[80]

La identidad y el yo

Además de la dirección hacia los demás que el individuo imprime a su identidad, a través de la acciones que emprende en la construcción de ésta, la identidad igualmente tiene un sentido reflexivo.[81] Mediante este proceso mental, revierte sobre sí mismo las acciones, procesos y demás elementos particulares, implícitos en la construcción de su identidad. El individuo se confirma como sujeto de la construcción de su propia identidad y de la intencionalidad subyacente en este último proceso.[82]

Entendida en los términos expuestos, la reflexión remite a procesos y estadios más complejos de la identidad que construye el individuo. Al revertirse sobre él el conjunto de acciones, procesos y elementos particulares referidos, incide en la constitución

[80] Para una comprensión histórico-social de cómo se desarrolló la categoría del *yo,* véanse los capítulos correspondientes a la quinta parte de la obra de Marcel Mauss, *Sociología y antropología,* Madrid, Tecnos, 1979. Para decirlo en sus propias palabras, "las varias formas que este concepto ha revestido en la vida del hombre de sociedad, sus estructuras sociales y su mentalidad" (p. 311).

[81] "La reflexión aparece cuando el pensamiento se vuelve sobre sí mismo y se interroga no sólo sobre sus contenidos particulares, sino sobre sus presupuestos y sus fundamentos." (Cornelius Castoriadis, "Lógica, imaginación, reflexión", en R. Dorey *et al.*, *El inconsciente y la ciencia*, Buenos Aires, Amorrortu, 1993, p. 45.)

[82] Al hablar sobre el cuerpo, como parte fundamental de la identidad del sujeto, Sergio Pérez Cortés señala: "El cuerpo 'acompaña' a todas las representaciones ideológicas del sujeto, pero el que forme una unidad con la identidad no es un acto ontológico que sólo cabría registrar; porque la identidad reflexiva del sujeto se logra únicamente en el momento en que la diversidad se integra en una síntesis única." (S. Pérez Cortés, "El individuo, su cuerpo y la comunidad", *Alteridades*, núm. 2, 1991, p. 18.)

del yo,[83] o en la *identidad de yo* como proponen algunos autores.[84] A diferencia de otras situaciones en las que el individuo no interviene –por ejemplo, la identidad que le es adjudicada o los roles que le son asignados–,[85] en este último proceso, el individuo igualmente es el sujeto o actor.

Por otra parte, dicho sea de paso, la reflexión nos remite a un problema teórico ulterior. Me refiero a la capacidad del individuo para interrogarse sobre los elementos de su propia identidad y la de aquellos con quienes se identifica. Cuestionamiento que puede conducirlo a reafirmar la identidad poseída o bien reorganizar dichos elementos y optar por nuevas expresiones y otros sujetos con los cuales identificarse.

La construcción de la identidad, no obstante su subjetividad, también implica un componente racional. Esto hace que la constitución del yo se halle estrechamente vinculada con la toma de conciencia por parte del individuo sobre sí mismo y su relación con su entorno y los demás. La relación entre ambos procesos provoca que la constitución del yo se produzca siguiendo los mismos principios y condiciones por las que atraviesa la construcción de la identidad. La constitución del yo es, entonces, un proceso tanto subjetivo como intersubjetivo que ocurre a lo largo del tiempo, en un espacio y dentro de una realidad social determinados.

[83] Visto desde el campo de la psicología "el yo –e igualmente el sí-mismo–, tal como su faceta corporal, es un ente histórico. Su historia se desarrolla desde una fase de indiferenciación, sincrética, que corresponde a la vida del bebé mientras no existe aún para él la distinción entre sujeto y objeto (sea este objeto el mundo exterior o partes de su propio cuerpo), hasta la constitución de una individualidad singular e integrada que el propio niño siente como tal". (A. Aisenson Kogan, *op. cit.*, p. 7.) Erik H. Erikson, siguiendo a Freud, señala: "Entre el ello y el superyó, entonces, se encuentra el yo. Equilibrando y evitando permanentemente las formas extremas de los otros dos, el yo se mantiene atento a la realidad del día histórico, verifica las percepciones, selecciona los recuerdos, gobierna la acción e integra de otras maneras las capacidades de orientación y planteamiento del individuo... El yo, entonces, es una 'institución interna' desarrollada para proteger ese orden dentro de los individuos del que depende todo orden exterior. No es el 'individuo' ni su individualidad, aunque resulta indispensable para ambos." (E. H. Erikson, *Infancia y sociedad*, *op. cit.*, pp. 174-175.)

[84] Cfr. J. Habermas, *La reconstrucción...*, *op. cit.*

[85] Sobre este tipo de roles véase, Ralph Linton, *Estudio del hombre*, México, Fondo de Cultura Económica, 1956.

Ahora bien, uno y otro procesos no son exactamente lo mismo. Una primera diferencia está en que mientras en la construcción de su identidad el individuo, al identificarse con otros que comparten su misma situación y condiciones, se define en relación con *nosotros*, sin abandonar esta postura, en la constitución del yo, el individuo se da una identidad *para sí* en tanto que es observador de él mismo[86] y de su ubicación respecto a los demás. Otra diferencia que se puede señalar es que la construcción de la identidad hace referencia a la identificación del individuo consigo y con los demás, mientras que la constitución del yo se refiere a su identidad en cuanto individuo único, o sea, a la unicidad del individuo. Mediante la primera, el individuo integra una unidad con quienes se identifica, el nosotros; por la segunda, establece una unidad consigo mismo. De modo que el actor, pese a la identificación que establece con los demás no pierde las características que lo definen, antes bien, al tomar conciencia de su identidad, no sólo las conserva, sino que también las eleva a un nivel superior.

La constitución del yo implica una restructuración simbólica de sí y de la identidad colectiva que hasta entonces había asumido. El resultado de tal operación "son seres individuados que organizan su propia y peculiar biografía mediante la aplicación de principios; en este nivel, dicho con otras palabras, ha de distinguirse la individualidad y el 'yo por excelencia'".[87] Esta situación nos remite al problema de la heterogeneidad arriba mencionada. De esa manera –remitiéndonos al mismo ejemplo– también se explica la existencia de individuos que, con una misma identidad colectiva e incluso un grado de identidad, se identifiquen a sí mismos de manera diferente.

Del mismo modo que la construcción de la identidad, la constitución del yo ha sido abordada por analistas pertenecientes a diversas disciplinas de las ciencias sociales, los cuales tienen en común la perspectiva teórica que ofrece el interaccionismo simbólico. George H. Mead[88] es uno de ellos. Para él, la constitución

[86] Cfr. J. Habermas, *La reconstrucción...*, *op. cit.*
[87] *Ibid.*, p. 76.
[88] Cfr. G. H. Mead, *op. cit.*

del yo no es sino la formación de la persona.[89] En sus términos, la persona "es algo que tiene desarrollo; no está presente inicialmente, en el nacimiento, sino que surge en el proceso de la experiencia y las actividades sociales".[90] Siguiendo este criterio, una característica fundamental de la persona, que lo distingue de otros objetos, es el hecho de ser objeto para sí, lo cual significa ser al mismo tiempo sujeto y objeto. La conversión de la persona en objeto para sí se logra, en primera instancia, cuando el individuo adopta las actitudes de otros individuos respecto a él dentro de un contexto de experiencia en el que ambos participan, y, en segunda, cuando establece, como parte de su conducta, una comunicación simbólica dirigida a sí mismo y a los demás.

La constitución del yo está estrechamente vinculada a la definición del actor por sí mismo, o sea, el principio de identidad que refiere Touraine.[91] Por otra parte, esta definición marca la diferencia respecto a otras acciones que igualmente conllevan una intencionalidad y que emprende el individuo. Por ejemplo, aquellas que pueden incluirse dentro del concepto de *acción teleológica* de Habermas.[92] En el caso del que me ocupo, el individuo no enfrenta diferentes alternativas. Aunque puede elegir entre diversas acciones, éstas tienen una finalidad que es, repito, la constitución del yo.

La constitución del yo por parte del individuo, la toma de conciencia de su identidad, se produce en el seno de la estructura social, el mundo social, o como dice Schütz,[93] en el mundo de la vida cotidiana. Como ya señalé, son los individuos quienes crean esa estructura, a diferencia del mundo natural, al que sólo transforman. Siguiendo las ideas de ese autor, se puede agregar que este mundo no sólo es producto de la intervención del individuo; más todavía, es el ámbito por excelencia en el que éste puede intervenir creando y modificando lo ya existente. Desde la perspectiva fenomenológica adoptada al principio de este capítulo, y de acuerdo con las aportaciones de Schütz, dicho mundo es "un sis-

[89] *Self,* en la versión en lengua inglesa de la obra citada.

[90] G. H. Mead, *op. cit.*, p. 167.

[91] Alain Touraine, *Production de la société, op. cit.*

[92] J. Habermas, *Teoría de la acción comunicativa, op. cit.*

[93] A. Schütz y T. Luckmann, *op. cit.*

tema de relaciones recíprocas, todas ellas construidas por mutuas interpretaciones subjetivas de los autores participantes".[94]

A lo dicho, añadiría que estas relaciones e interpretaciones ocurren a través del tiempo, y que el tipo de relaciones que se producen es heterogéneo. Ya sea por la naturaleza que le imprimen sus actores, por la posición que éstos guardan en la estructura social, por las condiciones en las que se originan o por las interpretaciones de sus actores, aquéllas nunca son las mismas. Aunque, eso sí, las pueden emprender los mismos individuos y perseguir, igualmente, los mismos objetivos. De todas maneras son acciones diferentes que dan lugar a un mundo heterogéneo y cambiante. Por eso también, la identidad que construye el individuo tiene estas mismas características.

El individuo en la construcción de la identidad

Una última idea que quisiera agregar, relativa a esta sección, gira en torno a la participación del individuo en la construcción de la identidad. En oposición a ciertos casos, por ejemplo, atributos físicos, en los que el individuo juega un papel pasivo, o a algunos autores[95] que lo conciben a manera de recipiente de la identidad que le

[94] A. Schütz, *Estudios sobre teoría social, op. cit.*, p. 28.

[95] Dentro de la etnología, uno de éstos es Françoise Héritier para quien, entre los samos: "El único armazón verdadero, aquel sobre el cual se construye la identidad, es dado por la definición social. La regla social colectiva se encarna en el individuo y le confiere su identidad al asignarle un lugar, un nombre y un papel que debe ser suyo debido a su situación genealógica y cronológica en un linaje determinado" (Françoise Héritier, "La identidad samo", en Claude Lévi-Strauss, *La identidad*, Barcelona, Ediciones Petrel, 1981, p. 72.) Talcott Parsons es, hasta donde tengo conocimiento, el único de los "grandes pilares" de la sociología que aborda directamente el tema de la identidad. En sus términos, la identidad es un subsistema de la personalidad del sujeto. Conjuntamente con el sistema cultural, el sistema social y la personalidad individual integran un sistema de acción. Sin caer en los extremos anteriores, privilegia la acción de la sociedad en la formación de la identidad del individuo. Mediante su interacción social internaliza el conjunto de símbolos, código de significados, valores y normas que le trasmite el grupo. Cfr. T. Parsons, "The position of identity in the general theory of action", en C. Gordon y K. Gergen (eds.), *The self in social interaction*, Nueva York, Wiley, 1968.

es otorgada por agentes externos, yo más bien diría que el individuo tiene un papel protagónico central[96] en este proceso. Como se ha dicho en páginas anteriores, no sólo es quien porta su identidad, sino también quien la construye y rediseña permanentemente.

A diferencia, por ejemplo, de los rasgos físicos, la edad y la salud, el individuo construye su identidad a través de la conjugación de diversos procesos sociales[97] que en un momento determinado se expresan bajo una forma concreta. La identidad no sólo es producto de las operaciones mentales del sujeto que la construye, es resultado de la concurrencia de varios fenómenos. Por ejemplo, el tipo de familia a la que pertenece, los roles que desempeña en la estructura social, su escolaridad, la historia de su grupo social, la cultura que porta, las relaciones que establece, las acciones que desarrolla y el espacio en el que se desenvuelve; sea este último el hogar donde reside, el sitio donde realiza sus actividades económicas o el área –rural o urbana– donde reside.

La identidad no surge espontáneamente, sino como producto de las acciones que emprenden los individuos que la diseñan ante la multiplicidad de condiciones y fenómenos sociales a los que están sometidos. Es de esta manera como podemos entender que la identidad sea "un fenómeno que surge de la dialéctica entre el individuo y la sociedad".[98]

[96] Desde sus respectivas disciplinas, otros estudiosos igualmente optan por el individuo como protagonista de la construcción de la identidad. Jorge del Valle Fernández, psicólogo social, es uno de ellos. Al referirse a la conciencia de nacionalidad, sostiene que los individuos son los agentes de, en sus términos, su edificación. Esta postura, siguiendo sus ideas, implica dos cuestiones: "Por una parte, la suposición de que es en los individuos, en tanto que miembros del grupo nacional en cuestión, en donde encarna el carácter e identidad nacional [...] Por otra parte, la segunda implicación de la tesis, es la de que estos mismos individuos, son también los productores y reproductores del carácter e identidad del grupo nacional" (Jorge del Valle Fernández, "El orden cívico-político en el estudio de la identidad y carácter nacional", en Silvano Héctor Rosales Ayala [coord.], *Primer seminario sobre identidad y carácter nacional*, México, CRIM-UNAM, 1989, pp. 21-22.)

[97] P. L. Berger y T. Luckmann, *op. cit.*

[98] *Ibid.*, p. 217. El antecedente teórico de la concepción del individuo como constructor de su identidad, que sostienen Alfred Schütz y seguidores, se remonta al inicio de la sociología. Al diferenciar Durkheim las teorías sobre el conocimiento, señala que, en contra de quienes afirman que las categorías del conocimiento

Reduciendo el nivel de análisis, y precisando lo anterior, sabemos que nuestra sociedad está dividida en estratos en los cuales sus integrantes, según sea la posición que guarden en la producción, se ubican. Igualmente sabemos que en la sociedad no existen individuos aislados, sino que, de acuerdo con esta posición, componen diferentes grupos. En estos términos, el individuo construye su identidad reelaborando los elementos generales y particulares que le trasmiten, por una parte, la familia, el grupo al que pertenece y el estrato en el cual se ubican tanto él como su familia y su grupo y, por la otra, la sociedad global. Por ello, la identidad que puedan poseer los individuos de una sociedad determinada, aun cuando compartan algunos elementos, no es homogénea, sino que es tan diversa como los tipos de familia, grupos y estratos que la compongan. En este sentido es mejor hablar de identidades cuando nos referimos a las formas como determinadas colectividades se reconocen a sí mismas; pero no si estamos hablando del individuo. En este caso, la identidad es una, lo que cambia son las formas mediante las cuales la expresan los individuos.[99]

Aunque de suyo es un proceso subjetivo que sintetiza el autorreconocimiento del individuo sobre sí y respecto a aquellos con quienes comparte una misma situación, una historia y un universo simbólico, construye su identidad a partir de una realidad objetiva que contempla y tiene a la mano; pero también la construye a partir de otra realidad, no menos objetiva, que le es ajena y a la cual tiene acceso por referencia de los demás y mediante boletines, revistas y los medios masivos de comunicación que aluden a ésos, es decir, una realidad que el individuo construye de acuerdo con su

---

son a priori, "estarían construidas, hechas de piezas y de trozos y el individuo [es] el obrero de esta construcción". (Emile Durkheim, *Las formas elementales...*, *op. cit*, p. 17.) Su oposición al apriorismo es todavía más clara cuando menciona que estas categorías son "representaciones esencialmente colectivas, traducen ante todo estados de la colectividad" (p. 20).

[99] Lo anterior contradice el principio de identidad de Heidegger: A=A, mencionado al inicio de este capítulo. O bien sólo es aplicable al individuo en sí mismo, no así cuando se trata de individuos en sociedad. En todo caso, hay que tener presente que, como el mismo Heidegger menciona, este principio "vale sólo como ley del pensar en la medida en que es una ley del ser que dice que a cada ente en cuanto tal, le pertenece la identidad, la unidad consigo mismo". (M. Heidegger, *op. cit.*, p. 67.)

capacidad de imaginar.[100] Vista desde este ángulo, la identidad, igual que la nación, es imaginada.[101]

En su conjunto, los referentes más inmediatos de que dispone cualquier persona para la construcción de su identidad son la familia a la que pertenece, el espacio en el que se desempeña, las actividades económicas que realiza, el grupo o grupos de los que es miembro y el conjunto de acciones colectivas en las que participa, estableciendo una amplia gama de interrelaciones con quienes a su vez se identifica. En otras palabras, se trata de una identidad social que rebasa la identidad del individuo en cuanto persona física[102] y lo inserta, sin perder su individualidad, en la totalidad de la sociedad.

No obstante lo antes dicho, me parece que todavía se puede abundar sobre el proceso por el cual el individuo construye su identidad. Como parte de la dinámica que envuelve este proceso, la identidad es resultado de la restructuración cognoscitiva, y la

[100] A propósito de la imaginación, Cornelius Castoriadis menciona: "Lo propio del hombre no es la lógica, sino la imaginación desenfrenada, disfuncionalizada. Esta imaginación, como imaginación radical de la psique singular y como imaginario social instituyente, proporciona las condiciones para que el pensamiento reflexivo pueda existir; por lo tanto, también, para que puedan existir una ciencia y hasta un psicoanálisis." (C. Castoriadis, art. cit., p. 22.)

[101] En su definición de nación, Benedict Anderson señala, entre otros elementos, que ésta es una comunidad política imaginada: "Es *imaginada* porque aun los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, no los verán ni oirán siquiera hablar de ellos, pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión." (Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, p. 23.) De manera semejante Gellner señala: "Una nación es un gran conjunto de hombres de tal condición que sus miembros se identifican con la colectividad sin conocerse personalmente y sin identificarse de una manera importante con subgrupos de esa colectividad." (Ernest Gellner, *Cultura, identidad y política. El nacionalismo y los nuevos cambios sociales*, Barcelona, Gedisa, 1993.)

[102] En este sentido me adhiero a los planteamientos de algunos autores para quienes es imposible referirse al individuo y dejar a un lado su identidad. Ilán Bizberg es uno de ellos. En sus términos afirma que: "Hablar de individuo sin hablar de identidad es absurdo, porque el individuo no es una molécula o una célula que simplemente tiene propiedades y cumple funciones." (Ilán Bizberg, "Individuo, identidad y sujeto", *Estudios Sociológicos*, vol. VII, núm. 21, p. 501.)

posterior internalización,[103] que los individuos hacen de un conjunto de elementos simbólicos que tienen ante sí, de relaciones que sostienen, de acciones que realizan y de su participación en diversos procesos sociales de los que ellos también son actores. O si se prefiere, y vista en un plano más amplio, la identidad a su vez constituye un complejo proceso subjetivo que implica acción y producción simbólica por parte del individuo. Mediante este proceso, los individuos construyen su propia realidad ontológica y social a partir tanto de sus acciones sociales como de la elaboración que hacen de elementos simbólicos y de la reelaboración de otros preexistentes que les permiten reconocerse y definirse en relación con quienes comparten su misma situación. Después de todo, la realidad existe, parafraseando a Berger y Luckmann,[104] sólo cuando los individuos tienen conciencia de ella.

El individuo, como ya sabemos, es producto de las interrelaciones que sostiene con quienes integra la sociedad a la que pertenece. En esta línea, la construcción de la identidad no sólo es un proceso subjetivo que depende del individuo que la asume, sino un proceso intersubjetivo[105] en el que, como tal, los actores son *los otros* con los que dicho individuo no se identifica. Son éstos los que lo identifican a la vez que identifican a quienes con él se identifican, formando grupos. En términos de Habermas, el reconocimiento intersubjetivo es "la base para la afirmación de la propia identidad".[106]

La identidad y la realidad del observador

En páginas anteriores decía que una definición amplia de identidad implica concebirla como una categoría que alude tanto a la realidad del individuo como a la del observador. En este apartado quiero referirme a esta última idea, es decir, a la identidad como

[103] Berger y Luckmann señalan que "la sociedad, la identidad y la realidad se cristalizan subjetivamente en el mismo proceso de internalización". (*Op. cit.*, p. 169.)

[104] *Op. cit.*

[105] J. Habermas, *La reconstrucción..., op. cit.*

[106] *Ibid.*, p. 21.

recurso metodológico al que acude el observador para su análisis y explicación, o bien para analizar otros procesos en los que la identidad es un proceso central.[107] Como tal, es un ejercicio intelectual cuyo resultado inmediato, llamémosle así, es la *identidad pensada*. Su construcción se produce a medida que el individuo, mediante diversas estrategias, va generando conocimiento en torno al objeto y los sujetos sobre los cuales recae su estudio. Conforme va delimitando los elementos que inciden en el individuo para la construcción y reproducción de su identidad, desentraña las condiciones en las que esos elementos se gestan y configura la sociedad a la cual pertenece.

A lo largo de este proceso, el observador determina la base empírica en la que ese individuo genera y externaliza su identidad. Más todavía, contempla cómo, en la realidad, desarrolla acciones, prácticas cotidianas, códigos simbólicos, saberes, sistemas de hacer las cosas, formas de organizarse y maneras de relacionarse, a través de los cuales se reconoce, se identifica con quienes comparte dichos elementos y se diferencia de aquellos con quienes no los comparte, es decir, pasa de la *identidad pensada* a la aprehensión de la *identidad vivida*.

Habitualmente, este ejercicio está estrechamente vinculado con lo que se ha llamado la construcción o definición del objeto y los sujetos de estudio. Tomada como categoría analítica de una realidad social más amplia, su construcción permite al observador acercarse a dicho objeto, conocerlo y explicarlo. La identidad es una abstracción, como tal no existe en el mundo empírico. Tiene existencia en tanto el individuo expresa el reconocimiento que posee de sí mismo, de su realidad y de aquellos con quienes comparte determinados elementos que los hacen semejantes. Si el observador quiere analizarla y explicarla deberá acudir al diseño de indicadores que sinteticen los distintos elementos empíricos que constituyen la base de la *identidad vivida* del individuo y los momentos a través de los cuales la construye. A diferencia de otros fenómenos sociales, en este caso no se puede recurrir

[107] Por ejemplo, el análisis de los movimientos sociales (véase Jean Cohen, "Estrategia e identidad. Nuevos paradigmas teóricos y movimientos sociales contemporáneos", *Sociología y política*, núm. 6, 1995).

de manera directa y en forma exclusiva a estrategias cuantitativas. Igualmente se requieren estrategias cualitativas para que, en forma conjunta, se pueda, como inmediatamente veremos, objetivar lo subjetivo.

El problema al que se enfrenta el observador ante esta situación, no es otro que el problema de las ciencias sociales planteado por Schütz, el de "elaborar recursos metodológicos para alcanzar un conocimiento objetivo y verificable de una estructura subjetiva".[108] Como respuesta, para objetivar la identidad que construye el individuo y así analizarla y explicarla, el observador requiere diseñar categorías que le permitan aprehenderla y darle sentido, es decir, por un lado, conceptuarla, asignarle un significado según sus propósitos y, por el otro, comprender la concepción que el individuo tiene sobre sí mismo, los demás y la realidad a partir de la cual construye su identidad. En este sentido, dado que la construcción de la identidad que hace el observador tiene como punto de partida la que el individuo hizo previamente, es como igualmente podemos entender que el fenómeno observado –la construcción de la identidad– sea un proceso intersubjetivo.[109]

La identidad como totalidad

En la construcción de su objeto de estudio, el observador se enfrenta a limitaciones. Para cualquiera que lo desee, es imposible incluir en su objeto de estudio la suma total de los elementos que

[108] A. Schütz, *El problema de la realidad social*, *op. cit.*, p. 62. Más adelante, en esta misma obra, Schütz dirá: "Los objetos que el especialista en ciencias sociales construye para comprender esta realidad social deben basarse en los objetos de pensamiento construidos por el pensamiento de sentido común de hombres que viven su existencia cotidiana dentro de su mundo social." (*Ibid.*, pp. 79-80.)

[109] De esta manera, igualmente podemos entender que: "Las construcciones de las ciencias sociales son, pues, por así decir, construcciones de segundo grado, o sea, construcciones de las construcciones elaboradas por quienes actúan en la escena social, cuya conducta debe observar y explicar el especialista en ciencias sociales de acuerdo con las reglas de procedimiento de su ciencia." (*Ibid*, p. 80.)

lo componen, no sólo los que él determina para su análisis, sino también los que el sujeto observado, consciente o inconscientemente, elige. En el caso de la identidad, es imposible llegar a determinar —e incluir en el análisis— todos los elementos que actúan sobre los individuos para la construcción de su identidad.

Visto así, el recurso metodológico del cual dispone el observador es la determinación de una totalidad en la que enmarque la construcción de su objeto de estudio; pero no del todo, en su sentido más holístico. Conviene recordar que "totalidad no significa *todos los hechos*. Totalidad significa: realidad como un todo estructurado y dialéctico, en el cual puede ser comprendido racionalmente *cualquier hecho*".[110] Volviendo al caso que me preocupa, con lo anterior me quiero referir a los sujetos y a los sistemas de relaciones y representaciones que éstos establecen, los espacios en los que actúan, los procesos que generan y las instituciones que crean, y que en su conjunto influyen en el individuo para la construcción de su identidad. Quedan fuera aquellos elementos que no intervienen en tal proceso, no importa su existencia ni la posibilidad de que intervengan en otros procesos cuyos actores sean esos mismos individuos.

El tiempo

A partir de una visión de la totalidad como la expuesta, el observador puede analizar elementos más complejos y vitales que intervienen en su objeto de estudio. En el trabajo del que me ocupo, uno de estos elementos es la incidencia del tiempo en la construcción de la identidad, tanto del tiempo en el que el individuo que la construye se ubica directamente como del que se incluye en los hechos, acciones, organizaciones, sistemas de relaciones y de símbolos que generaron sus antecesores en la construcción de la identidad que recibió a través del grupo al que pertenece. O sea, el que nace de las relaciones, presentes y pasadas del individuo con las cosas, su entorno y los demás; el tiempo socialmente construido.[111]

[110] K. Kosik, *Dialéctica de lo concreto*, México, Grijalbo, 1976, p. 55.

[111] La concepción del tiempo como categoría del pensamiento socialmente

Igual que la identidad individual, la identidad colectiva la construyen los individuos, quienes la asumen a través del tiempo. La construcción de la identidad y su reproducción sólo son posibles en un marco temporal. Fuera de éste nada ocurre. Es más, ni siquiera existe esa posibilidad. En cambio, a través del tiempo, la construcción de la identidad no sólo ocurre, sino también se articula con otros procesos intelectuales. Por ejemplo, la formación de la memoria y lo inconsciente.[112]

Como "historicidad", sin que ello signifique que se trate de la historia de determinado individuo o grupo, el tiempo cumple sendas propiedades. Por una parte, está contenido en la identidad de aquéllos; por la otra, sirve de marco para que diseñen las organizaciones, las acciones y los símbolos, a partir de los cuales construirán dicha identidad y la de cada uno en particular.

Como estrategia metodológica, el tiempo, en términos amplios, sintetiza el pasado y el presente en que se inscribe dicho objeto de estudio, así como los diferentes *tiempos* que lo enmarcan. Por un lado, a través de las fuentes escritas tiene acceso al tiempo objetivo, es decir, el que transcurre en forma natural y como tal registra el orden en que sucedieron los procesos y los hechos que dan sustento empírico a ese objeto. Por el otro, mediante los individuos a quienes entrevista en los sitios donde se

---

construida se remonta a Emile Durkheim. En la Introducción a *Las formas elementales de la vida religiosa,* menciona que el tiempo, junto con otras categorías tales como espacio, género, cantidad, causa, sustancia, personalidad, etcétera, tiene su origen en la religión, entendida ésta como un producto de los hombres en sociedad. Cfr. E. Durkheim, *Las formas elementales..., op. cit.* Edmund R. Leach, al final de su obra, *Replanteamiento de la antropología,* retoma las ideas de Durkheim para explicar cómo los calendarios han sido organizados con base en las fiestas. Añade que el individuo experimenta el tiempo por la repetición de ciertos hechos, el envejecimiento del mismo individuo y el ritmo con el que transcurre. Cfr. E. R. Leach, *Replanteamiento de la antropología,* Barcelona, Seix Barral, 1971.

[112] Al respecto, véase Anthony Giddens, *La constitución de la sociedad,* Buenos Aires, Amorrortu, 1995. En cuanto a la relación del tiempo con la memoria, Merleau-Ponty dice lo siguiente: "No digamos ya que el tiempo es un 'dato de la consciencia', digamos, más precisamente, que la consciencia despliega o constituye el tiempo. Por la idealidad del tiempo deja, en fin, aquélla de estar encerrada en el presente." (Maurice Merleau-Ponty, *Fenomenología de la percepción,* Barcelona, Península, 1994, p. 422.)

desenvuelven, tiene acceso al tiempo subjetivo o, si se prefiere, el tiempo imaginado. De cualquier manera, se trata del que construyen los actores desde su propia percepción de la realidad. Es el tiempo que habla de la cotidianeidad que envuelve a esos procesos y hechos; de sus personajes, de la racionalidad de los actores y de la cronología en la cual estos últimos suponen cómo ocurrieron tales procesos y acontecimientos. Pero también, es el tiempo que habla de los símbolos, mitos y demás creaciones intelectuales que los actores reproducen a través de su discurso.[113]

Bajo una visión así del tiempo, es posible incluir en el análisis los distintos momentos y circunstancias por los que atraviesa la construcción de la identidad. En este sentido, podemos distinguir dos grandes momentos o tiempos[114] que son: el de la construcción de la identidad propiamente dicha y el de su reproducción. A su vez, en estos momentos se incluyen otros como son la elaboración que hace el individuo de su identidad de origen, a través de la socialización que recibe del grupo en el que nació; la ampliación de ésta al interaccionar con otros individuos, grupos, sistemas, espacios e instituciones que conforman la nueva realidad social en la que se ubica, y la elaboración de las instancias y mecanismos por medio de los cuales reproducirá su identidad. Sobre todo, cuando el individuo forma su propia familia.

Concebidos en los términos anteriores, la totalidad y el tiempo tienen un doble significado. Para el individuo observado revisten un significado empírico, es decir, son las acciones, las instancias, los espacios y los momentos a través de los cuales construye su identidad. Para el observador es un recurso metodológico, un instrumento que le sirve para acercarse al fenómeno en cuestión, ordenar sus elementos, determinar sus vínculos y explicar cómo se relaciona el individuo y establece dichos sistemas, genera esos procesos y crea las instituciones que harán posible la construcción

[113] Sobre la subjetividad del tiempo en el habla, la lingüística y la literatura, véase Roman Jakobson, *Arte verbal, signo verbal, tiempo verbal*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.

[114] Sobra decir que sólo por motivos de exposición hago esta separación. En la realidad, ambos momentos están interrelacionados, por lo que se pueden resumir en uno: la construcción de la identidad.

de su identidad. Para decirlo en las palabras de Hugo Zemelman, "es una óptica epistemológica desde la que se delimitan campos de observación de la realidad, los cuales permiten reconocer la articulación en que los hechos asumen su significación específica".[115] En ambos casos, independientemente del significado que se le quiera dar o por el cual se opte, es una realidad que construye ya sea el individuo o el observador. En este sentido, categorías como totalidad y tiempo son subjetivas, ya que no sólo guardan una estrecha relación con el individuo, sino que también dependen de él.

IDENTIDAD Y TRABAJO

Lo expuesto anteriormente es un marco conceptual, una reflexión en abstracto sobre la identidad, sin aludir a sujetos concretos. Para el caso de los grupos que se definen por la actividad laboral[116] desarrollada por sus integrantes, los elementos que intervienen en la construcción de su identidad como obreros son —además de la familia, el grupo social, la escuela y la Iglesia— el trabajo, las organizaciones vinculadas a esta labor creadas por ellos, las acciones colectivas emprendidas como trabajadores, los espacios donde se desempeñan y el poder que enfrentan. Son los ejes centrales en torno a los cuales gira la socialización secundaria que les permitirá construir los elementos que corresponden a los roles que ahora desempeñan. A través de la articulación de dichos ejes, socialización y roles, los trabajadores vertebran tanto su identidad y la conformación de sus respectivos grupos como su diferenciación respecto a otros que les son ajenos; mismos que, a semejanza de ellos, también realizan determinada actividad laboral.

Entre los obreros, la construcción de su *identidad de origen* nos remite a sus historias familiares y aun a las de la región donde nacieron y transcurrió su niñez. Básicamente se refiere a su socia-

[115] Hugo Zemelman, *Los horizontes de la razón. Dialéctica y apropiación del presente*, t. I, México, Anthropos-El Colegio de México, 1992, p. 50.

[116] La actividad laboral a la que me refiero en este caso es el trabajo industrial.

liación primaria, es decir, a los mecanismos por medio de los cuales se produjo; las formas en que adquirieron los saberes, las tradiciones, los modos de organizarse y los códigos de los grupos en los cuales participaban; las instancias en donde los adquirieron; las actividades que les correspondían según su edad y género, y los elementos a través de los cuales se reconocieron como miembros de esos grupos, y reconocieron a los demás, tanto a los que sí lo eran como a quienes no.

El trabajo

Al analizar uno a uno los elementos anteriores, tenemos que la formación de cualquier grupo definido por el trabajo que desempeñan sus integrantes no se comprende sin abordar el proceso de producción al que se encuentran vinculados y la posición que en éste ocupan. Es sabido que, axiomáticamente, mediante este proceso los individuos no solamente transforman una determinada materia prima para producir bienes de uso o de cambio, sino que al hacerlo también producen, y reproducen, tanto su propio ser con toda su objetividad y subjetividad, como las representaciones simbólicas y las relaciones sociales, formales o informales, que rigen su vida en cuanto trabajadores de tal o cual empresa.

Igualmente, sabemos que el individuo, mediante su participación en el trabajo, se incorpora a otros segmentos del tejido social al establecer relaciones con otros individuos, organismos e instituciones en general. Mediante el ejercicio cotidiano del trabajo y, específicamente, hablando de una actividad laboral concreta, el individuo participa en nuevas formas de hacer las cosas, de relacionarse y organizarse. Éstas, a su vez, producen formas de identificación en relación con la actividad que realiza, y de identificación con otros que comparten su lugar en la producción y su posición en la sociedad a la que pertenece.

En este caso, se desecha la visión marxista del trabajo en tanto actividad externa al individuo que le genera miseria y alienación,[117]

[117] Cfr. Carlos Marx, *Manuscritos de 1844, economía, política y filosofía*, México, Cartago, 1983.

con el fin de adoptar una concepción, que también ofrece Marx, que define aquél como actividad intrínseca al individuo, capaz de promover su humanización y el cambio social.[118]

Íntimamente relacionada con la identificación anterior está la formación de la conciencia obrera y las expresiones que adopta. Si bien éstas implican la construcción de una identidad, la conciencia obrera sólo es posible en tanto los individuos se reconozcan como miembros de un grupo o, más aún, de una clase. En un nivel de análisis más preciso, dichas formas de identificación suponen el conocimiento del individuo de la historia –que se repite por tradición oral–, de la empresa donde trabaja y del proceso de trabajo que realiza, así como de un universo simbólico que encierra la concepción que tiene respecto a las actividades que desempeña; de sí mismo frente a éstas y de actuar ante ellas.

Dependiendo de la forma como se integre al trabajo, el individuo conoce esa historia, aprende ese proceso y elabora o reelabora ese universo de símbolos. Ambos fenómenos ocurren como parte de la socialización del individuo en el trabajo, o cuando se incorpora a una actividad que resulta ajena a la que desempeñaba antes. El primer caso hace referencia a los aprendices de los talleres artesanales, y el segundo, al de los campesinos, sean de México o de los demás países de América Latina, que abandonan sus parcelas y se integran al sector industrial. En el caso de los trabajadores sin base, de aquellos sometidos a formas de contratación temporal y aun de quienes carecen de especialización, estos procesos –de identificación y formación de conciencia– se expresan de otras formas.

El trabajo, como elemento constitutivo de la identidad que se produce en el individuo, no sólo implica su identificación con la actividad que realiza y con los que como él la ejecutan, sino también con la estructura ampliada que envuelve su actividad laboral. Me refiero al espacio, el estilo de vida, la ideología y la cultura que supuestamente desarrollan los practicantes de tal o cual trabajo. Por ello, la construcción de la identidad entre quienes provienen de un ámbito rural y se integran al trabajo industrial, y más aún si éste ocurre en un ámbito urbano, presenta particularidades que la hacen más compleja. Por ejemplo, además de la res-

[118] Cfr. C. Marx, *El capital*, *op. cit.*

tructuración de sus códigos simbólicos, supone la movilización de un espacio y de un estrato social a otros e, incluso, la reorganización de la familia y la adopción por ésta de las normas y conductas que corresponden al espacio y al estrato a los cuales se integran. Implica, pues, incorporar a su identidad, total o parcialmente, los elementos de la nueva estructura global que son diferentes a los que sirvieron de cimiento a la identidad que ya poseían.

Los problemas aquí apuntados, más aquellos derivados de la identificación del individuo con el trabajo y de la construcción de una identidad sobre la que influye esta actividad, ayudan a comprender por qué "en las regiones en vías de desarrollo el trabajo organizado tiende a ser inefectivo e ineficiente, según los criterios industriales modernos".[119] Independientemente de los hechos a los que recurre Udy para corroborar la afirmación anterior,[120] creo que dichos problemas tienen mucho que ver con las características que envuelven el trabajo organizado en esas regiones. Al menos en lo concerniente a México.

Las organizaciones

Parte fundamental en la construcción de la identidad es la formación de organizaciones a cargo de los integrantes de estos grupos. Su integración surge a partir de los elementos que comparten y hacen posible su identificación. Durante su formación, los individuos reconstruyen –y en algunos casos crean– la red de relaciones existentes, las normas establecidas, la organización de la producción y aun los espacios donde interactúan. Ya formadas, quienes se incorporan a éstas se integran a nuevas condiciones laborales, las cuales, a su vez, implican nuevas relaciones, normas, sistemas productivos y espacios; nuevos grupos sociales y actividades que van más allá de la jornada rutinaria de trabajo.

Sin las organizaciones, los individuos permanecen aislados, sin mayor interés que el de obtener los bienes para satisfacer tan-

[119] Stanley H. Udy, *El trabajo en las sociedades tradicional y moderna*, Buenos Aires, Amorrortu, 1976, p. 76.

[120] *Idem.*

to sus necesidades naturales y sociales como las de sus respectivas familias. No así con aquellas, ya que permiten que su individualidad trascienda a la colectividad del grupo que componen.

Su formación, en principio, implica reconocer, de parte de los individuos, la existencia de intereses que les son comunes, y reconocerse como portadores de éstos y no sólo de sus propios intereses individuales. En este sentido, se puede decir que la identificación de los individuos entre sí es el requisito previo para la constitución no sólo de las organizaciones, sino también de grupos sociales. En un segundo nivel de análisis, implica integrarse a un grupo y reconocerse como miembros suyos y como compañeros de quienes poseen sus mismos intereses, condición y atributos. Pensar, actuar, acatar ciertas normas y reglas, compartir ciertos conocimientos y hasta, en un momento dado, ser cómplice de los demás, es parte de esta integración del individuo al grupo. Lo contrario significa disentir, impugnar e incluso renunciar, de forma voluntaria u obligada, al grupo.

Las organizaciones a las que me refiero son, ante todo, en este caso, las que surgen en relación con el trabajo que realiza el individuo y que tienen por objetivo intervenir en la producción, evitar el impacto de la tecnología y representarlo ante la empresa y las instancias jurídico laborales, con el fin de promover y defender sus derechos como trabajador. Igualmente, se incluyen aquellas que, sin formar parte de las anteriores, procuran el esparcimiento de los trabajadores y en ocasiones la reproducción de sus tradiciones. Círculos de calidad, sindicatos, equipos deportivos y agrupaciones religiosas son ejemplos de tales organizaciones.

Las acciones colectivas

Si bien la construcción de la identidad supone la realización de acciones[121] a cargo del individuo, a las que me refiero son aquellas que ejecuta conjuntamente con quienes se identifica y conforma

[121] Bizberg menciona, en el artículo citado, que la identidad es lo que le da sentido a la acción del individuo. Por ello afirma que la identidad es más bien una acción.

un grupo; todo ello como parte de una práctica dirigida hacia la consecución de fines específicos. Son estas acciones las que permiten que la identidad trascienda del plano de la subjetividad, y aun del de la intersubjetividad, al de la objetividad concreta: la realidad, el mundo objetivo. Dicho en términos de Berger y Luckmann,[122] mediante estas acciones el individuo externaliza su identidad objetivándola en un mundo institucionalizado.

El tipo de acciones que emprende el individuo en la construcción de su identidad es, como diría Schütz,[123] de conductas proyectadas, es decir, acciones conscientes, ya que antes de ser llevadas a la práctica, el individuo las planea, pues tiene en la mente una imagen de lo que va a hacer y de lo que espera obtener. Encierran, pues, una noción de proyecto.[124]

En ese tipo de acciones está implícita, además del proyecto, la presencia de una racionalidad que, a su vez, conlleva objetivos que el individuo establece a partir de la visión de la realidad que enfrenta. Lo contrario implicaría que fueran acciones que por su espontaneidad y desorganización, impidieran al individuo emprender algún proyecto y, menos todavía, lograr los objetivos previstos. En este sentido, precisamente por la falta de proyecto, las acciones que pueda emprender un individuo, e incluso un grupo, no son más que conductas impulsivas desprovistas de conciencia.

Aunque el sustento teórico para la conceptuación de las acciones que inciden en la construcción que hace el individuo de su identidad se remonta a la noción de Max Weber[125] sobre la *acción social,* los referentes más precisos e inmediatos que he tomado para

[122] P. L. Berger y T. Luckmann, *op. cit.*

[123] A. Schütz, *Fenomenología del mundo social, op. cit.*

[124] Esta noción de conducta queda más clara cuando, en otra de sus obras, Schütz dice: "La característica que distingue a la acción es precisamente estar determinada por un proyecto que la precede en el tiempo. Por consiguiente, la acción es una conducta proyectada; y el proyecto no es más ni nada menos que la acción misma concebida y decidida en el tiempo futuro perfecto. Así el proyecto es el sentido primario y fundamental de la acción." Véase A. Schütz, *Estudios sobre teoría social, op. cit.*, p. 24, y A. Schütz, *La construcción significativa del mundo social,* Barcelona, Paidós, 1993.

[125] Cfr. Max Weber, *Economía y sociedad,* México, Fondo de Cultura Económica, 1964, pp. 18 y ss.

presentar la propuesta contenida en este trabajo, se encuentran en las ideas ya mencionadas de Schütz y en la noción de *acción teleológica* de Habermas.[126] Eso sí, no hay que confundirlos con el uso que se le dio a esta última, primero, para desarrollar una teoría de la decisión económica, ni el que sirvió, después, para elaborar la teoría de los juegos estratégicos.[127] En todo caso, si se desea, es preferible recuperar el sentido weberiano de la acción social, o sea, una acción que no se define por un solo principio, sino por la complejidad y la jerarquización que le imprimen los actores.[128]

Wuthnow, Hunter, Bergensen y Kurzweil, al comentar las ideas de Habermas sobre la cultura, proporcionan elementos que pueden servir para comprender en forma más amplia la categoría anterior. Los autores referidos señalan que Habermas distingue entre *acción racional intencional* y *acción comunicativa*. La primera "se caracteriza por su orientación utilitaria con respecto al ambiente material; le interesa transformar manipulativamente a dicho medio".[129] Para estos estudiosos, tal tipo de acción usualmente se conoce como *trabajo* o *labor* y puede considerarse como tal "si está dirigida al mundo físico y lo trata como un medio que conduce a un fin, y no como un fin en sí mismo: como un objeto que hay que manipular para la obtención de alguna meta".[130] No obstante esta precisión, reconocen que para Habermas dicha acción igualmente se refiere a las conductas dirigidas a organizar de manera utilitaria las relaciones de los individuos con el mundo material.

Los mismos autores mencionan que estas acciones son racionales en tanto están organizadas y se evalúan de acuerdo con un tipo particular de criterios: la eficiencia para la consecución del objetivo planteado y la coherencia de los medios establecidos para alcanzarlo.

En términos de los autores mencionados, la *acción comunicativa* se caracteriza por la capacidad del individuo para expresar a

[126] Aunque Habermas distingue cuatro conceptos básicos de acción, el que he tomado es el que denomina *acción teleológica*. Cfr. J. Habermas, *Teoría de la acción comunicativa*, *op. cit.*, t. I, pp. 122 y ss.

[127] *Idem.*

[128] F. Dubet, art. cit.

[129] Robert Wuthnow *et al.*, *Análisis cultural. La obra de Peter L. Berger, Mary Douglas, Michel Foucault y Jürgen Habermas*, Buenos Aires, Paidós, 1988, p. 210.

[130] *Idem.*

los demás sus intenciones, y por estar gobernada por "reglas implícitas que rigen la articulación del conflicto, por 'cosmovisiones' o pautas de pensamiento, y por los autoconceptos de los grupos e individuos".[131]

Las acciones que emprenden los individuos que se identifican por la actividad laboral que desempeñan son, en primera instancia, las que tienen su origen en el trabajo y que realizan a través de las organizaciones que, a partir de esta actividad, han formado. O las que como grupo emprenden cuando no poseen dichas organizaciones. Para el caso de los trabajadores, tal vez el mejor ejemplo de lo mencionado sean las huelgas. Usualmente, las huelgas son planeadas con anticipación, suponen un espectro de posibles acciones y los diversos objetivos que aquellos persiguen. Igualmente, suponen el tipo de relaciones que sostienen con las instancias hacia las que dirigen sus acciones, la racionalidad, el grado de organización e incluso el de politización de los individuos que llevan a cabo dichas acciones.

Otro tipo de acciones son las que impulsan a los trabajadores a la defensa de sus derechos laborales, la constitución de sus sindicatos y el registro de los mismos ante las autoridades correspondientes; la demanda de condiciones de trabajo adecuadas, el respeto de sus derechos como trabajadores al ser jubilados, la preservación de los elementos en el ámbito del trabajo, que constituyen su cultura, y aun las acciones que, siempre como trabajadores, realizan cotidianamente, ya sea como protesta contra autoridades civiles o en demanda de servicios para sus barrios y unidades habitacionales.

Los espacios laborales

En las primeras páginas de este capítulo reconocía el espacio donde se desenvuelven los individuos como uno de los elementos que influyen en la constitución de su identidad. La importancia del espacio, o mejor dicho, de los espacios, en este proce-

[131] Robert Wuthnow *et al.*, *Análisis cultural...*, *op. cit.*, p. 213.

so, está fuera de duda. Su delimitación y la concepción que de ellos tienen sus habitantes es producto de las diversas relaciones sociales que, a través del tiempo, establecieron y establecen quienes los ocuparon y continúan ocupándolos. Ahí transcurre la socialización del individuo, y también se ejecutan las actividades derivadas de los roles que desempeña en la vida cotidiana. En el caso de los individuos cuya identificación incluye el trabajo que realizan, los sitios donde éste ocurre son el ámbito privilegiado para la construcción de su identidad en tanto trabajadores. Análogamente, las fábricas, los talleres, los sindicatos y los barrios o unidades habitacionales de obreros, representan para éstos lo que la comunidad para los indígenas en la construcción de su identidad étnica.

Ahí, el individuo aprende a ser obrero, artesano o, simplemente, trabajador de tal o cual empresa. Se integra a un proceso de trabajo establecido; desarrolla las habilidades requeridas; aprende el lenguaje para referirse a los instrumentos y fases del trabajo; desarrolla las "mañas" para hacer menos fatigosa la jornada; establece relaciones con quienes participan en este proceso; pasa a ser miembro de las organizaciones laborales creadas en el marco del mismo trabajo, y participa en las acciones que colectivamente emprenden en defensa de mejores condiciones laborales, salarios y prestaciones.

En esos espacios, igualmente, los sujetos hacen suyas la historia del oficio y de la fábrica; las tradiciones y las efemérides que recuerdan el aniversario del sindicato; las huelgas, las marchas y las *luchas* que alguna vez emprendieron en demanda de lo que les correspondía y creían que era justo. Dicho en forma breve, se socializan. En las fábricas no todo es trabajo. Ahí también los obreros se convierten en compadres para apadrinar al hijo recién nacido o a la niña que cumple quince años; se ponen de acuerdo para tomar las cervezas al medio día y asistir a los bailes para ligar; forman equipos deportivos para representar a la fábrica o departamento al que pertenecen, y establecen grupos para organizar la misa del día de la Virgen de Guadalupe, o rezar en la parroquia o templo de la colonia donde residen.

Sin negar lo dicho sobre el ámbito donde se produce la construcción del yo, en el caso de los obreros, en cuanto tales, este

proceso tiene lugar precisamente en los espacios que les son propios. Es ahí donde entran en contacto con los individuos con quienes se identificarán, con el proceso de trabajo que practicarán, con las organizaciones que de éste se deriven y las tradiciones que al respecto se generen. También es ahí donde diseñan las acciones colectivas que emprenderán contra el poder que enfrentan, y en donde adquieren conciencia sobre la realidad global en que se inscriben.

La construcción del yo, en el caso de las identidades laborales, está, en primera instancia, estrechamente vinculada con la conversión de los individuos en obreros y, en segunda, con su proletarización. Identificarse como obreros e identificarse como miembros de un grupo social más amplio son los sustentos de dicha construcción. Al margen de esta condición, solamente se les identifica por los atributos que los caracterizan como personas físicas, es decir, por su *identidad natural.*

En síntesis, los espacios laborales no constituyen un mundo privado, sino un mundo compartido por semejantes,[132] que como tal permite el desarrollo de un complejo enramado de roles, relaciones, acciones, organizaciones, actividades, tradiciones, símbolos y conductas en general, que inciden en la identidad laboral construida por los individuos que desempeñan determinada actividad económica.

El poder

El poder es un elemento que, implícita o explícitamente, está presente en las acciones que desarrolla el individuo para la construcción de su identidad. En alguna de sus formas, ya sea en el sentido probabilístico en el que ocurre la imposición de la propia voluntad dentro de una relación social, como menciona Weber;[133] de la *capacidad transformadora* de la acción humana que refiere Giddens,[134] o

[132] Cfr. A. Schütz, *Estudios sobre teoría social, op. cit.*

[133] Cfr. M. Weber, *op. cit.*

[134] Anthony Giddens, *Las nuevas reglas del método sociológico,* Buenos Aires, Amorrortu, 1987.

del conflicto a la manera de Touraine,[135] el poder aparece una y otra vez a manera de común denominador.

Independientemente del significado que le den estos autores,[136] a mí me parece que la construcción de la identidad entre los individuos no puede concebirse ajena al poder. A lo largo del proceso se insertan en un conjunto de relaciones en las que subyace el poder. La socialización y la asunción de roles conllevan una alta dosis de este elemento. Por medio de la socialización se trasmiten y reproducen no sólo los elementos que han impuesto las clases dominantes, sino también los que las clases dominadas han elaborado como resultado de las relaciones desiguales de poder que sostienen ambas clases. La asunción de roles también puede ser vista como el reconocimiento, por parte del individuo, del poder que ejerce el grupo sobre sus integrantes. La negación que pueda hacer de su identidad de origen o las identidades que surgen como respuesta al poder, se explican en términos de este tipo de relaciones.

Lo dicho es igualmente aplicable a los individuos que se definen por la actividad laboral que realizan. Sobre todo en México, donde la formación de las clases trabajadoras y su situación actual no se entienden al margen de su relación con el Estado. En este sentido, la identidad puede ser definida en función de las relacio-

[135] La noción de conflicto de la que nos habla Touraine está dada por aquellas tensiones enmarcadas en movimientos sociales de reivindicación que no se definen exclusivamente en función de las relaciones de producción, sino porque están dirigidos contra, en sus términos, un sistema de organización social. En tal virtud, dichas tensiones se presentan más generalizadas, por lo que aparecen vinculadas a lo político, lo cultural e incluso a la acumulación del poder en las grandes empresas. Según este autor, la relación "entre la identidad y el conflicto, ese nacimiento de la identidad operado por el conflicto, no son característicos de nuestra sociedad, sino de todas las sociedades dotadas de historicidad". (A. Touraine, *Introducción a la sociología, op. cit.*, p. 251.) En otra de sus obras diría que el poder es "a la vez un instrumento de integración y de coacción". (A. Touraine, *Producción de la sociedad, op. cit.*, p. 50.)

[136] Mientras que para Giddens "el concepto de poder, en una u otra forma, no implica la existencia del conflicto" (A. Giddens, *Las nuevas reglas..., op. cit.*, p. 113), en el caso de Touraine, además de lo dicho en la nota anterior, "la relación con el poder es lo que constituye sólidamente la identidad de los sectores históricos". (A. Touraine, *Introducción a la sociología, op. cit.*, pp. 266-267.)

nes de poder que enfrentan para la consecución de los objetivos, contenidos en las acciones individuales y colectivas que emprenden. Desde una visión más amplia de este marco interpretativo, la identidad resultante de la dominación cultural, de género[137] o de cualquier otro tipo, y aun la construcción de la identidad nacional[138] por encima de las culturas y las identidades étnicas[139] y locales, igualmente se inscriben en una compleja red de relaciones de poder. En suma, el tipo de relaciones que sostiene el individuo con los agentes que ejercen el poder incide en la construcción de su identidad y en las formas como habrá de expresarla.

[137] Al respecto, son ilustrativos los trabajos de José M. Valenzuela y Estela Serret sobre la identidad en la frontera norte y la identidad de género, respectivamente. Cfr. J. M. Valenzuela Arce (coord.), *op. cit.*

[138] Al respecto, véase Larissa Adler Lomnitz, *Redes sociales, cultura y poder: ensayos de antropología latinoamericana*, México, Flacso-Miguel Ángel Porrúa, 1994.

[139] Larissa Adler Lomnitz, citando a varios autores, señala un problema interesante. Por una parte, sostiene que el nacionalismo es impuesto por los intereses y proyectos de las clases dominantes; pero, por la otra, menciona que la identificación étnica constituye la base de los grupos nacionales (*Idem*).

II. LOS ANTECEDENTES DE LA IDENTIDAD COLECTIVA

Introducción

La construcción de la identidad, a pesar de ser un proceso subjetivo, tiene una base objetiva. En términos amplios, esta base se halla compuesta por un mosaico de elementos. Entre otros, por el grupo al que pertenecen los individuos que la construyen; las actividades productivas que éstos desarrollan; las diversas condiciones sociales en las que el grupo se generó; las organizaciones, relaciones, acciones y actitudes implícitas resultantes, y el espacio en donde, por una parte, se desarrollan estas relaciones, acciones y actitudes y, por la otra, adquieren concreción los códigos valorativos y simbólicos que los individuos diseñaron como respuesta a la acción que sobre ellos ejercen tales condiciones, el grupo y la práctica de sus actividades productivas.

Empíricamente, esta base les permite a los individuos identificarse entre sí y con los elementos que la componen. Por ello, hablar de la construcción que hace un individuo de su identidad implica hacerlo sobre esta misma base. Sin ésta el proceso es imposible. Desde otra perspectiva, teórica y metodológica, esta base le permite al investigador definir los sujetos y diseñar las categorías, por medio de los que reconstruirá y explicará tal proceso.

En conjunto, los elementos que componen esta base constituyen una especie de genética social que proporciona a los integrantes del grupo los elementos básicos, de los que se desprenden otros más, para construir y expresar su identidad. A diferencia de lo que ocurre en los procesos biológicos, en este caso los individuos son los que dinamizan tales elementos, por lo que su preser-

vación se realiza a manera de una herencia que pasa de unos a otros. Recuperando lo ya dicho, el mecanismo privilegiado para que ello se cumpla es la socialización. A través de la tradición oral, la observación de las costumbres y la participación en las instituciones del grupo, tales elementos son trasmitidos de padres a hijos con el fin de que, una vez internalizados y reelaborados, estos últimos construyan su identidad.

La trasmisión de dichos elementos, entonces, propicia la creación de una identidad colectiva mediante la cual los integrantes de determinado grupo se reconocen como unidad, tanto con quienes en ese momento integran el grupo al cual pertenecen como con quienes les antecedieron. Del mismo modo –como producto de dicha identidad–, reconocen como suyas las relaciones, organizaciones, acciones y los códigos que aquellos establecieron y los espacios en donde actuaron.

Tiempo, espacio y trabajo en la construcción de la identidad

Como en todo proceso, los elementos sobre los cuales los desfibradores de Cordemex, S. A. de C. V., construyeron su identidad colectiva, no surgieron así de pronto, ni en forma simultánea. Antes bien, aparecieron en diferentes momentos y con distintos ritmos. La historia de la industria henequenera es el marco más general en el que ocurrió este fenómeno. Ahí se sintetizan el proceso de trabajo a través del cual los desfibradores se identificaron, el tiempo en el que se dio ese proceso y la región donde se produjo. En el devenir de esta historia se fueron definiendo las tareas que diferenciaron a esos trabajadores del resto de quienes participaban en esa industria. A medida que el cultivo del henequén dejó de ser una actividad artesanal para la producción de bienes de uso y se convirtió en una industria para la producción de mercancías, surgieron, tanto un proceso de trabajo diferenciado en dos grandes fases, como distintos tipos de trabajadores que se encargarían de las actividades correspondientes a esa fase. Los sucesos que enmarcaron este pasaje y las acciones que tales actores emprendieron en diferentes momentos conforman la genética social que les permitió construir su identidad colectiva.

A lo largo de este desarrollo, los antecesores de los desfibradores que pertenecieron a la empresa referida elaboraron una identidad cuyos elementos ponían de manifiesto las expresiones de la realidad que enfrentaban. Los orígenes de este proceso se remontan a la primera mitad del siglo XIX cuando aparecieron, en Mérida y en las haciendas donde se cultivaba el henequén, los corchaderos, es decir, pequeños talleres en donde los trabajadores, bajo procedimientos manuales por demás sencillos, desfibraban las hojas de este agave y elaboraban cuerdas, hilos y sacos para su propio uso, en diferentes actividades productivas o domésticas. Como se puede ver, en tanto trabajadores de la industria henequenera, los desfibradores forman parte de la fuerza de trabajo, empleada en el sector secundario, más antigua de Yucatán.

Si abordamos esos momentos como recurso metodológico,[1] uno de ellos es el que comprende desde la aparición de estos trabajadores en el siglo XIX, hasta la estatización de dicha industria en 1964. El segundo es más breve; va de este momento hasta la creación, en 1974, del primer sindicato de desfibradores. En total, abarca diez años. El tercero incluye los sucesos que ocurrieron desde la fundación de este sindicato hasta la reprivatización, en 1992, de las desfibradoras que pertenecieron a Cordemex. Sin embargo, en este capítulo, sólo me referiré al primer momento; de los otros me ocuparé en los capítulos subsecuentes.

Aparentemente, el primer momento es un periodo largo, de poco más de cien años; no obstante, la situación por la que atravesaron las relaciones de producción que se generaron y las condiciones de los desfibradores varió poco. Durante todos esos años, repito, los desfibradores no sólo no aparecen como tales, sino que ni siquiera lo hacen como artesanos cuyas labores son diferentes a las que realizan los agricultores. Por lo menos, la información disponible así lo indica.

Como se verá, el fenómeno más relevante en este primer momento fue el desarrollo de la industria henequenera. Las condiciones a las que estuvo sometida esta industria y las relaciones

[1] Para una comprensión del tiempo como herramienta metodológica, véase Hugo Zemelman, *Los horizontes de la razón*, *op. cit.*

sociales que de ella se derivaron dieron lugar a un sujeto y un sistema económico que se habría de reproducir hasta nuestros días. Surgió, pues, un trabajador que, por una parte, combinaba su participación en la extracción de la fibra del agave con la realización de actividades primarias y, por la otra, recurría a la fuerza de trabajo familiar para cumplir con estas últimas. Sujeto y sistema con los que se identificarían los trabajadores de las desfibradoras de la antigua paraestatal Cordemex.

La zona henequenera

Hablar de la historia de la industria henequenera nos remite al espacio en el cual se produjo el cultivo y la manufactura de su materia prima. Ahí concurrieron sistemas antagónicos de explotación del agave que generaron un conjunto de elementos que habrían de influir en la construcción de la identidad de los trabajadores de esa industria: las haciendas decimonónicas, el experimento socialista de Salvador Alvarado y Felipe Carrillo Puerto y la Reforma Agraria cardenista. A lo largo de estos momentos se fue creando y recreando un complejo sistema de relaciones sociales que, a su vez, incidió en el trabajo, la ideología, la memoria, los códigos simbólicos, las formas de organizarse, comportarse y reconocerse de los individuos que habitaron entonces y después esta región, elementos todos que conformaron su identidad.

Igual que en el presente, estos trabajadores no siempre se identificaron como tales. Esto fue resultado de un largo proceso que ocurrió, repito, enmarcado por el desarrollo de la industria henequenera. Aunque ese proceso y este desarrollo están fuertemente entrelazados con la historia local, en la realidad tuvieron ritmos diferentes. Al concluir el siglo XIX, esa industria ya se había consolidado como eje de la economía yucateca. Del mismo modo, la región donde se cultivaba su materia prima ya estaba delimitada, no así los desfibradores como grupo socialmente reconocido por el trabajo que desempeñaban. Bajo esta consideración, no existían. Su existencia social vendría después.

Su configuración

La historia de la zona henequenera es rica, compleja y por demás interesante.[2] La multiplicidad de fenómenos que encierra hace que su análisis quede abierto a diferentes enfoques y disciplinas. Como se verá, el cultivo del henequén no siempre fue la actividad dominante, ni en dicha región se cultivó solamente ese agave. Producto de la dinámica que los individuos le imprimen a la sociedad, la zona henequenera ha estado sometida a una constante transformación.

Su conformación se debió al desarrollo de las haciendas que a principios del siglo XIX se encontraban ubicadas en la región noreste de Yucatán. Varios son los autores que encuentran en la guerra de castas de Yucatán la causa[3] del desarrollo de estas haciendas y, en consecuencia, de la industria del henequén.[4] Desde mi perspectiva, los factores que provocaron este desarrollo fueron múltiples; entre otros, hay que considerar la cercanía de la región donde se asentaban esas haciendas con la costa, el surgimiento de nuevos sistemas de cultivo del henequén, la aparición de máquinas para desfibrar las hojas, la construcción de una extensa red de caminos

[2] Un esbozo histórico sobre esta zona y de las condiciones que prevalecen entre la población de origen indígena se encuentra en Marie Lapointe, "Los mayas y mestizos de la zona henequenera de Yucatán 500 años después", *América indígena*, vol. LII, núm. 4, 1992.

[3] Los diversos estudiosos que siguen esta línea toman como fuentes más generales los trabajos de Gonzalo Cámara Zavala, *Reseña histórica de la industria henequenera de Yucatán*, Mérida, Imprenta Oriente, 1936, y Renán Irigoyen, *¿Fue el auge del henequén producto de la guerra de castas?* Mérida, Publicaciones de Henequeneros de Yucatán, 1947, así como la bibliografía citada por ambos.

[4] Cfr. Robert Patch, "Apuntes acerca de los orígenes y las características de la hacienda henequenera en Yucatán", *Yucatán: Historia y Economía*, año 2, núm. 9, 1978. Según este autor, el desarrollo de las haciendas henequeneras, y por lo tanto de la zona henequenera, tuvo como base las haciendas maicero-ganaderas que surgieron en esa región a mediados del siglo XVIII. Salvador Rodríguez Losa plantea una hipótesis todavía más radical. Basándose en datos provenientes de la *Memoria leída ante el augusto Congreso extraordinario de Yucatán por el secretario general de gobierno el día 18 de septiembre de 1845*, afirma que para esa fecha la zona henequenera ya estaba conformada. Véase Salvador Rodríguez Losa, "Relación de cantidades, precios e importe del henequén manufacturado y en rama, exportado por las aduanas de Yucatán en el año de 1845" (cuadro inédito).

y vías férreas, la instauración del peonaje y, obviamente, la demanda de la fibra y sus derivados en el mercado internacional. Sobre todo a partir de 1878, cuando Cyrus Hall McCormick sustituyó el alambre por el hilo de henequén, *binder twine*, en su máquina engavilladora de trigo.[5]

La Guerra de Castas iniciada[6] en 1847 y la intervención del gobierno estatal en la promoción de la producción henequenera fueron los hechos más generales que permearon los factores anteriores. En apariencia, se trata de dos acontecimientos distintos. Sin embargo, uno y otro están fuertemente entrelazados; y en conjunto moldearon las condiciones en las que dichos factores se habrían de dar.

Al irrumpir el siglo XIX, el cultivo del henequén estaba generalizado en todo Yucatán. No obstante, su producción era de baja escala. Los indígenas la practicaban en sus hogares y parcelas, como parte de su economía doméstica, siguiendo técnicas enteramente manuales y utilizando instrumentos por demás rudimentarios. Los hacendados, por su lado, preferían dedicar sus tierras a la milpa, la ganadería, el algodón, la caña de azúcar, las hortalizas e incluso al tabaco. Los escasos *mecates*[7] que destinaban al cultivo de este agave eran preferentemente para producir la fibra requerida en las actividades de sus respectivas haciendas. Cuando había excedente, lo enviaban al mercado y su circulación se restringía al ámbito regional y nacional.

El envío de productos de henequén yucateco al exterior de la península se remonta a la década de 1780. Entre este año y 1783, los generales reales Ulloa, Bonet y Solano remitieron,

[5] Gonzalo Cámara Zavala, "Historia de la industria henequenera hasta 1919", en *Enciclopedia yucatanense*, t. III, México, Gobierno de Yucatán, 1977.

[6] Respecto a la duración de esta contienda existen diferencias entre los estudiosos dedicados a su análisis. Generalmente coinciden en señalar la ejecución de Manuel Antonio Ay, el 26 de julio de 1847, y la toma de Tepich por Cecilio Chi, el día 30 de ese mismo mes, como los hechos que dieron origen a este enfrentamiento. No así su terminación. Nelson Reed sostiene como fecha probable la de 1855, ya que para ese momento los caciques que se rebelaron habían muerto y el ejército había recuperado el territorio ocupado por los mayas (véase N. Reed, *La guerra de castas de Yucatán*, México, Era, 1976).

[7] Medida que puede ser tanto de superficie como de longitud. En el primer caso equivale a 400 metros cuadrados y, en el segundo, a 20 metros lineales.

comisionados por el Departamento de Marina de La Habana y el Ministerio de Hacienda de Veracruz, 171 cables, 46 calabrotes y 1 180 piezas menores.[8] Tres décadas más tarde, en 1811, el partido de Tixcocob vendió 200 000 costales de henequén.[9] Poco tiempo después, en 1814, habrían de salir por el puerto de Sisal 88 451 costales con valor de cuatro reales cada uno.[10] En vísperas de la Guerra de Castas, en 1845, la Aduana de Sisal reportó exportaciones de henequén manufacturado o en rama por $70 515.50, la de Campeche, por $540.00 y la de Bacalar, por $40.50.[11]

Sin embargo, a pesar del incremento de las exportaciones, no sería sino hasta la segunda mitad del siglo pasado que el comercio exterior de la fibra y los productos derivados de esa planta adquirirían la importancia que tuvieron.[12] Por ejemplo, entre el 1 de julio de 1875 y el 30 de junio de 1876 el valor de las exportaciones yucatecas[13] del agave fue de $650 942.00.[14] Paradójicamente, el henequén que se exportaba hasta entonces provenía de las parcelas y solares de los indígenas.[15] No así a partir de la segunda mitad del siglo XIX, cuando estos últimos quedaron re-

[8] G. Cámara Zavala, art. cit.

[9] Narcisa Trujillo, "Las primeras máquinas desfibradoras de henequén", en *Enciclopedia yucatanense*, *op. cit.*, t. III.

[10] G. Cámara Zavala, art. cit.

[11] La Aduana del Carmen no registró exportaciones por este concepto. En cambio, sí lo hizo por las de palo de tinte y su extracto. Durante ese año los importes de este comercio fueron de $230 792.59 por la aduana mencionada, $34 239.90 por la de Campeche, $32 509.43 por la de Sisal, y $16 340.00 por la de Bacalar. Cantidades que en total suman $316 199.42. (Datos contenidos en un cuadro inédito proporcionado por el profesor Salvador Rodríguez Losa.)

[12] Para una visión general de este proceso, véase Renán Irigoyen, *El comercio del henequén a través del tiempo*, Mérida, Centro Regional de Estudios Políticos, Económicos y Sociales de Yucatán, 1966.

[13] Téngase en cuenta que en 1857 se consuma la separación del distrito de Campeche y se constituye el estado del mismo nombre.

[14] Víctor M. Suárez Molina, *La evolución económica de Yucatán a través del siglo XIX*, t. II, México, Ediciones de la Universidad de Yucatán, 1977.

[15] Lamentablemente, hasta donde tengo conocimiento, no existe documentación que describa los mecanismos de comercialización mediante los cuales el henequén cultivado por los indígenas llegaba hasta los exportadores; posiblemente se realizaba a través de una compleja red de intermediación.

legados como simple fuerza de trabajo dentro de la producción henequenera.

Antes del auge henequenero, los hacendados veían en el maíz el cultivo que les ofrecía mejores perspectivas comerciales. Con excepción de Mérida, Motul, Izamal, Sotuta y Bacalar, las milpas abarcaban la superficie mayor. En vísperas de la Guerra de Castas, la cantidad total de mecates sembrados era de 6 330 478. De éstos, 6 000 159 eran de maíz; 181 572, de tabaco y henequén, y solamente 46 666 mecates eran los dedicados al arroz. El maíz representaba 94.78% de la superficie sembrada en Yucatán.[16]

La explotación de la caña de azúcar fue otra actividad económica que alcanzó relevancia en el estado antes del levantamiento indígena, sobre todo en las haciendas y los ranchos del sur donde prefirieron invertir algunos hacendados del norte. En 1844 la superficie sembrada con caña de azúcar era de 102 081 mecates,[17] cifra que jamás se logró alcanzar. En 1851, al comenzar nuevamente las siembras, en Espita había 450 mecates sembrados y en Tizimín, 250. Poco antes de finalizar el siglo, en 1893, la superficie total sembrada con caña de azúcar era de 78 000 mecates.[18]

Auge henequenero

Al sobrevenir la Guerra de Castas, la producción henequenera fue la única actividad económica que se mantuvo en pie. Las haciendas del sur y del oriente de Yucatán cesaron su producción a causa de la contienda. La cría de ganado y el cultivo de maíz, caña de azúcar, algodón y otras especies menores como tabaco, arroz, camote y yuca para la elaboración de almidón, prácticamente desaparecieron del campo yucateco, especialmente du-

[16] Moisés González Navarro, *Raza y tierra, La guerra de castas y el henequén*, México, El Colegio de México, 1970.

[17] La invasión de tierras ocupadas por las milpas de los indígenas, que provocó la ley del 2 de noviembre de 1825 para expandir los cañaverales, se cuenta entre las causas que provocaron la guerra de castas de Yucatán. Véase V. M. Suárez Molina, *La evolución económica de Yucatán...*, *op. cit.*, t. I.

[18] *Idem.*

rante el periodo comprendido entre el levantamiento de Tepich y los primeros años de la década de 1850.[19] Del mismo modo, los propietarios de esas haciendas vieron desaparecer la fuerza de trabajo que poseían.

Los hacendados del norte, cuyas propiedades se ubicaban en torno a Mérida, tuvieron mejor suerte. Aunque los mayas rebeldes estuvieron a 30 kilómetros al oriente de esta ciudad, aquellas haciendas no sólo mantuvieron su producción y su fuerza de trabajo, sino también las incrementaron. La guerra y los decretos gubernamentales contribuyeron a ello. Con el temor de perder la vida y buscando seguridad, numerosas familias abandonaron sus hogares para dirigirse a las haciendas aledañas a la ciudad capital. Ahí encontraron protección y la posibilidad de emplearse en las actividades económicas que se desarrollaban. Entre éstas, las más prometedoras eran las asociadas con el cultivo, desfibración e industrialización del henequén.

Consecuentemente, el número de peones de campo así como la población de Mérida aumentaron notablemente. En 1885, de un total de 26 553 de esos peones, 19 817 correspondían a las haciendas de los partidos de las zonas noroeste y central de Yucatán, y 6 716 a las del sur y el oriente, lo cual representaba 74.7 y 25.3%, respectivamente. Quince años más tarde, al finalizar el siglo, el total de trabajadores había ascendido a 80 216. De esta cantidad, 51 463 pertenecían a las zonas noroeste y central, y 28 753 a las del sur, el oriente y de las islas (64 y 35.8%, respectivamente).[20]

En cuanto a la población de Mérida, en 1868 ésta registró 23 000 habitantes y, antes de iniciarse el último cuarto de ese siglo, la cifra aumentó a 30 000.[21] Casi al finalizar la centuria, el censo de 1895 estimó la población de esta ciudad en 36 634 habitantes.[22]

La población del estado tuvo el mismo comportamiento. Luego de descender a consecuencia del conflicto bélico, mantuvo su

[19] *Idem.*

[20] *Idem.*

[21] M. González Navarro, *op. cit.*

[22] Azael T. Hansen y J. R. Bastarrachea M., *Mérida. Su transformación de capital colonial a naciente metrópoli en 1935*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1984.

ascenso durante la segunda mitad del siglo XIX. En 1845 Yucatán, sin el distrito de Campeche, que habría de separarse en la siguiente década, poseía 422 403 habitantes; en 1862 registró 248 156; en 1883 tuvo 276 825 y en 1900 alcanzó la cifra de 314 087. La población correspondiente, para esos años, a las zonas noroeste y centro, en donde se desarrolló la explotación del henequén, fue de 197 120; 158 871; 198 792 y 211 093 habitantes, respectivamente.[23]

Los migrantes que llegaron a las haciendas henequeneras no sólo fueron los que huían de la guerra, sino también quienes lo hacían por efecto de las políticas que al respecto impulsaban los poderes estatales. Con el propósito de reforzar la planta de trabajadores de las haciendas henequeneras y de la pequeña industria que surgía a la sombra del henequén,[24] durante el mes de marzo de 1883, la IX Legislatura Constitucional de Yucatán expidió sendos decretos en los que concedía a los diferentes individuos una subvención de diez pesos por cada varón, de entre 8 y 50 años de edad, que entrara al estado a trabajar en dichas haciendas. En estos mismos documentos se establecía que dichos trabajadores fueran de las Islas Canarias o de alguna otra provincia española.[25]

Otros recursos a los que recurrieron los hacendados para asegurar la permanencia de fuerza de trabajo en sus planteles fueron el endeudamiento y el acaparamiento de tierras comunales pertenecientes a los indígenas.[26] Con las autoridades estatales del lado de los hacendados, la única alternativa para los indígenas era trabajar en las haciendas como peones sin más protección que aquella emanada de la "bondad" del amo.

La demanda de fibra y productos de henequén en el mercado se incrementó, por lo cual, junto con el crecimiento demográfico,

[23] V. M. Suárez Molina, *op. cit.*

[24] Respecto a esta industria, véase Luis A. Várguez Pasos, "Apuntes sobre la industrialización de Yucatán en el siglo XIX", *Revista de la Universidad Autónoma de Yucatán*, núm. 156, 1986.

[25] Cfr. Eligio Ancona, *Colección de leyes, decretos, órdenes y demás disposiciones de tendencias general expedidos por el Poder Legislativo del Estado de Yucatán*, t. VI, Mérida, tipografía de Gil Canto, 1887.

[26] R. Patch, art. cit.

la superficie plantada y las exportaciones, la producción de henequén aumentó. Hacia 1860 el número de mecates sembrados de este agave era de 65 000; en 1869, de 153 000; en 1878, de 781 000; en 1883, de 1 002 905, y en 1893, de 2 478 000.

Al contar con la fuerza de trabajo necesaria y las plantas que los proveían de materia prima suficiente, los hacendados que optaron por la explotación de esta planta en 1873 exportaron 31 000 pacas; al año siguiente enviaron al mercado extranjero 35 000, hasta alcanzar la cifra de 41 000 en 1875.[27] Un año más tarde, el 22 de septiembre de 1876, los exportadores de henequén se vieron favorecidos al emitir la VI Legislatura Constitucional de Yucatán, un decreto en el cual se concedía, durante dos años, una prima de cinco centavos por cada arroba de henequén que se exportara, directa o indirectamente, a cualquier punto de Europa. Pocos días después, el Ejecutivo estatal decretaba la expedición del reglamento correspondiente para la concesión de dicha prima.[28]

Posiblemente los hacendados y comerciantes exportadores de henequén se acogieron a tales concesiones, ya que al terminar la década de 1870 el número de pacas exportadas fue de 113 000.[29] "Además, se embarcaron grandes cantidades de costales, de sacos, de toda clase de hilos, de jarcias y cables, así como otros artículos diversos."[30]

Al principiar el último cuarto del siglo pasado (1877) la zona henequenera había adquirido la fisonomía que tuvo hasta hace un par de décadas. El agave en cuestión se cultivaba en los partidos de Acanceh, Hunucmá, Izamal, Maxcanú, Mérida, Motul, Sisal, Sotuta, Temax y Tixcocob.[31]

A lo largo de la historia de la industria henequenera, la intervención de las autoridades, primero locales y después federales, siempre estuvo presente. La forma en que se presentó fue su principal característica. En oposición a otras intervenciones, en el caso del henequén fue permanente e incluyó las distintas fases que abarca el proceso

[27] G. Cámara Zavala, art. cit.
[28] E. Ancona, *op. cit.*, t. V.
[29] G. Cámara Zavala, art. cit.
[30] *Ibid.*, p. 691.
[31] M. González Navarro, *op. cit.*

productivo de esta planta, es decir, el cultivo en sí, la desfibración, la manufactura de los productos y la comercialización de la fibra y dichos productos. Sin tal intervención, no se podría concebir el desarrollo de esta industria ni el de la zona donde se ubicó.

El interés del gobierno local por el henequén en los años críticos de la Guerra de Castas no fue gratuito. Ante la gravedad de la situación, las autoridades estatales tenían que proteger y estimular esta actividad. Los combates habían resultado devastadores por lo que era urgente reactivar la maltrecha economía yucateca para evitar así que la población blanca, situada en Mérida y los asentamientos del norte, se manifestara violentamente contra sus gobernantes.

En los años subsiguientes a la guerra, en la segunda mitad del siglo XIX, los diferentes gobiernos lo mismo dictaron leyes y decretos para promover y normar el cultivo del henequén, y desarrollar su industrialización y comercialización dentro y fuera del país. De igual manera, emitieron disposiciones para desarrollar la tecnología necesaria, proteger la mano de obra requerida para la producción y la realización de un sistema ferroviario que llevara el henequén hasta la costa para ser embarcado.

La intervención de los gobiernos federal y estatal en la industria henequenera ocupa igualmente varios capítulos en la ignominiosa historia de esta industria. En principio, las leyes, los decretos y demás disposiciones siempre operaron en favor de los hacendados y propietarios del capital. En otras ocasiones se legisló abiertamente contra quienes, con su fuerza de trabajo, reproducían ese capital. Muestra de ello fue el envío por parte del gobierno de Porfirio Díaz de casi 16 000 yaquis a las haciendas yucatecas, entre 1907 y 1910; el consentimiento por parte de los gobernantes locales para castigar corporalmente a los peones acasillados, y la utilización de las fuerzas armadas para impedir su fuga.[32]

[32] Véase Gilbert M. Joseph, *Revolución desde afuera. Yucatán, México y los Estados Unidos, 1880-1924*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992. Sobre los castigos a que los hacendados sometían a los peones, véase los trabajos de Karl Kaerger; Channing Arnold y J. Tabor Frost; y Henry Baerlein en Friedrich Katz, *La servidumbre agraria en México en la época porfiriana*, México, SepSetentas, 1976.

Con sus intervenciones, lo mismo el gobierno federal que el estatal generaron los elementos que habrían de contribuir a la configuración actual de la zona henequenera, tanto por la demarcación de un espacio cada vez más preciso como por las características que paulatinamente adquiría.

Situación actual

A lo largo del presente siglo, la zona en cuestión ha estado sujeta a cambios. Lejos de mantenerse estáticos sus límites, estuvieron sometidos a constante modificación. La incorporación de nuevas tierras sembradas de henequén para satisfacer la demanda de fibra, hilos agrícolas y demás derivados en el mercado extranjero provocó que su mapa sufriera constantes modificaciones. A partir de 1901, la Guerra de Castas ya no fue la causa de estas modificaciones. Los rebeldes habían sido *pacificados,* por lo que dejaron de representar un obstáculo para el desarrollo económico del sur de Yucatán. Sin embargo, la sombra de los gobiernos federal y estatal continuó cubriendo, como hasta hoy, la industria del henequén, y por lo tanto la zona donde se producía su materia prima.

Al finalizar el siglo XIX, en 1893, la superficie dedicada a la producción del agave en Yucatán era de 99 120 hectáreas.[33] En las dos primeras décadas del presente siglo, el auge que vivía la industria henequenera amplió el perfil de la zona donde se cultivaba esa planta. Antes de terminar la primera década, en 1909, esta superficie era ya de 146 420 hectáreas. La expansión registrada en los años inmediatos hizo que la superficie alcanzada en 1912 fuera la mayor de toda la historia de esa industria; es decir, de 375 034 hectáreas.[34]

Poco antes del reparto agrario decretado por Lázaro Cárdenas en 1934, la extensión de esta zona se redujo a 159 655 hectáreas.[35] Irónicamente, a pesar de lo que representaba este reparto

[33] V. M. Suárez Molina, *op. cit.*

[34] G. Cámara Zavala, art. cit.

[35] Sigfried Askinasy, *El problema agrario de Yucatán*, México, Botas, 1936.

para los gobiernos federal y estatal, la zona henequenera continuó contrayéndose.[36] En 1938, a un año de tan histórico suceso, la superficie cultivada era de 90 748 hectáreas.[37] La siguiente década fue de altibajos. Lo que en 1940 anunciaba un brusco descenso en el número de hectáreas dedicadas al henequén se desvaneció a consecuencia de las exportaciones de este agave que trajo consigo la segunda guerra mundial. En esos años el total de hectáreas cosechadas fue de 101 363, pero al concluir en 1945 la conflagración, aumentó a 131 834. Algo semejante ocurrió durante la guerra de Corea. Durante el lustro que ocupó este movimiento bélico, esa superficie creció de 129 547 hectáreas, en 1950, a 139 908 en 1954.[38]

En esa misma década, Yucatán, como todo México, vivió los beneficios que acarreó el crecimiento de la economía. El auge provocado por el desarrollo estabilizador implicó la habilitación de nuevas tierras con el fin de producir la fibra y los productos que se habrían de exportar. Entre 1955 y 1964, año, este último, en que el Estado adquirió la totalidad de la industria henequenera y creó Cordemex, S. A. de C. V., la superficie crece de 132 982 a 190 187 hectáreas, lo que redundó en exportaciones con valor de $137 937 850.00 el primero de esos años, y $313 728 130.00, el último.[39]

La aparición de nuevos sistemas para embalar, prensar y almacenar pastos desplazó a los hilos que las antiguas máquinas engavilladoras utilizaban, con lo cual el henequén perdió un mercado importante. Posteriormente, la irrupción de las fibras sintéticas y la competencia de Tanzania y Brasil incrementaron las pérdidas. En ambos casos, el resultado fue el decremento de la zona heneque-

[36] Cuando Robert Redfield hizo su estudio sobre Yucatán en la década de 1930, decía que "el área de la producción henequenera efectiva puede trazarse con un radio de cien kilómetros de longitud, pivotado en Progreso y oscilando en arco de costa a costa, omitiendo la faja costera". R. Redfield, *Yucatán. Una cultura de transición*, México, Fondo de Cultura Económica, 1944, p. 25.

[37] Manuel Pasos Peniche, "Actualización de la historia de la industria henequenera desde 1945 hasta nuestros días", en *Enciclopedia yucatanense, op. cit.* t. XI.

[38] *Ibid.*

[39] Manuel Pasos Peniche, "Actualización de la historia de la industria henequenera desde 1945 hasta nuestros días", en *Enciclopedia yucatenense, op. cit.*, tomo XI.

nera. Durante el decenio comprendido entre 1970 y 1979, la superficie en explotación se redujo de 150 460 hectáreas a 135 000 y su producción se abatió, de 117 751 a 72 205 toneladas.[40] La superficie de esa zona continuó disminuyendo en el decenio siguiente. Entre 1980 y 1990 pasó, de las 135 000 hectáreas, a 55 003, y la producción descendió a 35 156 toneladas.[41] No obstante la tendencia decreciente observada, un año después, en 1991, ya en pleno proceso de reprivatización de la industria henequenera, fuentes oficiales informaron que la extensión de esa zona era de 140 000 hectáreas, y su producción de 43 000 toneladas[42] (véase el cuadro II-1).

CUADRO II-1
Superficie de la zona henequenera y producción, 1938-1991

Años	*Superficie (hectáreas)*	*Producción (toneladas)*
1938	90 748	73 236
1940	101 363	89 976
1950	129 547	90 128
1960	165 472	137 648
1970	150 460	117 751
1980	135 000	72 205
1990	55 003	35 156
1991	140 000	43 000

Fuentes: M. Pasos Peniche, 1980; "Programa de Reordenación y Desarrollo Integral de Yucatán", 1984; "Programa de Desarrollo Regional de la Zona Henequenera de Yucatán", 1992-1994, y Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos, representación Yucatán.

[40] Gobierno Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos-Gobierno Constitucional del Estado de Yucatán, *Programa de Reordenación y Desarrollo Integral de Yucatán*, Mérida, 1984.

[41] Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos, Delegación Estatal.

[42] Programa Nacional de Solidaridad, *op. cit.*

Las acciones emprendidas por el Estado durante esta segunda mitad del siglo xx en la zona henequenera han tenido dos objetivos: por una parte, estimular la producción del agave y mantener su industria en el mercado internacional, y por la otra, diversificar su economía ante el inminente derrumbe de esta industria. En los últimos veinte años, ambas acciones habrían de incrementarse.

Ambas iniciativas alteraron el mapa de la zona. Tomando datos del Tercer Censo Agrícola, Ganadero y Ejidal de 1950, y refiriéndose al henequén, Guillermo Bonfil decía que "la superficie total cultivada con este agave era de 151 542 hectáreas, distribuidas entre 71 municipios de los 105 que forman la entidad".[43] Al finalizar la década de los cincuenta, esa misma región se había reducido a 54 municipios con una superficie total de 15 835 kilómetros cuadrados, cantidad equivalente a 41% de Yucatán[44] (véase el mapa II-1). Dos décadas más tarde, en 1980, incluía 58 municipios y su extensión era de 12 951.45 kilómetros cuadrados, equivalente a 32.4% de la superficie del estado.[45] En este periodo fueron excluidos los municipios de Celestún, Telchac Puerto y Xocchel, y se incluyeron Chapab, Dzilam González, Dzoncauich, Mama, Muna, Sotuta y Temax (véase el mapa II-2).

Al iniciarse el "Programa de Reordenación Henequenera y Desarrollo Integral de Yucatán" en mayo de 1984, los municipios productores de henequén eran 59. Los municipios de Chapab, Mama, Muna, Sacalum y Sotuta fueron eliminados; pero se incorporaron Dzilam Bravo, Kantunil, Opichén, Sudzal, Telchac Puerto y Xocchel (véase el mapa II-3). Poco menos de dos años después, en enero de 1986, se anunció la reducción de la zona henequenera, a la que se le denominó "área compacta o preferente".[46] En total, esta área se hallaba integrada por 144 ejidos, ubicados en 38 municipios, con una extensión total de 72 764.38 hectáreas. Con esta

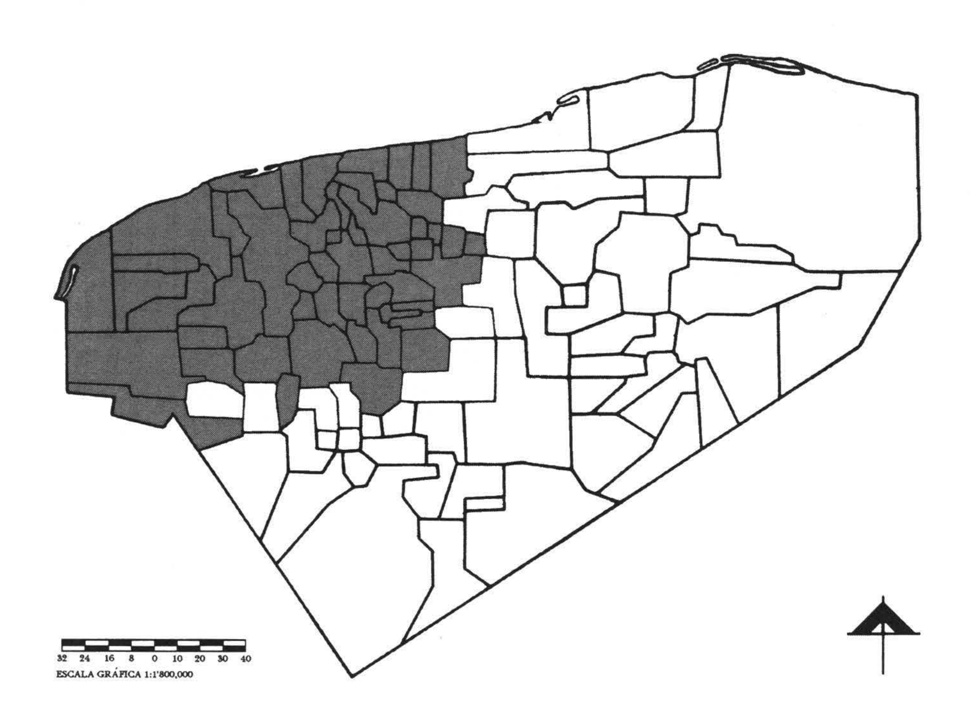
[43] Guillermo Bonfil Batalla, *Diagnóstico del hambre en Sudzal, Yucatán*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1962, p. 37.

[44] Gobierno del Estado de Yucatán, *Estudio económico de Yucatán y programa de trabajo*, Mérida, Gobierno del Estado, 1961.

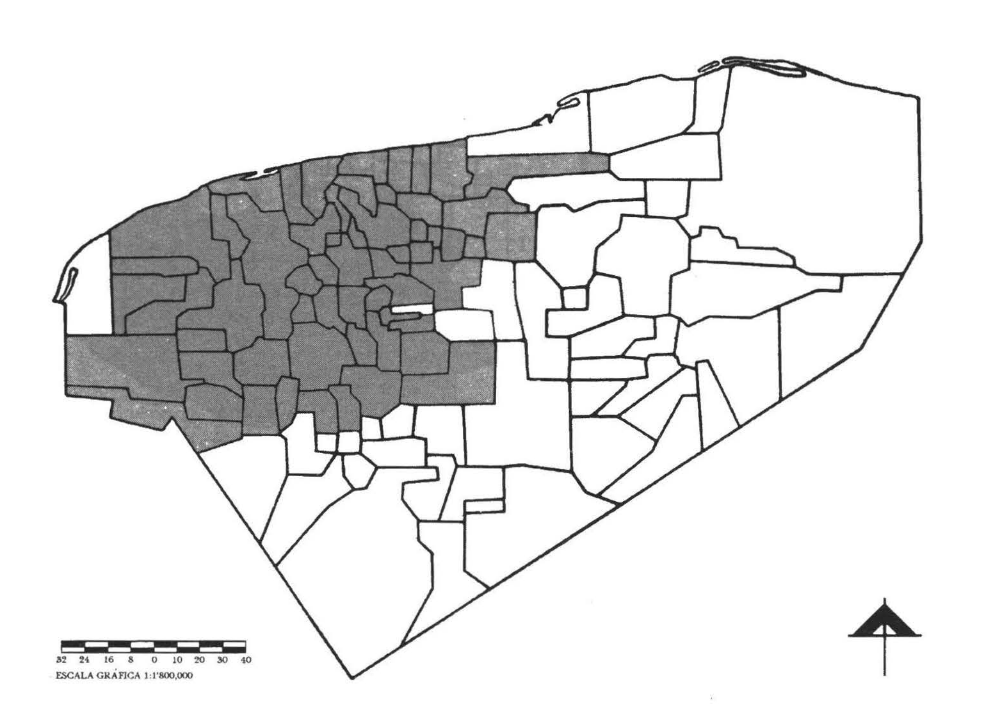
[45] Véase Susana Lerner *et al.*, *Análisis de los datos del estudio sociodemográfico de la población de la zona henquenera del estado de Yucatán*, México, mecanoimpreso, 1982.

[46] *Diario de Yucatán*, 29 de enero de 1986.

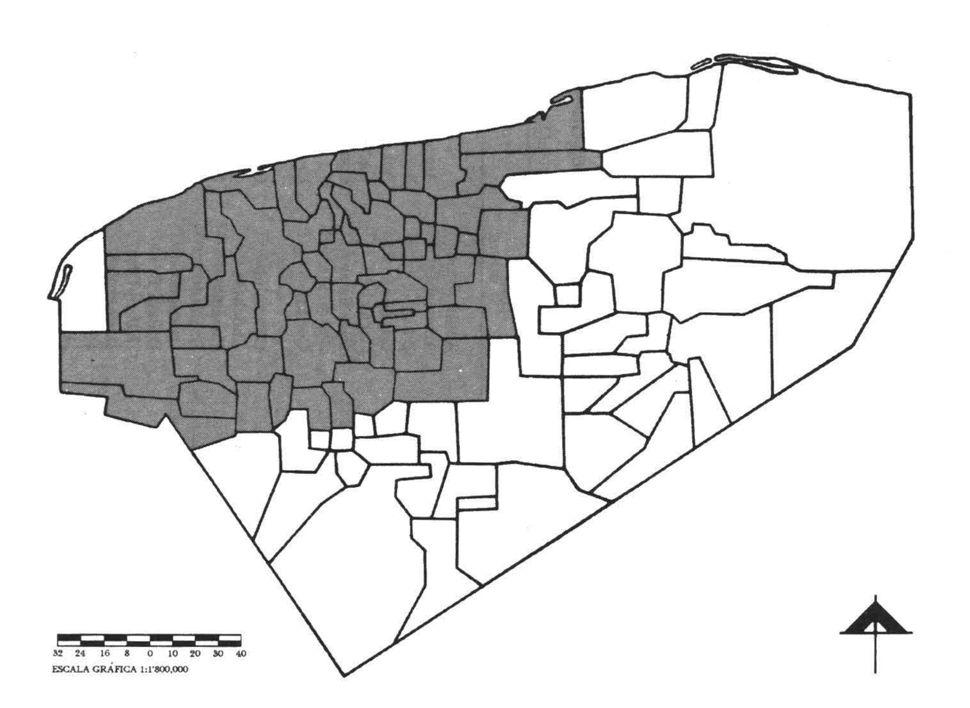
MAPA II-1
Modificaciones de la zona henequenera según sus municipios, 1959



MAPA II-2
Modificaciones de la zona henequenera según sus municipios, 1980



Mapa II-3
Modificaciones de la zona henequenera según sus municipios, 1984



compactación, y en relación con el listado de 1984, los municipios de Abalá, Chocholá, Dzilam Bravo, Halachó, Huhí, Hunucmá, Kantunil, Kinchil, Kopomá, Maxcanú, Mérida, Opichén, Progreso, Samahil, Sanahcat, Sudzal, Tekit, Telchac Puerto, Tetiz, Ucú y Uman quedaron fuera[47] (véase el mapa II-4).

Seis años después, en 1992, al entrar en vigor el "Programa de Desarrollo Regional de la Zona Henequenera de Yucatán 1992-1994", el total de municipios era de 62 (véase el mapa II-5). En esta ocasión, a la lista de 1986 se reincorporaron, con excepción del municipio de Kantunil, los municipios que fueron excluidos al crearse la zona preferente, y se agregaron los de Celestún, Chapab, Muna y Sacalum que habían sido desplazados en épocas anteriores[48] (véase el cuadro II-2).

CUADRO II-2
Modificaciones de la zona henequenera según sus municipios

1959	*1980*	*1984*	*1986*	*1992*
Abalá	Abalá	Abalá		Abalá
Acanceh	Acanceh	Acanceh	Acanceh	Acanceh
Baca	Baca	Baca	Baca	Baca
Bokobá	Bokobá	Bokobá	Bokobá	Bokobá
Cacalchén	Cacalchén	Cacalchén	Cacalchén	Cacalchén
Cansahcab	Cansahcab	Cansahcab	Cansahcab	Cansacab
Celestún				Celestún
Conkal	Conkal	Conkal	Conkal	Conkal
	Chapab			Chapab
Chicxulub	Chicxulub	Chicxulub	Chicxulub	Chicxulub
Chocholá	Chocholá	Chocholá		Chocholá
Cuzamá	Cuzamá	Cuzamá	Cuzamá	Cuzamá
Dzemul	Dzemul	Dzemul	Dzemul	Dzemul
Dzidzantún	Dzidzantún	Dzidzantún	Dzidzantún	Dzidzantún
		Dzilam Bravo		Dzilam Bravo
	Dzilam Glez.	Dzilam Glez.	Dzilam Glez.	Dzilam Glez.
	Dzoncauich	Dzoncauich	Dzoncauich	Dzoncauich
Halachó	Halachó	Halachó		Halachó
Hocabá	Hocabá	Hocabá	Hocabá	Hocabá
Hoctún	Hoctún	Hoctún	Hoctún	Hoctún
Homún	Homún	Homún	Homún	Homún
Huhí	Huhí	Huhí		Huhí

[47] *Diario de Yucatán*, 17 de enero de 1987.
[48] Programa Nacional de Solidaridad, *op. cit.*

CUADRO II-2 (*conclusión*)

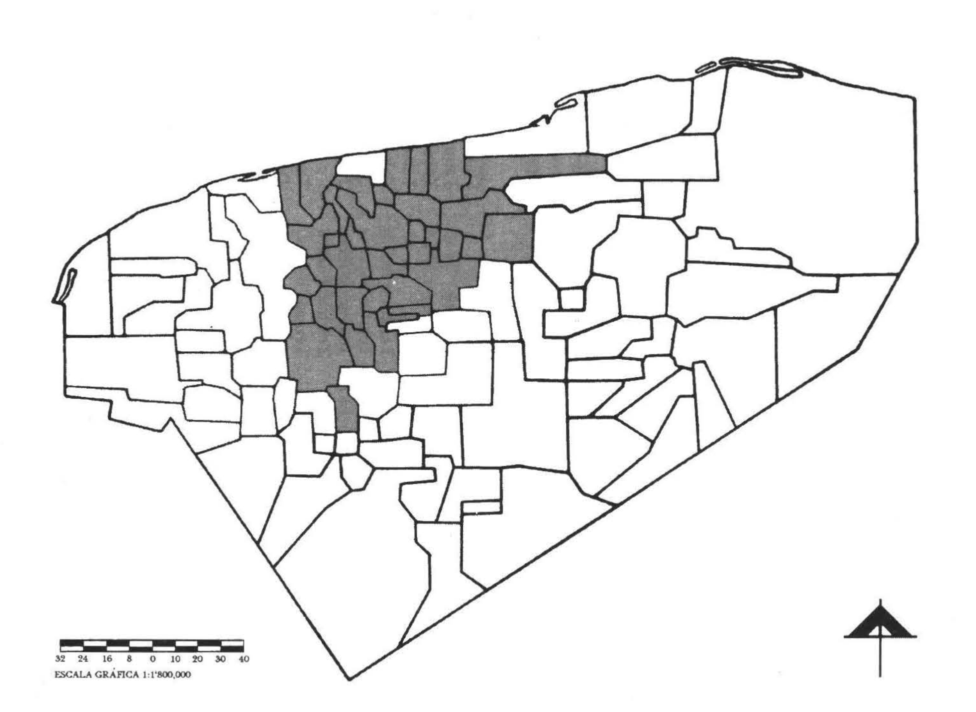
1959	*1980*	*1984*	*1986*	*1992*
Hunucmá	Hunucmá	Hunucmá		Hunucmá
Ixil	Ixil	Ixil	Ixil	Ixil
Izamal	Izamal	Izamal	Izamal	Izamal
Kanasín	Kanasín	Kanasín	Kanasín	Kanasín
		Kantunil		
Kinchil	Kinchil	Kinchil		Kinchil
Kopomá	Kopomá	Kopomá		Kopomá
	Mama			
Maxcanú	Maxcanú	Maxcanú		Maxcanú
Mérida	Mérida	Mérida		Mérida
Mocochá	Mocochá	Mocochá	Mocochá	Mocochá
Motul	Motul	Motul	Motul	Motul
	Muna			Muna
Muxupip	Muxupip	Muxupip	Muxupip	Muxupip
		Opichén		Opichén
Progreso	Progreso	Progreso		Progreso
Sacalum	Sacalum			Sacalum
Samahil	Samahil	Samahil		Samahil
Sanahcat	Sanahcat	Sanahcat		Sanahcat
Seyé	Seyé	Seyé	Seyé	Seyé
Sinanché	Sinanché	Sinanché	Sinanché	Sinanché
	Sotuta			
		Sudzal		Sudzal
Suma	Suma	Suma	Suma	Suma
Tahmek	Tahmek	Tahmek	Tahmek	Tahmek
Tecoh	Tecoh	Tecoh	Tecoh	Tecoh
Tekal	Tekal	Tekal	Tekal	Tekal
Tekantó	Tekantó	Tekantó	Tekantó	Tekantó
Tekit	Tekit	Tekit		Tekit
Telchac*	Telchac Pueblo	Telchac Pueblo	Telchac Pueblo	Telchac Pueblo
Telchaclucito**		Telchac Puerto		Telchac Puerto
	Temax	Temax	Temax	Temax
Tepakán	Tepakán	Tepakán	Tepakán	Tepakán
Tetiz	Tetiz	Tetiz		Tetiz
Teya	Teya	Teya	Teya	Teya
Timucuy	Timucuy	Timucuy	Timucuy	Timucuy
Tixcocob	Tixcocob	Tixcocob	Tixcocob	Tixcococ
Tixpehual	Tixpehual	Tixpehual	Tixpehual	Tixpehual
Ucú	Ucú	Ucú		Ucú
Umán	Umán	Umán		Umán
Xocchel		Xocchel	Xocchel	Xocchel
Yaxcucul	Yaxcucul	Yaxcucul	Yaxcucul	Yaxcucul
Yobaín	Yobaín	Yobaín	Yobaín	Yobaín
Total = 54	Total = 58	Total = 59	Total = 38	Total = 62

* La fuente no específica si se trata de Telchac Puerto o Telchac Pueblo. Por su ubicación, supongo que se trata del segundo.

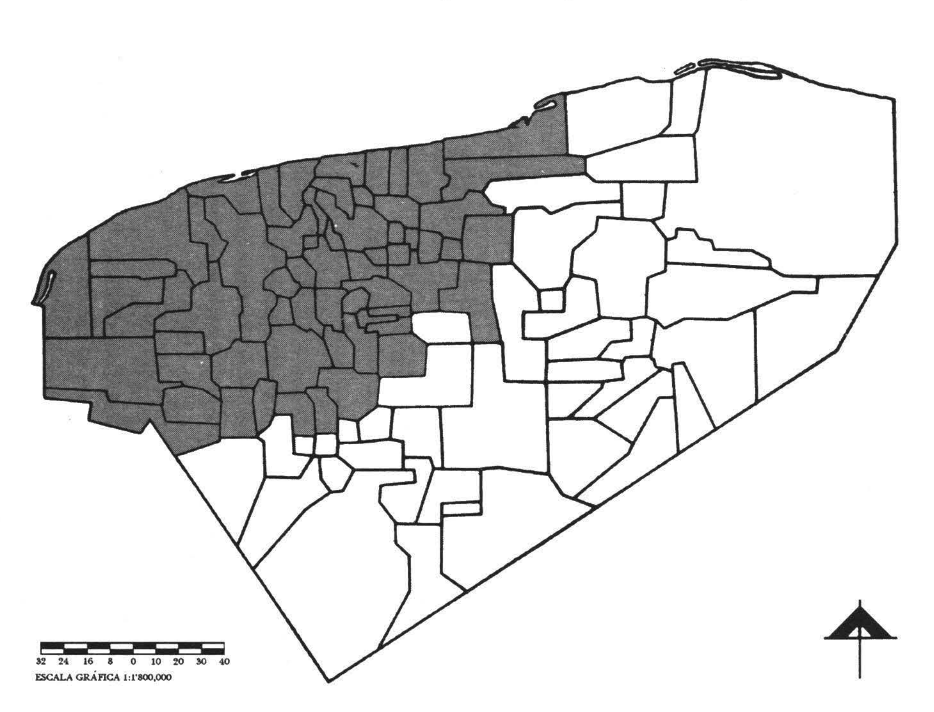
** En Yucatán no existe municipio alguno con este nombre. La fuente así lo registra. Por su ubicación, supongo que se trata de Telchac Puerto.

Fuentes: Gobierno del Estado de Yucatán, *Estudio económico..., op. cit.*; S. Lerner *et al.*, *op. cit.*, y *Diario de Yucatán*, 29 de enero de 1986.

MAPA II-4
Modificaciones de la zona henequenera según sus municipios, 1986



MAPA II-5
Modificaciones de la zona henequenera según sus municipios, 1992



A estas alturas del siglo (1997), como se verá a lo largo del texto, la industria henequenera ya ha sido reprivatizada. La otrora poderosa empresa paraestatal Cordemex, S. A. de C. V., con sus mitos y realidades, es parte de la historia de esta industria, de la zona henequenera y de Yucatán. En el marco de la política neoliberal de Carlos Salinas de Gortari, las últimas intervenciones del Estado fueron la liquidación de los obreros de las desfibradoras y cordelerías que integraban esa empresa; la desaparición de sus sindicatos; la transferencia de diez desfibradoras a los pequeños productores de henequén o parcelarios y la venta a la iniciativa privada de las cinco restantes, así como el taller de mantenimiento de las desfibradoras[49] y las cordelerías.

A pesar del optimismo derrochado por las autoridades federales y estatales al reprivatizar la industria del henequén, el anuncio estruendoso del "Programa de Desarrollo Regional de la Zona Henequenera de Yucatán 1992-1994" y la reiteración oficial por la demanda mundial de fibras naturales, los habitantes de la zona ven agudizarse la crisis de la industria, y la imposibilidad de encontrar en ella los satisfactores familiares.

El fracaso de este programa y los anteriores para, en términos del discurso oficial, reordenar y redimensionar la industria hene-

[49] Este taller fue adquirido por 35 antiguos trabajadores de la empresa que sustituyó a Cordemex en el proceso de reprivatización, por medio del programa Empresas en Solidaridad que alentó el mismo régimen salinista. Mediante este programa, aquéllos formaron la empresa "Unidad y Servicios de Motul. Sociedad de Solidaridad Social", para lo cual aportaron 35 millones de pesos más un préstamo que recibieron por 176 millones (*Diario de Yucatán*, 3 de agosto de 1992). Las desfibradoras transferidas a los parcelarios afiliados a la Confederación Nacional Campesina (CNC) fueron "Manuel Cecilio Villamor", "Francisco Villa", "José Ma. Morelos", "Plutarco Elías Calles", "Álvaro Obregón", "Adolfo López Mateos", "Venustiano Carranza" y "Francisco I. Madero"; las transferidas a los parcelarios pertenecientes a la Unión Nacional de Trabajadores Agrícolas (UNTA) fueron "Gustavo Díaz Ordaz" y "Lázaro Cárdenas", y las vendidas a la iniciativa privada fueron "Felipe Carrillo Puerto", "Miguel Hidalgo", "Emiliano Zapata", "José Esteban Solís" y "Adolfo Ruiz Cortines". Los compradores fueron: de las dos primeras, Juan Macari Casares; de las dos siguientes, Hidalgo Jiménez Ruiz, y de la última, Gustavo Heredia Escalante. Dichas plantas se encuentran, respectivamente, en los municipios de Izamal, Tahmek, Telchac Pueblo, Ixil, Tepakán, Motul, Cansahcab, Sinanché, Seyé, Dzidzantún, Muxupip, Yaxcucul, Dzemul, Motul y Tixcocob (*Diario de Yucatán*, 6 de octubre de 1996).

quenera es por demás evidente. En vísperas de ponerse en marcha el programa arriba mencionado, los resultados del "Programa de Reordenación Henequenera y Desarrollo Integral de Yucatán", iniciado en 1984, eran desalentadores. Ese año, la superficie cultivada con henequén era de 250 000 hectáreas; la producción de fibra era de 67 000 toneladas; el padrón de ejidatarios henequeneros era de 55 500, y el segmento de población dependiente del henequén en relación con la estatal significaba 30%. En 1991 estas cifras eran de 140 000 hectáreas, 43 000 toneladas, 37 000 individuos y 16%, respectivamente. En estos años, entre 1988 y 1990, el henequén pasó del primero al tercer lugar en importancia comercial para Yucatán.[50]

Datos de la Secretaría de Agricultura, Ganadería y Desarrollo Rural del Gobierno de Yucatán señalan el estancamiento de esa industria en los últimos años. La producción descendió, en 1993, de 43 400 toneladas a 18 158, y el número de empleos generados se redujo a 30 000; 50% menos que los creados en 1983.[51] Al leer su único informe de gobierno, del 11 de junio de 1995, el gobernador Federico Granja Ricalde señaló que la superficie sembrada con henequén era de 97 980 hectáreas,[52] de las cuales sólo se habían cosechado 52 974, que produjeron 27 812 toneladas.[53]

Si bien los gobiernos federal y estatal incidieron fuertemente en la conformación de la zona henequenera, hoy, del mismo modo, el Poder Ejecutivo local interviene para su desaparición. Oficialmente, la zona donde se desarrolló, no sólo el cultivo de una planta, sino también parte de la historia y la cultura de Yucatán, que incidieron sobre la identidad de una extensa porción de su población, ya no existe.

En la nueva regionalización de Yucatán, propuesta por el gobernador Víctor Cervera Pacheco en el "Plan Estatal de Desarro-

[50] Véase los informes de gobierno de 1989 y 1990 de Víctor Manzanilla Schaffer, Mérida, Gobierno del Estado de Yucatán.

[51] *Diario de Yucatán,* 7 de abril de 1996.

[52] De acuerdo con las estimaciones previstas para ese año en el "Programa de Reordenación Henequenera y Desarrollo Integral de Yucatán", solamente la superficie ejidal total dedicada al henequén sería de 155 600 hectáreas.

[53] Federico Granja Ricalde, *Informe de Gobierno 1994-1995,* Gobierno del Estado de Yucatán, 11 de junio de 1995.

llo Yucatán 1995-2001", la zona henequenera no aparece.[54] Lo que para otros regímenes fue referencia obligada para el diseño de sus programas económicos ha desaparecido.[55] Su lugar lo ocupan ahora las regiones metropolitana y litoral centro, y parte de las denominadas litoral poniente, centro, centro sur y sur poniente (véase el mapa II-6). Entre los veinte programas enlistados por realizar durante el periodo, ninguno se refiere de manera particular al henequén. Solamente se hace referencia a esta planta en el rubro "Agropecuario y forestal" relativo al cuarto objetivo, denominado "Desarrollo económico sustentable". Ahí se establecen líneas generales de acción, sin especificar parámetros cuantitativos ni productores concretos que puedan servir de referencia para la consecución de los objetivos y acciones planteados. Tal parece que con la exclusión del henequén de los planes oficiales, los gobernantes en turno quisieran olvidar sus fracasos y los de sus predecesores.

Pero el henequén y sus cultivadores son más tercos. A pesar de las disposiciones oficiales se niegan a desaparecer. En un estado como Yucatán, donde las fuentes de trabajo en el campo son insuficientes, el cultivo del agave se sostiene como una opción para generar parte del ingreso familiar. Por otra parte, no obstante su desvinculación del aparato estatal, los cultivadores y trabajadores del henequén constituyen todavía una veta sumamente importante de votos en favor de los candidatos del Partido Revolucionario Institucional. De ahí que el gobierno del estado desarrolle programas, que en la realidad no son más que un paliativo, en beneficio de los henequeneros. Las pocas acciones emprendidas por el presente régimen han sido el anuncio del gobernador Cervera Pacheco, de sembrar vástagos de henequén y la, en la jerga política, instalación del programa de rescate de plantíos para nuevas siembras. En apoyo a la primera acción se destinaría una superficie de 12 000 a 15 000 hectáreas con el fin de producir 50 000 toneladas al año.[56] Como parte del programa mencionado se

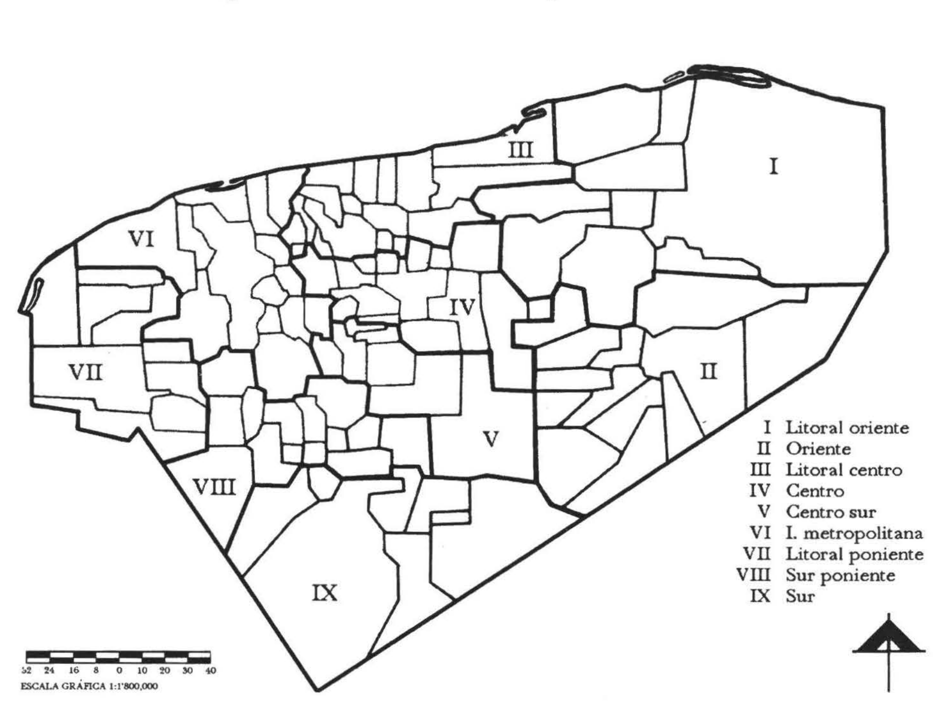
[54] Gobierno del Estado de Yucatán, *Plan Estatal de Desarrollo Yucatán 1995-2001*, Mérida, febrero de 1996.

[55] Ni que decir para el caso de los estudios históricos, sociales y aun políticos de Yucatán. Robert Redfield, por ejemplo, describe la geografía y la agricultura de Yucatán a partir del henequén. Cfr. R. Redfield, *op. cit.*, pp. 24-26.

[56] *Diario de Yucatán*, 12 de abril de 1996, y periódico *Por Esto!*, 12 de abril de 1996.

MAPA II-6

Regionalización de Yucatán a partir de 1995



pagarían 500 pesos a cada productor, por hectárea de nuevas siembras,[57] y se erogarían hasta diez millones de pesos.[58] Pocos días después de este último anuncio, la prensa informó que se pagarían 510 pesos por hectárea de nuevas siembras de henequén.[59]

En este concierto, los desfibradores, igual que los cordeleros, se encuentran sometidos a nuevas relaciones y condiciones de trabajo. Ante la depreciación de sus salarios y el aumento del costo de vida, las acciones a las que han recurrido son alternar sus labores en las desfibradoras con sus antiguas actividades primarias y al empleo de la fuerza de trabajo familiar, sobre todo, la femenina. En otros casos, los que no fueron recontratados tras la reprivatización de Cordemex, S. A. de C. V., dada la imposibilidad de generar sus ingresos por medio de las actividades primarias que desarrollan, optaron por incorporarse a las industrias de la construcción y del vestido a domicilio, la pesca o emigrar de Yucatán. De todas estas acciones, la primera fue la más socorrida.

El derrumbe de la economía mexicana, a partir de 1994, marcó un cambio en la generación del ingreso familiar que se venía incubando a partir de los primeros años de la presente década. Hasta la segunda mitad de los años ochenta, el salario de los desfibradores y el dinero obtenido por sus actividades extra-fabriles les permitía mantener a su familia. A medida que la situación económica en el país se fue agravando, y los desfibradores se vieron imposibilitados para continuar cumpliendo esta función, los miembros de sus familias se dieron a la tarea de generar el ingreso requerido hasta sustituirlos totalmente. Los casos más agudos por su significado cultural fueron los de quienes pasaron a depender de los ingresos que sus hijas o esposas obtienen como trabajadoras domésticas en Mérida o como obreras de las maquiladoras instaladas en esta ciudad, o en Motul, Izamal y Seyé.

En el marco de las circunstancias anteriores, la identidad que los desfibradores construyeron, primero como trabajadores rurales de la zona henequenera, y luego como obreros de la ex-

[57] *Diario de Yucatán,* 14 de abril de 1996.
[58] *Ibid.,* 27 de marzo de 1997.
[59] *Ibid.,* 6 de abril de 1997.

paraestatal Cordemex, igualmente está sometida a nuevas transformaciones.

El proceso de trabajo

El cultivo del henequén y el uso dado a su fibra están fuertemente enraizados en la cultura y la historia de los mayas que actualmente viven en la zona henequenera de Yucatán. Son parte de los elementos que componen, parafraseando a Guillermo Bonfil, la "identidad profunda"[60] de los desfibradores. Evidencias de ello aparecen en los vestigios arqueológicos, las narraciones de los cronistas, la bibliografía sobre la vida colonial en Yucatán y las obras de los historiadores de la industria henequenera.

En contraste, la información disponible sobre el proceso de la desfibración y sus hacedores resulta insuficiente para construir un panorama más o menos amplio de ambos. Entre lo poco que se sabe, está que el origen de este proceso se remonta a los mayas prehispánicos, quienes requerían de la fibra para confeccionar implementos útiles para sus actividades cotidianas.[61] Según el mito, Zamná, una de las deidades más importantes del panteón maya, y a quien también se atribuye la invención de la escritura, fue su descubridor.[62]

El proceso de la desfibración de las pencas del henequén es sencillo. Aunque a lo largo de su historia, igual que todo proceso tecnológico, ha sufrido modificaciones impuestas por las exigencias del sistema económico en el cual se inserta, básicamente, sigue siendo el mismo que se desarrolló en el siglo XIX, sobre todo en la segunda mitad.[63] Del mismo modo que en ese entonces, todas las

[60] Guillermo Bonfil Batalla, *México profundo...*, *op. cit.*

[61] Cfr. G. Cámara Zavala, art. cit.

[62] Cfr. Fernando Benítez, *Ki, el drama de un pueblo y una planta*, México, Fondo de Cultura Económica, 1956.

[63] Sobre el proceso de desfibración de las hojas de henequén durante el siglo XIX, véase la obra de Arnold Chaninng y Frederick J. Tabor Frost, *The American Egypt. A record of travel in Yucatan*, Nueva York, Doubleday, Page and Company, 1909.

tareas que componen este proceso ocurren, excepto el secado de la fibra, en la misma nave o casa principal de la desfibradora. En este sentido, no sucede lo que en otros procesos productivos, cuyas fases tienen lugar en diferentes departamentos, talleres y espacios. En sí, la extracción de la fibra consiste en seleccionar las pencas; ponerlas en una banda de rodillos o en un ascensor metálico; pasarlas a través de una máquina de cuchillas para separar la fibra de la pulpa; recibir la primera; tenderla al sol para secarla y que adquiera su color natural; recogerla ya seca; amarrarla en manojos, y prensarla en pacas.

En el marco de los principios tayloristas, la característica más global de este proceso productivo es el "maquinismo" que lo envuelve.[64] En general, se trata de tareas individuales realizadas de manera mecánica por los desfibradores que en ellas intervienen. La fibra, los jugos y la pulpa son producto de la sucesión de los diferentes momentos por los que pasan las pencas del henequén a través de la desfibradora; son resultado de la acción de la máquina sobre ellas, más que de los individuos. La intervención de éstos se reduce a recibir los rollos de hojas, desatarlos, colocar las hojas, recibir la fibra, poner las "bagaceras" donde caerán los jugos y la pulpa, tender la fibra, recogerla nuevamente, amarrarla, prensarla y embodegar las pacas en espera de que sean trasladadas para su comercialización o transformación. Dicho en términos de Aglietta,[65] los desfibradores son apéndices de la máquina y su acción no es más que la repetición, incluso ágil, de una serie de actos regidos por la misma máquina.

Desde una perspectiva más amplia, la desfibración divide las fases correspondientes a la producción agrícola y a la industrialización del agave. Esta particularidad hace que algunos autores le den un trato ambivalente a estas labores, por lo que las consideran como el final de la fase agrícola o el principio de la transformación industrial.[66] Esta posición intermedia provoca que igualmente se le considere de crucial importancia para la indus-

[64] Cfr. Michel Aglietta, *Regulación y crisis del capitalismo*, México, Siglo XXI, 1979.

[65] *Idem.*

[66] Eric Villanueva, *Crisis henequenera y movimientos campesinos en Yucatán: 1966-1983*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1985.

tria henequenera, ya que en caso de detenerse, por una parte, habría un exceso de hojas, y éstas se pudrirían, mientras que, por la otra, en las cordelerías faltaría la materia prima para la elaboración de los productos correspondientes.[67]

Como ya se mencionó, originalmente la desfibración del agave y la elaboración de cuerdas y sacos era manual; su realización lo mismo ocurría en los solares de las habitaciones de sus cultivadores que en los corchaderos que surgieron, y no había diferencia entre los peones y los jornaleros dedicados a estas actividades. Posteriormente, al sobrevenir el auge henequenero, en la segunda mitad del siglo XIX, esta industria sufrió cambios técnicos y organizativos. La extracción de la fibra y su transformación en productos elaborados empezaron a realizarse en sitios diferentes. La primera tenía lugar en las plantas mecánicas que se instalaron en las haciendas en torno a Mérida, y la segunda en las cordelerías que para tal efecto se edificaron en esa ciudad. Consecuentemente, surgieron dos categorías de trabajadores; unos, residentes del campo, que incluían entre sus actividades la desfibración del agave, y otros, residentes de la ciudad, cuya tarea era la transformación de esa fibra en productos elaborados para su exportación.

La anterior organización de la industria henequenera persistió hasta el siglo XX, incluso después de la creación de Cordemex durante la década de los sesenta. La diferencia está en que al crearse esta paraestatal —en términos de las ideas expuestas al principio—, ese trabajo permitía a los desfibradores diferenciarse respecto a los demás trabajadores de la zona y constituirse en un grupo de obreros con características propias.

Tecnología e incremento henequenero

Aunque desde las primeras décadas del siglo XIX, como ya se señaló, se enviaban productos de henequén a Veracruz y La Habana, la desfibración se realizaba de manera enteramente manual, y tenía lugar en las haciendas situadas alrededor de Mérida. Las téc-

[67] *Idem.*

nicas empleadas por los encargados de estas labores eran por demás primitivas. Entre las hojas y los individuos solamente mediaba un par de toscos instrumentos que probablemente se hayan utilizado desde el descubrimiento del uso de esta planta. El origen indígena de estos aparatos quedó perpetuado en los nombres con los cuales fueron conocidos en Yucatán: *tonkos* y *pakché*.[68]

Lo rudimentario de estos aparatos y de la técnica empleada implicaba grandes cuotas de energía humana, bajo condiciones climáticas agobiantes, principal obstáculo que enfrentaban los operarios, de tal manera que determinaba el tiempo de labor y el volumen de la fibra que podían obtener. Tanto en los solares como en las haciendas los indígenas solamente trabajaban en la madrugada o en las primeras horas de la mañana.[69] En una jornada de tres horas, la cantidad estimada de hojas que un individuo podía desfibrar era de cien.[70] Otro cálculo estimaba en cinco o seis libras diarias la cantidad que un trabajador podía desfibrar bajo las mismas circunstancias.[71] Lamentablemente, en esta operación no se establece el tiempo que le tomaba al individuo obtener esa cantidad.

Los primeros intentos para sustituir la fuerza del hombre por una máquina para extraer la fibra del henequén datan de la década de 1830, cuando Freeman Graham y el cónsul estadunidense Henry Perrine fabricaron sin éxito sendos equipos.[72]

67 *Idem.*

68 "El primero consistía en un trozo cilíndrico de madera que se ataba por una extremidad a un árbol quedando apoyada la otra extremidad oblicuamente en el suelo. Contra este cilindro se oprimía una horquilla también de madera y se hacía pasar la penca entre la horquilla y el cilindro. El trabajador tiraba de la penca con una mano mientras con la otra sostenía fuertemente la horquilla contra el cilindro." (V. M. Suárez Molina, *op. cit.*, p. 250.) "El *pakché* era instrumento que requería más esfuerzo para trabajarlo. Era un madero de forma cuadrangular, de superficie lisa y como de un metro de largo. Por una extremidad el *pakché* se apoyaba sobre el suelo y por la otra se sostenía a presión sobre la pared abdominal del trabajador, quien con las manos deslizaba sobre el madero un aparato triangular con cuyas aristas se hacía el raspado de la hoja de henequén." (*Ibid.*, p. 251.)

69 *Idem.*

70 *Idem.*

71 Eligio Ancona, *Historia de Yucatán*, t. I, Mérida, Ediciones de la Universidad de Yucatán, 1978.

La invención en 1856 de una máquina para desfibrar henequén modificó radicalmente la actividad sobre la que los trabajadores volcaban su fuerza de trabajo en las haciendas y los corchaderos.[73] En principio, esta innovación marca, por una parte, el fin de la extracción de la fibra y la elaboración de artículos bajo las técnicas anteriores y, por la otra, el inicio tanto de las desfibradoras como del auge de esta industria. Dos décadas más tarde, los propietarios de los corchaderos habían sustituido con nuevas máquinas las antiguas "travillas", aparatos de madera que los operarios movían manualmente.[74] Con ello, la producción henequenera perdió su carácter artesanal y su cobertura preferentemente local, para convertirse en una actividad industrial integrada a un sistema económico regido por la oferta y la demanda en el mercado internacional.

Por su parte, los encargados de esas tareas perdieron el control que ejercían sobre el proceso de producción y los volúmenes de fibra y artículos que manufacturaban. Si antes de la invención de dicha máquina, mediante sus técnicas rudimentarias podían imprimirle su propio tiempo y aun incidir en el mercado, ahora ya no. El mercado externo no sólo operaba con independencia de estos trabajadores, sino que también determinaba los tiempos de producción, el volumen de los productos, y aun el número de individuos requeridos para llevar a cabo el trabajo.

Durante los años siguientes, los corchaderos continuaron modificándose. Con el fin de satisfacer las exigencias externas se especializaron en las tareas de extracción de la fibra y en la elaboración de artículos terminados. Además de la tecnología que empleaban, los elementos que diferenciaban a los corchaderos entre sí eran los volúmenes de producción y el número de trabajadores. Así, mientras que los ubicados en la capital de Yucatán se dedicaban a la producción de todo tipo de cuerdas, sogas, hilos y sacos, producían para exportar, contaban con la maquinaria más moderna y poseían entre 40 y 80 operarios, los que se encontraban en las haciendas se dedicaban a la desfibración del henequén, sus máquinas eran más sencillas, producían menos

[72] V. M. Suárez Molina, *op. cit.*

[73] N. Trujillo, art. cit.

que los de la ciudad y su personal variaba hasta llegar a un máximo de 30 trabajadores. Por ejemplo, en las haciendas Xcucul, Tedzic, Itzincab y San Antonio Chich eran ocho, 14, 18 y 30 trabajadores, respectivamente.[75]

La historiografía yucateca poco nos dice sobre la naturaleza de la fuerza de trabajo que se ocupaba de las labores de los corchaderos y las desfibradoras. Escasamente se sabe que sus portadores eran hombres, niños y, en ocasiones, mujeres y ancianos, que realizaban sus actividades laborales en dos secciones; una para hombres y otra para mujeres y niños.[76] Lo que se desconoce es la proporción entre unos y otros, las actividades específicas que les correspondían según su edad y género, su relación con el propietario y la diferencia entre los de Mérida y los de las haciendas. También se desconoce si la remuneración que percibían era suficiente para satisfacer sus necesidades individuales y familiares. Sobre esto último, existen evidencias de que en 1882 los adultos que laboraban en los corchaderos de Mérida recibían tres reales por día trabajado.[77] No así en el caso de los operarios de las haciendas. Es más, se ignora cuántos de ellos eran peones acasillados y cuántos no. Ante el vacío de información al respecto, y la existente sobre las haciendas, se puede suponer que durante el siglo XIX los responsables de la desfibración del henequén eran peones o jornaleros que lo mismo se ocupaban del cultivo de la tierra que de esta labor.

Los escasos registros sobre la fuerza de trabajo en Yucatán indican que, en 1862, quienes se dedicaban a las labores no agrícolas se encontraban empleados en diversos "establecimientos de industria". En total, sumaban 520, y su concentración en Mérida confirmaba el estatus de eje económico de Yucatán, que esta ciudad ya poseía. En ella se ubicaban 374, siguiéndole en número Motul y Ticul con 53 y 35, respectivamente. En general, estos establecimientos eran comercios y talleres. De los comercios ubicados en Mérida los más numerosos eran las tiendas, que ascendían a 148. La vinculación de las herrerías y carpinterías con la industria henequenera

[75] V. M. Suárez Molina, *op. cit.*
[76] *Idem.*
[77] *Idem.*

hacía que unas y otras constituyeran la mayoría de los talleres. Las primeras sumaban 35 y las segundas 28.[78]

Para el año de 1900, en Yucatán se ocupaban 13 771 individuos en actividades industriales; de éstos, 10 168 eran hombres y 3 603 eran mujeres.[79] Sin embargo, se carece de información más precisa. Solamente se sabe que de ese primer total, 98 hombres desempeñaban actividades relativas a las industrias extractivas; 8 110 hombres y 3 603 mujeres realizaban labores correspondientes a la industria de la transformación; 1 921 hombres se empleaban en la industria de la construcción, y 39 hombres trabajaban en tareas sobre electricidad, gas y combustible.[80]

La ausencia de los desfibradores en los registros estadísticos de la época y el sistema de trabajo que regía en las haciendas henequeneras conllevan a suponer que, durante este periodo, las actividades que realizaban quienes se encargaban de la industrialización del agave no estaban claramente definidas, por lo que quienes se ocupaban de la desfibración eran identificados como trabajadores agrícolas, y no industriales.

La importancia de la fuerza de trabajo dedicada a las labores de la desfibración del henequén no se debe a la existencia del registro sobre el número que alcanzó, ni al perfil de su naturaleza, sino a su vinculación con una actividad que tuvo fuerte impacto en la economía yucateca. Respecto a esto último, la información sobre el número de haciendas dedicadas a esas tareas, la tasa de crecimiento de esta actividad económica, el monto de las exportaciones y su valor, es abundante. Como ejemplo, al principiar la década de 1870, las haciendas dedicadas a la desfibración del henequén eran 140, de las cuales 72 contaban con motores de vapor con seis o más caballos de fuerza, 18 poseían motores también de vapor con no más de cuatro caballos de fuerza y 50 poseían ruedas raspadoras movidas por tracción animal.[81] Hacia estos años, las exportaciones henequeneras alcanzaron un crecimiento de 30%

[78] *Memorias del secretario general del Gobierno del Estado de Yucatán*, 1862.

[79] El Colegio de México, *Estadísticas económicas del porfiriato: fuerza de trabajo y actividad económica por sectores*, México, El Colegio de México, 1960.

[80] *Idem.*

anual.[82] Al concluir la década, Yucatán produjo 21 905 toneladas de dicha fibra y productos por un valor de $4 212 685.[83]

Durante los primeros años del siglo XX, la situación anterior prevaleció. Solamente existe información sobre el incremento que registraban la industria henequenera y la población económicamente activa que intervenía en las diferentes actividades productivas de Yucatán, no así en cuanto a los trabajadores que tenían a su cargo la desfibración del henequén. Hacia 1910, el volumen obtenido de este agave fue de 128 849 toneladas con un valor de $24 779 744. Ese mismo año, el total de la fuerza de trabajo empleada en la industria era de 21 941 trabajadores, de los cuales 13 190 eran hombres y 8 751 eran mujeres, repartidos por rama de actividad de la siguiente manera: en la industria extractiva, 113 hombres; en la industria de la transformación, 10 416 hombres y 8 751 mujeres; en la industria de la construcción, 2 645 hombres, y en las ramas de electricidad, gas y combustibles, 98 hombres.[84]

La fuerza de trabajo empleada

La cantidad de trabajadores que intervienen en el proceso de extracción de la fibra varía de una a otra desfibradora. Actualmente, en plena decadencia de la industria henequenera, su número sigue dependiendo de la existencia de hojas para desfibrar. Durante los ochenta, la planta laboral de cada desfibradora variaba en función de la propiedad de las empresas: la iniciativa privada, el Banco de Crédito Rural o Cordemex. Incluso, en el caso de estas últimas, según los turnos de trabajo y las líneas de producción de cada una: fibras, esteroides o leche de ganado bovino.

En esos términos, hacia finales de esa década, la planta que menos trabajadores tenía era la "Benito Juárez", dedicada a la producción lechera, con 36 trabajadores, y las que poseían más eran "Plutarco Elías Calles", "Adolfo López Mateos" y "Miguel Hidalgo", que incluían en su producción las tres líneas mencionadas,

[80] *Idem.*
[81] V. Suárez Molina, *op. cit.*
[82] *Idem.*

con 113 trabajadores cada una. Lo interesante en este caso es que, independientemente de la línea a la que estuvieran asignados, todos los trabajadores se identificaban como desfibradores. Haber trabajado en la desfibración de las hojas de henequén y continuar haciéndolo en alguna de estas plantas, eran razones suficientes para identificarse como tales.

El número de obreros asignados a la extracción de la fibra variaba de acuerdo con los turnos de trabajo de cada desfibradora.[85] El menor número de éstos se encontraba en la planta "Gustavo Díaz Ordaz", que sólo trabajaba un turno, y el mayor en la "José Ma. Morelos y Pavón" que, cuando había hojas suficientes, laboraba los tres turnos. En la primera había 40 trabajadores y en la segunda, 105.

De acuerdo con la tarea específica que cada obrero realiza en el proceso de desfibración, se clasifican en recibidores y desatadores, punteadores, cuentatrincas, elevadores, operadores de máquinas, operadores de horno,[86] ayudantes de operador, troneros, recibidores, tendedores, acarreadores y empacadores de fibra; bodegueros, bagaceros, electricistas, mecánicos, herreros y soldadores. Otros, que si bien no participaban en ese proceso, y formaban parte de la planta laboral de las desfibradoras, eran choferes, porteros, veladores, encargados de limpieza, administradores y personal secretarial. Cada desfibradora estaba bajo la responsabilidad de un gerente.[87]

[83] El Colegio de México, *op. cit.*

[84] *Idem.*

[85] En orden descendente, el número de obreros por desfibradora asignados a la extracción de fibra es el siguiente: José Ma. Morelos, 105; Manuel C. Villamor, 94; Plutarco Elías Calles, 93; Miguel Hidalgo, 92; José E. Solís, 88; Francisco I. Madero, 84; Álvaro Obregón, 75; Francisco Villa, 74; Adolfo Ruiz Cortines, 73; Lázaro Cárdenas, 72; Venustiano Carranza, 67; Emiliano Zapata, 63; Adolfo López Mateos, 56, y Gustavo Díaz Ordaz, 40.

[86] Estos operadores funcionaron durante la época en que las plantas desfibradoras secaban la fibra mediante hornos. Por el alto costo que implicaba su uso, tal tecnología fue desechada y, en su lugar, se retornó a la técnica ancestral de secado al sol.

[87] Esta lista de trabajadores se reducía en los casos de las desfibradoras que dependían del Banco de Crédito Rural y, más todavía, en las de capital privado. En ellas no existía la especialización de funciones como en las desfibradoras que

LA ORGANIZACIÓN DE LA FUERZA DE TRABAJO

Entre los elementos fundamentales en la construcción de toda identidad están, como ya se vio, las organizaciones que los individuos establecen. Su ausencia repercutió de varias maneras entre los desfibradores. Por una parte, carecieron de una instancia que los agrupara y normara las relaciones que sostenían con los propietarios de las desfibradoras; por la otra –lo que resulta más importante para la cuestión que nos ocupa– impidió que su identidad como obreros ocupara un primer plano de importancia.

Hacia la primera década de este siglo, la situación de los desfibradores contrastaba con la de los demás trabajadores yucatecos. Estos últimos empezaron a presentar cambios en la forma de organizarse, no así aquéllos, que permanecieron sin una instancia que los agrupara, identificara y representara ante los demás.

Ante la ausencia de una planta industrial propiamente dicha, Mérida permanecía como asiento de numerosos talleres y comercios. Producto del auge henequenero, los ferrocarriles y el puerto de Progreso igualmente representaban importantes fuentes de trabajo. En conjunto, propiciaban la existencia de una amplia gama de asalariados, que en esa época empezó a formar pequeñas agrupaciones gremiales.[88]

El furor organizativo que envolvió a los trabajadores de Mérida, Progreso y Valladolid provocó que en 1907 surgiera en la capital del estado la primera organización intergremial: la Unión Obrera de Yucatán.[89] Aunque fue de efímera existencia, hizo patente la decisión de estos trabajadores por organizarse más allá de la actividad laboral que desempeñaban, lo cual habría de diferenciarlos de los trabajadores yucatecos de lustros pasados quienes, en algunos ca-

---

reas. En tanto que el personal administrativo y secretarial se reducía a un administrador, quien en muchas ocasiones se empleaba en la desfibración. Respecto a la planta laboral de las segundas, véase el artículo de Raquel Barceló y Faulo Sánchez, "Formación del sindicato de la planta desfibradora Sacola", *Yucatán: Historia y Economía*, núms. 15 y 16, 1979.

[88] Guillermo Boils Morales, "El movimiento de los trabajadores en Yucatán durante la gubernatura de Salvador Alvarado (1915-1917)", *Revista Mexicana de Sociología*, vol. XLI, núm. 3, 1979.

sos —por ejemplo entre los ferrocarrileros—, formaban agrupaciones según su trabajo u oficio. Pero, para la mayoría, no obstante sus carencias laborales, organizarse era una aventura demasiado lejana.

La política socialista que el general Salvador Alvarado promovió, tras su llegada a Yucatán en 1915, incentivó la formación de sindicatos y la actividad de éstos. Como parte de esta política, promovió en esta entidad la Casa del Obrero Mundial, misma que, a finales de 1915, contaba con una filiación de 418 agrupaciones obreras y campesinas, y 19 cooperativas de consumo.[90] Elemento de suma importancia en la organización que desarrollaron los trabajadores yucatecos fue la edición de diversas publicaciones sobre formación política y divulgación artística y literaria.[91] A pesar de su heterogeneidad, junto con su pertenencia a la Casa del Obrero Mundial, estas publicaciones eran los eslabones que unían a dichos trabajadores y los identificaban entre sí.

En contraste, hasta ese momento los trabajadores henequeneros de las haciendas permanecían al margen de esta organización. El tipo de relaciones sociales que regía la producción era el principal impedimento. Aunque la industria del henequén se desarrollaba bajo un sistema de producción capitalista, las relaciones sociales que operaban sobre los trabajadores eran fundamentalmente precapitalistas. A pesar de que en 1914 fue decretada la liberación de los peones acasillados y aplicada a partir de la llegada de Alvarado a Yucatán, el sistema que imperó en las haciendas se mantuvo unos años más sobre ellos y los trabajadores libres que acudían a estas unidades productivas.[92] Ideológicamente, la organización que habían emprendido los trabajadores asalariados de Mérida, Progreso y algunas cabeceras municipales era algo ajeno a la forma que tenían los peones y los trabajadores libres de las haciendas, de concebir el trabajo y de concebirse ante éste. El cré-

Sociología, vol. XLI, núm. 3, 1979.

[89] *Ibid.*

[90] *Idem.*

[91] *Idem.*

[92] Estudios al respecto señalan que, en la práctica, las condiciones de peonaje y servidumbre perduraron en las haciendas henequeneras hasta ya avanzada la

dito para los primeros y el jornal establecido para los segundos, eran los elementos que mediaban las relaciones entre ellos y el hacendado.

Durante este periodo, los trabajadores de la desfibración del henequén igualmente quedaron fuera de los sindicatos que la Iglesia Católica promovía entre obreros, empleados y asalariados en general.[93] Aunque estas organizaciones se multiplicaron en mayor medida en Mérida, igualmente se extendieron a las poblaciones de Progreso, Motul y Valladolid.[94] En contraste con los anteriores sindicatos que demandaban reivindicaciones laborales y participación política, estos últimos estaban fuertemente influidos por los patrones y se oponían tanto a las organizaciones anarcosindicalistas como a los sindicatos laicos que simplemente demandaban mejores condiciones de vida.[95] Así, las actividades de estas organizaciones católicas se reducían a la celebración de festividades asociadas al santoral y a las que disponían las propias autoridades religiosas.

La posibilidad de que los trabajadores encargados de la desfibración del henequén se organizaran y tuvieran representatividad en Yucatán se vislumbró a medida que el gobierno de Alvarado se consolidó. La creación del Partido Socialista Obrero en 1916 –mismo que posteriormente se denominaría Partido Socialista de Yucatán y, en 1920, Partido Socialista del Sureste–[96] hizo de esta posibilidad una realidad.

Con el apoyo de Alvarado, el Partido Socialista Obrero emprendió una vigorosa campaña en todo el estado para organizar al mayor número posible de trabajadores e incrementar el número de agremiados. En mayo de 1917, este partido modificó su estructura, por lo que desde esa fecha sus subcomités empezaron a deno-

década de 1920. Cfr. Tomás Vera, "La industria henequenera en la perspectiva histórica", *Yucatán: Historia y Economía*, núm. 35, 1983.

[93] Para una visión más amplia sobre la actuación de la jerarquía de la Iglesia Católica en este periodo, véase Hernán Menéndez Rodríguez, *Iglesia y poder. Proyectos sociales, alianzas políticas y económicas en Yucatán (1857-1917)*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Nuestra América, 1995.

[94] G. Boils Morales, art. cit.

[95] *Idem.*

minarse "Ligas de Resistencia".[97] Un mes después, esta campaña llegó a los obreros de la industria henequenera. El 2 de junio, los trabajadores de las cordelerías situadas en Mérida, encargados de la elaboración de productos de henequén, quedaron agrupados en la Liga de Trabajadores de Artefactos de Henequén.[98] De esa manera, los cordeleros surgían como una nueva categoría que se definía por el trabajo que realizaban.

A pesar de lo anterior y de la formación de ligas de resistencia en diversos municipios de la zona henequenera, los trabajadores de la desfibración del agave quedaron al margen o, al menos, no existieron ligas formadas exclusivamente por estos trabajadores. En el mejor de los casos, posiblemente quedaran agrupados en las ligas de trabajadores agrícolas que se crearon en esos sitios. Esto sugiere la inexistencia de los desfibradores en los términos ya apuntados. Ciertamente tampoco existe evidencia de que estos trabajadores hayan emprendido acción alguna para obtener su inclusión en la liga, ni para formar una organización similar. Sin embargo, dados los términos anteriores y las condiciones imperantes en el campo yucateco, es posible suponer que entre los desfibradores existiera una fuerte oposición para organizarse, ya fuera en sindicatos o en ligas de resistencia.

A manera de hipótesis se puede decir que si Alvarado y los dirigentes del Partido Socialista no se atrevieron a formar ligas de resistencia entre los desfibradores fue, primero, por la subordinación de estos últimos a aquél y, segundo, porque de hacerlo, Alvarado no habría contado con la ayuda que requería de los hacendados. A juicio de Paoli, Carranza necesitaba dólares para sostener su frente de batalla y acabar con sus enemigos y, en ese momento, los únicos que los tenían en México eran los hacendados yucatecos.[99]

[96] Cfr. Francisco J. Paoli y E. Montalvo, *El socialismo olvidado de Yucatán*, México, Siglo XXI, 1977.

[97] *Idem*.

[98] Pedro Echeverría, *Los cordeleros, 1933-1980*, México, Sindicato de Cordeleros de Yucatán-Universidad de Yucatán, 1981.

La posrevolución

Hasta los primeros años del triunfo de la revolución de 1910, los desfibradores estuvieron sometidos a las condiciones que imperaban en las haciendas henequeneras. Ya como peones acasillados, ya como trabajadores libres, estaban regidos por las "leyes" que les imponían los hacendados. Las acciones que llevaron a cabo los gobiernos de Pino Suárez, en 1911; Eleuterio Ávila, en 1914; Salvador Alvarado, en 1915, y Felipe Carrillo Puerto, en 1920, poco mejoraron la situación de los trabajadores rurales de Yucatán. A pesar de haberse decretado la liberación de los peones desde 1914 y promulgado la Ley de Trabajo en Yucatán en 1915, seguían sujetos a las condiciones que imponían los hacendados a quienes quisieran trabajar en sus henequenales y plantas desfibradoras. La prevalencia de este hecho provocó que en sus respectivos momentos, tanto Alvarado como Carrillo Puerto emprendieran sendas campañas entre los afectados con el fin de que éstos conocieran sus derechos y no fueran objeto de engaño.

El triunfo del constitucionalismo en Yucatán, los programas que emprendió el Partido Socialista en la entidad y los desarrollados por los siguientes gobiernos posrevolucionarios no modificaron la situación de los desfibradores en cuanto tales. En el fondo, las condiciones empíricas que definían las relaciones sociales existentes antes de la llegada de Salvador Alvarado a Yucatán, permanecieron inalteradas, especialmente en el caso de los trabajadores marginales a las ligas de resistencia. Para los gobernantes en turno, los problemas de la zona henequenera eran agrarios, lo que, a su vez, implicaba hablar del henequén. Bajo esta forma de ver las cosas, poca o ninguna atención prestaron a las dificultades que, para subsistir, enfrentaban quienes laboraban en las desfibradoras.

Privilegiar la producción henequenera en detrimento de los desfibradores era por demás obvio para la racionalidad de los gobernantes. La dependencia casi total de la economía yucateca de las exportaciones de la fibra y los productos manufacturados de henequén era el argumento que legitimaba dicha racionalidad. Así, abrir nuevas tierras al cultivo del agave, mejorar las técnicas de cultivo, introducir nueva tecnología para extraer la fibra y manufacturarla e incorporar brazos a esta explotación resultaban me-

didas prioritarias. Para los gobiernos constitucionalistas, afectar las tierras de las haciendas henequeneras no estaba en sus planes. Es más, el proyecto agrario de Alvarado no eliminaba al hacendado; en todo caso, pretendía acabar con el feudalismo imperante en Yucatán.[100]

Durante las décadas de 1920 y 1930, las acciones que emprendieron los gobiernos federal y estatal se centraron en la reglamentación del cultivo del henequén a favor de los ejidatarios. Dentro de estas acciones, se preveía dotarlo de las desfibradoras. Ante la inexistencia de estas plantas, pues todas estaban en poder de los hacendados,[101] y la imposibilidad de arrendarlas, el Congreso local expidió, el 25 de marzo de 1935, una ley mediante la cual se declaraba de utilidad pública el arrendamiento de máquinas desfibradoras. Así, el Banco Nacional de Crédito Ejidal tomó posesión de las que a su juicio eran necesarias para los ejidatarios.[102]

De esta manera empezaron a coexistir dos tipos de desfibradores: los de las plantas ejidales y los de las de capital privado. Sin embargo, el común denominador que los identificaba entre sí era la alternancia de las tareas primarias con las correspondientes a la desfibración del henequén. En esta situación, se confirmaba su inexistencia como obreros socialmente reconocidos.

Los propietarios de las desfibradoras y cordelerías y los exportadores de la producción resultante tampoco ayudaron a que los desfibradores superaran su situación. El control que ejercían sobre la industria henequenera repercutía sobre todos los que en ella trabajaban. En Mérida, durante la primera mitad de

[99] Francisco José Paoli, *Yucatán y los orígenes del nuevo estado mexicano*, México, Era, 1984.

[100] G. M. Joseph, *op. cit.*

[101] Durante los primeros años de la década de los treinta, el número de haciendas que poseían máquinas desfibradoras era de 658. Sobre los problemas de la industria henequenera durante ese periodo, véase Florencio Palomo Valencia, *Los ejidos de Yucatán y el henequén*, México, Librería de Pedro Robredo, 1934.

[102] M. Pasos Peniche, art. cit. Tres años después, el 8 de agosto de 1938, durante su visita a Yucatán, el presidente Lázaro Cárdenas emitió un acuerdo en el que, con el fin de que los ejidos constituyeran unidades agrícolas industriales, se preveía la adquisición de haciendas henequeneras incluyendo el equipo industrial que en ellas existiera. Cfr. Enrique Aznar Mendoza, "Historia de la industria

la década de 1930, los obreros de las cordelerías estaban sometidos a jornadas de trabajo de más de once horas al día con salarios que apenas cubrían la adquisición de los alimentos indispensables. Un cálculo aproximado de esta desigualdad nos dice que, en 1933, un cordelero ganaba entre dos y dos pesos con cincuenta centavos, en tanto que el costo de un kilogramo de maíz, frijol, azúcar, cacao, café, arroz y carne salada ascendía a tres pesos con siete centavos.[103]

Para los desfibradores de entonces (como para los actuales), el salario que percibían no garantizaba la satisfacción de sus necesidades. En principio, la cantidad que recibían por este concepto era la asignada a los trabajadores del campo en general. Regidos por este patrón, sus percepciones siempre estuvieron por debajo de lo que recibían los cordeleros urbanos. A mediados de la década de los treinta, el jornal mínimo establecido para las labores del campo era de $1.50; al año siguiente, variaba entre $1.50 y $1.75, según el promedio de kilogramos que el henequén rindiera en cada zona del estado.[104] Con ese incremento podrían obtener, trabajando diariamente, entre nueve y diez pesos con cincuenta centavos a la semana, cantidad que, ante la carestía de los artículos de primera necesidad, resultaba insuficiente para satisfacer las necesidades familiares.

Frente a esta situación y la inseguridad del trabajo en las desfibradoras, la tradición oral indica que los desfibradores encontraron en las actividades primarias que realizaban, la alternativa más confiable para generar el ingreso que requerían. En estos términos, su identidad en cuanto obreros siguió ocupando un segundo plano respecto a su identidad como productores primarios. Pese a trabajar en dichas plantas, se reconocían como campesinos. El tiempo de trabajo en cada actividad fue el indicador que sirvió a los entrevistados para determinar su identidad. En tanto que su actividad en las desfibradoras era eventual, la que desarrollaban en sus parcelas, hortalizas y solares era permanente.

henequenera desde 1919 hasta nuestros días", en *Enciclopedia yucatanense*, t. III, Mérida, Gobierno de Yucatán, 1977.

Usualmente, en la construcción de la identidad colectiva, los actores incorporan a sus prácticas[105] grupales, de modo no intencional, las acciones que en el pasado desarrollaron los individuos con quienes se identifican como parte de un mismo grupo. Así, por ejemplo, las protestas de los desfibradores por sus salarios y la insuficiencia de éstos para satisfacer sus necesidades naturales tienen su antecedente en las acciones de la Federación de Ligas Gremiales de Obreros y Campesinos del Departamento de Motul. En 1936, los integrantes de esta federación, mediante la publicación de un remitido en la prensa local, manifestaron su descontento por los jornales mínimos establecidos para las tareas del henequén. De tal modo, si la cantidad que recibirían de entre $9.00 y $10.40 semanales, aunada a la carestía de los artículos de primera necesidad, resultaba insuficiente para sostener a sus familias; menos podían hacerlo con los antiguos salarios de $3.00 a $6.00 a la semana, que les pagaba el Banco Nacional de Crédito Ejidal.[106]

En la década de 1940, la situación de los desfibradores no varió. En contraste, la fibra y los productos de henequén registraron fuerte demanda a causa de la participación de nuestro país y de Estados Unidos en los conflictos bélicos que ocurrían en Europa. Las fuentes oficiales señalan que, durante ese periodo, la producción de henequén fue de 1 038 850 toneladas.[107] En estas circunstancias, proporcionar cualquier prestación a sus obreros (incremento salarial, reducción de horas y días de trabajo, pago por días de descanso, etc.) significaba, para los propietarios pri-

[103] P. Echeverría, *op. cit.*

[104] *Diario de Yucatán*, 1 de julio de 1936.

[105] Utilizo este término de la misma manera que Orlandina de Oliveira y Vânia Salles. Para ambas: "El concepto de práctica alude a una actividad humana concreta desplegada en lo cotidiano, que se da en un marco relacional e implica un proceso de intervención del sujeto sobre un objeto o situación, en condiciones espaciales y temporales definidas. Las prácticas individuales o colectivas son estructuradas por determinaciones de clase y pueden ser reguladas y regulares sin ser producto de obediencia a reglas; las prácticas no son reacciones mecánicas de los *habitus* que las generan [...] El concepto de práctica supone la existencia de opciones históricamente determinadas y alude al concepto de estrategias." O. de Oliveira y V. Salles, "Reflexiones teóricas para el estudio de la reproducción de la fuerza de trabajo", *Argumentos*, núm. 4, 1988, p. 24.

vados, reducir sus ganancias. Hasta donde se tiene información, el Banco Nacional de Crédito Ejidal tampoco mejoró la situación de los desfibradores de las plantas ejidales. Para las autoridades estatales, la atención de las necesidades de los desfibradores no era prioritaria. Era más importante estimular la industria henequenera mediante el incremento de la producción de la fibra o el establecimiento de condiciones favorables para la reinversión del capital que generaba el henequén en esta misma industria o en otras actividades de la entidad.

La situación mundial y local incidió negativamente sobre las condiciones imperantes entre los trabajadores del henequén. Las acciones del gobierno del estado hacia la industria henequenera se enmarcaban en el tratado de comercio firmado en 1940 entre México y Estados Unidos, mediante el cual se establecían los precios de las materias primas que nuestro país enviaba a ese último. En el marco de esta coyuntura, hacia finales de 1941, el gobernador Novelo Torres hizo que los obreros de las cordelerías de Mérida desistieran de su emplazamiento a huelga con el fin de obtener mejores salarios.[108] En estas circunstancias, era impensable que los desfibradores, sin ninguna representación de por medio, pudieran reclamar mejores condiciones.

Pasada la segunda guerra mundial y los años inmediatos que le sucedieron, la industria henequenera afrontó otra crisis. Durante la primera mitad de la década de los cincuenta, la producción decayó y con ella los ingresos de los trabajadores dependientes de esa industria. En 1948 se produjeron 112 115 toneladas de henequén, cantidad que sólo fue superada en 1958 al producirse 131 373 toneladas del agave.[109]

Yucatán sufrió, además, los impactos ocasionados por los problemas económicos que afectaban al país en esos momentos. El breve auge de las exportaciones estimuladas por la guerra de Corea y la presión de la Federación de Partidos del Pueblo encabezada por Miguel Henríquez, daban la impresión de que, finalmente, el régimen de Alemán traería algún beneficio a la población trabajadora. Sin embargo, la política económica sostenida a lo largo del

[106] *Diario de Yucatán*, 1 de julio de 1936.
[107] *Diario de Yucatán*, 8 de agosto de 1987.

sexenio alemanista, que se expresó en el deterioro del nivel de vida de obreros, campesinos y trabajadores en general, más una serie de problemas de diversa índole agravaron la situación inflacionaria existente y, en consecuencia, los efectos de ésta se prolongaron durante el gobierno de Adolfo Ruiz Cortines.[110] Ilustra este fenómeno, el decremento del Producto Nacional Bruto: "en 1952 fue sólo la mitad del obtenido en 1951 y un tercio del alcanzado en 1950, para no mencionar 1953, año en el que se estancó francamente".[111]

Con el descenso de la producción henequenera en la primera mitad de los años cincuenta, Yucatán vivió una etapa de inestabilidad política y económica. Entre sus causas estaban la imposición por el gobierno federal, de Tomás Marentes como gobernador, en 1951; los conflictos entre grupos locales por alcanzar el poder, luego de su destitución; las huelgas de los estudiantes universitarios y de los trabajadores ferrocarrileros, y la disputa entre los hacendados por el control de la Unión de Productores Henequeneros.[112] Por su parte, las organizaciones obreras de Mérida y del puerto de Progreso se movilizaban ampliamente, ante la problemática existente y la insuficiencia de sus salarios por el encarecimiento de los productos básicos de consumo. La crisis económica por la que atravesaban las clases trabajadoras de Yucatán y de toda la República se agudizó cuando, el 17 de abril de 1954, el gobierno de la nación devaluó la moneda y estableció su paridad en $12.50 respecto al dólar estadunidense.[113]

Las disposiciones oficiales emitidas para evitar el aumento de los precios de primera necesidad no dieron el resultado esperado. El alza del costo de la vida tuvo un incremento de 6% y de 12% al año siguiente.[114] Igual que todos los trabajadores yucatecos y del país, los desfibradores resintieron los efectos provocados por

[108] P. Echeverría, *op. cit.*

[109] Cfr. M. Pasos Peniche, art. cit.

[110] Olga Pellicer, "Las modalidades ruizcortinistas para mantener la estabilidad política", en Olga Pellicer y José Luis Reyna, *Historia de la Revolución mexicana*, núm. 22, México, El Colegio de México, 1978.

[111] O. Pellicer, art. cit., p. 14.

[112] *Ibid., pássim.*

la devaluación monetaria. Sin embargo, como hoy, permanecieron pasivos ante la situación. Su inactividad contrastaba con la combatividad asumida por los obreros de las cordelerías de Mérida en esos mismos momentos. Al anunciarse la devaluación, éstos respondieron activamente. De inmediato se pronunciaron contra el aumento de 10% decretado por el gobierno de la República a la vez que solicitaban un incremento salarial de $9.75 a $19.50 diarios. Es decir, más de 100%. El 26 de abril de ese mismo año, los más de dos mil obreros afiliados al Sindicato de Cordeleros de Yucatán y los 1 500 pertenecientes a la Liga de Trabajadores de Artefactos de Henequén, iniciaron una huelga que paralizó las actividades de 35 cordelerías durante 19 días.[115]

Al término de la huelga, si bien los cordeleros no obtuvieron todo cuanto pedían, lograron importantes ganancias:

> La mejoría lograda consistió en $4.00 en los salarios que aún no habían sido beneficiados con el aumento del 10% decretado y $2.00 para los que recibían salarios superiores al tabulador; 50% de salarios caídos, los supernumerarios serían considerados como de planta, al cabo de un año de labores, cualquiera que fuera el tiempo que cubrieran.[116]

Lamentablemente, estos beneficios no se extendieron a los desfibradores. Con ello, la diferencia entre uno y otro tipo de obreros de una misma industria no sólo se hacía más profunda, sino que también encerraba mayores contradicciones. Mientras los cordeleros hacían uso de sus sindicatos para obtener los satisfactores personales y familiares, los desfibradores, al no poseer una instancia laboral que los agrupara e identificara como tales, acudían nuevamente a la organización de su economía doméstica para generar, junto con los miembros de sus respectivas familias, los bienes necesarios para su estricta sobrevivencia. Por otra parte, el apoyo dado a los cordeleros durante su huelga por dos docenas de diversos sindicatos de obreros y trabajadores,[117] les otorgaba

[113] P. Echeverría, *op. cit.*
[114] O. Pellicer, art. cit.
[115] P. Echeverría, *op. cit.*

reconocimiento formal en tanto sujetos sociales. No así a los desfibradores, quienes permanecían en el anonimato. Como obreros de la industria henequenera no existían. Para los obreros y los trabajadores anteriores, incluyendo a los cordeleros, la identidad social de los desfibradores, en tanto fuerza de trabajo, era campesina, ya fueran, como en la mayoría de los casos, ejidatarios o productores minifundistas y artesanales. De cualquier forma, eran trabajadores rurales que con el fin de completar el gasto familiar se empleaban en las tareas de la desfibración de las pencas de henequén.

La creación de Cordemex

Los trabajadores de las desfibradoras permanecieron en la situación ya mencionada hasta la creación de Cordemex en 1961, y su estatización tres años después. Los ejidatarios formaban parte de una masa de 52 000 individuos que recibían del Banco Nacional de Crédito Ejidal la cantidad de 21 pesos semanales como "anticipo" por las labores relacionadas con el cultivo del henequén.[118] La realidad económica a la que se enfrentaban era contrastante con los salarios mínimos oficiales para el bienio que finalizaba. Durante el periodo 1960-1961, los trabajadores de Mérida y Progreso recibían $13.25 por un día de labor, y los de las demás poblaciones del estado, $10.75 por igual tiempo trabajado. Antes de finalizar el año, la prensa informaba los nuevos salarios mínimos que regirían en Yucatán durante el bienio 1962-1963. A Mérida y Progreso les correspondían $15.50 y al resto de la entidad $12.00 diarios.[119]

En última instancia, el dinero que recibían en su condición de ejidatarios, como crédito, no era más que un salario anticipado por las actividades que realizarían durante la semana. La insuficiencia de esos ingresos para satisfacer las necesidades del grupo familiar, así como la imposibilidad de su devolución, se expresaban en el endeudamiento cada vez mayor al que estaban sujetos y en

[116] *Ibid.*, p. 95.
[117] *Idem.*
[118] F. Benítez, *op. cit.*
[119] *Diario de Yucatán*, 29 de diciembre de 1961. Al día siguiente, este mismo

su recurrencia, para subsistir, al cultivo de milpas y hortalizas y a la cría de cerdos y aves. Igual que los demás ejidatarios de la zona henequenera, los que trabajaban en las desfibradoras veían aumentar la deuda que tenían con el banco, ya que, por una parte, recibían nuevos "anticipos" y, por la otra, no los pagaban. En marzo de 1959, los saldos por préstamos de avío y refaccionario, correspondientes a las diez zonas ejidales, alcanzaban poco más de trece millones de pesos. En 1963 la suma había ascendido a 280 000 000.[120] Cantidad que, por su monto, era considerada impagable. Las autoridades bancarias, federales y estatales conocían la situación, pero continuaban dándole al ejidatario su "anticipo" semanal. Era prioritario preservar la paz social de Yucatán sin importar la pérdida de 35 000 000 de pesos anuales que en ese momento reportaba el Banco Nacional de Crédito Ejidal.[121]

Quienes no eran ejidatarios y sólo disponían de su fuerza de trabajo afrontaban mayores dificultades para generar el ingreso familiar. Carecían tanto de tierra donde cultivar como del "anticipo" que contribuiría a satisfacer determinadas necesidades. Para éstos, las alternativas para generar dichos satisfactores, algunas veces, estaban en los sitios donde residían con su familia, y otras no. Cuando esto último ocurría, las opciones más inmediatas eran emigrar hacia donde las hubiera y emplearse como jornaleros en las tareas de la agricultura y la ganadería o como trabajadores manuales en algún oficio. En ambos casos, trabajar en la desfibración del henequén en las plantas cercanas era una opción más para el mismo fin: generar el ingreso familiar.

El aumento de la producción henequenera registrado desde la segunda mitad de la década de 1950, más el conocimiento que poseían los migrantes sobre las labores del campo, ayudaron a que los trabajadores rurales de la zona henequenera encontraran trabajo en los terrenos ejidales, en los de la "pequeña propiedad" o en los pertenecientes a los parcelarios. De todos éstos, los que se incorporaron más pronto a la desfibración del henequén fueron los que trabajaban en las tierras de los pequeños propietarios. Mu-

periódico informaba la creación de Cordemex, S.A. de C.V. Véase *Diario de Yucatán*, 30 de diciembre de 1963.

[120] Mario Menéndez Rodríguez, "Cordemex y Yucatán", *Diario de Yucatán*,

chos de éstos poseían plantas en las que desfibraban su henequén, por lo que solían asignar esa tarea a sus jornaleros algunos días de la semana. Así generaban el ingreso que el Estado no les proporcionaba, pero reproducían su condición de trabajadores rurales que ocasionalmente se empleaban en la desfibración del henequén. Su identidad de origen igualmente se reproducía.

A pesar de la estatización de la empresa, el Estado no sólo dejó en manos de la iniciativa privada numerosas cordelerías, desfibradoras y planteles, sino que también mantuvo en el consejo de administración de la paraestatal a los propietarios de las cordelerías más importantes que habían sido estatizadas. Desde 1961, cuando surge Cordemex como empresa de participación estatal, dicho consejo quedó integrado por los señores Augusto Iturralde, Pedro Manzanilla, Vicente Erosa Cámara, Juan Macari Canán, Manuel Escalante, Juan Fitzmaurice Peón, Chafic J. Jacobo, Halim R. Gaber y Tomás Martín,[122] quienes fungían como presidente, vicepresidente y vocales, respectivamente,[123] mismos que, al ser estatizada la industria henequenera, recibieron, en ese orden, indemnizaciones por, $21 761 325, $13 957 847, $9 465 300, $44 165 560, $9 955 520, $7 721 200, $13 385 600, $22 349 200 y $10 909 835.[124] Además, el Estado permitió que por lo menos el presidente y tres vocales de este mismo consejo, mantuvieran en sus manos las cordelerías que poseían en los estados de Tamaulipas y Campeche, y que otros miembros, a la vez que actuaban como funcionarios de Cordemex, continuaran siendo representantes de casas estadunidenses encargadas de la comercialización del henequén yucateco.[125]

En el caso de la desfibración, aunque posteriormente Cordemex instaló sus desfibradoras, y el Banco Nacional de Crédito Ejidal hizo lo mismo a nombre de los ejidatarios henequeneros, su número siempre fue inferior al de las particulares. En 1960, había

12 de julio de 1963.

[121] F. Benítez, *op. cit.*

[122] Completaban este consejo, como vocales, los secretarios de Estado Antonio Ortiz Mena, Raúl Salinas Lozano y Julián Rodríguez Adame.

[123] Mario Menéndez Rodríguez, *Yucatán o el genocidio*, México, Fondo de Cultura Popular, 1964.

360 desfibradoras privadas.[126] Cordemex inició sus actividades de desfibración en 1967 con la instalación de la planta "José Ma. Morelos" en el municipio de Telchac Pueblo. Tres años después, la iniciativa privada poseía 130 desfibradoras, el Banco Nacional de Crédito Ejidal, 41, y Cordemex, tres. En 1981, cuando Cordemex alcanzó el mayor número de desfibradoras de su historia (16), las de capital privado eran 62 y las ejidales 42.[127] La retención de la mayoría de las desfibradoras por sus propietarios, a su vez implicaba que éstos retuvieran una importante cantidad de fuerza de trabajo en las condiciones existentes antes de la estatización de Cordemex. En una región sin más alternativas de trabajo accesibles a la población rural, que las proporcionadas por el henequén y la economía campesina, trabajar en alguna desfibradora era la mejor opción para completar el ingreso familiar. Para los portadores de esta fuerza de trabajo, la construcción de su identidad como obreros no se daría por esta vía. Al contrario, la situación estructural a la que estaban sometidos ponía las bases para reproducir la identidad de origen que ya poseían: la de campesinos que incluían entre sus actividades económicas la desfibración del henequén.

Los casos de los trabajadores henequeneros de los poblados de Molas y Tepakán[128] ejemplifican cómo diez años después de la estatización de Cordemex, la situación en la zona productora del agave, repito, no varió. Situados al sur y al este de Mérida, tanto ejidatarios como pequeños propietarios, además de sus tareas y

[124] *Idem.*

[125] *Idem.*

[126] Tomás Vera, "El sistema agroindustrial henequenero, 1977-1983", en Eric Villanueva (coord.), *El henequén en Yucatán, industria, mercado y campesinos*, Mérida, Maldonado Editores, Cultur, INAH y Cedrac, 1990. Lamentablemente, el autor solamente proporciona la lista de las desfibradoras que pertenecieron a Cordemex, no así las demás que menciona. Estas plantas y los municipios donde fueron instaladas son "José Ma. Morelos", Telchac Pueblo; "Benito Juárez", Baca; "Venustiano Carranza", Cansahcab; "Francisco Villa", Tahmek; "Plutarco Elías Calles", Ixil; "Álvaro Obregón", Tepakán; "Miguel Hidalgo", Yaxcucul; "Emiliano Zapata", Dzemul; "Francisco I. Madero", Sinanché; "Felipe Carrillo Puerto", Muxupip, "Adolfo López Mateos", Motul; "Lázaro Cárdenas", Dzidzantún; "José E. Solís", Motul; "Manuel Cecilio Villamor", Izamal; "Adolfo Ruiz Cortines", Tixcocob, y "Gustavo Díaz Ordaz", Seyé.

[127] *Idem.*

labores agropecuarias permanentes, se empleaban temporalmente en el cultivo y la desfibración del henequén en la "pequeña propiedad". A cambio, el sistema de trabajo a destajo que se incubó en las antiguas haciendas seguía imperando sobre ellos. La inexistencia de un contrato laboral, de trabajo diario, de organización sindical y de prestaciones en general, enmarcaba las condiciones y relaciones a las que se encontraban sometidos estos trabajadores.[129] Hacia la segunda mitad de la década de 1980, la situación seguía igual para estos y los demás desfibradores. Hoy en día, como se verá en páginas subsiguientes, se ha agravado. La inseguridad en el trabajo, el pago a destajo y la impotencia del trabajador para generar el ingreso familiar, componen la escenografía social, por demás patética, que envuelve a la zona henequenera de Yucatán.

[128] Luis Barjau, "Yucatán: trabajo y explotación económica", en Rodolfo Stavenhagen *et al.*, *Capitalismo y campesinado en México*, México, SEP-INAH, 1976.

[129] *Idem.*

III. LA CULTURA COMO FUNDAMENTO DE LA IDENTIDAD

Introducción

Cultura e identidad son conceptos íntimamente vinculados entre sí, mas no por ello se debe pensar que son lo mismo. Esta estrecha relación nos permite afirmar que no existe persona alguna sin cultura e identidad que la caractericen.[1] El planteamiento general que orienta este capítulo sostiene que ambas categorías conforman una unidad en movimiento. Así, mientras la cultura constituye el cimiento simbólico[2] sobre el cual el individuo construye su identidad, ésta se expresa como el mecanismo que le permite a aquél reproducir su cultura.[3] En este proceso, mediante la inter-

[1] Clifford Geertz menciona que tanto la ciencia como la ideología son estructuras simbólicas: "Mientras la ciencia es el diagnóstico, la dimensión crítica de la cultura, la ideología es la dimensión justificativa, apologética". (C. Geertz, *op. cit.*, p. 201.) Inmediatamente, citando a Fallers, agrega: "pues se refiere 'a esa parte de la cultura activamente interesada en establecer y defender estructuras de creencia y de valor'" (*idem*). Algunos estudiosos de la reproducción cultural proponen que a los conceptos identidad y cultura, es necesario añadir el de ideología. Bajo esta tríada, la cultura es el cuerpo de la identidad y ésta se preserva por medio de la ideología. Acorde con este argumento, igualmente sostienen que dichas categorías deben ser analizadas en conjunto, de tal modo que la explicación de una conlleve la de las demás. Cfr. José C. Aguado y María Ana Portal, *Identidad, ideología y ritual*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1992.

[2] Sin embargo, tampoco debe pensarse que la cultura se limita al ámbito de lo simbólico. Como se verá, abarca mucho más.

[3] Una postura semejante es la de Juan Luis Sariego que, en varios párrafos de su trabajo sobre los mineros del norte de México, presenta la identidad y la cultura como categorías estrechamente ligadas entre sí, pero sin establecer explícitamente que una sea causa de la otra. Más bien parecen procesos resultantes de

nalización[4] y reelaboración de los elementos que sustentan la cultura, los individuos se identifican a sí mismos y con quienes integran el grupo al que pertenecen, a la vez que se diferencian de aquellos que son miembros de otros grupos.

Acorde con la línea teórica que guía este trabajo, para Berger cultura e identidad son procesos que se construyen a partir del juego dialéctico entre el individuo y la sociedad. En sus términos, este juego supone tres momentos simultáneos que son: la internalización, la objetivación y la externalización.[5] La internalización de la cultura se produce, como ya se mencionó en el primer capítulo, por medio de la socialización del individuo. Por medio de este proceso, recibe del grupo familiar y comunal en el que nace y transcurre por lo menos su infancia, los símbolos, significados, valores; las pautas de conducta y formas de organizarse, trabajar y actuar que habrá de observar con el fin de identificarse con los que portan esa misma cultura. Vista así, igualmente se puede decir que la identidad es resultado de la cultura que el individuo recibe de su grupo de origen, internaliza, reestructura y externaliza mediante el lenguaje, las organizaciones y las acciones, tanto individuales como colectivas, dirigidas hacia fines específicos.

Concebida como proceso, la cultura no es estática ni está aislada. Por una parte está sometida a una incesante transformación que ocurre a través del tiempo, y por la otra forma parte de una estructura mayor[6] que opera sobre la sociedad y sus integrantes.

---

una causa previa, por ejemplo, dice que "el logro de esta identidad y, por ende, la construcción de una cultura minera, pudo ser posible gracias a la creación de diferentes estructuras y formas de organización obrera". (Juan L. Sariego, *op. cit.*, p. 54.) O bien cuando habla de "una cultura de identidad obrera" (*ibid.*, p. 57).

[4] Sobre este concepto, véase la nota número 37 del capítulo I.

[5] Cfr. Peter L. Berger, *El dosel sagrado. Elementos para una sociología de la religión*, Buenos Aires, Amorrortu, 1971. Véase también R. Wuthnow *et al.*, *op. cit.* En esta misma obra los autores señalan que para Habermas la internalización de la cultura es un proceso racional, en el que se distinguen cuatro etapas que se presentan desde el primer año de vida del individuo hasta su adolescencia. Estas etapas son la simbiótica, la egocéntrica, la sociocéntrica-objetivista y la universalista.

[6] Talcott Parsons reconoce la dificultad existente en la teoría antropológica para definir la cultura. En lugar de ofrecer una definición destaca tres notas fundamentales que la caracterizan: es trasmitida, aprendida y compartida. En sus térmi-

Mediante la socialización, el individuo adquiere la cultura de su grupo, pero también la modifica.[7] Esto ocurre cuando aquél interacciona con otros individuos ajenos a su grupo de origen, incursiona en diferentes espacios, desarrolla nuevas actividades, se integra a diversas organizaciones, participa en las acciones[8] que suponen éstas e internaliza la racionalidad y los elementos simbólicos de dichos individuos así como los que estén implícitos en esas actividades, organizaciones y acciones.

Las acciones que desarrollaron los obreros de las desfibradoras estatales fueron parte de la objetivación y externalización que señala Berger en ese juego dialéctico. En la práctica, esas acciones les sirvieron de instrumentos para transformar, según sus objetivos, las distintas realidades que enfrentaron. Dicho de otra manera, fueron sus respuestas a realidades existentes como miembros de sus respectivos grupos de origen y obreros de Cordemex.

En este contexto, lo que he llamado *identidad de origen* e *identidad ampliada* no se entiende sin una aproximación analítica a la cultura de los desfibradores. Desde esa perspectiva, la cultura de estos obreros es más que un listado de símbolos[9] expresados en normas, ideas, valores y formas de conducta. La cultura, como proceso, revela el pasado y presente de esos obreros, ya sea como grupo social histórico o como individuos concretos, y es resultado, al mismo tiempo, de sus diversas actividades económicas, de sus relaciones con los demás y con el espacio, de los sistemas de organi-

---

nos, la cultura es un sistema, que junto con el social y de la personalidad constituyen un sistema total concreto de acción social. Cfr. T. Parsons, *El sistema social, op. cit.* En esta misma obra dice: "Un sistema cultural no funciona sino como parte de un sistema de acción concreto." (*Ibid.*, p. 27.)

[7] Para A. R. Radcliffe-Brown la cultura se refiere a un proceso en que el individuo sólo la adquiere por contacto con otras personas o cosas, pero no la modifica. Al menos esto no lo dice en forma explícita el autor. Véase A. R. Radcliffe-Brown, *Estructura y función en la sociedad primitiva*, Barcelona, Península, 1974.

[8] Parsons afirma que "los sistemas de la cultura son, en parte, productos de la acción, además de, a su vez, condicionar la acción". T. Parsons, *La estructura de la acción social*, t. II, Madrid, Guadarrama, 1968, p. 925.

[9] Las obras ya citadas de los profesores Talcott Parsons y Clifford Geertz son indispensables para una mejor comprensión del contenido simbólico de la cultura.

zación, y de las acciones, los saberes y la racionalidad que aquéllos han generado al respecto. En ese mismo sentido, la cultura deviene causa al constituirse como elemento que ordena, en cierto sentido, la práctica de esas actividades, relaciones, organizaciones, y acciones, esos saberes y esa racionalidad.

Una visión interpretativa de cómo los desfibradores realizan tales actividades, se relacionan con el espacio, se organizan, emprenden sus acciones y elaboran su racionalidad, ayuda a comprender cómo se identifican y conciben su propia realidad.

Sin este acercamiento resulta difícil comprender sus características como grupo social y lo que se podría llamar "fundamentos de su identidad como obreros". En conjunto, tales actividades económicas, vinculación espacial, formas de organización, acciones que emprenden y racionalidad generada, no sólo son la respuesta, individual o colectiva –ante las condiciones del medio físico y social–; son, más allá, el producto de una forma aprendida de concebir la realidad, relacionarse, actuar e identificarse para lograr su reproducción biológica y social.

Resumiendo lo antes dicho, la cultura constituye el cimiento subjetivo de la identidad. Por medio de la endoculturación[10] los individuos internalizan y reelaboran los elementos simbólicos, materiales, organizativos y de actitud que les trasmiten su grupo de origen y los grupos e instituciones con los que interactúan a lo largo de su vida cotidiana, en tanto que sus acciones son los mecanismos para la objetivación de las realidades que enfrentan y su externalización en ellas.

Los componentes culturales

La cultura de los obreros de las desfibradoras que pertenecieron a Cordemex puede analizarse según su morfología externa y según las condiciones sociogenéticas que incidieron en ellos para que la produjeran. La primera forma se refiere a las manifestaciones tanto materiales como orales e intelectuales que a diario

[10] Cfr. Melville Herskovits, *El hombre y sus obras. La ciencia de la antropología cultural,* México, Fondo de Cultura Económica, 1952.

practican sus portadores. A través de éstas, la cultura aparece como resultado, como producto terminal en el que se incluyen la indumentaria, la vivienda, el mobiliario, los utensilios, las herramientas, el lenguaje, las técnicas de producción, las formas de organización y las ideas que sus portadores conciben en torno al mundo exterior y expresan en el trabajo, las ceremonias y demás actos que rigen su vida diaria.

La segunda forma de análisis implica una perspectiva más general, en la que se incluyen las condiciones étnicas, sociales, económicas y políticas que, cotidianamente, operan sobre los individuos, y a partir de las cuales éstos elaboran su cultura. En este sentido digo que la cultura es un proceso que ocurre a través del tiempo y, como tal, va más allá de ser un catálogo de actitudes, ideas, valores, sentimientos y productos materiales que el individuo aprende, elabora y reproduce, respectivamente. Concebida de esta manera, la cultura es la expresión de cómo sus actores perciben estas condiciones y de las respuestas que implementan para enfrentarlas y enfrentarse a los sujetos que en ellas intervienen, es decir, es la respuesta tanto simbólica como organizativa que, individual y colectivamente, ofrecen ante dichas condiciones estructurales.

Siguiendo esta última idea, la cultura de los desfibradores de la empresa mencionada hace referencia a los elementos que componen su identidad de origen y los que incorporaron en la conformación de su identidad ampliada. En suma, dicha cultura está formada por elementos que aluden a un pasado mítico todavía persistente, a un pasado reciente y a un presente en el que confluye una multiplicidad de variables. Viéndola como proceso, la historia (nuevamente el tiempo), es el recurso cognoscitivo por el cual podemos mirar, aunque sea a distancia, estos mismos elementos, y comprender a su vez los procesos específicos mediante los cuales dichos trabajadores han llegado a diseñar su propia cultura y constituirse en sujetos sociales. En este caso, su cultura se revierte en el instrumento metodológico que a su vez nos permite conocer cómo intervienen los elementos que la integran, y los procesos específicos que la originan en la construcción y reconstrucción histórica de su identidad, grupo social, región e incluso de su nación.

EL PASADO DISTANTE

La raíz indígena

Los primeros elementos de la cultura de los desfibradores de la exparestatal Cordemex están vinculados con el origen indígena que, en mayor o menor medida, prevalece entre la población rural e incluso urbana de Yucatán. Entre estos obreros, el pasado indígena se mantiene vivo a través de sus propias personas. No así entre otros sectores de la sociedad yucateca, cuyos integrantes no lo reconocen como suyo o bien cada vez les es más distante. La indumentaria, los patrones alimentarios; la habitación y la vivienda; la conservación de sus apellidos mayas; el empleo de ciertas técnicas de producción; el uso diario del lenguaje materno y la recurrencia en la práctica de determinadas costumbres, ritos e ideas sobre el mundo y la vida en general, son algunas expresiones de dicho pasado que inciden en la cultura de esos obreros.

Étnicamente, exceptuando a unos cuantos, los desfibradores son mayas o "mestizos",[11] y así se reconocen entre sí, y son reconocidos en Yucatán. Su etnicidad se define no sólo por el conjunto de elementos culturales que practican, sino también porque ellos mismos así se identifican e identifican a quienes no lo son. De todos estos elementos, el uso cotidiano de la lengua materna, el maya yucateco, es el que por su generalización, repercute fuertemente en su identidad. Descontando a tres obreros que no la hablan, pero que la entienden, todos los demás eran hablantes de esta lengua.[12] El bilingüismo de los trabajadores de las desfibradoras estatales es resultado de su socialización, primero, en el grupo familiar, y después, de su interacción en las instituciones de la socie-

[11] Sobre el contenido de esta categoría, véase R. Redfield, *op. cit.*; Richard A. Thompson, *Aires de progreso. Cambio social en un pueblo maya de Yucatán*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1974, y A. T. Hansen y J. R. Bastarrachea M., *op. cit.*

[12] De acuerdo con el *XI Censo General de Población y Vivienda* realizado en 1990, de un total de 1 362 940 habitantes de Yucatán, 516 775 son hablantes de lengua indígena; de los cuales 475 962 también hablan español y 40 813 no.

dad. Primero aprendieron su propia lengua en el hogar o en sus sitios de residencia y luego el español, cuando empezaron a asistir a la escuela y al catecismo en la parroquia de su localidad.

El uso de su lengua materna fue vital no sólo para la construcción de su identidad, sino también para la construcción social de su realidad.[13] Simultáneamente, constituyó tanto la base como el medio por los que se produjeron ambos procesos. Sin el lenguaje no es posible la socialización, ni la elaboración. Como dice Berger:

> [...] de los esquemas interpretativos, de las normas cognitivas y morales, de los sistemas de valores y, por último, de las "visiones del mundo" teóricamente articuladas que, en su totalidad, forman el mundo de las "representaciones colectivas" (tal como lo expresa la escuela de Durkheim) de toda sociedad determinada.[14]

Como se verá más adelante, el uso de su lengua materna, el maya yucateco, fue una estrategia a la que recurrieron para la formación del sindicato en torno al cual se reconocerían como obreros de aquella paraestatal.

Una visión, lo mismo global que particular de la cultura, revela desniveles[15] en su composición interna. Siguiendo esta línea teórica, la identificación de dichos desfibradores con su pasado indígena no es uniforme; varía según su escolaridad y la asimilación que hayan hecho de la versión mitificada de su propia cultura, la cual es trasmitida por las agencias del Estado y de la iniciativa privada. Para la mayoría de estos trabajadores, que presentan bajo nivel de escolaridad (hasta tercer año de primaria), la asimilación de esta versión ocurre con mayor intensidad. De acuerdo con ella, los mayas eran ese pueblo "sabio" que habitó Chichén Itzá y Uxmal; desapareció "misteriosamente" a la llegada de los españoles en el siglo XVI y dejó como herencia la lengua que hablan, el estilo de vivienda rústica que muchos habitan, la milpa que cultivan y las

[13] "El lenguaje es, al mismo tiempo, la base y el instrumento de la construcción social de la realidad." (P. L. Berger, *art. cit.*, p. 360.)

[14] *Idem.*

[15] Alberto M. Cirese, *Cultura egemonica e culture subalterne*, Turín, Einaudi, 1970.

costumbres e ideología que todavía practican. Son parte de esos pueblos indígenas ideologizados que el Estado creó para el consumo de la población, en su afán de darle a México una identidad cultural y así construir la nación que requería. En este caso, los desfibradores se reconocen como mayas, pero no así como los herederos de aquéllos (cuando menos no tienen clara esta continuidad).

En cambio, quienes rebasaron ese nivel escolar no comparten totalmente tal versión. Aunque desconocen la historia local con exactitud, sí tienen claro su origen y relación con los mayas prehispánicos. En sus términos, esos mayas no existen. Aquéllos vivieron en dichas zonas arqueológicas y fueron conquistados por los españoles obligándolos a adoptar su religión, sus formas de gobierno, y a trabajar, primero, en sus encomiendas y, luego, en sus haciendas. Son quienes en su intento de liberarse del sometimiento español y de recuperar las tierras que poco a poco les quitaban, decidieron tomar las armas en el siglo XIX e iniciar la llamada Guerra de Castas. A diferencia de los obreros con menos escolaridad, éstos tienen más clara su situación. Por una parte, se reconocen como los mayas surgidos del mestizaje y, por la otra, como descendientes de los que fueron conquistados y sometidos por el poder colonial.

Dicho en términos de Bonfil,[16] mientras que para los desfibradores sus raíces indígenas constituyen la base de su identidad profunda, para otros sectores de la sociedad yucateca no es así. En estos casos, es el rostro negado que muchas veces alaban pero con el cual no se identifican.

A propósito de esta raíz indígena, llama la atención su descuido por parte de investigadores que han incluido en sus trabajos sobre obreros de México la participación de trabajadores de origen rural que para subsistir desarrollaban, o desarrollan, actividades agrícolas. Esta omisión es más evidente si tenemos en cuenta que los sitios donde realizaron sus investigaciones se encuentran en zonas con alta población indígena. Aunque en forma breve, uno que sí atiende este elemento, para el caso peruano, es Heraclio Bonilla en su obra *Los mineros de los Andes*.[17]

[16] G. Bonfil Batalla, *México profundo. op. cit.*

[17] Heraclio Bonilla, *Los mineros de los Andes*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1974.

La hacienda y el socialismo

Además de lo indígena, entre los elementos pretéritos que componen la cultura de los obreros de las desfibradoras de Cordemex, también están presentes la historia de la hacienda y la memoria del socialismo de Salvador Alvarado y Felipe Carrillo Puerto.[18] Entre ellos prevalece un recuerdo legendario que sintetiza los hechos con la concepción generada por medio del relato y de la anécdota, una memoria intersubjetiva compartida, que expresa las diferentes maneras mediante las cuales los individuos conciben la realidad subyacente y se ubican en ella.

En el caso de la hacienda, adquirieron esa historia a través de los relatos de sus padres y abuelos, es decir, mediante la tradición oral, y no por vía de la escasa educación formal que obtuvieron en la escuela. A diferencia de la versión triunfalista que repiten las clases dominantes, en la que la hacienda representa el modelo más elaborado de una economía y una sociedad opulentas, dichas narraciones reproducen la versión de los peones acasillados y de quienes acudían a trabajar en los planteles de los hacendados a cambio de un jornal que nunca era suficiente para satisfacer las necesidades familiares más apremiantes. En esos relatos se habla de la vida cotidiana en las haciendas, de las tareas por realizar de sol a sol, de las faginas para el amo, de la *nohoch cuenta*[19] en la tienda de raya que jamás terminaban de pagar, de la forma como perseguían a quienes se atrevían a huir y de los azotes y la cárcel para los que desobedecían al capataz o bien osaban pedir, si no lo justo, por lo menos condiciones de vida más humanas.

Tratándose del socialismo, tales relatos resumen acontecimientos que, por un lado, forman parte de la historia mitificada que el Estado ha diseñado para el consumo de las clases populares y, por el otro, son el resultado de las acciones protagonizadas por dichas clases ante las condiciones que sobre ellos imperaban. Me refiero a la llegada de la revolución a Yucatán, el surgimiento de obreros y trabajadores, en general, como fuerzas políticas, y su

[18] Respecto a este periodo de la historia de Yucatán, véase Francisco J. Paoli y E. Montalvo, *op. cit.*, y F. J. Paoli, *op. cit.*

[19] Significa 'cuenta grande'.

reconocimiento por el Estado en tanto categorías sociales. Entre los obreros de las desfibradoras que pertenecieron a Cordemex, se mantiene el recuerdo difuso de las movilizaciones de sus antecesores y demás asalariados que reclamaban mejores sueldos y condiciones de trabajo.

Hechos concretos que se encuentran detrás de ese recuerdo mitificado, los cuales muchos de estos obreros desconocen en su totalidad, son la formación de las primeras uniones y sociedades obreras a partir de 1907; la huelga de los ferrocarrileros en 1911; los decretos de los gobernantes constitucionalistas liberando a los peones acasillados en 1914 y 1915; la creación de la Casa del Obrero Mundial en Yucatán, la promulgación de la Ley del Trabajo y las huelgas de los meseros, cocineros y cantineros, y de los panaderos en 1915; la fundación del Partido Socialista Obrero en 1916, el cual sería de Yucatán y luego del Sureste; la celebración de los congresos obreros de Motul e Izamal en 1918 y 1921, respectivamente, y la edición de revistas y periódicos obreros entre 1915 y 1928. De todos estos sucesos, los más conocidos entre los obreros entrevistados fueron la liberación de los peones y la fundación del Partido Socialista del Sureste. No obstante, ignoran las fechas en que ocurrieron.

En esos mismos relatos sobre el socialismo, igualmente se expresa el conocimiento que poseen los desfibradores de los personajes que protagonizaron la historia local. Reforzada por la historia oficial y la tradición oral, su memoria guarda los nombres de los villanos y de los héroes, así como las hazañas de éstos en contra de aquéllos. Aunque la mayoría de las veces con desorden e imprecisión, recuerdan, más o menos, los nombres de Pino Suárez, Eleuterio Ávila, Salvador Alvarado, Felipe Carrillo Puerto y Lázaro Cárdenas como los gobernantes que protegieron a los obreros y campesinos de Yucatán; sobre todo los últimos tres. Igualmente, recuerdan los nombres de Porfirio Díaz y Olegario Molina por ser quienes apoyaban a los hacendados y patrones.

Contradictoriamente, los desfibradores de mayor edad ignoran los de Ricárdez Broca y Fidel Velázquez, no obstante que el primero fusiló a Carrillo Puerto y el segundo se opuso a que los trabajadores de Yucatán crearan en 1936 una central independiente de la Confederación de Trabajadores de México (CTM). Entre los

más jóvenes, el nombre de Fidel Velázquez es de sobra conocido. Pero no por su relación con la historia local del obrerismo, sino por su perpetuación como secretario general de la Confederación de Trabajadores de México y sus decisiones contra quienes decía representar.

La memoria del socialismo entre los obreros de las desfibradoras estatales, pese a su imprecisión respecto a ciertos personajes, hechos y cronología, es un elemento que los identificaba con los de las cordelerías de Mérida que hasta abril de 1991 pertenecieron a la paraestatal Cordemex.[20] Su vínculo más fuerte se inclinaba hacia los miembros de la Liga de Trabajadores de Artefactos de Henequén y del Sindicato de Cordeleros de Yucatán. Los desfibradores se identificaban con los primeros porque aquella agrupación fue creada en 1917 como parte de las Ligas de Resistencia que integraban el Partido Socialista Obrero. Si bien en el momento de la creación de esa organización, el número de miembros era pequeño[21] y no cubría la totalidad de las cordelerías existentes, la aparición de la liga hizo que, por primera vez, los trabajadores de la industria henequenera contaran con una organización, la cual les permitió ser reconocidos formalmente como categoría social. Aunque tampoco poseía una ideología propia, los lineamientos del Partido Socialista Obrero de Yucatán daban a sus miembros una visión política de los hechos y de sus relaciones con los dueños de dicha industria y con los demás trabajadores afiliados a ese partido. En cuanto a su identificación con los miembros del Sindicato de Cordeleros de Yucatán, los desfibradores se identificaban con ellos porque, a juicio de sus dirigentes, fueron quienes se mantuvieron fieles a las ideas socialistas de Alvarado y Carrillo Puerto.

Hoy día, el socialismo que vivió Yucatán en la segunda y tercera décadas de este siglo sólo sobrevive en la memoria de los desfibradores como recuerdo legendario de una época en la que los obreros, campesinos y trabajadores pudieron tomar parte de las

[20] Cfr. Luis A. Várguez Pasos, "Cultura obrera entre los cordeleros de Yucatán", *Estudios Sociológicos*, vol. VI, núm. 17, 1988.

[21] P. Echeverría, *op. cit.*

decisiones del aparato estatal. Las leyendas y los símbolos petrificados que se encuentran en las fachadas de los antiguos locales de las ligas de resistencia y escuelas socialistas ubicadas en las cabeceras municipales del estado, se encargan de mantener esta memoria. Como parte medular de la historia de la formación de la clase obrera vista desde la perspectiva de los propios actores, excepto los viejos desfibradores, ya nadie habla de ese socialismo. Menos aún después de la desincorporación de las desfibradoras estatales de Cordemex, de la venta de las cordelerías de esta empresa a la iniciativa privada y de las políticas económica y laboral llevadas a cabo por los gobiernos neoliberales de Miguel de la Madrid, Carlos Salinas y Ernesto Zedillo.

El pasado cercano

La transición de lo rural a lo "urbano"

El pasado reciente también forma parte de la cultura de los obreros de las desfibradoras que pertenecieron a Cordemex. De la misma manera que los anteriores componentes, éste se mantiene vivo entre ellos. Como se verá, esa memoria habría de incidir en lo que he denominado "identidad ampliada" de esos obreros. Este periodo se inicia propiamente en los años inmediatos al reparto agrario decretado en 1937 por Lázaro Cárdenas, y concluye con la conversión de Cordemex en empresa cien por ciento estatal en 1964, hechos, ambos, que repercutieron fuertemente en la historia social de la zona henequenera de Yucatán.

Los sucesos más generales que distinguen este periodo son: la inexistencia de los desfibradores como categoría socialmente reconocida, el desplazamiento de los futuros obreros de las desfibradoras estatales hacia los centros urbanos de la zona henequenera, y las condiciones que imponían los propietarios de las desfibradoras y cordelerías en cuyas manos estaba la industria del henequén. Estas condiciones, como ya se mencionó, se transformaron, aunque lentamente, con la estatización de dicha empresa.

En los procesos sociales los actores no necesariamente son siempre los mismos; incluso en aquellos pertenecientes a la historia de

corta duración,[22] los actores pueden cambiar. La mayoría de los actuales desfibradores no estuvo presente a lo largo de este periodo, por ejemplo, en el momento del reparto agrario y los años subsiguientes. Cuando esto ocurrió, muchos de ellos no habían nacido y otros todavía eran de brazos. Si bien no estuvieron presentes, conocen los hechos que ocurrieron por los relatos directos de sus padres, tíos, hermanos o amigos, quienes sí trabajaron en las desfibradoras y cordelerías de capital privado. Ellos poseen la versión vivida por sus propios actores, es decir, narran la negativa de los patrones a pagar los salarios establecidos; otorgar médicos y medicinas en caso de enfermedad; proporcionar atención hospitalaria por accidentes laborales, y procurar las condiciones más adecuadas de trabajo. Igualmente refieren la inseguridad en el trabajo y las suspensiones a quienes se atrevían a protestar o a pedir lo que consideraban que les correspondía por elemental justicia.

Para muchos, este periodo marca su traslado de las comisarías municipales donde habitaban a las cabeceras de sus respectivos municipios para encontrar un nuevo sitio de residencia. Fenómeno sobresaliente durante ese periodo fue el abandono de sus actividades primarias de subsistencia para incorporarse a la desfibración del henequén con la tecnología más moderna de aquel entonces, o sea, el "abandono" de algunos elementos que sustentaban su identidad de origen. Para ciertos investigadores, ahí radicaría la evidencia de la descampesinización de estos individuos y su consiguiente proletarización.[23] Sin embargo, como se ha visto, tal cosa no sucedió del todo; algunos permanecieron en las desfibradoras en las cuales se emplearon, pero otros no. Como

[22] F. Braudel, *op. cit.*

[23] Recuérdese la polémica que se dio en la década de los setenta, sobre todo en su segunda mitad, entre campesinistas y descampesinistas. Para estos últimos, la penetración del capitalismo en el agro significaba el fin del campesinado y su inminente proletarización. No así para los primeros, quienes sostenían la inserción de los campesinos al capital como una estrategia para obtener los bienes requeridos y así lograr su supervivencia y la de sus familias. Un resumen interesante de este debate, así como la referencia a las obras en las que se sustentaban los argumentos de quienes intervinieron, en éste se encuentran en el libro de Cynthia Hewitt de Alcántara, *Imágenes del campo. La interpretación antropológica del México rural*, México, El Colegio de México, 1988.

también se vio, la mayoría retornó a sus actividades primarias; otros pasaron a engrosar esa categoría incierta de trabajadores por cuenta propia o a incluirse en algún subsector terciario. Por su parte, los que continuaron en las desfibradoras sintieron la necesidad de realizar otras actividades (primarias y terciarias) para generar los satisfactores a sus necesidades.

Acorde con su identidad de origen, en términos amplios, la cultura de los obreros de las desfibradoras estatales está compuesta por los elementos que definen la cultura de los campesinos de Yucatán,[24] incluyendo a quienes habían trabajado o trabajaban en las desfibradoras de capital privado; su vínculo con las actividades agrícolas y pecuarias, la comunidad y el grupo familiar incidían en el individuo para la reproducción de su cultura, llamémosle, campesina. Excepto su trabajo temporal en la desfibración, no había otro elemento que contribuyera para que el desfibrador adquiriera una cultura afín a los obreros o por lo menos una ideología proletaria.

Durante este periodo, inicialmente, la integración a un estilo de vida urbano influyó más en la cultura de quienes permanecieron trabajando en las desfibradoras que su participación en una actividad industrial. Al migrar a las cabeceras municipales, los desfibradores alteraron la unidad doméstica de tipo extensa a la que pertenecían, para desarrollar la propia basada en la familia nuclear. Ante la falta de montes cercanos a sus nuevos sitios de residencia, inicialmente dejaron de lado la agricultura milpera y abandonaron, parcialmente, las prácticas religiosas correspondientes a determinados momentos del ciclo agrícola del maíz. Por otro lado, no en todas las cabeceras municipales existía un *H'men* que realizara dichos rituales. Sin él no se pue-

[24] Me refiero, en esos términos, a elementos tales como el uso del maya yucateco, de determinada indumentaria y tipo de habitación; la realización de actividades agrícolas con técnicas e instrumentos prehispánicos; la persistencia de rituales agrícolas, de iniciación y ceremonias vinculadas a la medicina tradicional y la práctica de un conjunto de tradiciones, costumbres e ideas relacionadas con la naturaleza, la vida, las enfermedades, la muerte, la divinidad y los seres míticos. En un sentido más amplio, igualmente me refiero a la historia, la organización familiar y la racionalidad que inciden en estos elementos y que los sujetos comparten con quienes los portan.

den llevar a cabo, de tal suerte que su ausencia contribuyó a que los pocos desfibradores que siguieron cultivando sus milpas desistieran de estas ceremonias.[25]

Los cambios provocados por la vida en las cabeceras municipales en determinados casos fueron extensivos a los miembros de las familias de los desfibradores. Algunas mujeres –esposas e hijas– incorporaron a su indumentaria mestiza la vestimenta occidental. Si bien este cambio fue de los más notorios, físicamente hablando, más importante fue la vinculación de las esposas, por medio de la venta de la cosecha de las parcelas de los maridos, a una actividad comercial que les era ajena. Hasta ese momento, la venta de los productos cultivados por sus maridos no formaba parte de sus actividades en el grupo familiar. En cuanto a los hijos –hombres y mujeres– pudieron asistir a las escuelas secundarias existentes en esas cabeceras municipales y aumentar su escolaridad. Con ello, su visión de sí, del mundo y de la vida fue más amplia.

La integración de los desfibradores –y de quienes después se incorporarían a esa labor– a un estilo de vida urbano no impidió que continuaran practicando ciertas actividades que los identificaban con su origen rural. Si bien ya no siguieron cultivando sus milpas, la mayoría mantuvo la cría de aves y cerdos en sus solares y optó por la horticultura para completar el gasto familiar.

Evidentemente su nueva situación les reportó beneficios. Junto con las ventajas que les reportaba vivir en dichas cabeceras, algunos pudieron ahorrar y adquirir sus propios terrenos mediante la optimación de la administración de sus ingresos obtenidos a través del trabajo en las desfibradoras y sus parcelas: "Cuando vine a Motul –dice un antiguo desfibrador–, habían muchos terrenos. Todo lo de aquí era monte y por eso no tenían valor. Si no, jamás hubiera podido comprar el mío."

Con lo que podían ahorrar, además de comprar sus terrenos, construyeron sus casas de mampostería, o de bloques prefabricados,

[25] A medida que la crisis económica se agudizó y repercutió en la reducción del poder adquisitivo de sus salarios, aumentó el número de desfibradores que optaron por las actividades primarias, los cuales, en ocasiones, se cotizaban para contratar a un *H'men* de alguna población cercana.

y las dotaron de luz eléctrica, gas butano, aparatos electrodomésticos y baños con las instalaciones sanitarias correspondientes. Otros mantuvieron el modelo de vivienda indígena, aunque sustituyeron las paredes de barro y varas por materiales pétreos. En ambos casos, en la medida de sus posibilidades, la adquisición de bicicletas y motos para asisitir al trabajo fue importante, ya que las desfibradoras se encuentran ubicadas fuera de los poblados. En general, hicieron uso de los servicios, comodidades y artículos que ofrecían las cabeceras municipales.

Lo más relevante en este periodo fue que, ciertamente, la vida en dichos sitios abrió nuevas expectativas a los desfibradores y sus familias. Pero sólo la conjugación de sus actividades primarias con las tareas de la desfibración les permitió cumplir esas expectativas y no su mera incorporación a un proceso de producción industrial.

La intervención de los modos de vida de las cabeceras municipales, tanto para la elaboración de la cultura como para la construcción de la identidad de los obreros de las desfibradoras estatales, es una cuestión cuya influencia es más amplia y compleja. Representa un problema que afrontan quienes se trasladan de un medio rural a otro, urbano, para incorporarse a una actividad industrial, de servicios o a otra de carácter manual.[26]

El presente

El presente como elemento conformador de la cultura de los obreros de las desfibradoras de Cordemex tiene su expresión concreta en los acontecimientos relacionados con el contexto, en términos

[26] La conversión de los trabajadores del campo en obreros es una cuestión que persiste en la literatura sociológica desde la década de los sesenta, cuando se reflexionaba sobre la formación de la clase obrera en América Latina. Entre otros conviene recordar los trabajos de Enzo Faletto "Incorporación de los sectores obreros al proceso de desarrollo. Imágenes sociales de la clase obrera, *Revista Mexicana de Sociología,* vol. XXVIII, núm. 3, 1996; Alain Touraine y D. Pécaut, "Conciencia obrera y desarrollo económico en América Latina", *Revista Mexicana de Sociología,* vol. II, núm. 2, 1966, y H. Bonilla, *op. cit.*

politicoeconómicos, de la entidad y de los cultivadores del agave de la zona henequenera. Estos acontecimientos se desarrollaron en el periodo marcado por la estatización de esa empresa en 1964 y la creación, en 1974, de los sindicatos "José Ma. Morelos y Pavón" y "Miguel Hidalgo y Costilla", que agruparon a dichos obreros.

Durante este periodo, los sucesos que más influyeron en el fenómeno que trato fueron, en orden cronológico, la apertura de las desfibradoras estatales, entonces bajo la administración de Cordemex; el proyecto de entrega de estas plantas a los ejidatarios henequeneros, y la vinculación de dichos obreros con dirigentes del Frente Sindical Independiente de Yucatán. En conjunto, estos acontecimientos influyeron para que los desfibradores modificaran la forma de concebir su relación con la empresa, replantearan la realización de sus actividades productivas y adoptaran una actitud ante, por una parte, las causas que provocaban tales sucesos y, por la otra, el trabajo que realizaban como obreros. En otras palabras, los desfibradores fueron desarrollando elementos de pensamiento y acción que no poseían como productores primarios.

Como se verá, estos elementos se agregaron a los que aquellos sujetos elaboraron a partir de su traslado desde las comisarías a las cabeceras municipales. La confirmación de su ideología como obreros y su identificación con otros sectores que con ellos comparten el mismo sitio en la estructura social de Yucatán, fueron los resultados más generales. A partir de esos hechos empezaron a sentirse obreros, a actuar e identificarse como tales, lo cual no era otra cosa que la ampliación de su identidad de origen.

Las desfibradoras de Cordemex, un nuevo espacio

Después de adquirir la totalidad de la industria henequenera y de crear la empresa paraestatal Cordemex, S. A. de C. V., el Estado emprendió un amplio programa para modernizar esta industria. Parte medular de ese proyecto era la instalación de desfibradoras equipadas para superar los volúmenes que obtenían las plantas existentes y ofrecer una fibra de mejor calidad. Todo esto con el afán de competir en el mercado internacional y así captar para

el país los dólares que hasta entonces habían enriquecido a los explotadores y exportadores del henequén.

El interés del Estado por mejorar tecnológicamente las desfibradoras era legítimo. Durante toda la historia del cultivo comercial del henequén, la preocupación constante de quienes la habían tenido a su cargo era contar con la tecnología necesaria para aumentar sus volúmenes de producción y así mantenerse en los mercados extranjeros. A lo largo del siglo XIX, los hacendados introdujeron el uso de fuerza animal en algunas tareas, de aparatos mecánicos para la desfibración y el empleo de vapor para moverlos. Nuevas máquinas impulsadas por gasolina y diesel aparecerían en el siglo XX.

Al convertirse el Estado en propietario de la industria referida, tanto las desfibradoras como las cordelerías eran ya verdaderas antigüedades tecnológicas que impedían aprovechar en su totalidad los derivados de las hojas de henequén. Diversos estudios sobre esta planta concuerdan en señalar que, bajo estas circunstancias, se desperdiciaba más de 90% del agave. De acuerdo con esta situación, la única alternativa para mantener los productos de Cordemex en el mercado internacional era la modernización de los procesos de desfibración e industrialización. Para ello, la empresa cerró algunas plantas, introdujo equipo más moderno en otras, e instaló nuevas desfibradoras donde no las tenían. Conforme este programa, hacia "mediados de 1966 Cordemex había cerrado ya 6 plantas, y a finales de 1967 sólo estaban funcionando 18 de las 49 que eran inicialmente".[27]

La instalación de las nuevas desfibradoras fue paulatina. Las dos primeras, que iniciaron sus actividades en 1967, fueron denominadas "José Ma. Morelos y Pavón" y "Benito Juárez", y situadas en los municipios de Telchac Pueblo y Baca, respectivamente. En 1972 ya eran diez. Su crecimiento numérico continuó hasta alcanzar 16 en 1981, la cifra más alta que Cordemex llegó a manejar (veáse cuadro III-1 y mapa III-1). La superioridad tecnológica de las desfibradoras estatales en comparación con las de capital privado era notable. En principio podían desfibrar más hojas en me-

[27] T. Vera y M. Martín, art. cit.

nos tiempo. Así, mientras las primeras desfibraban 250 000 pencas en ocho horas de trabajo, las segundas sólo podían desfibrar 150 000 como máximo en diez horas de labor. Del mismo modo, las plantas de Cordemex podían recuperar fibra larga y corta, pulpa para usos forrajeros y jugos para la obtención de esteroides; incluían hornos para secar la fibra; tenían capacidad para trabajar tres turnos de ocho horas cada uno, y eran impulsadas por electricidad. No así las de capital privado que sólo recuperaban fibra larga y corta, y no la secaban eléctricamente, sino al sol; su planta motriz estaba constituida por máquinas de combustión interna impulsadas por diesel o gasolina, y únicamente podían trabajar de uno a dos turnos durante ocho y hasta diez horas consecutivas.[28]

Los resultados del programa de modernización fueron elocuentes. En mayo de 1972, con motivo del informe anual de actividades, en pleno Palacio Nacional, el presidente del consejo de administración, Hugo B. Margain, señaló que durante el ejercicio del año que concluía en marzo, la producción de las diez plantas desfibradoras existentes en Yucatán había ascendido en 86% respecto al año anterior, lo que significaba que la fibra obtenida había crecido de cinco mil a 9 300 toneladas. En conjunto, la empresa había obtenido ingresos por 409 000 000 de pesos, incremento equivalente a 37% en relación con el ejercicio de 1970 a 1971; o sea, 110 000 000 de pesos más.[29]

CUADRO III-1
Desfibradoras de la paraestatal Cordemex, 1967-1980

Desfibradora	*Población*	*Año de instalación*
José Ma. Morelos	Telchac Pueblo	1967
Benito Juárez	Baca	1967
Venustiano Carranza	Cansahcab	1968
Francisco Villa	Tahmek	1971

[28] *Idem.*

[29] Cordemex, *Informe anual*, 31 de marzo de 1972.

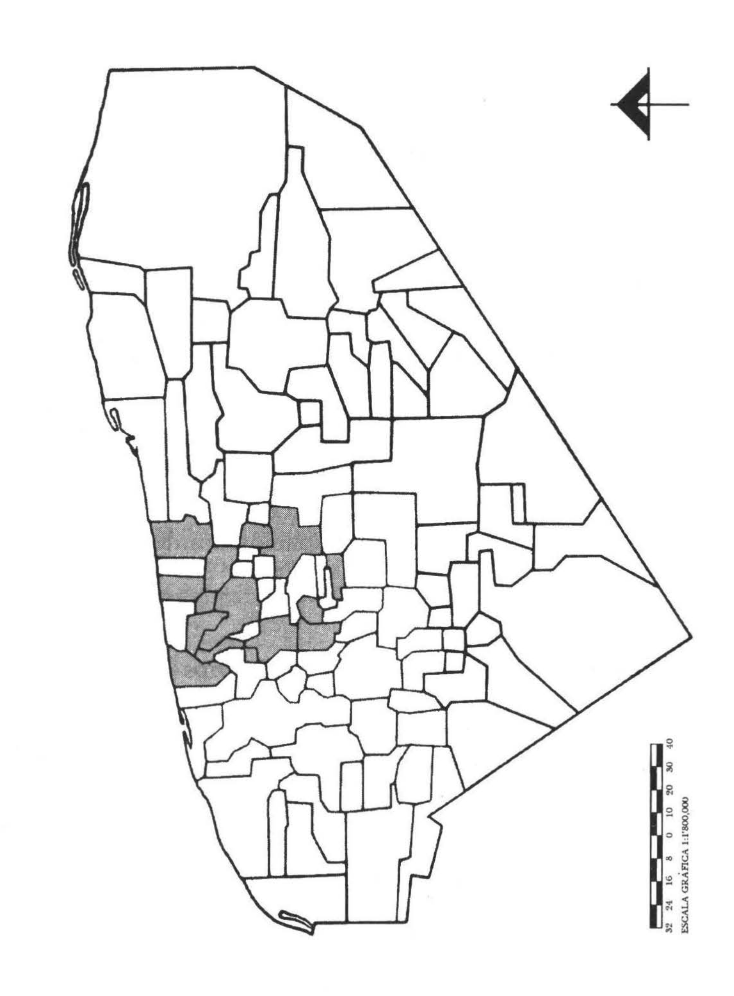
CUADRO III-1(*conclusión*)
Desfibradoras de la paraestatal Cordemex, 1967-1980

Desfibradora	*Población*	*Año de instalación*
P. Elías Calles	Ixil	1971
Álvaro Obregón	Tepakán	1971
Miguel Hidalgo	Yaxcucul	1971
Emiliano Zapata	Dzemul	1971
Francisco I. Madero	Sinanché	1971
F. Carrillo Puerto	Muxupip	1971
A. López Mateos	Sacapuc (Motul)*	1975
Lázaro Cárdenas	Dzidzantún	1976
José E. Solís	Kambul (Motul)	1976
M. Cecilio Villamor	Citilcum (Izamal)	1979
A. Ruiz Cortines	Ekmul (Tixcocob)	1980
G. Díaz Ordaz	Holactún (Seyé)	1980

* Entre paréntesis aparecen los municipios a los cuales pertenecen dichas poblaciones.

Fuente: Tomás Vera, "El sistema agroindustrial henequenero 1977-1983", en E. Villanueva (coord.), *El henequén en Yucatán. Industria, mercado y campesinos,* Mérida, Maldonado Editores-Cultur Servicios-CRYINAH-CEDRAC, 1990.

Además de las innovaciones tecnológicas, el programa de modernización emprendido por Cordemex comprendía cambios en las formas de concebir y hacer operar esas mismas plantas desfibradoras. En 1971, de ser simples sitios donde se obtenía la fibra del henequén se convirtieron en agroindustrias; el objetivo era ampliar sus actividades y mejorar su imagen externa. Al año siguiente, la empresa modificó su condición administrativa respecto a la fibra al dejar de ser maquiladora para transformarse en compradora de las pencas de henequén. Ese mismo año inició un nuevo programa de restructuración con el propósito de incrementar su productividad. La estrategia empleada fue el aprovechamiento integral de la hoja del agave. Bajo este nuevo esquema, no sólo se optimaría el aprovechamiento de la fibra larga, sino también de la corta, y de los jugos y la pulpa que las antiguas desfibradoras, repito, desperdiciaban. De esa manera, aparecían nuevos usos y productos. La fibra larga se continuaría utilizando en la cordelería



MAPA III-1
Ubicación de las desfibradoras de Cordemex

en general, la corta se emplearía en la elaboración de fieltros y rellenos, los jugos se destinarían a la obtención de esteroides, y la pulpa se aprovecharía en la alimentación del ganado bovino que Cordemex criaba en las desfibradoras como parte de su programa lechero.[30]

En la planeación de las desfibradoras, los obreros no intervinieron, ya sea porque éstos todavía no existían como tales o porque nunca se pensó tomarlos en cuenta. El diseño físico estuvo a cargo del Estado. En su mayoría seguían un mismo plano cuyas modificaciones variaban según la capacidad de producción de cada una, las construcciones ya existentes susceptibles de ser aprovechadas y la orientación del terreno donde estaban situadas. En todas ellas, por contraste con las desfibradoras de capital privado, están claramente diferenciados los edificios correspondientes a la administración, la extracción de la fibra, las bodegas y los servicios tales como sanitarios, comedor para los trabajadores y estacionamientos tanto para las bicicletas y motos de los obreros como para los automóviles de los funcionarios y los diversos vehículos de la empresa. En los casos en los que las desfibradoras incluían la producción de leche y/o esteroides, igualmente se distinguen los espacios donde tenían lugar estas funciones.

La entrega de las desfibradoras a los ejidatarios

En noviembre de 1972, Luis Echeverría visitó Yucatán para inaugurar 30 modernas clínicas del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) en diferentes municipios productores de henequén.[31]

[30] T. Vera, "El sistema agroindustrial...", art. cit.

[31] Las poblaciones donde se instalaron estas clínicas fueron Abalá, Acanceh, Baca, Cacalchén, Cansahcab, Chicxulub Pueblo, Chocholá, Dzemul, Dzidzantún, Dzilam González, Halachó, Hocabá, Hoctún, Homún, Huhí, Izamal, Kinchil, Maxcanú, San José Tzal, Suma, Seyé, Tahmek, Tecoh, Tekantó, Tekal de Venegas, Tekit, Temax, Tepakán, Timucuy y Tixcocob. Ante la falta de un patrón que pagara la cuotas correspondientes, fue necesario modificar el esquema del IMSS. Hecho esto, los ejidatarios y sus familias pudieron recibir la atención médica y demás beneficios a los que tenían derecho. En mayo de 1992, como parte de las

El acto se efectuó en la Casa del Pueblo ubicada en Mérida. Apoyados por promotores de la Secretaría de la Reforma Agraria (SRA) y de la Confederación Nacional Campesina (CNC), los ejidatarios ahí reunidos aprovecharon la ocasión para demandar al visitante que tomara "medidas para elevar sus condiciones de vida y liquidar viejas prácticas y corruptelas conocidas por todos en la zona [henequenera]".[32] Ante la apremiante situación que vivían, mejores condiciones de vida significaba mucho más de lo que representaban las clínicas que se ponían en servicio. En tal virtud, "no sólo demandaban mejores servicios médicos para ellos y sus familias, sino ingresos más altos y mayor remuneración por su trabajo".[33]

Respondiendo a tales demandas, el ejecutivo federal propuso un paquete de acciones, entre las que destacaban sendos programas de diversificación agropecuaria y de reorganización y modernización de Cordemex. Parte sustantiva de este último objetivo era la instalación de 30 desfibradoras con la más alta tecnología, con el fin de aprovechar los jugos, el bagazo y la fibra corta que hasta ese momento se desperdiciaban. Este proyecto preveía la desaparición de las antiguas desfibradoras dedicadas a procesar el henequén cultivado por los ejidatarios de la región. De éstas, 42 eran del ejido, pero las administraba el Banco Agrario de Yucatán (véase el cuadro III-2), y 160 eran de capital privado[34] (véase el cuadro III-3).

---

políticas neoliberales de Carlos Salinas de Gortari, se inició una serie de acciones para transferir estas clínicas al programa IMSS-Solidaridad. Estas acciones concluyeron en diciembre de 1995, con lo cual también concluyó, por lo menos oficialmente, la dependencia de los ejidatarios henequeneros respecto del Estado (*Diario de Yucatán*, 16 de abril de 1996).

[32] Iván Menéndez, *Lucha social y sistema político en Yucatán*, México, Grijalbo, 1981, p. 188.

[33] *Idem.*

[34] Hacia finales de la década de los setenta, esta cantidad se había reducido a 145, de las cuales, debido a la falta de materia prima y deficiencias ténicas, solamente trabajaban 81 (Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos, *Programa de Desarrollo Agroindustrial*, SARH, Representación de Yucatán, 1980).

CUADRO III-2
Desfibradoras ejidales administradas por el Banco Agrario de Yucatán

Desfibradora	*Municipio*	*Desfibradora*	*Municipio*
Bacalar	Seyé	San Antonio Xporver	Tecoh
Canicab	Acanceh	San Antonio Yaxché	Ucú
Chenché de las Torres	Temax	San E. Dzilam González	Dzilam Glez.
Chuncanán	Cuzamá	San Isidro Ochil	Tekit
Chuyché	Sudzal	San Juan Lizárraga	Telchac Pueblo
Citicabchén	Chapab	San Luis Izamal	Izamal
Constancia	Dzemul	San Miguel Chac	Hunucmá
Dzibikak	Umán	Santa Bárbara	Cansahcab
Dziná	Motul	Sta. Cruz Hunucmá	Hunucmá
Dziuché	Hoctún	Santo Domingo	Maxcanú
Dzoyaxché	Mérida	Sihó	Halachó
Granada	Maxcanú	Suma	Suma
Huaykamal	Homún	Tebec	Umán
Kanachén	Maxcanú	Tekax	Mocochá
Cancabchén Cantón	Tixcocob	Tepich Carrillo	Acanceh
Kansucopó	Sinanché	Ticimul	Umán
Krupp	Mérida	Xcanchacán	Tecoh
Lepán	Tecoh	Xcumpich	Mérida
Oxcum	Umán	Xcuyum	Conkal
Sacahua	Telchac Pueblo	Yabucú	Acanceh
Sakola	Motul	Yobaín	Yobaín

Fuente: "Programa de Desarrollo Agroindustrial", Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos, Representación Yucatán, 1980.

Antes de continuar creo oportuno subrayar que, a diferencia de la política de modernización de la industria henequenera emprendida por Carlos Salinas de Gortari que, entre otras características, privilegiaba la reprivatización de esta industria, la modernización de Cordemex planteada por Echeverría estaba cimentada en la eliminación de las antiguas desfibradoras de capital privado, el favorecimiento de la participación en ellas de los ejidatarios y la dotación, a esta empresa, de desfibradoras con la más alta tecnología.

De regreso a la cuestión que nos ocupa, hay que señalar que los primeros en protestar por esta nueva situación fueron los exhacendados, ahora llamados eufemísticamente *pequeños propietarios*, quienes para entonces eran funcionarios tanto del gobierno estatal como del Banco Agrario. Como propietarios de esas desfibrado-

ras, el proyecto de Echeverría representaba la pérdida de fuertes cantidades de dinero que les reportaba la maquila de la fibra producida en los planteles ejidales y privados. Por su parte, para quienes eran funcionarios de ese banco, significaba la pérdida de poder tanto en las esferas políticas del estado como entre los ejidatarios henequeneros.

Conjuntamente, es necesario tener en cuenta que el ejido henequenero, desde su creación por Cárdenas en 1937, había sido, y siguió siendo, botín de comisarios, inspectores, supervisores, escribientes y toda clase de autoridades asociadas con la explotación de dicho agave. Los fraudes cometidos contra los ejidatarios, y las denuncias sin resolver forman parte de la historia de la zona henequenera. Las modificaciones propuestas por Carlos Salinas al Artículo 27 constitucional no parecen contemplar el final de esta historia. Idealmente, el proyecto de Echeverría también representaba el fin de esos ilícitos, y más allá, el fin del control ejercido por los productores privados sobre la fase inicial, el cultivo y la desfibración, la industrialización del henequén y del sector productivo que llegó a ser el más importante para la población de Yucatán.

Enmarcado por la política populista de Echeverría, el proyecto en cuestión tenía la intención de erradicar tales prácticas y así evitar el descontento de los ejidatarios y el retorno de la violencia, que agravarían la situación que se vivía en Yucatán y en todo México. Pero también tenía la intención de imponer la hegemonía presidencial sobre el gobierno del estado, algunos organismos federales y grupos sociales locales que amenazaban con salirse de su control. Por su parte, los afectados no estaban dispuestos a perder sus privilegios, las fuentes de enriquecimiento y el poder que poseían. Su primer paso fue cerrar filas. En un solo bloque se agruparon el gobernador Carlos Loret de Mola y los representantes de la Liga de Comunidades Agrarias, de los pequeños propietarios y del Banco Agrario. Desde su trinchera enfrentarían los embates del gobierno federal, la SRA y Cordemex.

Antes de finalizar 1973, la CNC intervino como mediadora del conflicto y se acordó apoyar el plan de reorganización y modernización de Cordemex, a condición de entregar las desfibradoras a los ejidatarios en forma gradual. La primera planta que se entregaría sería "Felipe Carrillo Puerto", situada en el municipio de Mu-

CUADRO III-3
Desfibradoras de capital privado

Desfibradora	*Municipio*	*Desfibradora*	*Municipio*	*Desfibradora*	*Municipio*
Alfredo Ancona	Mérida	Poccehiná (*sic*)	Izamal	San Pedro Chimay	Mérida
Bacneceh	Tixcocob	Poxilá	Umán	San Pedro Nohpat	Mérida
Baspul	Chicxulub	Ruinas de Aké	Tixcocob	San Roque	Telchac*
Buenavista	Hocabá	Sabacché	Tecoh	Santa Cruz Campos	Sinanché
Cacao	Abalá	Sabcatzín	Cansahcab	Santa Cruz Nolo	Tixcocob
Cauaca	Temax	Sacnicté	Progreso	Santa Cruz Pachón	Motul
Chalmuch	Mérida	Sacpokomá		Santa Cruz Peraza	Yobaín
Chapultepec		Sahcabá	Cacalchén	Santa Cruz Peraza	
Chichihuh	Izamal	Sahé	Tixpehual	Sta. Isabel	Izamal
Chucmichén	Temax	San Albino	Yobaín	Santa María Barrera	Tahmek
Cheuman	Mérida	San Antonio Ayín	Cacalchén	Santa María Chi	Chicxulub
Chochoh	Mérida	San Antonio Cámara	Temax	Santa María Glez.	Seyé
Chuntuak	Mérida	San Antonio Chel	Hunucmá	Santa Rita Tetiz	Tetiz
Chunxuac		San Antonio Chich	Izamal	Santa Rosa	Telchac*
Cib-ceh	Acanceh	San Antonio Choil	Cacalchén	Sta. Teresa	Telchac**
Cucá	Tixpehual	San Antonio Cholul	Hoctún	Sta. Teresa	Telchac Pueblo
Dzityá	Cansahcab	San Antonio Evia	Huhí	Sta. Teresa	Motul
Eknakán	Cuzamá	San Antonio Evia	Huhí	Sihunchén	Abalá
Halauac	Tekantó	San Antonio Kankirixché	Tecoh	Susulá	Mérida
Hda. Kiniché	Suma	San Antonio Millet	Tixcocob	Tahdzibichén	Mérida
Hda. San Antonio Holcá	Teya	San Antonio Pua	Cacalchén	Tanil	Umán
Hda. San Román	Dzilam González	San Antonio Tehuiz	Kanasín	Tebec	Izamal
Hda. Santa María Ontiveros	Chicxulub	San Antonio Tzacalá	Mérida	Techoh	Mérida
Hda. Santa Rosa	Telchac Pueblo	San Antonio Viudez	Tetiz	Tedzidz	Mérida
Hilí	Motul	San Cristóbal	Telchac Pueblo	Tekit de Regil	Timucuy
Holactún		San Diego Guerra	Dzemul	Telal	Motul
Hotzuc	Mérida	San Diego Rodríguez	Tekantó	Temozón Sur	Abalá

Huayalceh	Abalá	San Dimas	Temax	Teoc	Izamal
Hubilá	Tixcocob	San Eduardo	Telchac*	Texán Palomeque	Umán
Jesús María	Telchac Pueblo	San Eduardo	Dzemul	Texán Cámara	Mérida
Kampepen	Homún	San Felipe Chuylén	Baca	Tikopó	
Kankabchén Molina	Cansahcab	San Felipe Chuylén		Timul	Motul
Kantirix	Izamal	San Fco. Manzanilla	Dzidzantún	Tixcacal Opichén	Mérida
Kanyuym	Tixcocob	San Ignacio	Progreso	Tixcacal Ancona	Huhí
Katanchel	Tixcocob	San Isidro	Conkal	Tixcacal Quintero	Mérida
Kikteil	Mérida	San Isidro Dzonot		Ticopó Gutiérrez	Motul
Kinchacán	Telchac*	San José Chacán	Ixil	Too	Ixil
Komchén Martínez	Motul	San José Chiceh	Izamal	Tzalancab	Izamal
Kuncheilá	Izamal	San José Novelo	Baca	Tzip	Izamal
Lactún	Chicxulub	San José Novelo		Xcanchacán	Tecoh
Nohchakán	Cuzamá	San José Poniente		X'Cehus	Seyé
Nohuayum	Hunucmá	San José Tecoh	Izamal	Xcunyá	Progreso
Nohuayum	Tetiz	San Juan de las Cruces	Ixil	Xiat	Cansahcab
Oncán	Mérida	San Juan de las Flores	Baca	Xtepen	Umán
Oxolón	Umán	San Juan Hau	Tixcocob	Yaxcopoil	Umán
Oxtapacab	Tecoh	San Juan Koop	Muxupip	Yunkú	Sacalúm
Pachul	Tetiz	San Juan Sauri	Telchac*	Yocat	Ticul
Pebá	Mérida	San Luis Pakán	Hunucmá		
Petenchí	Hoctún	San Pablo	Yobaín		

* La fuente no especifica si se trata de Telchac Pueblo o Telchac Puerto.
** Posiblemente se trate de Telchac Puerto.
Fuente: Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos, *op. cit.*

xupip. Un año después, el 8 de noviembre de 1974, fecha del natalicio de este prócer yucateco, Luis Echeverría emitió el decreto mediante el cual se entregaría dicha desfibradora a los ejidatarios.[35] Sin embargo, a pesar de la infraestructura creada ex profeso y la capacitación de 325 ejidatarios, quienes se encargarían de operar la planta, tal disposición nunca se hizo realidad.

Al concluir el proceso de reprivatización de la industria henequenera, los parcelarios henequeneros –pequeños productores privados– recibieron la concesión de diez de las quince desfibradoras que una vez fueron de Cordemex.[36]

En este movimiento coincidieron la política populista del Estado mexicano y las presiones de los ejidatarios, quienes, aprovechando esta corriente, demandaron mejoras económicas y participación en la industrialización del henequén. En este sentido, el factor económico y la intervención de los campesinos en problemas que consideraban vitales para su actividad laboral siempre estuvieron presentes en las demandas planteadas y las acciones emprendidas. Desde esta perspectiva, incidirían en la formación de la cultura de los desfibradores en tanto que eran obreros de esta industria. Aunque estos últimos no intervinieron, y en última instancia habrían resultado afectados de haberse llevado a efecto el proyecto en cuestión, este movimiento habría de servir como referente a sus acciones contra los individuos y las instituciones que dominaban la vida económica y política de su región y del estado en general.

El sindicalismo independiente

Un último elemento que quisiera introducir para explicar la formación de la cultura de los obreros de las desfibradoras esta-

[35] I. Menéndez, *op. cit.*

[36] Las desfibradoras que fueron transferidas a los parcelarios son: "José Ma. Morelos y Pavón", "Cecilio Villamor", "Álvaro Obregón", "Francisco Villa", "Plutarco Elías Calles", "Francisco I. Madero", "Adolfo López Mateos", "Venustiano Carranza", "Gustavo Díaz Ordaz" y "Lázaro Cárdenas" mismas que se encuentran ubicadas en los municipios de Telchac Pueblo, Izamal, Tepakán, Tahmek, Ixil, Sinanché, Motul, Cansahcab, Seyé y Dzidzantún.

tales, como fundamento de su identidad, es su incorporación al sindicalismo independiente de Yucatán. Lo trascendente de este hecho, por sobre los anteriores, fue su participación como actores centrales y su integración a una tradición obrera que se venía gestando en el estado desde los primeros años del siglo que concluye.[37] La formación de la primera organización bajo la cual se agruparían los desfibradores en tanto obreros fue la culminación de ese proceso.

Al principiar 1974, el sindicalismo independiente de Yucatán se encontraba nuevamente en auge. Varios factores locales se conjugaron para que resurgiera. Los más significativos fueron el debilitamiento del Partido Revolucionario Institucional (PRI) en Yucatán, durante la segunda mitad de la década de los sesenta; la formación en 1968 de la Federación de Trabajadores de Yucatán (FTY) con el fin de restarle fuerza a la Confederación Revolucionaria de Obreros y Campesinos (CROC); el triunfo, en 1969, del candidato del Partido Acción Nacional (PAN) para ocupar la alcaldía de Mérida; la imposición, en 1971, del candidato oficial a la gubernatura tras el triunfo abrumador de su oponente del PAN y la formación –un año después– del Frente Cultural "Jacinto Canek".[38]

En estas circunstancias, en octubre de 1973 se formó el Frente Sindical Independiente de Yucatán (FSIY) con los sindicatos que surgían al margen de las centrales oficiales. Y aunque éstos eran pequeños, después de veinte años de relativa calma, los obreros volvían a inquietar a los empresarios de Mérida. Su preocupación no era banal. Desde la creación de la Coalición de Sindicatos de Yucatán en 1950, no habían presenciado efervescencia como la que se vivía en esos momentos.

Los problemas derivados de la situación reseñada amenazaban con transformarse en un fenómeno difícil de controlar. A diferencia de otras ocasiones, en las cuales los obreros yucatecos formaron sindicatos independientes, el movimiento emergente adoptaba nuevas expresiones. En las colonias populares de Mérida surgían organizaciones vecinales, comités de barrio, cuyo fin era protestar contra el encarecimiento de los productos básicos y la

[37] Cfr. Guillermo Boils Morales, art. cit.

[38] I. Menéndez, *op. cit.*

deficiencia o ausencia total de servicios urbanos en sus sitios de residencia. Por su parte, los estudiantes de algunas escuelas de los niveles medio superior y superior se agrupaban en el Frente Cultural "Jacinto Canek", al margen de sus federaciones y sociedades usualmente controladas por el gobierno estatal, con el propósito de asesorar a los obreros y colonos en la formación de sus respectivos sindicatos y comités.[39]

En ese orden de cosas, luego de siete años de haber instalado Cordemex sus primeras desfibradoras, y a diez de su estatización, los obreros de estas plantas permanecían fuera de las leyes que rigen el trabajo; la existencia y cantidad de hojas por desfibrar determinaban los días y horas de trabajo, así como el jornal –inferior al salario mínimo– que recibirían; las horas extra laboradas no eran remuneradas, ni tenían derecho a la seguridad y las prestaciones previstas por la ley. En cambio, tenían que padecer las condiciones a las que eran sometidos por los gerentes de las plantas desfibradoras. Éstas sí eran una realidad cotidiana.

La formación del sindicato "José María Morelos y Pavón" fue la respuesta inmediata a la situación que enfrentaban. Su constitución forma parte de la historia que los desfibradores interiorizaron y que los identificó como obreros de Cordemex. Aunque existen dos versiones sobre su creación, en realidad poco importa cuál de las dos sea la verdadera. Lo relevante es que forma parte de su tradición oral y que aún la reseñan.

Una versión sostiene que la iniciativa provino de los propios trabajadores cuando en 1974 un grupo de ellos, adscrito a la desfibradora "Felipe Carrillo Puerto", decidió formar un sindicato perteneciente sólo a este centro de trabajo, independiente de las centrales obreras del país.[40] Su opinión cambió al ponerse en contacto, por medio de los estudiantes de la preparatoria de Motul,

[39] Frente Sindical Independiente, *El Frente Sindical Independiente "Efraím Calderón Lara"*, México, Macehual, 1979.

[40] El modelo que eligieron fue el Sindicato de Cordeleros de Yucatán que, desde su fundación en 1933, se mantuvo independiente de las centrales obreras que tienen cooptados a los obreros del país. Junto con la Liga de Trabajadores de Artefactos de Henequén agrupaban a la totalidad de los obreros de las fábricas que conformaban Cordemex, S. A. de C. V.

con los dirigentes del FSIY. Éstos les hicieron comprender la necesidad de formar un sindicato que agrupara a todos los desfibradores de la exparaestatal y no sólo a los de una planta. La otra versión es que fueron los dirigentes de este organismo quienes visitaron la planta "Felipe Carrillo Puerto" y propusieron a los desfibradores la organización de un sindicato. No obstante esta diferencia, las dos versiones coinciden en cuanto a las relaciones que se establecieron entre desfibradores e integrantes del FSIY, la fecha de la formación del sindicato, el carácter que habría de tener y las estrategias que deberían seguir para su reconocimiento por la empresa y las autoridades laborales de Yucatán.

Con el propósito de obtener el consenso de la totalidad de los desfibradores, se organizaron pequeñas comisiones para recorrer las demás plantas e informar a los obreros de lo que ocurría, e invitarlos a la asamblea constitutiva. El resultado obtenido fue la aprobación unánime para la celebración de la asamblea y la elección de la primera directiva, con lo cual quedaría formalmente integrado el sindicato. Dicha directiva quedó constituida por José del Carmen Rosales Tec, de la planta "José Ma. Morelos", secretario general; Marcos Cem, de la "Benito Juárez", secretario de conflictos; Julián Quiñones, de la "Francisco I. Madero", tesorero; José Ma. Palma, de la "Felipe Carrillo Puerto", secretario de actas, y Mariano Cervantes, de la "José Ma. Morelos", secretario de organización y propaganda. Entre los primeros acuerdos tomados estuvieron el de pertenecer al FSIY y continuar con la asesoría y la capacitación sindical que ya habían iniciado, los cuales perduraron hasta la desaparición de la organización en 1990, al desincorporarse las desfibradoras de la administración de Cordemex.



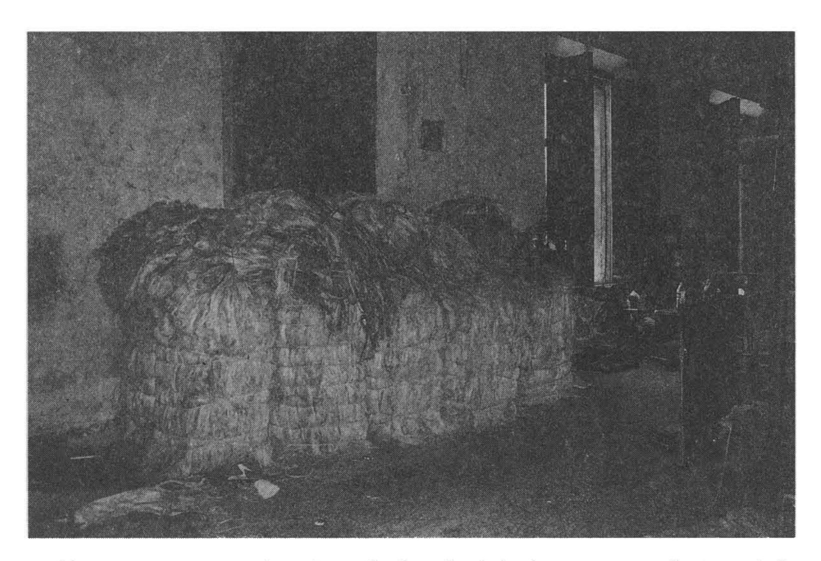
La fibra es transportada a los patios de la desfibradora, o secaderos, en una plataforma tirada por un caballo. Al secarse mediante el sol adquiere el color blanco que la caracteriza. En la foto, un trabajador se dispone a colocar la fibra en los tendederos (foto de Edward Montañez).



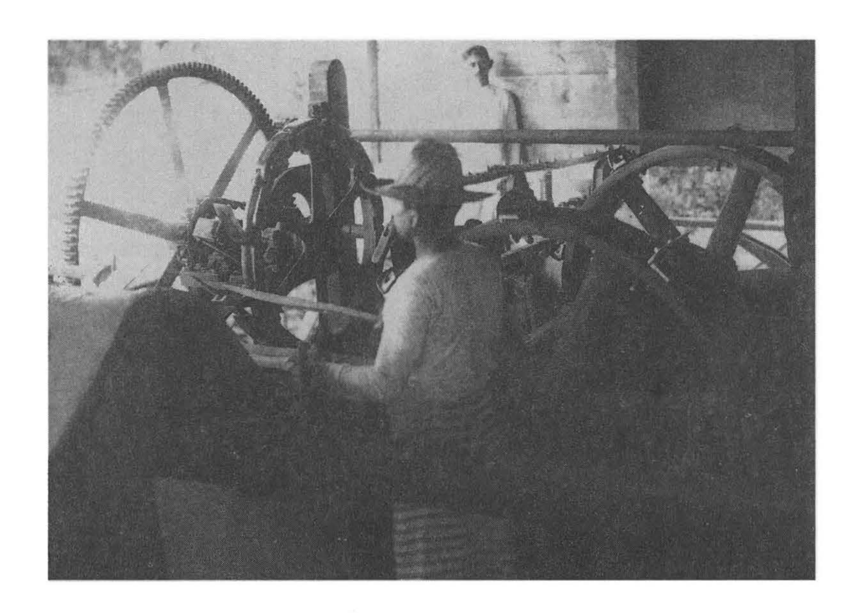
Un obrero distribuyendo la fibra del henequén en los tendederos (foto de Edward Montañez).

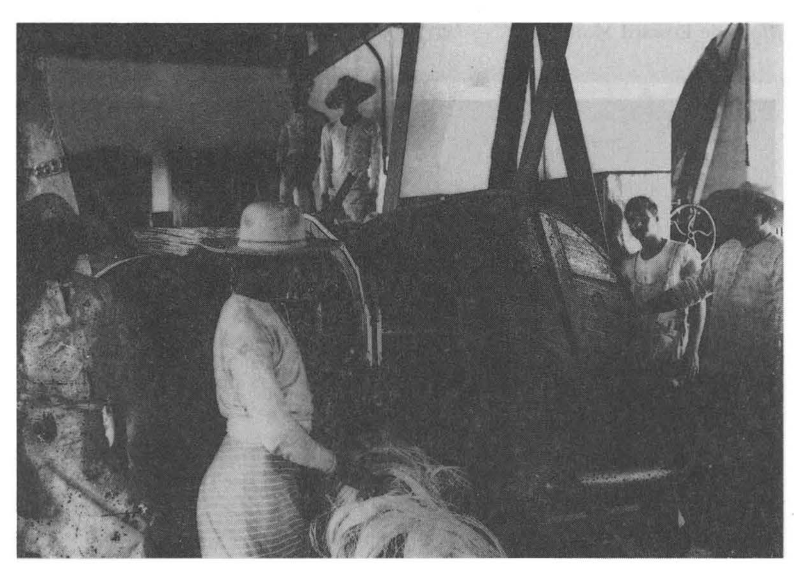


La reprivatización de la industria henequenera ha provocado la reaparición de prácticas laborales que fueron eliminadas con la creación de Cordemex, S.A. de C.V. En la foto, tres menores colocan la fibra para su secado. Los menores ayudan al mayor quien trabaja eventualmente en una desfibradora que perteneció a dicha ex paraestatal (foto de Edward Montañez).



La fibra ya seca es prensada en "pacas" y llevada a la bodega en espera de ser enviada al mercado (foto de Edward Montañez).

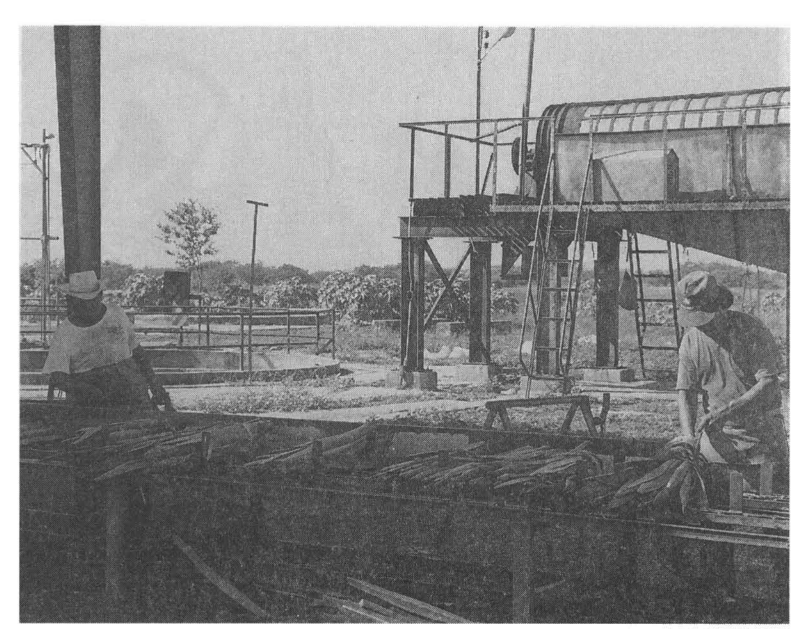




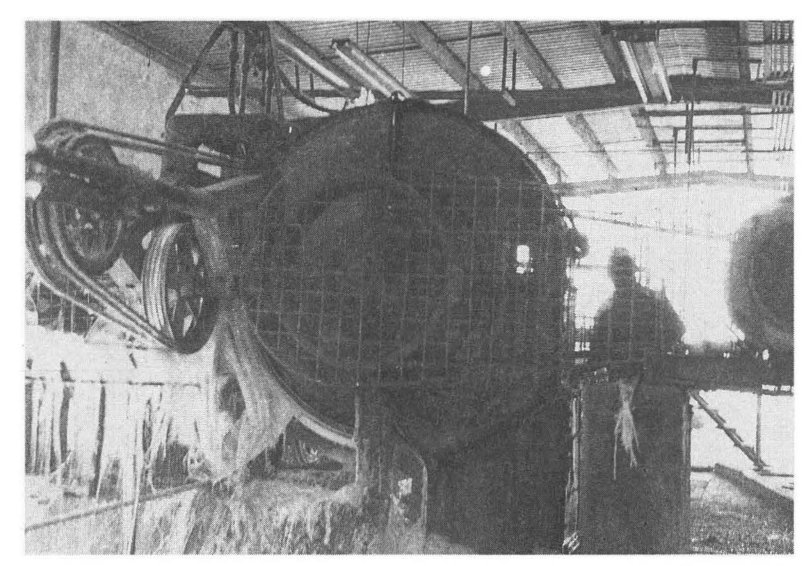
Peones indígenas extrayendo la fibra del henequén en antiguas máquinas desfibradoras. Las fotos fueron tomadas en alguna hacienda henequenera, probablemente, alrededor de 1900. Archivo de la fototeca "Guerra" perteneciente a la Facultad de Ciencias Antropológicas de la Universidad Autónoma de Yucatán.



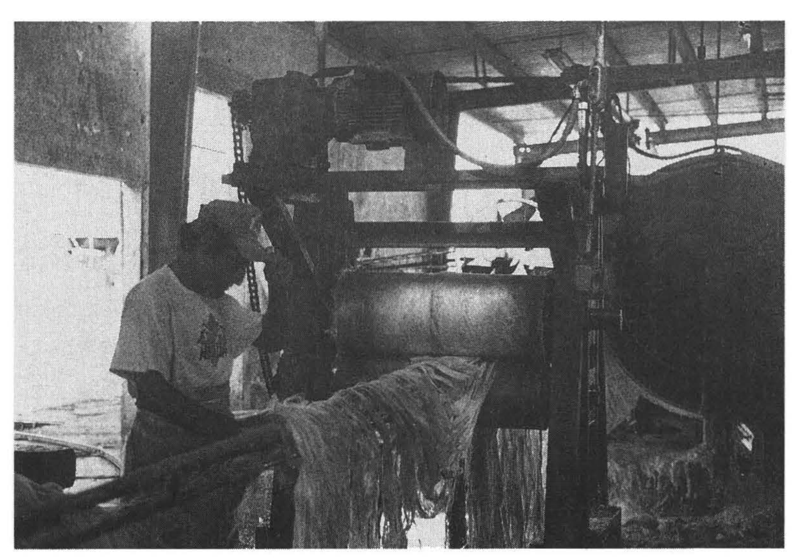
Las pencas del henequén son transportadas en camiones desde los planteles a las desfibradoras. En la foto, dos obreros descargan los rollos de pencas y un inspector verifica el número de rollos recibidos (foto de Edward Montañez).



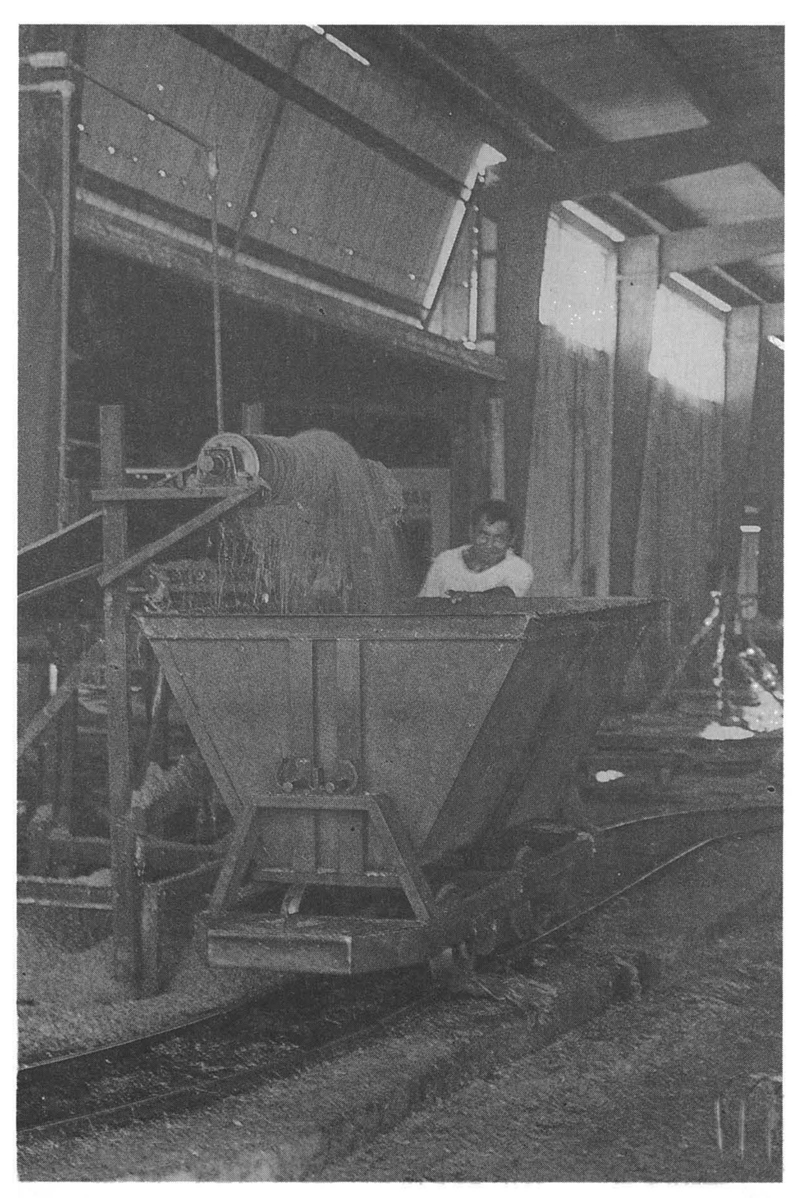
Los rollos de pencas son colocados en una banda de cadenas metálicas que los conducen a la máquina que extraerá la fibra. En la foto, dos trabajadores desatan las pencas (foto de Edward Montañez).



Las pencas pasan a través de una máquina eléctrica, la cual se encarga de extraer la fibra mediante un sistema de cuchillas. En la foto, un desfibrador vigila el proceso (foto de Edward Montañez).



La fibra pasa por un sistema de rodillos en donde se eliminan los residuos de pulpa que antes no fueron desechados. En la foto, un obrero recibe la fibra (foto de Edward Montañez).



La pulpa, o bagazo, de la penca, que es eliminada al momento de la extracción de la fibra, es colocada en carros para ser tirada en los patios. La pulpa ya seca es aprovechada como abono en el cultivo de hortalizas (foto de Edward Montañez).

IV. DE CAMPESINOS A OBREROS. LA IDENTIDAD DE ORIGEN

Introducción

Contra ciertos argumentos estructuralistas que privilegian la acción de la estructura sobre el individuo, y de algunos enfoques de la escuela de cultura y personalidad, que conciben la socialización como un proceso unidireccional en el que aquél sólo asimila los productos que se le trasmiten,[1] la línea en que se inscribe este trabajo otorga al individuo un papel protagónico. Mediante la internalización y la reelaboración de los roles que le corresponden, el desempeño de las funciones que le son propias, y la realización de las actividades que de unos y otras se derivan, reemplaza su identidad natural al diseñar lo que he denominado *identidad de origen*. Un hecho por demás relevante en este momento es la transformación del individuo en actor de su identidad.

Los desfibradores, como ya mencioné, no siempre fueron obreros. Antes de su incorporación a Cordemex eran pequeños productores primarios y artesanales. Con el fin de generar los satisfactores para sus necesidades, alternaban sus actividades productivas con la venta de su fuerza de trabajo en las tareas de la desfibración del henequén y en el desempeño de oficios como la albañilería y la pesca. Como tales, se identificaban con los campesinos de la zona

[1] Éstos serían los casos, respectivamente, de Louis Althusser en torno a los aparatos ideológicos del Estado y de Margaret Mead sobre formas de crianza y pautas de comportamiento.

henequenera con quienes compartían, no sólo actividades productivas similares, sino también la organización para la producción y la racionalidad que heredaron del grupo al que pertenecían.

Su incorporación a las tareas de la extracción de la fibra del henequén en la exparaestatal no significó que abandonaran su identidad de origen. A pesar de que ya eran obreros de las desfibradoras de esa empresa, continuaron identificándose como campesinos, pues mantuvieron la organización familiar y sus actividades primarias y artesanales, con el fin de generar el ingreso que satisfaría sus necesidades y las de sus familias.

La preservación de esa organización para proteger su reproducción, es decir su sobrevivencia biológica y la de sus familiares, fue el común denominador que animó sus anhelos durante el periodo antes reseñado. Hoy como ayer el objetivo que persiguen quienes realizan esas actividades sigue siendo el mismo: generar sus propios satisfactores biológicos y los de los integrantes de sus familias.

En estos términos, la realización de esas actividades para tales obreros no era novedad. De una u otra forma, por generaciones habían estado vinculados a ellas, ya fuera porque las hubieran practicado personalmente o porque sus padres las llevaran a cabo. De cualquier manera, su ejercicio les era conocido. Formaban parte del conjunto de actividades que se inscribe en la historia del grupo social al que pertenecen y de la cultura que portan. En suma, la organización familiar para la consecución de los satisfactores, el conjunto de actividades económicas que realizaron para este fin, y la racionalidad a ellas subyacente, así como las ideas y la cultura recibidas a través de la familia, constituyeron la base sobre la que los desfibradores de la exparaestatal Cordemex construyeron su identidad de origen.

Los elementos de la identidad de origen

La familia[2]

En la construcción de la identidad de origen, la familia es el elemento central. Sin ella resulta difícil imaginar cómo el nuevo ser adquiriría el conjunto de elementos que lo convierten en parte del grupo. Desde su nacimiento el individuo adquiere los saberes, ideas, valores, tradiciones; formas de trabajar, actuar y organizarse; la lengua materna y demás sistemas de comunicación; códigos simbólicos, normas, y conocimientos en general que le permitirán reconocerse como parte de dicho grupo y diferenciarse de otros que no son el suyo.[3] Conforme crece y se inserta en la dinámica de las relaciones familiares, va asimilando y restructurando los elementos que incidirán en su constitución como persona y en las diferentes expresiones de su identidad.

En la sociedad rural, la familia es de trascendental importancia.[4] Concebida como unidad doméstica —o sea, como el conjunto

[2] Una visión amplia de la familia puede encontrarse en Thomas Burch, Luis F. Lira y Valdecir F. Lopes, *La familia como unidad de estudio demográfico,* Costa Rica, Celade, 1976; Erich Fromm, M. Horkheimer, T. Parsons *et al., La familia,* Barcelona, Península, 1978, y Michael Anderson (comp.), *Sociología de la familia,* México, Fondo de Cultura Económica, 1980.

[3] En este sentido Karl N. Llewellyn concibe a la familia como grupo-nosotros, el cual es el único mecanismo conocido para transformar al recién nacido en persona. Conforme esto sucede, "el niño adopta dos series de actitudes, de pautas de acción, emoción y pensamiento interrelacionadas y contradictorias... la del 'nosotros'. Pero, para crearla, ha de crear también la serie de 'ellos'". (K. N. Llewellyn, art. cit., p. 138.)

[4] Para una mejor comprensión del funcionamiento de la familia en la sociedad campesina en México, véase los artículos de Marielle P. L. Martínez y Teresa Rendón, "Las unidades domésticas campesinas y sus estrategias de reproducción", en Kirsten de Appendini *et al., El campesinado en México: dos perspectivas de análisis,* México, El Colegio de México, 1983, y el de Vânia A. Salles, "Una discusión sobre las condiciones de la reproducción", *Estudios Sociológicos,* vol. II, núm. 4, 1984. Una visión global de la composición y organización de las familias campesinas en la zona henequenera se puede encontrar en el artículo de André Quesnel y Susana Lerner, "El espacio familiar en la reproducción social: grupos domésticos residenciales y grupos de interacción (Algunas reflexiones a partir del estudio de la zona henequenera", en Orlandina de Oliveira, M. Pepin— Lehalleur y V. Salles (comps.), *Grupos domésticos y reproducción cotidiana,* México, UNAM-Porrúa-El

de individuos que guardan parentesco consanguíneo entre sí, reconocen a uno de ellos como el jefe, viven en el mismo predio y contribuyen a la generación de los satisfactores comunes–, su función más inmediata es la reproducción de las condiciones de existencia biológica de sus miembros. Después de todo, aunque algunos estudiosos[5] opinarían lo contrario, en este tipo de sociedad resulta difícil imaginar a la familia sin su base biológica. Desde una perspectiva más extensa, sus funciones no se reducen a la anterior,[6] se extienden a la producción y la reproducción de la cultura. Mediante la socialización, la familia trasmite a sus nuevos integrantes los elementos culturales que serán indispensables para la construcción de su identidad, es decir, los valores, tradiciones, ideas, formas de hacer las cosas, conductas; la lengua materna, los códigos simbólicos, y aun la organización para la generación de dichos satisfactores. Al hacerlo, proporciona al individuo dichos elementos y, abre, al mismo tiempo, la puerta para la perpetuación de sí misma y su cultura.

Colegio de México, 1989, y en el texto de Ana Paula de Teresa, *Crisis agrícola y economía campesina. El caso de los productores de henequén de Yucatán*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Miguel Ángel Porrúa, 1992.

[5] Uno de ellos es Paul Schrecker. Al hablar de las funciones –biológica y cultural– de la familia, menciona: "la simple función biológica de la familia, ya muy disminuida en la actualidad, puede llegar a desaparecer totalmente en el futuro". Más adelante agrega: "una excepción a la regla general, demuestra que en determinadas circunstancias se puede prescindir totalmente de la base natural de la familia sin que desaparezca su función cultural". (P. Schrecker, "La familia como institución transmisora de la tradición", en E. Fromm, M. Horkheimer, T. Parsons *et al.*, *op. cit.*, pp. 277-278.)

[6] George P. Murdock, al hablar de la familia nuclear, dice que sus funciones son la sexual, económica, reproductiva y educativa. Añade que sin las primera y tercera, la sociedad se extinguiría; sin la segunda, la vida cesaría y sin la cuarta, la cultura llegaría a su fin. Cfr. G. P. Murdock, "Nuclear family", en David W. Mc Curdy y James P. Apradley (eds.), *Issues in cultural anthropology*, Illinois, Waveland Press, 1987. Este planteamiento ha sido retomado por diversos estudiosos, por ejemplo Mario Bronfman. Al comentar un trabajo suyo, Vânia Salles dice que para este analista las funciones de la familia son la sexual-reproductiva; la socializadora y la económica. A lo cual agrega que dichas funciones "se han presentado históricamente en la familia bajo combinaciones distintas y pesos variados, sin que ello signifique una pérdida de funciones claramente determinable". (V. Salles, "Cuando hablamos de familia ¿de qué familia estamos hablando?, *Nueva Antropología*, núm. 39, 1991, p. 63.)

No obstante la estrecha relación entre las funciones anteriores, puesto que en muchas ocasiones lo biológico está mediado por lo cultural, la primera es requisito fundamental para que la segunda ocurra. Un claro ejemplo en nuestro país puede percibirse entre los campesinos. Dadas las condiciones de subsistencia imperantes sobre ellos, tener una familia numerosa resulta ser la estrategia más usual para satisfacer sus necesidades naturales. Este fenómeno, además, es alimentado por la cultura del grupo y es la fuente de innumerables manifestaciones culturales. A través de la familia los campesinos desarrollan un sistema para relacionarse entre sí y con la naturaleza, una organización para el trabajo, una ideología, un conjunto de acciones y actitudes, una racionalidad y un complejo código simbólico. Dicho de otro modo, desarrollan los elementos culturales que sustentan su identidad. Tal es el caso de los desfibradores.

En esta sección quiero referirme a la participación de los integrantes de las unidades domésticas de estos trabajadores, en la generación del ingreso que requieren para satisfacer las necesidades que les son comunes. Esto es, partiendo de la premisa que afirma que esta participación es uno de los elementos para la construcción de su identidad de origen, sobre todo, teniendo en cuenta que el trabajo es la columna vertebral de su socialización.[7] En una economía regida por la subsistencia, se educa por medio del trabajo y para el trabajo; sin embargo, no debe pensarse que dicho objetivo se agota en esta actividad; incluye la trasmisión de la cultura del grupo sobre la que los miembros de la familia construirán sus respectivas identidades.

Como se verá, a través de esta forma particular de educación, los hijos asumen los roles que les corresponden en la familia y construyen su identidad correspondiente.[8] Los elementos que men-

[7] Un ejemplo de la importancia del trabajo como agente socializante entre familias rurales lo proporcionan C. M. Arensberg y S. T. Kimball, "La familia de la granja pequeña en la Irlanda rural", en M. Anderson (comp.), *op. cit.*

[8] En este sentido estoy de acuerdo con Estela Serret, cuando dice que "la asunción de identidad genérica obedece a la educación y no a la conformación genética u hormonal". (E. Serret, "Género, familia e identidad cultural. Orden simbólico e identidad femenina", en J. M. Valenzuela Arce [coord.], p. 155.)

cioné a propósito de la segunda función que asigno a la unidad doméstica –la producción y reproducción de la cultura– serán tratados en el capítulo quinto.

Organización familiar

Además de lo ya mencionado respecto a la socialización, el mecanismo más general al que recurre la familia para trasmitirle a sus miembros los elementos cognoscitivos del grupo es su propia organización. Por medio de las actividades que, según su edad y género, corresponden a cada uno, los individuos que componen la organización se integran a ella y se reconocen como miembros suyos. En este caso, el tiempo en el que construyen su identidad de origen está mediado por los distintos momentos en los que transcurren las prácticas que comparten y conforman su mundo de la vida cotidiana.[9]

El eje en torno al cual gira la organización de las familias de los desfibradores lo constituyen las actividades económicas que los individuos desarrollan, generalmente, en compañía de sus esposas e hijos. Esta forma de organización se practica en países que, como México, se caracterizan por contener amplios sectores de población bajo una economía de subsistencia. Diversos investigadores coinciden en señalar como la causa más común de dicha participación, la incapacidad del jefe de familia para generar el ingreso requerido.[10] Entre las causas más usuales sobre las que ésta descansa, se mencionan las condiciones del proceso de trabajo al que está sometido el jefe de familia y la restricción de alternativas de empleo en su entorno geográfico. En la primera de estas dos últimas causas, el sujeto está impedido para prolongar su jornada de labores, y en la segunda está imposibilitado para desarrollar otras actividades productivas más remunerativas, de tal modo que al individuo sólo le resta diseñar sus propias actividades eco-

[9] Alfred Schütz y T. Luckmann, *Las estructuras del mundo de la vida*, Buenos Aires, Amorrortu, 1973.

[10] Brígida García, H. Muñoz y O. de Oliveira, *Familia y mercado de trabajo, un estudio de dos ciudades brasileñas*, México, El Colegio de México-UNAM, 1983.

nómicas y recurrir a los miembros de su familia para que se incorporen al trabajo y puedan contribuir a la generación del ingreso monetario.

De los desfibradores entrevistados, 78 utilizaban la fuerza de trabajo de alguno de los miembros de su familia. Treinta y cinco empleaban la de sus hijos, 22 la de sus esposas y 21 la de diversos familiares (padres, hermanos, suegros, cuñados, sobrinos, nietos, ahijado y primo). En la organización de la fuerza de trabajo familiar, los obreros señalados usaban la proveniente de alguno de sus parientes en forma individual y nunca la de uno y otro. Quienes recurrían a los hijos, solamente a ellos ocupaban, y así en los casos de las esposas y en la mayoría de los demás familiares. Usualmente no utilizaban en forma simultánea, en una misma actividad económica, la fuerza de trabajo de sus hijos, su esposa y demás parientes. La excepción fue un par de casos en los que los empleados eran el padre y el suegro de cada uno de los desfibradores.

El uso de fuerza de trabajo familiar en las actividades primarias que ejecutaban los desfibradores unas veces era absoluto y otras mayoritario. En el cultivo de árboles frutales y en la cría de aves, cerdos, ganado y abejas era absoluto; no así en los casos de la preparación y el cultivo de la milpa, el henequén y las hortalizas, donde era mayoritario. En tanto que en las primeras actividades la fuerza de trabajo que intervenía preferentemente era la de los hijos y las esposas, en las segundas se incluía la de trabajadores y la de los individuos con quienes se asociaba el desfibrador.

Los hijos

Los hijos internalizan, mediante su socialización primaria, tanto los elementos correspondientes a su identidad de origen como los que integran su identidad de género. Mediante su participación en las actividades extralaborales de sus padres, asimilan su posición en la estructura y la dinámica familiares, sus derechos y obligaciones, tradiciones, representaciones, símbolos, formas de comportamiento esperado y la racionalidad económica prevaleciente en la familia.

A su vez, esta participación está determinada por diversos factores. Uno de éstos es el momento del ciclo vital en que se encontraban las unidades familiares de los obreros referidos.

De acuerdo con este ciclo, en unos casos se trata de unidades que se hallan en la primera etapa o en expansión.[11] La amplitud de esta etapa permite que en ella se incluyan familias cuyos hijos, en ocasiones, no están capacitados para el trabajo; tal es el caso, generalmente, de niños en edad no escolar o que apenas cursan los primeros años de primaria. En estos casos su socialización, y por ende la construcción de su identidad, ocurre dentro del hogar. El juego y la observación entre los preescolares y la ejecución de tareas sencillas, como limpiar el patio o darle de comer a las aves y demás animales domésticos, por parte de los más grandes, son –en esta etapa– sus mecanismos de socialización. Tratándose de los hijos que asisten a la primaria, hay que agregar la escuela como una instancia más de dicho proceso.

En otros casos, son unidades familiares que se ubican en la etapa de contracción. De manera semejante a las anteriores, en éstas la edad de los hijos es heterogénea. A pesar de que algunas tienen hijos menores de edad, igualmente poseen hijos que, por haber contraído matrimonio y formado sus propios hogares, ya no acuden con sus padres a trabajar. En este tipo de familias, los hijos que trabajan con el padre son los que, además de ser aptos para el trabajo, permanecen viviendo en el hogar y dependen económicamente de aquél.

La actividad cotidiana relativa a la edad de los hijos igualmente condiciona su participación en las actividades económicas de sus padres. De todas éstas, la más importante es su asistencia a la escuela. A pesar de la diferencia de edad, la mayoría son niños, adolescentes y jóvenes que se encuentran estudiando en algún nivel escolar. A esto se debe que quienes ayudan a sus padres en tareas que se desarrollan fuera del hogar, lo hagan preferentemente los fines de semana o en periodos de vacaciones escolares. Ejemplos de estas tareas son la horticultura, la milpa, el cultivo de henequén o la albañilería.

La discontinuidad en la frecuencia es un dato que caracteriza esa participación. Aun en los casos de aquellos cuyos padres afir-

[11] Luis Felipe Lira, "Introducción al estudio de la familia y el hogar", en Thomas Burch, L. F. Lira y V. F. Lopes, *op. cit.*

man recibir ayuda siempre, en realidad ésta se reduce a los días y periodos en que no asisten a clases. En cambio, este mismo dato ayuda a entender por qué la mayor frecuencia de participación de los hijos en dichas actividades se presenta en las tareas que se llevan a cabo en el propio hogar. Tales serían la cría de aves y animales domésticos y el cultivo de árboles frutales. De todas formas su socialización continúa, ya sea por la asistencia a la escuela, por la afinación de las técnicas relativas a las actividades agropecuarias o por la profundización de sus conocimientos sobre el suelo, el monte, el clima, los mitos e ideas en torno a la agricultura, en general, y los animales.

Íntimamente relacionado con lo anterior se encuentra el tercer elemento que incide en la participación de los hijos en las actividades extralaborales de los desfibradores. Me refiero al significado que estos obreros asignan a su educación escolar. Para ellos, este tipo de educación no es sinónimo de erudición ni la oportunidad para que sus hijos amplíen sus relaciones sociales. Aunque en el hogar, por necesidad, los educan para la realización de labores primarias, la educación escolar representa el tránsito más global[12] por el cual los hijos deben pasar para aspirar a un empleo calificado que les reditúe mejores ingresos y el acceso a un mejor nivel de vida. Dicho de otra manera, representa un mecanismo de ascenso social en el largo plazo.

El significado que los obreros de las desfibradoras estatales dan a la educación escolar de sus hijos no les es exclusivo. Coincide de algún modo con el que le asignan otros productores primarios de Yucatán, e igualmente con lo apuntado por Vellinga[13] al referirse a las aspiraciones de los obreros de Monterrey para con sus respectivos hijos. Como estos últimos, lo que los anteriores desean al proporcionarles a sus hijos el mayor nivel posible de educación escolar es la posibilidad de desarrollar una actividad

[12] Debo precisar que este tránsito no es igual en todos los casos ni depende de la mera voluntad del individuo o de sus padres. El comportamiento de la economía regional y del mercado de trabajo sería otro elemento por considerar.

[13] Meno Vellinga, *Industrialización, burguesía y clase obrera en México*, México, Siglo XXI, 1989.

laboral no sólo diferente a la suya, sino más prestigiada y, por supuesto, mejor remunerada.

Por lo que atañe a las hijas, su socialización mediante la participación en las actividades extralaborales de sus padres enfrenta mayores restricciones, más aún respecto a las que ocurren fuera del hogar. Además del ciclo vital de la familia, de su asistencia a la escuela y del significado que sus padres le dan a la educación escolar, se puede incluir el papel que se les ha asignado en el hogar y la cultura del grupo respecto a su participación en las tareas agrícolas y ganaderas que ejecutan sus progenitores.

El dicho popular "la mujer es de su casa y el hombre de la calle" resume la concepción que sobre ella y su actitud se ha incubado en la sociedad. Sobre todo en aquellos sectores en los que las mujeres, por sus bajos ingresos monetarios y escasa escolaridad, dependen del jefe de familia, sea éste su padre, hermano o marido. Como parte de esta concepción existe una marcada diferencia entre las actividades que son consideradas propias de los varones y las mujeres, respectivamente. Los roles que les corresponden según su género juegan un papel importante en la asignación de sus tareas.[14]

Tradicionalmente, entre los pequeños productores primarios y artesanales, la agricultura, la ganadería, la albañilería y demás actividades que se ejecutan fuera del espacio doméstico, son labores mediante las cuales se identifica, y las que identifican a los integrantes del sexo masculino. Por su parte, la cría de aves, cerdos y demás animales de corral, propicia la identidad de las mujeres. Son labores que en el futuro constituirán la rutina que las identificará como esposa-ama de casa-madre.[15] Como resultado de la

[14] Para una mejor comprensión del papel que juegan la familia y los roles que la sociedad les asigna a las mujeres, véase Elizabeth Jelin y María del Carmen Feijoó, "Presiones cruzadas: trabajo y familia en la vida de las mujeres", en Catalina Wainerman, Elizabeth Jelin y María del Carmen Feijoó, *Del deber ser y el hacer de las mujeres: dos estudios de caso en Argentina*, México, El Colegio de México-PISPAL, 1983.

[15] Jelin y Feijoó señalan que el proceso de aprendizaje y socialización de las niñas está orientado a la incorporación en los roles comprendidos en esta tríada, los cuales "han definido culturalmente la identidad femenina durante siglos, y que comienzan a entrar en crisis en el presente, especialmente en los países centrales". (Art. cit., p. 149.)

socialización a la que están sometidas desde niñas, aprenden que todas estas labores, más otras, como lavar y planchar la ropa, asear la casa, cuidar a los hermanos menores y cocinar, las tendrán que practicar como parte de sus obligaciones cuando "sean grandes".

Lo dicho más arriba podría parecer una contradicción, puesto que tanto los hijos como las hijas desempeñan las mismas actividades en el hogar, lo cual es cierto; y más todavía cuando sus edades corresponden a los niveles de la escuela primaria. La diferencia entre unos y otros está en la forma de su articulación a las actividades del padre o de la madre. A medida que su socialización se intensifica y asumen los valores del grupo que condiciona los roles que les corresponden en el hogar, de acuerdo con su género, los hijos varones empezarán a acompañar a sus padres para ayudarlos en sus tareas, en tanto que las hijas poco a poco se harán cargo del cuidado de los hermanos menores, el aseo de la casa, el lavado de ropa y la preparación de los alimentos.

La religión popular que prevalece en el campo yucateco[16] es un elemento importante para comprender el funcionamiento de la socialización de los hijos y, consecuentemente, la construcción de su identidad de origen. Igual que muchas otras, el *hets méek* es una ceremonia que ocurre en el ámbito de la comunidad doméstica. A diferencia del bautismo cristiano, tiene lugar en el hogar, la preside el *h'men*[17] y las invocaciones pronunciadas por éste son en maya yucateco. Su realización entre los habitantes del campo en Yucatán es de vital importancia tanto para sancionar el género de los nuevos integrantes de la familia como para integrarlos a su economía. De manera simbólica, el grupo asigna a los niños las acciones que habrán de realizar según su género y que constituirán una de las piedras angulares de su identidad. Muestra de la inter-

[16] Para una visión amplia de las manifestaciones de la religión popular en Yucatán, véase R. Redfield, *op. cit.*, Luis A. Várguez Pasos, "Religión popular en Yucatán", *Revista de la Universidad Autónoma de Yucatán*, núm. 168, 1989; Francisco Fernández y Ella F. Quintal Avilés, "Fiestas y fiestas", *Revista de la Universidad Autónoma de Yucatán*, núm. 183, 1992, y Ella F. Quintal Avilés, "Formas organizacionales del catolicismo en Yucatán", *Revista de la Universidad Autónoma de Yucatán*, núm. 197, 1996.

[17] Sacerdote maya.

nalización de esta ceremonia y su significado en la construcción de su identidad como campesinos es la reproducción que de ella hacen los desfibradores.

Como diría Durkheim,[18] el *hets méek* es una forma ritualizada a la que los desfibradores recurren para representar una realidad colectiva: el trabajo que cada individuo desempeñará en la familia según su género.

En el caso de los varones, dicho ritual tiene lugar al cumplir los cuatro meses de edad, y en el de las mujeres cuando cumplen tres. Durante su ejecución, los padrinos, en representación de sus ahijados, reciben del *h'men* diversos utensilios como símbolos de las labores que corresponden a su sexo y que tendrán a su cargo durante las siguientes etapas de su vida. Así, cuando se trata de los varones, el padrino recibe una coa, un bastón plantador, semillas de maíz y un calabazo, que representa el agua requerida por la milpa y por él. Por su parte, la madrina, en el caso de las niñas, recibe agujas e hilo para coser, masa para elaborar tortillas y una olla donde habrá de cocinar.

Las esposas

La participación de las esposas en las actividades económicas de sus maridos igualmente se enmarca en su triple condición de esposa-ama de casa-madre que aprendieron en el hogar paterno, y que pasó a formar parte de su identidad de origen. En principio, su intervención se refiere a tareas que ocurren tanto dentro como fuera del hogar. Sin embargo, su participación no es homogénea. Las labores más generalizadas, en toda la región de estudio, que las esposas de los desfibradores practican en el hogar, son la cría de aves y cerdos y el cultivo de árboles frutales. Otra tarea que llevan a cabo en su propio hogar, aunque menos frecuente, es el bordado de ropa. Mientras que las primeras actividades se llevan a cabo en la región donde están instaladas las desfibradoras estatales, esta última, que las mujeres comparten con sus maridos, se practica en el pueblo de Citilcum donde se ubica la planta "Manuel Cecilio Villamor".

[18] E. Durkheim, *op. cit.*

Dentro de esta heterogeneidad, la participación de dichas mujeres en las tareas del hogar no abarca todas las fases del ciclo de producción de cada actividad económica que desarrollan. Sin que ésta indique especialización alguna, su intervención tiene lugar en determinadas labores. Usualmente, son las que requieren de menos fuerza física. La cría de animales domésticos y la alimentación de aves y cerdos son su responsabilidad, no así la instalación de gallineros y chiqueros, ni la matanza de los cerdos para el consumo o la venta de su carne. Éstas son tareas que social y culturalmente corresponden al marido. En cuanto al cultivo de árboles frutales, las mujeres son las encargadas del riego y la recolección de los frutos, mientras que sus esposos son quienes cavan la "poceta" para sembrar la planta y cargan sobre sus espaldas la bomba, cuando se requiere fumigar los árboles.

La frecuencia de la participación de las esposas en las actividades de sus maridos tampoco es uniforme. De la misma manera que en el caso de sus hijos, unas participan durante todo el año mientras que otras lo hacen ocasionalmente. Quienes intervienen todo el año son aquellas que participan en la cría de aves y cerdos, el cultivo de árboles frutales y el bordado de ropa. La razón que explica esta mayor participación, en términos de frecuencia y número de personas, es simple: en todos los casos, tales tareas forman parte de la rutina diaria que estas mujeres ejecutan en el hogar, en tanto que las define como esposa-ama de casa-madre. No importa que hayan sido sus maridos quienes las inicien, y realicen el trabajo más pesado, sobre todo en el caso de las dos primeras.

A diferencia de la cría de animales y el cultivo de árboles frutales, en el bordado de ropa la participación de las esposas de los desfibradores no es parcial. Igual que sus maridos, que incluyen esta labor entre sus actividades económicas, participan en las diversas tareas que implica el bordado de ropa.

Entre los artesanos y campesinos que se dedican a esta labor existen estereotipos respecto al hombre y la mujer, que de alguna manera indican formas de identidad que asumen y les son asignadas. Como parte del imaginario colectivo, se asume que la mujer es quien posee más habilidad para diseñar los modelos que habrán de bordarse y que el hombre es el que entiende los

pormenores de la comercialización de la producción doméstica. Por ello, mientras que sobre las mujeres de la unidad doméstica recae el diseño y la selección de los colores de las figuras que bordarán, los hombres acuerdan con el proveedor el tipo de bordado que se va a elaborar, la cantidad de hilo y tela que recibirán, el tiempo en que habrán de entregar los encargos, la cantidad de dinero como anticipo y su deducción, junto con los materiales, con el fin de recibir la diferencia por el trabajo.[19] Como se ve, estos estereotipos revelan las formas como se organiza el trabajo en la unidad doméstica, los roles que a cada uno de sus miembros le corresponde y la identidad que se genera a partir de esas formas y roles.[20]

Las actividades económicas de los desfibradores, en las que sus mujeres intervienen ocasionalmente, son las que se realizan fuera del hogar. Me refiero al cultivo de hortalizas y a la venta en el mercado local de los productos obtenidos en la parcela del marido y en el solar doméstico. En el caso de aquellas que venden los frutos de las hortalizas y los árboles, es claro que su participación se restringe sólo a esta tarea. No así en el de quienes acompañan al marido a la parcela hortícola.

En principio, las mujeres pueden realizar cualquiera de las labores que implica la horticultura. Hasta el momento, las actividades correspondientes al rol que ocupan en su hogar son el mayor obstáculo para ello. Sin embargo, cuando hay necesidad de mano de obra y el marido no tiene dinero para pagarla, encomienda estas tareas a su mujer e hijos. Como en el caso del bordado de ropa, las mujeres no participan en la comercialización al mayoreo de la producción. Los acuerdos de la unión de horticultores que opera en la región se los impide. Bajo el patrocinio de la CNC, en esta unión se agrupan todos los horticultores de los diversos municipios de la zona henequenera, y entre sus objetivos se encuentra la comercialización de estos productos. En estos términos, quienes están afiliados a dicha unión son los maridos y no las mujeres,

[19] Un proceso semejante de intermediación es el que menciona Alice Littlefield en su obra *La industria de las hamacas en Yucatán, México,* al referirse a las relaciones de producción que prevalecen en esta actividad.

[20] Véase en el capítulo I lo referente a la *identidad de roles.*

así que los primeros son quienes pueden comercializar las hortalizas obtenidas.

El tiempo que dedican las mujeres a las actividades anteriores, aunque está más definido que en el caso de las tareas mencionadas, se encuentra determinado por diversos factores. Las condiciones en las que desarrollan el cultivo de hortalizas, más las labores a que están sujetas en su hogar, hacen que la frecuencia de su participación sea ocasional. En general, estas condiciones implican turnos de trabajo más prolongados, de tal modo que no las pueden ejecutar en los ratos libres que les dejan las labores del hogar, ni alternarlas simultáneamente. Por otra parte, su asistencia a la parcela igualmente está sujeta a los turnos de trabajo de sus maridos en las desfibradoras, de tal modo que, cuando su turno es el matutino, unos y otras acuden por las tardes a la parcela y, cuando es el vespertino, su asistencia es diurna. En ambos casos, independientemente del turno de trabajo del marido en la desfibradora, el tiempo que las mujeres dedican a las labores hortícolas es de cuatro horas en promedio.

Los periodos temporales en los que la mujer participa en las actividades hortícolas que realiza su marido, igualmente, están condicionados por el ciclo de producción de cada variedad. Dependiendo de la hortaliza que se va a cultivar, la siembra se realiza de enero a mayo y de septiembre a diciembre. Una excepción es el rábano, cuya siembra se realiza durante todo el año. Del mismo modo, según el cultivo de que se trate, la cosecha se puede iniciar a partir de uno, tres y hasta cinco meses después de la siembra. Tales serían los casos del rábano, el tomate y el chile habanero, respectivamente.

La participación de las mujeres en la venta de los productos obtenidos de los árboles frutales y la horticultura es ocasional y también se encuentra sujeta a diversos factores. Los más comunes son los momentos en que ocurre la cosecha correspondiente a la hortaliza cultivada por el marido, el volumen de productos cosechados y el ciclo vital de la familia. Otros menos frecuentes son el ritmo de la vida cotidiana del poblado donde habitan, y la carencia de equipo de refrigeración para conservar la producción. En consecuencia, las mujeres referidas asisten al mercado de su localidad tres días a la semana, en promedio.

Fuerza de trabajo "remunerada"

La retribución de la fuerza de trabajo empleada en las actividades económicas del jefe de familia es otro de los elementos constitutivos de la organización de la unidad doméstica, que el individuo debe asimilar durante su socialización. La bibliografía[21] más general sobre el empleo de la fuerza de trabajo familiar en las actividades económicas del jefe, señala que ésta no es remunerada con dinero. El caso de los obreros mencionados no es la excepción. Nadie paga un salario a sus hijos y cónyuges por intervenir en las labores que emprenden. Es un hecho implícito en los códigos culturales que rigen la vida de las familias de estos obreros.

No obstante las referencias empíricas y bibliográficas sobre lo anterior, en la realidad también encontramos lo contrario, es decir, la remuneración efectiva de dicha fuerza de trabajo. Entre los obreros de las desfibradoras estatales, este caso se presenta entre aquellos individuos que no pertenecen a su familia nuclear, pero con los que sostienen algún parentesco. La remuneración se define por jornal; de acuerdo con los ingresos obtenidos por la comercialización de la producción, y mediante una cantidad que se proporciona al individuo a manera de "ayuda" para sus gastos.

Los parientes remunerados por jornal son los padres, suegros, primos y hermanos menores; los que reciben remuneración de acuerdo con la comercialización de la producción son los hermanos y cuñados, y los que reciben una ayuda como retribución son los sobrinos, nietos y ahijados.

Esas tres modalidades se encuentran mediadas por aspectos formales e informales. Los primeros son de orden legal, están determinados por las autoridades laborales del país y rigen en todo el territorio nacional. Así, en el caso de la remuneración por jornal, los familiares reciben como pago el correspondiente a un día de trabajo, según lo establecido para las labores del campo.

[21] Dos obras por demás fundamentales para conocer el funcionamiento de la economía campesina en México y el tratamiento que diversos estudiosos le han dado al campesinado, respectivamente, son: Rodolfo Stavenhagen *et al.*, *Capitalismo y campesinado en México*, México, SEP-INAH, 1976, y C. Hewitt de Alcántara, *op. cit.*

Los aspectos informales que median la remuneración de la fuerza de trabajo familiar entre los obreros mencionados se presentan cuando la remuneración –repito– se aplica de acuerdo con la comercialización de la producción, y cuando se proporciona al individuo una "ayuda" para sus gastos. Para ninguna de estas dos modalidades existe una disposición legal ni consuetudinaria que establezca la cantidad que habrá de pagarse a la persona que se ocupa. Respecto a ambas, quien emplea a sus parientes es el que establece la suma que se va a pagar; en el primer caso, el monto de la remuneración se calcula con base en los jornales trabajados por el pariente del desfibrador. Dicho monto suele ser mayor al que reciben quienes intervienen en la tercera modalidad. Por una parte, ésta supone una participación más frecuente, y por tanto mayor cantidad de energía empleada y, por la otra, la entrega del pago estipulado hasta el momento de la comercialización.

A los criterios anteriores hay que agregar que en una economía permeada por vínculos familiares, las condiciones específicas del sujeto son importantes en el momento de establecer el pago por empleo de su fuerza de trabajo. De ahí que su estado civil influya para determinar la remuneración. Así, los casados reciben más que los solteros, ya que tienen mayores necesidades.

En algunas ocasiones, esa última modalidad da lugar a una especie de "sociedad". El objetivo de estas sociedades es aumentar la superficie de cultivo mediante la anexión de las parcelas de quienes intervienen. Usualmente, estas sociedades se constituyen sin más trámite que el acuerdo verbal entre uno y otro socio. Su permanencia es variable, va desde el tiempo que implica el ciclo de la planta que se va a cultivar hasta el momento que lo deseen los involucrados. Ello provoca que durante el tiempo que perdure la sociedad, mutuamente se presten fuerza de trabajo y compartan los gastos y los riesgos propios de las actividades agrícolas en general.

Los lazos de parentesco y las relaciones de afinidad son los elementos que intervienen en la tercera forma de remuneración prevaleciente entre los desfibradores que emplean a parientes en sus actividades extralaborales. De manera semejante a la forma anterior, los criterios que en ésta se toman en cuenta son las

necesidades del sujeto, derivadas de su edad y estado civil. En todos las casos se trata de menores que acompañan a sus parientes consanguíneos de segundo grado y ceremoniales (tíos, abuelos y padrinos). La tradición familiar de guardar respeto hacia los mayores es un elemento que influye fuertemente entre éstos para aceptar la cantidad que les ofrezcan. Del mismo modo, esta tradición señala que los mayores deben enseñar a trabajar a los menores, por lo que éstos son considerados aprendices de aquéllos.

Lo dicho hasta ahora sugiere que los desfibradores, igual que quienes se dedican a las tareas referidas, conocen las técnicas correspondientes a ese oficio, así como el tipo de fuerza de trabajo que les resulta más redituable, y los momentos en que se requiere su intervención. De ahí que su identidad como campesinos esté sustentada, además de por lo ya visto, por el conocimiento empírico desarrollado en su relación con la naturaleza y con los individuos vinculados a estas actividades.

Actividades económicas

Junto con la organización familiar y su racionalidad e ideología implícitas, el aprendizaje de las actividades primarias y artesanales incidió en la construcción de la identidad de origen de los desfibradores. Su práctica tuvo en ellos diferentes efectos. Antes de ser obreros de Cordemex, les permitió satisfacer sus necesidades familiares. Luego de ingresar a esta empresa, fue ésa la estrategia a la que recurrieron para completar el salario que percibían. En este sentido, se entiende que la persistencia de la organización familiar, la práctica de estas actividades y de una amplia ideología generada al respecto sea la base sobre la que los desfibradores hayan construido su identidad de origen.

En conjunto, estas actividades, sean individuales o familiares, forman un amplio mosaico de alternativas para la generación de los satisfactores. No obstante, y paradójicamente, la falta de fuentes de trabajo en toda la zona henequenera de Yucatán hace que estas actividades sean las únicas a las que pueden recurrir. En el momento de recopilar esta información, la única maquiladora instalada en la zona henequenera era "La Carmita" y se ubicaba en la

cabecera municipal de Motul.[22] Los requisitos en cuanto a edad, escolaridad y capacitación, pero sobre todo de género, para ingresar a ella, hacían que estuviera fuera de las aspiraciones laborales de los desfibradores.[23]

En total es posible identificar veinte distintas actividades que estos obreros realizaban: agricultura milpera, horticultura, cultivo de henequén, fruticultura, citricultura, porcicultura, avicultura, ganadería, apicultura, albañilería, sastrería, refrigeración, costura, electricidad, mecánica, deportes (béisbol), terracería, comercio, carga y administración. De acuerdo con el tipo de actividad y capacitación de quien las ejerce, este listado se puede agrupar en cinco categorías: agrícolas, pecuarias, manuales, actividades técnicas y otras.

La primera de esas categorías es la que agrupa el mayor número de actividades. Son cinco y, a pesar de su diversidad, tienen en común la explotación de la tierra. La segunda incluye cuatro actividades que se identifican por la cría de animales tales como bovinos, cerdos, aves y abejas. La tercera se caracteriza por la manualidad y la escasa capacitación de quienes la practican: la albañilería, terracería, reparación de llantas y carga de pencas de henequén. La cuarta igualmente se compone de cuatro actividades, pero, a diferencia de la anterior, su ejercicio implica mayores conocimientos y habilidades. Ejemplo de ello son la sastrería, la costura de vestido en general, refrigeración y electricidad. La quinta y última categoría incluye tres actividades que corrían a cargo de un propietario de una pequeña refaccionaria de bicicletas, un administrador de una cooperativa y un obrero que los fines de semana jugaba béisbol en una liga semiprofesional.

[22] Véase la nota 7 del capítulo VI.

[23] Datos relativos al primer semestre de 1997, proporcionados por la Asociación de Maquiladoras de Exportación de Yucatán, indican que en dicha zona han sido instaladas once maquiladoras más en los municipios de Motul, Izamal, Seyé, Tekantó, Tecoh, Chicxulub Pueblo, Mocochá, Temax y Acanceh. Otros municipios de Yucatán donde también se localizan maquiladoras son Mérida, Valladolid y Tekax (*Diario de Yucatán*, 9 de junio de 1997). Igual que entonces, para los desfibradores que pertenecieron a la ex-paraestatal Cordemex, estos sitios les están vetados como fuente de trabajo. El Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática incluye los municipios de Umán y Santa Elena en esa relación.

De acuerdo con el número de obreros entrevistados que respondieron estar practicando alguna de esas actividades económicas,[24] la que se refiere a las agrícolas es la que incluye mayor cantidad de individuos. En total agrupa a 63 trabajadores; entre las actividades específicas, la mayor parte, 26 practicaba la horticultura. En orden descendente figuraban después los que cultivaban henequén (16), milpa (doce) y árboles frutales (nueve).

En el orden anterior, la siguiente categoría es la de las actividades pecuarias que incluía a quince obreros, de los cuales nueve estaban dedicados a la cría de ganado bovino, tres a la avicultura, dos a la porcicultura y uno más a la apicultura.[25]

La categoría que corresponde a las actividades técnicas ocupa el tercer lugar con catorce desfibradores. A diferencia de las anteriores categorías en las que los practicantes de las actividades incluidas se concentraban en alguna específica, en esta última existe mayor distribución. Así, estos obreros se desempeñaban como electricistas (dos), albañiles (dos), confeccionadores de distintas prendas de vestir (dos), sastres (dos), carpinteros (dos), pescadores (dos), cocinero (uno) y técnico en reparación y mantenimiento de equipos de refrigeración (uno).

La última categoría se refiere a actividades que por su naturaleza se ubican en el sector terciario de la economía. Se compone únicamente de tres trabajadores. Como ya mencioné, uno atendía su propia refaccionaria de bicicletas, otro administraba una cooperativa y el tercero era beisbolista.

La participación de los obreros de las desfibradoras estatales en las anteriores actividades económicas señala que poco más de dos terceras partes de los entrevistados desarrollaban actividades que son propias de la economía campesina, en tanto que menos de un tercio realizaba actividades que corresponden a una economía –llamémosle así– de tipo urbano. Este hecho está indicando que la mayoría de tales trabajadores, con el fin de garantizar su

[24] De los 125 entrevistados, 101 respondieron, seis no especificaron y 18 no respondieron.

[25] La suma de los desfibradores que se dedican tanto a actividades agrícolas como pecuarias, fuera de sus turnos de trabajo, es de 92. La diferencia está en ocho que practican sendas actividades.

reproducción, por lo menos la biológica, se ven obligados a continuar con las actividades económicas, la organización para su realización y la racionalidad que las orienta, con lo cual mantienen los elementos empíricos sobre los que construyeron su identidad de origen.

Conforme esos criterios, igualmente es posible identificar a estos trabajadores con los agricultores de Halachó,[26] los ejidatarios de Pixya y Chocholá,[27] en el suroeste de Mérida; los henequeneros de Cacalchén,[28] y los milperos de Cantamayec[29] en el centro del estado, e incluso con los campesinos de los municipios aledaños a Valladolid[30] y Tizimín[31] en el oriente yucateco.

IMPORTANCIA HISTÓRICA DE LA ORGANIZACIÓN FAMILIAR

La importancia de la organización y la economía familiares, igual que su racionalidad, para la construcción de la identidad de origen de los desfibradores es por demás evidente. Los motivos de su persistencia son varios y no siempre coincidieron a lo largo de ese proceso. Hasta la creación de las desfibradoras que pertenecieron a Cordemex, el factor determinante fue la carencia total de seguridad laboral en las desfibradoras entonces existentes; posteriormente, a ésta hubo que añadir la falta de alternativas de trabajo en la región ante la insuficiencia del salario de los obreros para

[26] Nancy B. Villanueva V., *Artesanías y economía campesina en Halachó, Yucatán*, tesis de licenciatura, Mérida, Escuela de Ciencias Antropológicas, Universidad de Yucatán, 1983.

[27] Othón Baños R., *Yucatán: ejidos sin campesinos*, Mérida, Universidad Autónoma de Yucatán, 1989.

[28] José A. Lugo Pérez, *Familia campesina, estrategias de supervivencia y migración en Cantamayec, Yucatán*, tesis de maestría, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 1991.

[29] Jorge A. Pacheco Castro, *Campesinado y reproducción social en Cacalchén, Yucatán*, tesis de maestría, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 1991.

[30] Arturo Warman, *Estrategias de supervivencia de los campesinos mayas*, México, IIS-UNAM, Cuadernos de Investigación Social, núm. 13, 1985.

[31] Luis A. Várguez Pasos, *Economía campesina en el "oriente" de Yucatán*, tesis de licenciatura, Mérida, Escuela de Ciencias Antropológicas, Universidad de Yucatán, 1981.

satisfacer sus necesidades naturales,[32] por lo menos. A partir del derrumbe de la industria henequenera, este último factor permanece y se añaden los perjuicios derivados de las políticas neoliberales emprendidas por Miguel de la Madrid y Carlos Salinas de Gortari hacia Cordemex y las empresas paraestatales. En todos los casos es necesario recurrir a la historicidad del grupo y la región para comprender el porqué de la persistencia y la relevancia de la organización y la economía familiares.

Si bien los motivos señalados fueron importantes, el elemento subyacente era su fuerte arraigo histórico y cultural en la zona henequenera. En esta región, el cultivo de hortalizas, maíz, henequén y árboles frutales, así como la cría de cerdos, aves, abejas y reses para consumo doméstico y comercialización, son parte de un sistema que permitió a los padres y abuelos de los sujetos mencionados, subsistir e identificarse como campesinos durante su tránsito de peones acasillados a ex "esclavos" liberados, después a jornaleros agrícolas sin tierra, hasta alcanzar la condición de ejidatarios henequeneros.

Del mismo modo, los obreros de las desfibradoras estatales estuvieron vinculados al ejercicio de tales actividades durante las distintas etapas de su ciclo vital. Su práctica la aprendieron mucho antes de que fueran obreros de estas plantas. Su organización y racionalidad fue aprendida e internalizada desde la infancia, al acompañar a sus padres a la parcela, al plantel, al rancho o en su mismo hogar, o sea, mediante su socialización primaria. En algunos casos, siendo ya mayores, este conocimiento les permitió obtener cierta cantidad de dinero al emplearse como jornaleros en las parcelas de los milperos, horticultores y henequeneros de sus pueblos y así contribuir a la generación del ingreso familiar. En otros, antes de entrar a trabajar en las desfibradoras, recurrían a estas actividades para completar los ingresos que obtenían en el corte de la hierba y de las pencas, tanto en terrenos del ejido como en los de los parcelarios y los de la pequeña propiedad. Mediante del ejercicio de tales actividades productivas originaron los satisfactores para sus nuevas familias.

[32] Agnes Heller, *Teoría de las necesidades en Marx*, Barcelona, Península, 1986.

Como grupo social, este sistema permea los diferentes momentos por los que ha pasado la formación del estrato social del cual aquellos proceden y forman parte. En todo proceso de identidad, la tradición oral es un elemento por demás importante. Forma parte de la socialización por medio de la cual el individuo construye su propia identidad. De esta manera, los obreros mencionados saben cómo transcurría la vida cotidiana en las antiguas haciendas henequeneras, sin importar que no hayan vivido en ellas. De todas formas saben que, a cambio de la mano de obra gratuita, los peones acasillados recibían un pedazo de tierra para hacer su milpa y su casa, en cuyo solar cultivaban algunas hortalizas y hasta unas cuantas plantas de henequén. También es de su conocimiento que al amanecer empezaban las tareas correspondientes a la explotación de esta planta. Sembrar, chapear, cortar las pencas, trasladarlas a la desfibradora, extraerles la fibra, secarlas, prensarlas, elaborar cuerdas y sacos y enviarlos al mercado para su consumo, era parte de la rutina que marcaba la vida en las haciendas.

La cría de animales domésticos y de abejas, y el cultivo de árboles frutales igualmente eran actividades que los peones acasillados y algunos miembros de sus familias tenían que aprender. Por una parte, las relaciones de poder prevalecientes en las haciendas henequeneras los obligaban a prestar en ellas trabajo gratuito, so pena de recibir el castigo correspondiente, en caso contrario. Al igual que los peones, las mujeres y los niños tenían sus obligaciones. Acudían a la casa principal para alimentar aves y cerdos, limpiar sus jaulas y los corrales, regar los árboles de la huerta y recoger sus frutos.

Por otra parte, subsistir era apremiante. En los primeros años del siglo XX, los peones recibían en pago cincuenta centavos como jornal.[33] Ante esta escasa remuneración y un sistema de deudas del que el peón jamás se liberaba, la producción doméstica aseguraba, a lo más, la ingestión de los alimentos que mínimamente requiere toda persona para su reproducción biológica. La cría de aves y cerdos y el cultivo de árboles frutales en el solar eran sus únicas opciones. Al sobrevenir la liberación de los peones y luego el re-

[33] F. Katz, *op. cit.*

parto de tierras, estas actividades junto con las agrícolas permitían a los expeones completar los exiguos ingresos que percibían.

En ese orden de ideas resulta comprensible el arraigo de estas actividades entre los obreros de las antiguas desfibradoras estatales y la persistencia de una identidad cuyas bases empírica y simbólica están, respectivamente, en esas tareas y en los procesos mediante los cuales aquéllos aprendieron la organización, racionalidad e ideología que suponen esas mismas tareas.

La tradición oral tiene obvias limitaciones, como sustento para la reconstrucción de la historia de determinado grupo social, y en consecuencia, para conocer cómo se construyó su identidad. Por eso decía en el capítulo anterior que la identidad colectiva, aunque se produce a lo largo del tiempo, no implica que sea la historia misma del grupo, ni obliga a sus integrantes a conocerla en su totalidad. En este sentido, los desfibradores ignoran que al decretarse la liberación de los peones por Salvador Alvarado en la segunda década del siglo XX, unos –siguiendo la propaganda constitucionalista– acudieron ante las autoridades de los pueblos más inmediatos para solicitar terrenos para construir sus viviendas y parcelas en donde sembrarían sus cultivos, mientras que otros permanecieron en las haciendas –en calidad de jornaleros libres– donde iniciaron una intensa lucha por la consecución de reivindicaciones laborales.[34] Igualmente, ignoran los mecanismos empleados por los hacendados henequeneros para mantener en su poder parte de la tierra y la totalidad de las desfibradoras, así como los objetivos que con esto perseguían, es decir, preservar su dominación sobre los nuevos trabajadores para obligarlos a prestar servicios gratuitos y recibir menos del pago acordado.

Pero lo que sí saben es que la suerte de quienes salieron de las haciendas, como de los que permanecieron en ellas, no mejoró en esencia; por lo que unos y otros continuaron en un nivel de subsistencia en el que la economía doméstica, basada en el uso de la fuerza de trabajo y la práctica de las actividades agrícolas mencionadas, fue la única alternativa que encontraron.

[34] Cfr. Othón Baños R., "Los sindicatos agrarios de Yucatán en un periodo de transición: 1933-1937", inédito.

Un hecho grabado en la memoria colectiva de los desfibradores es el fusilamiento de Felipe Carrillo Puerto en 1924. Como consecuencia de este crimen, la creación de ejidos se detuvo; a su vez, esto provocó que se interrumpiera el proceso que convertiría a los antiguos peones en ejidatarios. El 28 de diciembre de 1923, días antes de ser asesinado, el gobernador de Yucatán había decretado la expropiación de las haciendas henequeneras, ganaderas y azucareras para entregarlas a los miembros de las Ligas de Resistencia o a las asociaciones de trabajadores del campo que las solicitasen con el fin de hacerlas productivas.[35]

Los repartos de tierra que culminaron con la entrega de henequenales decretada por Lázaro Cárdenas en 1937, así como la conversión de los peones en ejidatarios, permanecen vivos en la memoria de los desfibradores. También la creación de los organismos que se encargarían de hacer efectiva esa entrega y de los que apoyarían a los ejidatarios para el financiamiento, la producción y la comercialización del henequén, ha quedado en sus mentes; con ello no sólo se convirtieron en ejidatarios, sino que también se abrió, para muchos, la posibilidad de acceder a la riqueza acumulada por los hacendados en la explotación del henequén. Al menos ésta era su esperanza. Sin embargo, el testimonio de un antiguo ejidatario es muestra elocuente de su desengaño:

> Muchos creyeron que con el reparto de los planteles íbamos a ser ricos. ¡Que caray! ¿Cómo íbamos a serlo si el gobierno nunca dejó que los ejidatarios controlaran el henequén? Nosotros sólo sabíamos chapear y eso seguimos haciendo, como hasta la fecha lo hacen los que se quedaron en el ejido.

Relatos como éste, junto con la realidad actual señalan que la actitud del Estado ante el ejido henequenero no trajo la prosperidad esperada por los trabajadores agrícolas de esta planta y menos para los que se ocupaban de su desfibración. Ante la insuficiencia de los ingresos obtenidos en las tareas de cultivo del henequén, optaron nuevamente por la explotación de la milpa y las hortali-

[35] M. González Navarro, *op. cit.*

zas. La importancia de estas dos últimas prácticas fue tal, que la expansión del henequén no logró desplazarlos. Es más, en el caso de la horticultura, ésta se mantuvo asociada al cultivo e industrialización del agave. Trabajadores y vecinos de los poblados acudían ante los propietarios de las exhaciendas a solicitar terrenos para cultivar hortalizas. La técnica de sembrar en los bagazales o suelos formados con el residuo de la pulpa del henequén, que actualmente se practica con éxito, se desarrolló en torno a las desfibradoras de estas exhaciendas. En conjunto, el aprendizaje de las técnicas de estos cultivos, su racionalidad e ideología implícitas siguieron siendo, como hasta la fecha, elementos fundamentales de la identidad de origen de los padres y abuelos de los obreros entrevistados.

Los datos aportados por dichos obreros sobre sus actividades primarias concuerdan con lo escrito por investigadores que estudiaron a los mayas de Yucatán en la década de los años treinta.[36] Si bien estos autores centraron sus estudios en la zona oriente, la similitud de su información respecto a la que manejan los habitantes de la zona henequenera permite establecer la existencia de patrones económicos comunes que a su vez forman parte de una cultura más amplia que, por compartirlos aún en la actualidad, constituyen un segmento de la identidad étnica de los mayas de Yucatán.

Los desfibradores ante los demás

En los procesos de construcción de la identidad no es suficiente que el individuo se identifique de tal o cual forma, ni que se identifique con otros individuos con quienes comparte determinados elementos; es indispensable que los demás así lo reconozcan y, por lo tanto, lo identifiquen en sus mismos términos. En este sentido, se puede decir que la construcción de la identidad sintetiza un referente interno y otro externo. El primero corresponde a la identificación que se otorga a sí mismo el individuo y el segundo, a la identificación que le dan los demás miembros del grupo con

[36] Cfr. Morris Steggerda, *Maya indians of Yucatan*, Washington, Carnegie Institution of Washington, 1941, y R. Redfield, *op. cit.*

quienes interactúa.[37] Ambos procesos suponen reconocer, por parte del sujeto y de los demás, como suyos, los elementos a través de los cuales cada quien se identifica de manera individual. De lo contrario, la identidad entre ambos no se produciría.

No creo que esté por demás señalar que la diferenciación de estos procesos sólo se realiza por motivos de exposición. En la realidad, uno y otro no se conciben como independientes entre sí. Antes bien, la interacción que establece el individuo con los demás miembros del grupo al que pertenece, mediante sus acciones colectivas, actitudes recíprocas y formas de pensamiento comunes, sirve de puente entre ambos procesos.

Los desfibradores son reconocidos como campesinos por aquellos con quienes, como tales, sostienen relaciones, es decir, los familiares que intervienen en sus actividades económicas, los ejidatarios y los presidentes municipales a quienes acuden para solicitarles terrenos para cultivar o criar ganado, y los integrantes de la unión de horticultores a la que pertenecen con el fin de comercializar su producción fuera de sus sitios de residencia. En todos los casos, los desfibradores establecen relaciones teniendo como referencia su condición de campesinos, no como obreros de tal o cual desfibradora. Algunos testimonios al respecto ejemplifican lo anterior. Por ejemplo, el secretario de dicha unión respondió lo siguiente: "Para mí son campesinos, y aquí los trato igual que a todos. Si quieren que se les trate como obreros, que vayan a las desfibradoras donde trabajan. Por eso se tienen que pegar a las reglas de la unión."

En el mismo sentido, un horticultor, al ser interrogado, señaló: "Aquí no hay obreros. Todos los que nos dedicamos a la horticultura y a la milpa somos campesinos. Los obreros están en las fábricas."

Aunque con los gerentes de las desfibradoras no sostienen relaciones como campesinos, de todas maneras los conocen y tienen una visión de ellos. La respuesta de uno de estos gerentes es otro ejemplo:

[37] Al respecto, A. Melucci sostiene como condiciones para que se produzca la identidad, por una parte, la interacción, y por la otra, el reconocimiento mutuo de los actores. Véase A. Melucci, *L'invenzione del presente: movimenti, identitá, bisogni individuali, Bologna,* Il Mulino, 1982.

> Lo que sucede es que los desfibradores son obreros aquí en la desfibradora y cuando salen y van a sus parcelas son campesinos. Ahí no tienen máquinas, ni un patrón que les pague su salario. Se dedican a sus cultivos y viven de lo que cosechan. Yo así lo entiendo.

Su reconocimiento por los demás como campesinos hace que los desfibradores puedan ser identificados con una amplia población de productores primarios compuesta por antiguos ejidatarios henequeneros, parcelarios dedicados al cultivo del henequén, pequeños propietarios horticultores y ganaderos cuyos hatos no superan la docena de reses. Independientemente de su forma legal de acceso a la tierra, todos ellos tienen en común la práctica de actividades agropecuarias y, en una u otra forma, el uso de fuerza de trabajo familiar no remunerada para la satisfacción de sus necesidades familiares más inmediatas.

Estadísticamente forman parte de una población económicamente activa que ve perder en la región la importancia que en otras épocas tuvieron sus actividades productivas. De acuerdo con el último censo de población y vivienda, esta población es de 133 000 individuos, de los cuales, 53 924 tienen la base de su reproducción biológica en las actividades agropecuarias, o sea, poco más de 40% del total anterior. Diez años atrás, esta misma proporción era superior a 87%.[38] Sin más alternativas de empleo en la región y ante las nuevas condiciones laborales impuestas tras la reprivatización de la industria henequenera, la única alternativa para generar sus satisfactores, además de sus actividades primarias, es la emigración de fuerza de trabajo familiar hacia la capital del estado o a los centros turísticos de Quintana Roo. Con ello, los desfibradores reproducen la identidad que como campesinos comparten con la de obreros. No así sus hijos, quienes, al migrar, se insertan en una estructura social y una base material diferentes a las que hasta entonces pertenecieron. En este caso, más que reproducir su identidad de origen, la modificarán al incorporar los elementos resultantes de las relaciones que ahí establezcan.

[38] Programa Nacional de Solidaridad, *op. cit.*

V. LA IDENTIDAD AMPLIADA

INTRODUCCIÓN

La concepción del individuo como sujeto activo en la construcción de su identidad implica al autorreconocimiento de sus capacidades para intervenir directamente en ese proceso; por ejemplo, en la ampliación de los elementos y mecanismos que intervienen en la construcción de su identidad. A su vez, esta operación es uno de los procesos intelectuales más interesantes y complejos en los que la participación del individuo es insoslayable. Se trata de la reelaboración de los elementos integradores de su identidad de origen. Como más adelante se verá, esta operación se produce cuando el individuo incorpora a dicha identidad los elementos que diseña al interactuar con otros, desarrollar nuevas actividades productivas, realizar acciones de diversa índole, pertenecer a diversas organizaciones, incursionar en otros espacios y asimilar códigos simbólicos ajenos al suyo.

Los desfibradores que pertenecieron a la paraestatal Cordemex ampliaron su identidad de origen al incorporarse a las condiciones de trabajo[1] prevalecientes en las plantas desfibradoras que para entonces poseía esta empresa. A los elementos que confor-

[1] Para una comprensión amplia de este concepto, véase Julio César Neffa, *¿Qué son las condiciones y medio ambiente de trabajo? Propuesta de una nueva perspectiva*, Buenos Aires, Humanitas, 1988; Juan José Castillo y C. Prieto, *Condiciones de trabajo. Un enfoque renovador de la sociología del trabajo*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1990, y Ana María Catalano, N. Mendizábal y J. C. Neffa, *Las condiciones y medio ambiente de trabajo y la salud de los obreros del vidrio en la Capital Federal y el Gran Buenos Aires*, Buenos Aires, Asociación Trabajo y Sociedad, 1993.

maban su identidad de origen, integraron los que asimilaron y crearon en dichas desfibradoras al aprender nuevas formas de trabajar; manipular tecnología más avanzada; relacionarse con sus nuevos compañeros de trabajo y con autoridades laborales; desarrollar las acciones que en conjunto emprendieron para la formación de su primer sindicato; participar en éste, y asumir la ideología que le dio cuerpo a las acciones del sindicato.

Las condiciones previas a su incorporación

Henequén y trabajo

Durante el periodo comprendido entre la estatización de la empresa en 1964, y la creación de su primera desfibradora "José Ma. Morelos y Pavón" en el municipio de Telchac Pueblo en 1967, la situación que identificaba a los desfibradores y a los cultivadores de henequén, pertenecientes o no a los ejidos correspondientes, en ambos casos seguía siendo la misma que señalé en el capítulo anterior. No así las cifras oficiales que indicaban cantidades en constante crecimiento. Por lo que corresponde al ejido en la zona henequenera, el número de sus miembros ascendía a sesenta mil, en tanto que el de las personas dependientes de la industria henequenera había aumentado a trescientos cincuenta mil.[2] Los salarios mínimos para los trabajadores urbanos y rurales se habían incrementado desde el 1 de enero de 1964. En los municipios de Mérida y Progreso, la clase trabajadora devengaba $18.00 y $15.00 según desempeñara su actividad, en la ciudad o en el campo, respectivamente. En la zona henequenera, los asalariados urbanos recibían $15.00 y los del campo $14.00 por día trabajado.[3]

No obstante estas disposiciones, los ejidatarios henequeneros no recibían el equivalente al salario establecido. Mediante el sistema de anticipos por el crédito que les otorgaba el Banco Agrario, solamente percibían $11.80 por jornada de trabajo en los heneque-

[2] Arturo Warman, *Los campesinos, hijos predilectos del régimen*, México, Nuestro Tiempo, 1972.

[3] *Diario de Yucatán*, 28 de diciembre de 1963.

nales, es decir, $82.60 semanales.[4] Éstas, más otras irregularidades, motivaron que en los primeros días de 1964 el Comité de Defensa Ejidal convocara a una asamblea en la ciudad de Motul para demandar ante el presidente de la República la aplicación efectiva del salario mínimo vigente a las tareas del campo en la zona henequenera.[5]

En el momento de la estatización de Cordemex, los trabajadores más desprotegidos que intervenían en esta industria eran los encargados de la desfibración de las pencas del agave. A diferencia de ellos, los cordeleros tenían por lo menos sus sindicatos, a los que podían recurrir. Sin ninguna obligación por parte de los propietarios de las desfibradoras, los que en ellas laboraban no tenían seguridad en el trabajo. Bajo el sistema de trabajo a destajo, cuando la demanda de la fibra, la captación de la hoja y los precios eran altos, el tiempo de trabajo y la contratación del personal también aumentaban. Pero si la demanda o la captación y, más todavía, los precios disminuían, ese tiempo y ese personal igualmente se reducían. Como consecuencia, el desfibrador trabajaba menos días y ganaba menos dinero. La subordinación del individuo a los intereses del capital seguía caracterizando la situación de los desfibradores.

Una muestra de esta subordinación eran las condiciones que regulaban la jornada. El principio de la máxima ganancia que regía la racionalidad de los propietarios de las desfibradoras hacía que éstos sometieran a los desfibradores a jornadas de más de ocho horas diarias sin la remuneración correspondiente. El pago que recibían a cambio de su fuerza de trabajo siempre era inferior al señalado por la ley. En 1964, quienes se empleaban en las desfibradoras de capital privado recibían menos del salario mínimo establecido para los trabajadores urbanos y rurales de la zona henequenera, o sea, $15.00 y $14.00, respectivamente.[6] Guiados

[4] M. Menéndez Rodríguez, *op. cit.*

[5] *Diario de Yucatán*, 13 de enero de 1964. Cuatro años después, en febrero de 1968, ese mismo comité realizó una concentración pública en la plaza principal de Mérida para reiterar su demanda de la aplicación del salario público mínimo en el campo.

[6] *Diario de Yucatán*, 28 de diciembre de 1963. Treinta años después, el salario mínimo general para Yucatán, acordado entre los sectores obrero y patronal y

por ese principio, dichos propietarios mantenían en bajos rangos tanto la cantidad de personal empleado como el salario que le pagaban. A pesar de lo establecido oficialmente, la retribución a sus obreros era de $13.00 por jornal y en algunos casos hasta de doce pesos.

La falta de prestaciones era otro elemento constitutivo del común denominador que identificaba a los desfibradores. Pago por vacaciones, días inhábiles, antigüedad, aguinaldos, médico, medicinas y defunción estaban fuera del alcance de estos trabajadores. Sin protección alguna de carácter jurídico, podían ser despedidos por la mínima falta en el trabajo o por reclamar salarios justos y mejores condiciones de trabajo en general. Como obreros, no tenían ningún derecho laboral.

La situación que Touraine y Mottez[7] califican de heroica para designar las precarias condiciones de vida, los bajos salarios y la inestabilidad en el trabajo, que al finalizar el siglo pasado afrontaron los obreros en la formación de sus primeras organizaciones sindicales, se puede aplicar a los desfibradores que trabajaron durante el tiempo que la industria henequenera permaneció en manos de la iniciativa privada. No sólo porque compartían la misma situación laboral, sino también porque las condiciones en las que se desarrollaba esta industria les eran adversas. Ante estas circunstancias, no conseguían organizarse y demandar lo que se les negaba. No obstante, laboralmente hablando, era el común denominador que los identificaba.

La bonanza henequenera que vivió Yucatán en diferentes momentos a partir de la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX, si bien provocó que en la región aledaña a Mérida se generaran grandes capitales, no generó el surgimiento de otras industrias ni la apertura de nuevas fuentes de trabajo. Los "pequeños propietarios" que sustituyeron en la producción de dicho agave

---

el gobierno federal, era de $17.00 (*Diario de Yucatán*, 26 de diciembre de 1995). Según datos proporcionados por la Secretaría del Trabajo y Previsión Social, este salario, vigente a partir del 1 de enero de 1997, para dicha entidad es de $22.50 diarios.

[7] Citado por Francisco Zapata, *El conflicto sindical en América Latina*, México, El Colegio de México, 1986.

a los hacendados anteriores a la Revolución de 1910, inicialmente se preocuparon más por el mejoramiento tecnológico de sus plantas fabriles, especialmente las cordelerías, y la expansión de sus henequenales, que por invertir su capital en otros sectores de la economía regional. Posteriormente, igual que los antiguos hacendados, unos invirtieron en el sector comercial, otros en la banca local, y otros más sacaron su capital del país. La falta de inversión hacía que, excepto en la capital del estado, en todos los municipios donde se cultivaba henequén no hubiera otra actividad que pudiera dar trabajo a la población económicamente activa de la región.

Tradición obrera

La tradición obrera que desarrollaron los desfibradores fue uno de los elementos que reelaboraron, juntamente con los que crearon, para la construcción de su identidad. En esa tradición están registradas las actividades laborales que sus antecesores realizaron, la forma como se relacionaron con ellas, el conocimiento que suponen, los mecanismos de su adquisición, las relaciones que sostuvieron con los demás y las acciones colectivas que emprendieron en pro de dichas actividades.

Hay que agregar la experiencia laboral que los desfibradores habían acumulado, incluso, antes de incorporarse a Cordemex. Me refiero a las relaciones de producción en las que se insertaron, el conocimiento técnico que desarrollaron en torno a las tareas que comprende la desfibración del agave, y las acciones de reivindicación que igualmente emprendieron; pero también a las diversas relaciones sociales que generaron a partir de esa actividad, las prácticas consuetudinarias, los saberes respecto al oficio y los códigos imperantes.

Tomados en conjunto, estos componentes hacen referencia, llamémosle así, a una "base empírica" a partir de la cual el individuo se identifica a sí mismo y aquellos con quienes integra un grupo determinado. Del mismo modo, teniendo como punto de partida esa base, reconoce a aquellos con quienes no se identifica, ni se agrupa.

En el caso de los desfibradores de Cordemex, esa tradición está referida a la relación que guardaban con el trabajo industrial,

en general, y la extracción de la fibra del agave, en particular. Como tal, aquélla habría de incidir lo mismo en su incorporación a esta empresa que en la construcción de su identidad. Su antecedente obrero, la ocupación del padre, su ocupación anterior y su antigüedad en la empresa son los referentes concretos que nos permiten comprender cómo se expresa la tradición obrera de los desfibradores mencionados.

Antecedente obrero

La primera impresión que surge luego de mirar los datos obtenidos es que el antecedente obrero entre los desfibradores de Cordemex es desigual. De un total de 125 entrevistados, 79 carecen de dicho antecedente, o sea, nadie de su familia había trabajado como obrero de alguna industria, incluyendo la del henequén. De los que respondieron afirmativamente, en 23 casos los hermanos eran quienes habían sido o son obreros. En diez, era el padre, en siete los tíos, en tres otros parientes y en tres los abuelos. Es decir, 63% de los entrevistados no tiene, ni ha tenido algún familiar que haya sido obrero. Solamente 37% reportó haberlo tenido o tenerlo en ese momento.

Por otra parte, no todos los familiares de los desfibradores entrevistados, que han sido o son obreros, estuvieron vinculados con Cordemex. Solamente ocho de los hermanos de estos trabajadores, cinco de los padres, cuatro de los tíos y dos de los abuelos que laboran en las desfibradoras de capital privado trabajaron o trabajan en esta empresa. De tal suerte que ese porcentaje podría reducirse a los que solamente fueron o son obreros de la desfibración.

Lamentablemente, la información que proporciona ese último porcentaje es limitada e impide conocer a fondo la situación real de dicho antecedente. Por ejemplo, no indica las condiciones en las que desempeñaban su trabajo quienes sí fueron obreros; cuál era el tipo de contrato que regía sus relaciones laborales con el patrón; si eran de planta o eventuales, si estaban sindicalizados o no, si gozaban de prestaciones y cuáles eran; si a cambio de su fuerza de trabajo recibían salario o algún jornal; si ese salario les permitía satisfacer las necesidades de la familia, etc. Lo único que sí indica es que fueron obreros. Tal caracterización, más la informa-

ción obtenida sobre el desarrollo de la industria henequenera en la región, permiten suponer que dichos trabajadores podían dedicarse a otras labores económicas, entre las que se contaba la de ser obreros.

La información aportada por quienes trabajaron en las desfibradoras de capital privado permite aclarar las dudas anteriores. De acuerdo con su testimonio, es necesario tomar en cuenta que, a pesar de la estatización de la industria henequenera en la década de los sesenta, continuaron existiendo desfibradoras y cordelerías de capital privado. Bajo el antiguo sistema de trabajo, sus propietarios ocupaban trabajadores de acuerdo con la demanda de la fibra y sus productos en el mercado. Aprovechando la sobreoferta de fuerza de trabajo en la zona henequenera, el único compromiso de los patrones con sus trabajadores era el pago por las tareas para las que éstos fueron empleados.[8] Como generalmente ocurre en estos casos, el monto de dicho pago estaba por debajo del salario mínimo establecido y no se proporcionaban las prestaciones que marca la ley. La sindicalización de los trabajadores era un sueño por demás lejano.

La permanencia de este esquema impidió que los trabajadores de las desfibradoras se reconocieran como obreros en sentido estricto, puesto que no lo eran. Generalmente, procedían de los ejidos y las cabeceras municipales cercanas a estas plantas. Unos eran ejidatarios a quienes la explotación de la tierra les resultaba insuficiente para satisfacer las necesidades de su familia, o bien jornaleros desempleados que requerían de algún ingreso monetario para alcanzar el mismo objetivo. Esta situación era independiente de que estos trabajadores fueran la fuerza de trabajo central o marginal en sus respectivas unidades domésticas.[9] En todos los casos analizados, eran jornaleros, lo cual agravaba su situación.

Al observar estos elementos en conjunto, se puede concluir que el antecedente obrero de los desfibradores de Cordemex que poseen algún familiar que haya sido trabajador de la industria

[8] La reprivatización de Cordemex y las políticas económica y laboral del actual gobierno federal seguramente agudizarán este problema.

[9] J. Tepicht, *Marxisme et agriculture: Le paysan polonais,* París, Colin, 1973, citado por M. P. L. Martínez y T. Rendón, art. cit.

henequenera es relativo. En la mayoría de los casos, no existe una continuidad generacional; mientras que en los que sí existe, la permanencia de quienes fueron obreros de esta industria es temporal. En todo caso, lo que en unos y otros prevalecía eran los elementos de su identidad de origen: aquellos que los definían como campesinos y que habrían de trasmitir a sus hijos, sobrinos y nietos.

Ocupación del padre

La ocupación del padre es otro de los indicadores que nos permiten saber hasta dónde los obreros mencionados poseían tradición en cuanto trabajadores pertenecientes al sector secundario de la producción. Más todavía, si tomamos en cuenta la importancia del padre en la socialización de los hijos varones y la de su actividad económica como elemento que se ha de trasmitir y asimilar en este proceso.

De los 125 desfibradores encuestados, solamente siete no especificaron el trabajo que su padre desempeñaba en ese momento, o el que desempeñó en vida. De los 118 trabajadores restantes que sí especificaron la ocupación de sus padres, únicamente diez señalaron la cordelería.

Los 108 desfibradores que completan el total de entrevistados ofrecieron diferentes respuestas sobre las actividades económicas de sus progenitores. Ochenta y seis respondieron que su padre fue agricultor o se dedicaba a tareas agrícolas tales como el cultivo de milpa, hortalizas o henequén en terrenos propios, del ejido, de alguna desfibradora, o del fundo legal del poblado donde residen. Diez tenían como fuente de ingresos la realización de oficios diversos o trabajos manuales tales como la carpintería, panadería, sastrería y albañilería; cinco se empleaban como jornaleros de campo en las tareas de chapeo o corte de hierba en los henequenales de las desfibradoras de capital privado; dos eran granjeros, otro era carnicero, otro, carretero y otro más era cargador.

Viendo las respuestas obtenidas en términos de porcentajes, 8% de los padres de los desfibradores referidos era o había sido obrero de la industria cordelera, independientemente de que lo hayan sido de Cordemex. Si tomamos en cuenta que los padres de los siete obreros que no especificaron pueden ser cordeleros, el

porcentaje aumenta hasta 13.6%. Así, 86.4% de los padres de los entonces obreros de las desfibradoras estatales, no era obrero de dicha industria, ni incluía la cordelería entre las actividades económicas que contribuyen a la generación del gasto familiar. Por el contrario, casi 75% de los padres de dichos obreros realizaba actividades agrícolas que corresponden a la economía campesina. Los entrevistados concuerdan en que las labores que ejecutaban sus padres, fueran éstas agrícolas, pecuarias, artesanales o manuales en general, eran enteramente de subsistencia.

Si bien entre los padres de los desfibradores señalados, hubo algunos que trabajaron como obreros de la industria henequenera, en el caso de las madres, ninguna desempeñó alguna actividad remunerada y menos la de obrera en esta industria o en alguna otra. Sus únicas actividades estaban restringidas al hogar y a la ayuda, temporal o permanente, que pudieran prestar a sus maridos en sus labores primarias.

Antigüedad en la empresa

El número de años que un individuo desempeña un trabajo determinado implica no sólo el aprendizaje de las habilidades necesarias para desarrollarlo y el conocimiento del instrumento sobre el cual o a través del cual ejerce esas habilidades, sino también la adquisición de un conjunto de relaciones, ideas, normas, hábitos, actitudes, formas de organizarse y conducta en general que identifican a quienes se dedican a tal actividad.

El promedio de antigüedad entre los obreros de las desfibradoras de la empresa referida es de diez años y tres meses. La agrupación de las respuestas obtenidas en rangos de cinco años nos permite estimar de manera más precisa las cifras referentes a dicha antigüedad. Así, 19 de los 125 entrevistados tenían, cuando más, cinco años de haber empezado a trabajar en Cordemex; 40 de ellos, entre seis y diez años; 55 entre once y quince, y solamente once se ubicaban en el último rango. Es decir, entre 16 y 20 años de antigüedad. En términos porcentuales, 15% de esos desfibradores tenía, como máximo, cinco años trabajando en Cordemex; 32%, entre seis y diez; 44%, entre once y quince, y 9% entre 16 y 20 (véase el cuadro V-1).

CUADRO V-1
Número y porcentaje de obreros según
su antigüedad en la empresa

Antigüedad (años)	*Obreros*	*Porcentaje*
0 a 5	19	15
6 a 10	40	32
11 a 15	55	44
16 a 20	11	9

Como indica el cuadro V-1, su antigüedad como obreros de las desfibradoras estatales, no era larga. En términos generales los más antiguos eran los que en el momento de la encuesta llevaban 19 años trabajando en esta empresa; los de más reciente ingreso eran aquellos que apenas llevaban un año en la desfibradora en la cual prestaban sus servicios. Los datos relativos a la antigüedad que tenían estos trabajadores en Cordemex permiten concluir, de manera preliminar, que los elementos que construyeron como grupo y soportaban su identidad colectiva eran endebles. Los componentes de su identidad de origen eran más fuertes.

La antigüedad promedio, 10.3 años, haría suponer que la población de trabajadores de las anteriores desfibradoras estaba integrada por individuos jóvenes. No obstante, esto no era exactamente lo que ocurría en la realidad. La recurrencia a las edades de los entrevistados resulta necesaria para comprender qué tipo de obrero, en términos de edad y antigüedad en la empresa, era el que trabajaba en dichas plantas fabriles, y, sobre todo, cuál era la tradición obrera del sector de trabajadores más antiguo, que fue considerado como el mejor organizado de Yucatán.

En conjunto, la edad promedio de estos trabajadores era de 38 años. Una siguiente aproximación a los datos recopilados indica que estos individuos tenían entre 20 y 64 años de edad. Si agrupamos a los obreros en rangos de edad, y cruzamos éstos con los promedios de antigüedad laboral, tenemos más elementos para explicar la interrogante planteada, es decir, resulta que 19 de ellos se encontraban en el primero; o sea, tenían entre 20 y 29 años; 50, entre 30 y 39; 38, entre 40 y 49; once, entre 50 y 59; y siete, 60 y

más años. Al primer rango de trabajadores corresponde un promedio de antigüedad laboral de siete años y siete meses; al segundo, de diez años y seis meses; al tercero, de diez años y ocho meses; al cuarto, de trece años, y al quinto, de diez años y cuatro meses (véase el cuadro V-2).

CUADRO V-2
Número, porcentaje y promedio laboral de obreros por rangos de edad

Edades (años)	*Obreros*	*Porcentaje*	*Promedio laboral (años, meses)*
20 a 29	19	15	7,7
30 a 39	50	40	10,6
40 a 49	38	30	10,8
50 a 59	11	9	13,0
60 y más	7	6	10,4

De acuerdo con los datos anteriores, aparentemente existe una relación positiva entre la edad de los desfibradores y su antigüedad como obreros de dichas desfibradoras, ya que los trabajadores de más de 40 años de edad tenían mayor promedio de antigüedad en la empresa que los del grupo de menor edad. En estos términos se podría decir que a menor edad del obrero, menor antigüedad en el trabajo y que a mayor edad de éste, mayor sería su antigüedad laboral.

Sin embargo, al analizar las edades de estos mismos obreros, su número y sus promedios de antigüedad en el trabajo por rango de edad, el resultado es diferente. Desde esta perspectiva, solamente en el primer rango se cumpliría el supuesto del párrafo anterior. En este caso, ciertamente los obreros más jóvenes eran los que tenían el menor promedio de antigüedad laboral en la empresa; no así en el último rango, de 60 y más años de edad,[10] donde los

[10] Aunque solamente son siete los obreros de más de sesenta años, la información de los gerentes de las desfibradoras confirma que éstos sí representaban la

que se incluyen poseían el segundo promedio de antigüedad laboral. Es decir, a pesar de ser los de más edad, tenían menos tiempo trabajando en la empresa que los ocupantes de los tres rangos anteriores.

En estos mismos términos, la diferencia entre el último rango de edad, y el segundo y tercero era mínima. Cuando mucho era de seis meses. Así, los obreros de 60 y más años de edad apenas tenían cuatro meses menos de haber empezado a trabajar en la industria henequenera que los obreros de entre 30 y 39 años de edad; y seis meses menos que los que tenían entre 40 y 49 años. En tanto que los obreros de entre 30 y 39 años de edad, sólo tenían dos meses menos como obreros de esta industria que los que tenían entre 40 y 49 años. Es evidente que no existe relación directa entre la edad y su antigüedad en la empresa. Incluso en aquellos rangos donde sí existiera, la diferencia es mínima. En términos generales, los desfibradores referidos eran obreros adultos con poca antigüedad en el trabajo de la industria henequenera.

Actividad anterior

La antigüedad laboral de los desfibradores como obreros conduce a varios cuestionamientos. Sin duda el más inmediato es cuál ha sido o fue la actividad productiva que anteriormente realizaba cada uno. Otro es cuál ha sido la vinculación de estos obreros con la industria henequenera y con Cordemex, específicamente, una vez estatizada esta industria. Uno más sería, hasta dónde es posible hablar de una tradición obrera entre estos mismos desfibradores. Consecuentemente, la pregunta obligada sería ¿cómo incidieron estos elementos en la construcción de su identidad?

El número de desfibradores que antes de emplearse en Cordemex había trabajado en la extracción de la fibra del henequén es bajo; apenas 16, mismo que equivale a 13% del total de obreros entrevistados. En sentido inverso, 109 no habían tenido contacto con este proceso industrial y menos con Cordemex. Tenemos en-

---

tendencia que seguían, respecto a su antigüedad en el trabajo, quienes se ubicaban en este rango de edad.

tonces a un grupo minoritario, cuyos integrantes habían sido desfibradores antes de ser obreros de dicha empresa y un grupo mayoritario cuyos componentes no lo habían sido.

Los primeros obreros de los dos grupos anteriores, que ya habían sido desfibradores, tenían su sitio de trabajo en las desfibradoras de capital privado que se encuentran cerca del lugar donde residían. Como ya se vio, los que trabajaban en estas plantas no tenían una actividad fija; desempeñaban diversas tareas en dichas plantas. Por su parte, los segundos, en virtud de las múltiples actividades que realizaban, no tenían un sitio determinado de trabajo. Treinta y ocho de ellos dijeron ser campesinos, 31 ejidatarios; quince jornaleros de campo; catorce practicaban oficios manuales como electricistas, sastres, albañiles y carpinteros; seis no especificaron; dos manifestaron ser pescadores; uno, comerciante; otro, cocinero y otro, más, estudiante. Todos ellos adquirieron su primera experiencia en la desfibración en las plantas de Cordemex.

La totalidad de las actividades que desempeñaron los integrantes de este segundo grupo se puede reagrupar en tres categorías. La primera es la de tareas agropecuarias e incluye a 84 individuos. Por su forma de acceso a la tierra donde laboraban, unos eran pequeños propietarios, otros ejidatarios y otros más, jornaleros. La segunda se refiere a las actividades manuales y agrupa a 17 personas. Son quienes se dedicaban a la sastrería, electricidad, albañilería, carpintería, pesca y cocina. La tercera es la de actividades no manuales y la componen solamente dos personas, aquellas que se dedicaban al comercio y a sus estudios respectivamente. Una última categoría estaría integrada por quienes no especificaron la actividad económica que realizaban antes de ser desfibradores de Cordemex.

La reagrupación de las actividades que practicaban los desfibradores anteriores ayuda a comprender las características más generales que definen su tradición obrera, las cuales a su vez sirvieron de sustento para la ampliación de los elementos que conformaron su identidad después de incorporarse como obreros a dicha empresa. Hasta ese momento, el punto en común que compartían los componentes de uno y otro grupos era el reconocimiento de su identidad a partir de las actividades que realizaban

fuera de la desfibradora. Era la identidad de origen que habían heredado de sus padres.

La vida obrera

Su incorporación a las desfibradoras estatales

La incorporación[11] de los desfibradores a las plantas que Cordemex instaló en diversos municipios de la zona henequenera se enmarca en la incapacidad de los gobiernos federal y estatal para crear alternativas de trabajo en la región y en las condiciones de subsistencia que pesaban sobre dichos trabajadores. Ignorar esto último impediría entender la situación de quienes trabajaban en las desfibradoras de capital privado y la tradición obrera de los que posteriormente fueron desfibradores de aquella paraestatal. En conjunto, estos elementos habrían de incidir en la incorporación de estos últimos a Cordemex y en el proceso constructor de su identidad.

Las acciones populistas que con vigor emprendió el Estado mexicano en su afán de diversificar la economía de esa zona en la década de los setenta, no sólo fueron incapaces de revertir esta situación, sino que propiciaron la agudización de la adversa situación económica de los habitantes de esta zona. Hoy, tras dos sexenios, más lo que va del presente, de acciones neoliberales, las condiciones de los trabajadores tampoco han mejorado, por el contrario —como fatalidad apocalíptica—, tienden a empeorar. Ante el fracaso del Programa de Desarrollo de la Zona Henequenera 1992-1994, actualmente el Ejecutivo estatal recurre a programas de autoempleo y a la instalación de talleres de ropa y maquiladoras como paliativo a la depauperización existente en esta zona.

Aunque quienes se emplearon en dichas plantas tenían diferente experiencia en la desfibración del henequén, otro punto en común que los identificó fue la manera como se contrataron. A diferencia

[11] Un trabajo clásico sobre la incorporación de trabajadores de origen campesino al sector industrial es el de E. Faletto, art. cit. Otro artículo no menos importante es el que hemos venido citando de A. Touraine y B. Mottez.

de otros obreros de origen rural, como los señalados por Bonilla,[12] a quienes se les contrata mediante mecanismos coercitivos, en todos los casos de los desfibradores la contratación fue tanto individual como por voluntad propia.[13] El sistema de enganche para reclutar la fuerza de trabajo requerida no se dio entre dichos obreros. En el momento de abrirse las desfibradoras no había sindicato ni organismo alguno que mediara entre ellos y la empresa. Ampliando lo anterior, quienes vivieron ese proceso recuerdan que acudían a las oficinas de cada planta a pedir trabajo y ahí llenaban su solicitud. La contratación dependió de su experiencia en la desfibración. Los más calificados fueron contratados según sus aptitudes; pero la gran mayoría fue empleada como jornaleros o peones de albañil y luego como suplentes o aprendices de algún desfibrador. Pasado un tiempo, tras demostrar su capacidad para el trabajo o en el aprendizaje de las tareas asignadas, firmaban "unos papeles" con lo cual pasaban a ser obreros de la empresa.

La ausencia de instancias mediadoras entre los desfibradores y Cordemex más otros elementos como la sobreoferta de fuerza de trabajo en la región provocaron que aquéllos ocuparan una posición de total dependencia y subordinación respecto a los gerentes de las desfibradoras donde se emplearon. Durante esta etapa, el trato que recibían dichos obreros era semejante al que se les daba a los trabajadores de las desfibradoras de capital privado. Esta situación fue más adversa para los que se emplearon como eventuales, ya que si deseaban trabajar y cobrar el jornal correspondiente, tenían que obedecer al gerente y evitar conflictos con él, incluso cuando trabajaran más tiempo del convenido y recibieran menos dinero del acordado: "Si protestabas –dice un antiguo desfibrador– te veían como revoltoso y ya no te daban trabajo".

Al crear Cordemex sus desfibradoras, los requisitos para trabajar en ellas no eran muchos. Las tareas que habrían de desempeñar

[12] H. Bonilla, *op. cit.*

[13] Para el caso de México, tres obras cuyos autores hablan de la incorporación de fuerza de trabajo al sector industrial son las escritas por Victoria Novelo y A. Urteaga, *La industria en los magueyales. Trabajo y sindicatos en Ciudad Sahagún*, México, Nueva Imagen, 1979; I. Bizberg, *op. cit.*, y Minerva Villanueva, *Obreros urbanos: pasado social e incorporación a la industria*, México, CIESAS, 1990.

no requerían de un nivel de conocimiento especializado, por lo que las exigencias para la contratación del personal tampoco eran muchas. Bastaba que el solicitante conociera el trabajo, que no fuera ejidatario y supiera leer y escribir. En la mayoría de los casos, las actividades que realizaban como jornaleros de campo mediaron entre ellos y las desfibradoras en las que se emplearían. Antes de pertenecer a ellas, por medio de las respectivas gerencias, solicitaban la pulpa del henequén para utilizarla como abono en sus hortalizas o en el terreno de la propia desfibradora para practicar estos mismos cultivos. Otros, en cambio, se relacionaron inicialmente con la empresa cuando comenzó la instalación de dichas plantas en los sitios donde ahora se encuentran. A ellas acudían a trabajar en la tumba del escaso monte existente; en el corte de la hierba y la maleza del terreno, y en la construcción de los edificios donde se alojarían las máquinas, los hornos, las prensas, y demás instalaciones que componen las desfibradoras.

La incorporación de los trabajadores mencionados a las desfibradoras de Cordemex tuvo diferentes efectos para ellos. Para la mayoría, sin experiencia de trabajo en la desfibración, su incorporación marca una ruptura con las actividades que realizaban hasta ese momento. Súbitamente se enfrentaron a una nueva realidad que sólo conocían por referencias de sus padres y amigos; pero con la que no se identificaban. Al integrarse a ella reconocieron la imposibilidad para aplicar a su nueva ocupación los conocimientos y las habilidades que desarrollaron en sus tareas primarias. Es más, para efectos de contratación y ubicación escalafonaria, las actividades agrícolas y pecuarias, en las que se sustentaba su identidad de origen, no se consideraban como experiencia laboral.

Sin embargo –y en ello sí se asemejan a los mineros mencionados–[14] el nuevo proceso de trabajo industrial al que se incorporaron, como se verá más ampliamente, no les impidió continuar desarrollando sus actividades primarias ni mantener su identidad de origen. Antes bien, el salario que percibían por la desfibración del henequén les permitió destinar una parte al mejoramiento de sus parcelas, la adquisición de semillas, fertilizantes, plaguicidas y hasta

[14] H. Bonilla, *op. cit.*

equipo. Indirectamente, la desfibradora les proporcionó el financiamiento que los bancos les negaban. En ese sentido, si bien dicho proceso logró desvincularlos de sus respectivas comunidades rurales, no consiguió que lo hicieran de las actividades agropecuarias que los identificaban. En todo caso, como se verá con más amplitud en el siguiente apartado, contribuyó a su reproducción.

La incorporación a las desfibradoras de Cordemex fue más fácil para quienes realizaban oficios manuales tales como carpintería y electricidad, y ya habían trabajado en la desfibración de las pencas del agave. A diferencia de la mayoría, que practicaba actividades primarias, el sustento de la identidad de origen de estos últimos estaba en los oficios que desarrollaban. Su contratación en estas desfibradoras significó la continuidad de una forma de trabajo que ya conocían. Para ellos era lo mismo que emplearse en otra planta de las existentes o emprender un nuevo trabajo afín a su oficio. En ese momento no había diferencia, posteriormente sí la hubo. Además de los beneficios que obtendrían al pertenecer a la nueva empresa, el hecho de haber trabajado en las desfibradoras de capital privado resultó una ventaja para ellos. Los conocimientos que obtuvieron al trabajar en estas plantas, más los que ya poseían de sus propios oficios, les permitió tener acceso a puestos de mayor calificación y, por consiguiente, de mayor remuneración económica. No así los anteriores obreros, quienes por su escasa capacitación fueron ubicados como cargadores, bagaceros, tendedores o ayudantes de algún maquinista.

No obstante la similitud en su forma de contratación, la diferencia que quiero hacer notar es la forma como los desfibradores se incorporaron a dicha empresa. No todos lo hicieron directamente desde la agricultura, ni cifraban en esta actividad la totalidad de los elementos que sustentaban su identidad de origen. Si bien constituyen la mayoría, algunos desempeñaban otras labores que igualmente formaban parte de dicha identidad, antes de solicitar trabajo en la empresa. En oposición a quienes se dedicaban a la agricultura, para los que realizaban oficios manuales los conocimientos derivados de éstos fueron útiles para contratarse en Cordemex. En el momento de la instalación de las desfibradoras, se requería de trabajadores de la localidad con conocimientos de carpintería, albañilería, electricidad y plomería, por lo que después

de trabajar por su cuenta, decidieron "probar suerte" en las plantas mencionadas. Aunque luego, como sucedió con quienes eran albañiles, no continuaran practicando sus oficios, de todos modos fue una vía por la cual optaron para emplearse como obreros.

Otros desfibradores que desarrollaban actividades de origen laboral no agropecuarias eran los que realizaban actividades asociadas al sector terciario. En este caso, su situación era semejante a la de los obreros de la Constructora de Carros de Ferrocarril de Ciudad Sahagún. Como relata el equipo encabezado por Campero,[15] éstos no se integraron directamente a la industria. Antes de ser obreros desempeñaron diversas actividades correspondientes al sector terciario de la economía. No obstante las diferencias entre los desfibradores, y las semejanzas de algunos de ellos con los obreros de Ciudad Sahagún (u otros), en lo que coinciden es en su preferencia por un tipo de vida urbano y, en consecuencia, su integración a éste.

La reproducción de la identidad de origen

La incorporación de los desfibradores a Cordemex no produjo la pérdida inmediata de los elementos que sustentaban su identidad de origen, sino que los reprodujo. Ante la ausencia de fuentes de trabajo en la zona henequenera donde pudieran emplearse y el constreñimiento del mercado de trabajo en general, recurrieron a diversas acciones para satisfacer sus necesidades y las de sus familias. La más inmediata y generalizada, como ya se vio, fue la realización de actividades agrícolas, hortícolas y pecuarias mediante el uso de los recursos concentrados en la unidad familiar. Después de todo, no les eran completamente ajenas, eran las mismas actividades, y la misma organización del trabajo, a las que sus abuelos y padres habían recurrido en su oportunidad. La otra alternativa fue su desplazamiento a Mérida para desempeñarse como trabajadores manuales por cuenta propia. Su escasa escolaridad y la

[15] Guillermo Campero *et al.*, *La participación laboral en la gestión del combinado industrial de Ciudad Sahagún*, México, Instituto Nacional de Estudios del Trabajo, 1978.

nula calificación para realizar algún oficio provocaba que la construcción fuera, casi, el único recurso disponible para trabajar. La edificación de Cancún se inició en los primeros años de la década de los setenta, con lo cual se abrió una opción que los desfibradores y la población desempleada o subempleada de la zona henequenera no tenían en todo Yucatán; más todavía, en la medida en que se fue saturando el mercado de trabajo representado por la capital del estado.

Al sobrevenir el hecho anterior, Mérida no tenía mucho que ofrecer. El henequén influyó para su conversión en una ciudad de servicios y así se mantiene hasta hoy. La instalación de maquiladoras con el fin de diversificar la economía de esta ciudad y su *hinterland* es la vía por la que han optado los diferentes gobernadores de la entidad desde la década de 1980.[16] En Yucatán, hoy en día, esta opción se extiende a los principales centros de población.[17] En algunos de ellos –Mérida, Valladolid y Motul, por ejemplo– inversionistas locales, con el apoyo de las autoridades municipales y estatales en turno, han instalado sus respectivos parques para industrias no contaminantes con el fin de alojar maquiladoras extranjeras.

Al finalizar el siglo pasado y empezar el presente, como se mencionó, el número de trabajadores empleados en actividades terciarias era mayor al de obreros ocupados en actividades secundarias.[18] Hasta la primera mitad de la década pasada, si bien su incipiente industria, concentrada en Mérida, era incapaz de absorber a las generaciones rurales que se incorporaba a la población económicamente activa, al menos lo hacía con los habitantes de esta ciudad. Hoy, esa incapacidad incluye a estos últimos. El apogeo económico que todavía vive el Caribe mexicano a causa del turismo y la creciente economía informal de Mérida sirven de válvula de escape a los problemas que provoca el desempleo en Yucatán.

[16] Datos proporcionados por la Asociación de Maquiladoras de Exportación de Yucatán revelan que, al finalizar el primer semestre de 1996, había 70 empresas de este tipo en el estado. De éstas, 22 se dedican a la confección de prendas de vestir, ocho a la joyería, ocho a alimentos, siete a artículos deportivos y 25 a diversas ramas (*Diario de Yucatán*, 10 de junio de 1996).

[17] Véase la nota 23 del capítulo IV.

[18] Cfr. El Colegio de México, *op. cit.*

Las actividades económicas que emprendieron los desfibradores fuera de sus horas de trabajo en las plantas de capital privado variaban según qué tipo de trabajadores fueran. Las actividades más frecuentes entre quienes pertenecían al ejido fueron las primarias, en tanto que las manuales las practicaban preferentemente aquellos que no eran ejidatarios. El temor a perder sus derechos ejidales les impedía a los primeros ausentarse de sus sitios de residencia para emprender otro trabajo. En el caso de quienes lo hacían con la intención de mantener esos derechos, empleaban fuerza de trabajo familiar o extrafamiliar para la realización de las labores que les correspondían en el ejido. De esta manera podían mantener su membresía como ejidatarios y trabajar como obreros en las tareas de la desfibración del henequén.

Los desfibradores que no pertenecían al ejido y no tenían acceso a la tierra fueron quienes tuvieron mayores dificultades para encontrar trabajo en sus sitios de residencia. Éstos eran los más jóvenes y sólo disponían de su fuerza de trabajo. En ese sentido, el recurso más viable fue la migración a ciudades como Motul y Mérida. Ahí podían desempeñar alguna actividad manual y retornar a sus poblados para trabajar en la desfibradora. En las desfibradoras de capital privado, las labores empezaban a las cuatro o cinco de la mañana y se prolongaban hasta el medio día. Así, algunos aprovechaban las tardes para trasladarse hasta Motul o Mérida cuando no había hojas para desfibrar. El uso de la fuerza de trabajo familiar fue la estrategia que los identificó con los desfibradores pertenecientes al ejido. Como ellos, recurrían a sus padres o hermanos para que los suplieran en la desfibradora cuando encontraban trabajo durante varios días en aquellas ciudades. Al retornar, continuaban laborando en su mismo puesto en espera de ausentarse nuevamente.

La persistencia de los elementos sobre los que se basaba la identidad de origen de los desfibradores incidió en la desorganización laboral y la despolitización que presentaban en el momento de la estatización de Cordemex. Como parte de su racionalidad económica, al mismo tiempo que se mantuvieron vinculados con sus actividades agropecuarias y manuales, legitimaron las condiciones en las que se desarrollaba la desfibración del henequén. Por otro lado, constituían una enorme fuerza de trabajo disponible

en la región para sustituir a los que no quisieran trabajar bajo las condiciones establecidas.

En su conjunto, estos elementos hacían que los desfibradores no reclamaran su seguridad en el trabajo, la remuneración que les correspondía y, mucho menos, que se organizaran para ello. En todo caso, era mejor mantener buenas relaciones con el encargado o el propietario de la desfibradora; así, tenían el trabajo que les permitía generar, junto con las actividades extralaborales que realizaban, los satisfactores familiares. Su sindicalización vendría diez años después de estatizarse la industria del henequén.

Conversión de los desfibradores en obreros de Cordemex

La estatización de Cordemex trajo importantes cambios que incidieron en la ampliación de los límites de la identidad de los desfibradores en tanto obreros de la industria henequenera. Al incluir el gobierno federal esta industria entre los bienes de la nación, generó el espacio y las condiciones para que los desfibradores incorporaran a su identidad de origen los elementos que los definirían como obreros de la nueva empresa, es decir, las condiciones concretas (lo que he llamado *base empírica*) que toda persona requiere para la construcción de su identidad.

Como parte de este proyecto, la empresa instaló sus propias desfibradoras. Posteriormente, incluyó en su tabulador los puestos y funciones correspondientes a las tareas de la desfibración del henequén y estableció los requisitos para la contratación del personal que ocuparía estos puestos y se encargaría de estas labores. Respecto a esto último, al menos formalmente, se excluía a quienes se dedicaban a actividades primarias. En particular a los ejidatarios.

Por primera ocasión, los desfibradores tenían un empleo seguro que a su vez les reportaba salario y prestaciones conforme a la ley. Con ello, todo parecía indicar que abandonarían su vieja condición de jornaleros agrícolas y ejidatarios que ocasionalmente se empleaban en la desfibración del henequén, para convertirse en obreros de una industria de fibras duras. Al sentarse las bases para la constitución de un tipo de desfibradores diferente al que

existía hasta entonces, parecía que la formalización de su estatus como obreros del sector industrial había llegado. Sin embargo, para la mayoría de los que inicialmente se emplearon, su contratación en las desfibradoras estatales significó una alternativa más de empleo sin tener que abandonar las actividades primarias, artesanales y manuales que realizaban para generar el ingreso familiar.

A pesar de las ventajas que ofrecía ser obreros de Cordemex, no todos los que inicialmente se emplearon como desfibradores permanecieron en la empresa recién creada. En unos casos lo hicieron por voluntad propia y en otros no. Aunque en sentido estricto no fueron obligados, en su decisión influyeron los rumores difundidos por los dueños de las desfibradoras. Un argumento que éstos utilizaron fue la "ambición" del gobierno federal de apropiarse de las cordelerías, desfibradoras y planteles de henequén. En sus términos, el gobierno deseaba imponer nuevamente la "esclavitud" en cordelerías y desfibradoras; solamente que, en esta ocasión, serían peores las condiciones de trabajo que aquellas que habían padecido sus ancestros en las haciendas. Otro argumento fue el de la introducción del comunismo a Yucatán por medio del propio gobierno. El triunfo de la Revolución cubana era un acontecimiento todavía cercano, lo cual, junto con la proximidad de la isla a la península y la campaña contra aquélla emprendida por los sectores conservadores, contribuyó para atemorizar a no pocos desfibradores.

Contra los pronósticos de los exhacendados y "pequeños propietarios", el gobierno no se apropió de todas las cordelerías, las desfibradoras y los henequenales; no impuso la "esclavitud" ni tampoco llegó el comunismo a Yucatán. Tales rumores no eran más que un ardid al que los patrones recurrieron para retener la mayor cantidad posible de trabajadores que laborara con bajos salarios en los planteles y las desfibradoras de su propiedad.

Otros que tampoco permanecieron en Cordemex prefirieron mantenerse como ejidatarios chapeando y cortando pencas en los henequenales, o bien optaron por continuar cultivando sus milpas y hortalizas junto con la cría de aves y especies menores. Para éstos, la práctica de tales actividades y su eventual participación en la tareas de desfibración del agave siguieron siendo los elementos comunes que los identificaban. En estos casos, aspectos

culturales e ideológicos tales como su arraigo a las labores primarias y su resistencia a someterse como obreros a tiempos, actividades y autoridades rígidas, respectivamente, fueron determinantes en su decisión. Era preferible conservar la libertad que les otorgaba el ser campesinos.

Quienes permanecieron como desfibradores de Cordemex incorporaron a su identidad de origen los elementos que les ofrecía su nueva realidad. En principio, pasaron a ser obreros de una paraestatal que se extendía a diversos puntos del país e incluso del extranjero. A diferencia de los desfibradores de las plantas ejidales y de las de capital privado, los de esta empresa estaban vinculados a medios de producción con mayor grado de desarrollo tecnológico que implicaba procesos de trabajo más complejos. En general, las plantas desfibradoras de Cordemex eran más modernas y técnicamente superiores a las anteriores. Su rendimiento (en Kilogramo por cada mil hojas) era mayor. Su capacidad les permitía no sólo trabajar hasta tres turnos y desfibrar más hojas en menos tiempo, sino también aprovechar las pencas cortas, la pulpa y los jugos que las otras desfibradoras desperdiciaban. Imaginarse como integrantes de este tipo de empresas contribuyó para que ampliaran los límites de su identidad de origen.

Del mismo modo, pasaron a formar parte de nuevas formas de organización, sistemas de relaciones, acciones y códigos simbólicos. Sobre esto hablaré con mayor amplitud en el siguiente apartado.

Los sindicatos de los desfibradores

En la construcción de la identidad, las organizaciones juegan un papel relevante, por medio de ellas, los individuos no sólo se reconocen como miembros de un todo mayor y se integran a éste, sino que también lo hacen suyo junto con lo que implica esta totalidad. Los hechos que resultaron trascendentales en ese momento de la construcción de la identidad de los desfibradores fueron las acciones que desarrollaron para la creación de sus sindicatos y la consecución de las demandas que posteriormente plantearían. Las

condiciones en las que se generaron tales acciones se incluyen entre estos hechos.

El primer sindicato fue el "José María Morelos y Pavón". En tanto éste fue fundado por los propios desfibradores en 1974, el segundo, "Felipe Carrillo Puerto", fue promovido por la Confederación de Trabajadores de México (CTM) poco después. Ambos sucesos añadieron nuevos elementos que los desfibradores habrían de incorporar a su identidad. La formación del Sindicato José María Morelos fue la respuesta que antepusieron a la situación en la que se desempeñaban como obreros de Cordemex, no así la del segundo. Ésta fue la estrategia por la cual optaron la empresa y la CTM para contrarrestar el movimiento que se les escapaba de las manos.

Las primeras "luchas"

Las primeras acciones que los desfibradores llevaron a cabo —o "luchas" como ellos las denominan—, estuvieron enfocadas a la creación de su primer sindicato y a la obtención del reconocimiento del mismo por la empresa y las autoridades laborales. El objetivo por alcanzar era doble. Por una parte, intentaban superar las condiciones de marginalidad legal en que ellos y su actividad productiva se encontraban y, por la otra, obtener los beneficios previstos en la Ley Federal del Trabajo.[19]

El renacimiento que vivía el sindicalismo independiente en Yucatán[20] sirvió de escenografía social al conjunto de acciones

[19] "Podemos distinguir dos grandes categorías de comportamientos obreros relacionados con algún tipo de rechazo de las condiciones de trabajo. Por un lado, la de los comportamientos colectivos y organizados, como huelgas y prácticas sindicales. Y por otro, los comportamientos individuales, como el absentismo, el *turn over*, el sabotaje, el rechazo a aceptar determinados puestos (si no el trabajo asalariado como tal), etc." J. J. Castillo y C. Prieto, *op. cit.*, p. 40.

[20] Cfr. Luis A. Várguez Pasos, "Los desfibradores de Yucatán ante la reprivatización de la industria henequenera", ponencia presentada en el XIX Congreso Latinoamericano de Sociología, organizado por la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS) y celebrado en Caracas, Venezuela, desde el 30 de mayo hasta el 4 de junio de 1993.

emprendidas por esos trabajadores. En ese momento, el Frente Sindical Independiente de Yucatán (FSIY) era la organización que agrupaba a diversos sindicatos, creados a partir de 1970, al margen de las grandes centrales obreras. Las acciones que sus integrantes desplegaban contra las empresas para las cuales trabajaban tenían varias direcciones. En unos casos pedían el reconocimiento de sus sindicatos, mientras que en otros sus demandas se referían al cumplimiento de lo estipulado en sus respectivos contratos de trabajo. En estas circunstancias, los desfibradores continuaron el proceso constructor de su identidad bajo condiciones en las que el conflicto estaba claramente definido.

Las acciones más inmediatas que emprendieron tales obreros fueron la celebración de reuniones informativas en los centros de trabajo y asambleas en el local del taller de mantenimiento de la cabecera municipal de Motul, ubicado en el corazón de la zona henequenera. A estas asambleas acudían desfibradores de las plantas situadas en los municipios aledaños. El efecto más notable fue la identificación que establecieron estos trabajadores entre sí, tanto por su pertenencia a un mismo trabajo y a una misma empresa como por compartir los mismos problemas e intereses.

Compartir una misma etnia igualmente contribuyó a la identificación de estos trabajadores entre sí. La lengua fue el elemento étnico que más contribuyó a la consecución de este fin.[21] Hablantes todos del maya yucateco optaron por expresarse en las asambleas en este idioma. El uso de la lengua materna llevaba consigo un doble objetivo: hacía más fluida la comunicación y, sobre todo, evitaba que los "orejas" (espías) de la empresa se enteraran de sus planes. La estrategia emprendida fue dando resultados poco a poco. Junto con el reconocimiento mutuo, fue surgiendo el espíritu de grupo.[22]

[21] Sobre la importancia de las lenguas indígenas como elemento de identidad, véase Juan José Rendón Monzón, "Notas sobre identidad, lengua y cultura", en Leticia Irene Méndez y Mercado (comp.), *I Seminario sobre identidad*, México, IIA-UNAM, 1992.

[22] "En la medida en que cada grupo utiliza una lengua, ésta lo representa, lo identifica y es uno de sus más importantes símbolos de identidad [...] En muchos

Por otra parte, la realización de estas asambleas motivó que en las cabeceras de sus respectivos municipios y en Motul, eje de la actividad comercial de la zona henequenera, se empezara a reconocer a los trabajadores como una categoría definida por la actividad industrial que realizaban y no por las actividades primarias que igualmente practicaban para generar sus ingresos. Los desfibradores se definían a sí mismos a la vez que eran definidos por los otros, que no eran desfibradores.

En su conjunto, la realización de dicho proyecto provocó que los desfibradores pasaran de una conciencia individual sobre su situación en el proceso de trabajo al que estaban incorporados, a otra colectiva. Un hecho fundamental en este pasaje fue el reconocimiento de sus intereses como grupo, mismos que estaban totalmente opuestos a los de los dirigentes de la empresa y del Ejecutivo estatal.[23] Ello, a su vez, les permitió plantear demandas ante la empresa de acuerdo con su condición de obreros. En síntesis, se reconocían como obreros y así actuaban.

La creación del Sindicato José María Morelos y su posterior reconocimiento por las autoridades laborales y la empresa, tuvo un efecto ulterior. Propició que otros asignaran a los desfibradores determinada identidad que se correspondía con los elementos que ellos incorporaron a su identidad de origen.

Las siguientes luchas que los desfibradores emprendieron por medio de su recién constituido sindicato estuvieron dirigidas contra la Junta Local de Conciliación y Arbitraje y Cordemex. Su estrategia inicial fue presionar simultáneamente. Al mismo tiempo que solicitaron ante la Junta Local el registro de su sindicato, presentaron a la empresa un pliego petitorio que se puede sintetizar en cuatro puntos:

---

casos, de acuerdo con las condiciones históricas, culturales, ambientales y conceptuales de cada lengua, ésta funciona no sólo como símbolo de identidad sino también como factor de cohesión." (J. J. Rendón Monzón, art. cit., pp. 31-33.)

[23] Al respecto me parece oportuno citar a Thompson: "Entre los años de 1780 y 1832 la mayoría de los obreros ingleses fue sintiendo que entre ellos existía una identidad de intereses, y que esta identidad de intereses se oponía manifiestamente a la clase de sus gobernantes y patronos." E. Thompson, *op. cit.*, p. 11.

- trabajo garantizado con jornada de ocho horas;
- pago de salario mínimo, horas extra y aguinaldo;
- reparto de utilidades, e
- ingreso al seguro social.

Ante el silencio de las instancias correspondientes, los obreros decidieron realizar un paro total de actividades[24] durante una hora, aunque sabían que era ilegal. Con el mismo fin integraron una comisión para entrevistarse con los representantes de la empresa, la Junta Local y el gobernador del estado.

Como suele suceder en estos casos, las autoridades laborales dieron evasivas a los desfibradores sobre el registro de su sindicato. A partir de tal situación, éstos acordaron invadir las oficinas de la Junta hasta que se les concediera dicho registro. Mientras tanto, en un intento por disuadir a los obreros de sus deseos de registrar su sindicato, la empresa otorgó todo cuanto solicitaban en el pliego petitorio. Tal concesión tuvo un efecto inverso al esperado. Fue el motivo que, por una parte, convenció a quienes dudaban del éxito y, por la otra, identificó a los trabajadores en torno a su organización.

La decisión tomada por los directivos de Cordemex no era gratuita. Las acciones que emprendieron contra los obreros se revelaron como parte de un plan más amplio. En éste participaban la empresa, la Junta Local y el gobierno del estado, con el fin de impedir el registro del Sindicato José María Morelos, así como también la expansión del sindicalismo independiente en Yucatán. Para conseguir el primero de esos objetivos, los dirigentes de la FTY, filial de la CTM, rescataron de sus archivos el viejo registro de un sindicato al cual, bajo amenazas, trataron de afiliar obligatoriamente a los desfibradores. Para alcanzar el segundo, el gobierno estatal, la policía y los empresarios que veían afectados sus intereses, secuestraron y asesinaron al líder del FSIY.

[24] Al responder por qué ocurren las huelgas, Keith Grint ofrece tres explicaciones: desorganización social, frustración y comunicación, y conflicto o contradicción de intereses. Cfr. K. Grint, *The sociology of work*, Cambridge, Polity Press, 1991. El caso de los desfibradores se inscribe en la tercera explicación.

Entusiasmados por sus logros y enardecidos por ese crimen, los desfibradores resolvieron adelantar la invasión acordada. Esta decisión y el temor de que la situación se agravara ante el descontento de la ciudadanía por el ilícito en el que aparecía envuelto el gobernador Carlos Loret de Mola, contribuyeron a que de nueva cuenta los obreros de las desfibradoras estatales lograran sus objetivos, lo que, además, puso en evidencia la subordinación de la Junta Local de Conciliación y Arbitraje a las decisiones del gobernador del estado. El 13 de octubre de 1974 fue concedido a los obreros, en el palacio de gobierno y de manos del director estatal de trabajo, el registro número 1041 que daba personalidad jurídica al Sindicato de Trabajadores de las Desfibradoras en el Estado de Yucatán, Similares y Conexos, José María Morelos y Pavón.

Nuevas acciones expresaron la identidad que paulatinamente dichos obreros elaboraban. Lograda el reconocimiento de su sindicato, el siguiente paso, mismo que comprende su "lucha" inmediata, fue la obtención del contrato colectivo de trabajo. En esta ocasión, la sujeción de la CTM a los intereses del Estado se puso de manifiesto al continuar coercionando a los desfibradores para afiliarse al sindicato que promovían sus representantes locales. Todo ello con la aprobación de la empresa. En una región carente de alternativas reales de trabajo para este tipo de trabajadores, y ante una economía doméstica de subsistencia que prevalece hasta la fecha, la táctica empleada por éstos dio resultado en no pocos casos. La necesidad de retener el empleo y mantener el ingreso mínimo requerido por el grupo familiar pudo más que la voluntad sindicalista de diversos desfibradores.

Los obreros por su parte, una vez más, nombraron otra comisión que planteara ante la empresa esta demanda y propusieron nuevamente paralizar las plantas desfibradoras durante una hora en forma escalonada. Para los primeros días de 1975 acordaron parar totalmente las actividades en sus centros de trabajo y efectuar un plantón ante el palacio de gobierno.[25] Hábilmente organizaron pequeñas comisiones para permanecer en dichos centros y

[25] Frente Sindical Independiente, *op. cit.*

así evitar que la CTM llevara a trabajadores de las desfibradoras de capital privado para boicotear el paro.[26] El día acordado, los obreros cesaron sus actividades laborales y se concentraron en la plaza principal de Mérida. El gobernador se negó a entablar conversaciones con sus representantes, en cambio, les ordenó volver al trabajo y los amenazó con usar al ejército para desalojarlos.

Ante la persistencia de los desfibradores, el gobernador recibió a sus representantes el día siguiente. Su decisión no se debió al sindicalismo que en una ocasión declaró profesar, sino al apoyo que los obreros recibieron de los sindicatos integrantes del FSIY, de algunos pertenecientes a la CTM, que simpatizaban con ellos y de estudiantes y profesores de la Escuela de Derecho –a la que pertenecía el líder asesinado–, la de Antropología y la de Economía de la universidad estatal local. Igualmente, influyeron el temor de los comerciantes de que sus negocios fueran asaltados y el posible recrudecimiento de los problemas, todavía latentes, derivados del crimen señalado. Después de celebrar un careo con los dirigentes de la CTM para determinar cuál era el sindicato mayoritario, y de una severa reprimenda por parte del gobernador al entonces senador cetemista por Yucatán, se reconoció que el Sindicato José María Morelos y Pavón agrupaba a la totalidad de los obreros de seis desfibradoras y la mayoría de las cuatro restantes. A pesar de ello, se acordó que Cordemex firmara sendos contratos con ambos sindicatos.[27]

La última lucha que los desfibradores del Sindicato José María Morelos emprendieron inmediatamente después de su reconocimiento, fue por su ingreso al Contrato Ley de la Industria Textil de Fibras Duras de la República Mexicana. En 1974, ni los directivos ni los "socios" contemplaban esta posibilidad; es más, igno-

[26] En Yucatán, la CTM ha recurrido a este ardid en varias ocasiones. La última vez fue durante la huelga que emprendieron los trabajadores avícolas del municipio de Tetiz durante los meses de enero y febrero de 1990.

[27] Las desfibradoras en las que el Sindicato José María Morelos tuvo la totalidad de los obreros fueron la José Ma. Morelos, Felipe Carrillo Puerto, Benito Juárez, Francisco I. Madero, Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles, y en las que tuvo mayoría, Miguel Hidalgo, Venustiano Carranza, Francisco Villa y Emiliano Zapata.

raban la existencia de ese contrato y la relevancia de pertenecer a éste. La presentación de su primera solicitud para tal efecto ocurrió en abril de 1975 con motivo de las pláticas sobre la revisión de su contrato de trabajo. Las contradicciones de clase no sólo se dan entre las diferentes clases que componen la estructura social de una sociedad, igualmente están presentes dentro de una misma clase. Contra lo esperado, el primer obstáculo que enfrentaron los integrantes del sindicato referido fue la oposición de los representantes de los dos sindicatos de los obreros de las cordelerías que, junto con las desfibradoras, integraban la paraestatal Cordemex.[28] Quienes se negaban a pertenecer al contrato ley eran obreros como ellos y no los representantes de la empresa ni las autoridades laborales. Su triunfo inmediato fue la concesión que obtuvieron para que sus delegados participaran como oyentes en las pláticas correspondientes a la revisión del contrato de ese año.

La integración de los obreros del Morelos al contrato ley fue pacífica. Durante el tiempo que se requirió, no emprendieron actos de protesta ni paros en el trabajo como formas de presión. Fue producto de su insistencia y del populismo que enmarcaba la voluntad política de los representantes de la Secretaría del Trabajo. Al iniciarse un año después la revisión del contrato en la capital de la República, los representantes de los desfibradores refrendaron su petición anterior argumentando que todos los sindicatos de Cordemex tenían derecho a estar incluidos en dicho documento, ya que por ello era un contrato ley. Las autoridades laborales les concedieron la razón y con ello su incorporación al contrato referido.

Con el reconocimiento del Sindicato José María Morelos y Pavón en octubre de 1974, las relaciones que los desfibradores sostenían con la empresa empezaron a regirse por el Contrato Ley de la Industria Textil de Fibras Duras de la República Mexicana. Hasta entonces, contradictoriamente, luego de siete años de haberse instalado la primera desfibradora perteneciente al Estado y a diez de la estatización de la industria henequenera, los obreros de estas plantas habían permanecido fuera de toda legislación

[28] Éstos eran el Sindicato de Cordeleros de Yucatán y la Liga de Trabajadores de Artefactos de Henequén.

laboral. En tal situación recibían jornales según los días y las horas laborados. La existencia y la cantidad de hojas por desfibrar seguían siendo los indicadores de su pago; pero sin rebasar el salario mínimo establecido. En el mismo sentido, continuaban sin derecho a pagos por horas extra, aguinaldo ni vacaciones, reparto de utilidades, pertenencia al Seguro Social ni demás prestaciones; en cambio, estaban sujetos a las condiciones que les imponían los gerentes de las desfibradoras.

Mediante el contrato ley, cambiaron radicalmente las relaciones sociales que habían sostenido los desfibradores con los gerentes de las plantas. Ya no dependían de la voluntad de una persona para tener trabajo, así como tampoco serían arbitrarios los días y el horario en que laborarían, ni el monto de la remuneración y la frecuencia de ésta. Por medio de ese documento se les clasificaba de acuerdo con un tabulador que indicaba la actividad específica que realizaban en el proceso de la desfibración, el tipo de salario que les correspondía y la cantidad de dinero que sumaba este último. Así también, este documento señalaba los días de descanso, las vacaciones, los aguinaldos, la seguridad social y demás prestaciones y derechos a los que eran merecedores; asimismo establecía los tiempos de trabajo que cumplirían, las obligaciones que tendrían y las sanciones a las que se harían acreedores según la falta que cometieran.

De igual modo, al ser trabajadores de las nuevas plantas, los desfibradores señalados abandonaron ciertas prácticas que formaban parte de sus antiguas relaciones con sus expatrones y gerentes. Así, dejaron de utilizar la fuerza de trabajo de sus hijos menores en tareas de la desfibración por la que no les pagaban, y de solicitar terreno de las desfibradoras para cultivar sus hortalizas y pequeñas milpas. Por una parte, las medidas de seguridad implícitas en el contrato ley impedían que los obreros contaran con la ayuda de sus hijos en el trabajo; por la otra, no se les prohibía que solicitaran terreno de las desfibradoras para cultivar. Esta posibilidad quedaba abierta. A medida que sintieron los efectos del deterioro de su salario, esa ambigüedad motivó que demandaran ante la empresa la concesión de parcelas sin costo, de las desfibradoras, para cultivar. A reserva de tratarlo en otro apartado, lo interesante de este caso es la respuesta que ofrecieron los desfibradores a

su situación. En contra de una respuesta que encerrara una demanda de carácter obrero, optaron por otra cuyo contenido era una reivindicación campesina. Fue una respuesta acorde con su identidad de origen.

No obstante lo anterior, el hecho de pertenecer a una empresa paraestatal y estar regidos por un contrato de trabajo hizo que los desfibradores rebasaran sus parámetros comunitarios de identidad con el fin de tener una percepción de sí –como individuos y como grupo– más amplia de la que tenían como trabajadores de las desfibradoras de capital privado. En esta última situación, igual que quienes siguieron trabajando en estas plantas, eran jornaleros de tal o cual exhacienda perteneciente a tal o cual patrón. Es más, como ya se vio, la mayoría ni siquiera era de desfibradores en sentido estricto. El sistema de trabajo al cual estaban sometidos impedía su especialización en determinada actividad productiva. Dependiendo de lo que ordenaran el propietario o el encargado de la planta, lo mismo podían trabajar en el cultivo del henequén que en alguna tarea de su desfibración.

Ahora los límites de su identidad se recomponían en términos de las relaciones existentes en la exparaestatal. Como obreros, se identificaban tanto con quienes trabajaban en las cordelerías de Mérida como con los que lo hacían en las demás fábricas que Cordemex tenía en distintos estados del país. Su reconocimiento formal como grupo socialmente definido por su posición en la industria henequenera les dio a su vez la posibilidad de identificarse con los obreros de la industria textil en general, y con los de los distintos subsectores que componen el proletariado en México. Para decirlo en términos de Anderson, pasaron a formar parte de una comunidad imaginada.[29]

[29] Cfr. Benedict Anderson, *op. cit.*

VI. LAS EXPRESIONES DE LA IDENTIDAD: SATISFACCIÓN EN EL TRABAJO Y CONCIENCIA OBRERA

INTRODUCCIÓN

La construcción de la identidad, como ya se mencionó, no sólo involucra la internalización, sino también las diversas formas mediante las cuales el individuo expresa el conjunto de elementos que constituyen los referentes empíricos, ideológicos y culturales de su identidad, mismos que, a su vez, permiten a los otros identificarlo en relación con sí mismo y con los que manifiestan una conducta semejante.

Simultáneamente a su incorporación a la exparaestatal Cordemex, los desfibradores adquirieron nuevos rasgos de identidad, derivados de su condición de obreros en esta empresa, que habrían de expresar. Las formas como internalizaron este último proceso fueron múltiples. Entre éstas se incluyen la formación de sus sindicatos y la organización que generaron en torno a éstos; las acciones que emprendieron para crearlos y generar su reconocimiento, y las relaciones que establecieron entre sí con las autoridades de la empresa y los representantes del Estado. De todas estas formas de expresión, en este capítulo me referiré, de manera particular, a su satisfacción en el trabajo y la conciencia que desarrollaron sobre su situación como obreros, el trabajo y la empresa, o sea su conciencia *obrera*. Ambas manifestaciones ayudan a comprender mejor la formación de su identidad, los cambios que en ella se operaron y la participación de estos obreros en todo el proceso.

SATISFACCIÓN EN EL TRABAJO

La satisfacción en el trabajo es un tema de suyo relativo. Para algunos obreros, e individuos en general, puede no representar un problema, pero para otros sí. En una u otra forma, la opinión que tengan expresa la concepción que poseen tanto del trabajo que practican como de su relación con esta actividad. Dicho de otra manera, expresa su concepción sobre su realidad inmediata y su participación en ella, elementos que, entre otros, constituyen la base de toda identidad. Los desfibradores para quienes la satisfacción en el trabajo no es cuestionada, saben que esta actividad es el único medio disponible "para ganarse la vida" y lo tienen que hacer. Aunque un tanto fatalista, lo importante es que esta visión forma parte de su concepción sobre un hombre trabajador. Para otros, en cambio, la satisfacción en el trabajo es un problema implícito al propio trabajo, aparece como algo "natural" que define al trabajo y no al trabajador.

Esta relatividad igualmente se manifiesta en la forma como los estudiosos de este tema lo abordan con el fin de analizarlo o explicarlo. Entre éstos, el corpus teórico del cual disponen establece la perspectiva de sus respectivos enfoques. Así por ejemplo, para R. L. Kahn, D. Katz, N. Maccoby y N. Morse,[1] el trabajo tiene una connotación moral. Ante la ambigüedad del concepto, para éstos la moral se define de acuerdo con la satisfacción obtenida por el trabajador según sea su participación en la empresa. En sus términos, existen cuatro elementos o fuentes que reditúan al individuo satisfacción en el trabajo: "*1*) el trabajo mismo; *2*) el orgullo de pertenecer al grupo de trabajo; *3*) la participación en la empresa; *4*) el salario y el estatus *del puesto de trabajo.*".[2] Touraine, citando a R. Blauner, señala como factores de satisfacción en el trabajo "el prestigio de la profesión, el control ejercido por el trabajador sobre las condiciones de trabajo, la integración del grupo de trabajo, y la naturaleza de la comunidad de trabajo en la que

[1] Citados por Jacqueline Frisch-Gauthier, "Moral y satisfacción en el trabajo", en Georges Friedmann y P. Naville, *Tratado de sociología del trabajo*, t. II, México, Fondo de Cultura Económica, 1963.

[2] *Ibid.*, p. 137.

vive".[3] Otra perspectiva sobre este mismo tema es la que ofrece Ilán Bizberg. Para él, este concepto "está compuesto por dos fuentes distintas: una económica y otra laboral".[4]

En el caso del que me ocupo, la satisfacción en el trabajo no se define en términos de moral. Menos aún a la manera de los autores del primer grupo referido. Aunque las propuestas de Touraine y Bizberg son interesantes, he preferido definir la satisfacción en el trabajo a partir de la perspectiva adoptada desde el principio de este texto: la del propio sujeto; es decir, en términos de la satisfacción que le produce su actividad en la desfibradora y que lo conduce, por una parte, a su aceptación o a su rechazo y, por la otra, a identificarse o no con ella. Dicho de manera más sencilla y operativa, si está contento o no con su trabajo y si lo cambiaría o permanecería en éste.

El referente empírico

Un primer acercamiento a los datos obtenidos en los cuestionarios y entrevistas aplicados a los desfibradores de Cordemex revela su satisfacción por el trabajo que realizaban en estas plantas. La mayoría respondió en sentido afirmativo respecto a la satisfacción con la realización de su actividad laboral y no expresó deseos por cambiarla. En números absolutos, de la muestra tomada de 125 trabajadores de diferentes desfibradoras, 88 estaban contentos con su trabajo, y sólo once respondieron no estarlo; 78 –a pesar de cierto descontento por parte de algunos– no lo cambiarían por otro, en tanto que 21 se mostraron a favor de hacerlo. Quince de los interrogados manifestaron indiferencia y once no respondieron (véase el cuadro VI-1).

La distribución de las respuestas dadas por los desfibradores de acuerdo con sus rangos de edad señala que aquellos de entre 30 y 44 años de edad constituyen el mayor número de quienes declararon estar contentos con su trabajo (véase el cuadro VI-2);

[3] Alain Touraine, *Sociología de la acción*, Barcelona, Ariel, 1969, p. 232.
[4] I. Bizberg, *op. cit.*

son éstos quienes integran la mayoría de los que no cambiarían de trabajo, o sea, 58 y 53 obreros respectivamente; pero también en estos rangos se encuentra la fracción más numerosa de los que no estaban de acuerdo con el trabajo (seis); los que sí lo cambiarían (14), y los indiferentes (siete) (véase el cuadro VI-2).

CUADRO VI-1
Satisfacción en el trabajo

	Contentos con el trabajo	*Desean cambiar de trabajo*
Sí	88	21
No	11	78
Indiferente	15	15
No respondió	11	11
Total	125	125

CUADRO VI-2
Satisfacción en el trabajo según la edad de los obreros

	Contentos con el trabajo					*Desean cambiar de trabajo*				
Edad	*Sí*	*No*	*Indiferente*	*No respondió*	*Total*	*Sí*	*No*	*Indiferente*	*No respondió*	*Total*
20-24	4	2	0	1	7	0	5	0	1	6
25-29	5	1	3	0	9	3	2	3	0	8
30-34	28	3	3	0	34	4	24	3	0	31
35-39	11	0	2	1	14	6	12	2	1	21
40-44	19	3	2	0	24	4	17	2	0	23
45-49	9	0	0	0	9	1	8	0	0	9
50-54	3	0	4	3	10	1	3	4	3	11
55-59	5	1	1	2	9	1	5	1	2	9
60 y más	4	1	2	4	11	2	2	2	4	10
Totales	88	11	15	11	125	21	78	15	11	125

Si se analizan estos mismos datos de acuerdo con la antigüedad de los obreros en su respectiva desfibradora, quienes están ubicados en el rango de diez a catorce años de antigüedad son la mayoría de los que sí estaban contentos con su actividad laboral (53), y los que no la cambiarían (41). De los once desfibradores que contestaron no estar contentos con su trabajo, seis se localizan en este mismo rango. Así también, en éste se ubican catorce de los que sí cambiarían las labores que desempeñaban como obreros y ocho de los quince indiferentes respecto a esta misma pregunta. En cambio, de estos que respondieron sin definición, ocho corresponden al rango de diez a catorce años de antigüedad, seis al de cinco a nueve, y uno al de cero a cuatro (véase el cuadro VI-3).

CUADRO VI-3
Actitud ante el trabajo según su antigüedad laboral

Antigüedad (años)	*Contento en el trabajo*					*Deseo por cambiar*				
	Sí	*No*	*Indiferente*	*No respondió*	*Total*	*Sí*	*No*	*Indiferente*	*No respondió*	*Total*
0-4	8	0	3	2	13	2	9	1	2	14
5-9	12	2	6	3	23	4	13	6	2	25
10-14	53	6	5	4	68	14	41	8	5	68
15-20	15	3	1	2	21	1	15	0	2	18
Totales	88	11	15	11	125	21	78	15	11	125

Como suele suceder, las razones que ofrecen los entrevistados sobre sus respuestas son varias y muy diversas; desde el consabido "porque sí" hasta los argumentos más concretos como son el salario que recibían y su edad en ese momento. La razón más generalizada entre quienes declararon estar contentos en el trabajo fue de índole económica. De los 88 obreros que manifestaron esta actitud, 46 argumentaron el salario y las prestaciones otorgadas por la empresa; ocho basaron su estado de ánimo en la disponibilidad de tiempo para realizar otras actividades económicas, y quince dieron como razón el bienestar alcanzado mediante un

empleo en una empresa paraestatal. De una u otra forma, estos son quienes pudieron ahorrar, comprar sus terrenos y, por consiguiente –como ellos dicen–, "les fue bien". Los restantes respondieron de diferente forma. El tipo de trabajo, el ambiente laboral y las motivaciones personales fueron las razones ofrecidas. En estos términos, ocho consideraron fácil el trabajo que desempeñaban, siete respondieron estar a gusto en la desfibradora, dos no contestaron y los últimos dos se limitaron a decir "tengo mis motivos" (véase el cuadro VI-4).

Las respuestas de los 88 desfibradres anteriores no fueron casuales, están relacionadas con sus respectivos orígenes y las condiciones en las que se desarrollaba la extracción de la fibra del henequén. Si estaban contentos era porque, como obreros de las desfibradoras estatales, obtuvieron salarios, prestaciones y bienestar que, como pequeños productores agropecuarios y artesanos no habrían podido alcanzar. De manera semejante, los que respondieron poder realizar otras actividades económicas, que era un trabajo fácil y estaban a gusto con su actual trabajo, estaban contentos porque las condiciones bajo las cuales desempeñaban su labor en dichas plantas les permitían incrementar sus ingresos, no fatigarse y mantener buenas relaciones con sus compañeros. Sobre todo, les permitían permanecer vinculados a su pasado económico y cultural, y así preservar su identidad de origen.

Entre quienes respondieron no estar contentos, siete dieron razones distintas, dos no precisaron y otros dos argumentaron no tener base en la desfibradora. El hecho de continuar como suplentes provocaba su descontento. Por lo que atañe a los indiferentes, dos ofrecieron algún argumento; diez no respondieron en forma clara, y sólo tres precisaron sus respuestas: tampoco tenían base en las desfibradoras donde trabajaban desde años atrás (véase el cuadro VI-4).

El enfoque económico de los desfibradores cuyas respuestas aparecen en el cuadro anterior, igualmente, se presenta tanto entre las razones de los que no cambiarían de trabajo como de quienes sí lo harían (véase el cuadro VI-5). Bajo esta percepción, para la mayoría de los 78 obreros que emitieron la primera contestación, los factores económicos son la razón fundamental. De todos esos trabajadores, once no renunciarían a la paraestatal por el salario y las prestaciones que entonces recibían, 16 tam-

CUADRO VI-4
Razones de la satisfacción de los obreros en el trabajo

	Contento en el trabajo				
Razones	*Sí*	*No*	*Indiferente*	*No respondió*	*Total*
Salario, prestaciones	46	0	0	1	47
Puede realizar otras actividades	8	0	0	2	10
Bienestar alcanzado	15	0	0	2	17
Trabajo fácil	8	0	0	1	9
Está a gusto	7	0	0	4	11
No tiene base	0	2	3	1	6
No precisó	2	2	10	0	14
Otras	2	7	2	0	11
Totales	88	11	15	11	125

poco lo harían porque podían alternar su trabajo en la planta con las actividades extralaborales que practicaban (lo cual se traducía en mayores ingresos), y quince más se comportarían de la misma manera por el bienestar alcanzado en dicha empresa, que no hubieran podido lograr en otro trabajo. En cuanto a los demás que respondieron no tener deseos de cambiar de actividad laboral, sus respuestas fueron heterogéneas. Diez antepusieron motivos de edad, y son quienes se ubican en los rangos que van de los 50 a los 66 años y más. Trece reportaron estar conscientes de la inexistencia de trabajo en la región y preferían continuar en las desfibradoras estatales. En estos términos se expresaron otros seis, el temor a no encontrar trabajo les impedía abandonar el que tenían. Cinco más dieron argumentos morales respecto a su familia. Finalmente, uno, a pesar de no tener base, no cambiaría de trabajo, en tanto dos –que tampoco lo harían– señalaron no tener razones para ello.

Entre quienes respondieron que sí cambiarían de trabajo, nueve argumentaron sus deseos de "progresar y ganar más"; cinco también lo harían para dedicarle más tiempo a las actividades extralaborales que practicaban; dos señalaron su bienestar; otros

dos, que eran eventuales, externaron la necesidad de tener trabajo permanente. Los tres restantes estarían dispuestos a cambiar de trabajo, pues a pesar de ser considerados "fijos", no tenían base. La diferencia entre estos últimos cinco desfibradores, de suyo relativa, está en la permanencia en el trabajo. En tanto los dos primeros no la tenían, estos últimos sí; en todo caso, no contaban con algo definitivo (véase el cuadro VI-5).

Cuadro VI-5
Deseo por cambiar de trabajo

Razones	*Sí*	*No*	*Indiferente*	*No respondió*	*Total*
Salario, prestaciones	0	11	0	0	11
Edad	0	10	0	0	10
Inexistencia de trabajos	0	13	0	1	14
Progresar, ganar más	9	0	0	2	11
Sus otras actividades	5	16	3	2	26
Su familia	0	5	2	1	8
Bienestar personal	2	15	0	2	19
Necesidad de trabajar	2	0	3	2	7
No tiene base	3	1	1	0	5
Temor	0	6	0	0	6
Sin razón	0	2	6	1	8
Totales	21	78	15	11	125

Las respuestas de los obreros de las desfibradoras estatales, más la explicación correspondiente, contradicen la concepción de algunos analistas que, sin mayor argumentación, afirman que el trabajo es fuente de frustración.[5] Más que frustración, lo que a los desfibradores les producía su trabajo era satisfacción. En todo caso, si como indicador de frustración se toma el deseo de cambiar de trabajo, es preciso tener en cuenta que este hecho no necesariamente implica que todos los que así respondieron estaban a disgusto con su trabajo.

[5] J. Frisch-Gauthier, art. cit.

De los 21 que se mostraron dispuestos a dejar la empresa, sólo los que eran eventuales y los que no tenían base lo harían. No así los 16 restantes, que a pesar de su descontento, ofrecen respuestas contradictorias. De estos últimos, nueve deseaban cambiar de trabajo para progresar y ganar más. Pero, a pesar de las razones que argumentaban,[6] no renunciaban porque, igual que los otros siete, basaban su sobrevivencia en la desfibradora, ya sea porque ahí encontraban su bienestar o porque les permitía realizar otras actividades económicas para completar sus ingresos, lo cual no podrían hacer si cambiaran de trabajo.

La visión interpretativa

Las respuestas y las razones dadas por los desfibradores entrevistados, pero más todavía –repito– sus explicaciones, revelan la inexistencia de relación entre estar satisfechos o no en el trabajo, y su edad o su antigüedad en la empresa. Del mismo modo, su deseo por cambiar de trabajo o permanecer en éste tampoco depende de estos factores. Una respuesta más amplia obliga a recurrir a otras dimensiones y elementos de esta problemática. Por ejemplo, qué significaba para ellos ser obreros de Cordemex.

En principio, tanto la satisfacción con el trabajo que realizaban como su deseo de no cambiarlo estaban condicionados por el salario y las prestaciones que recibían (véase el cuadro VI-4) y la oportunidad de realizar otras actividades económicas fuera de sus horarios en las desfibradoras (véase el cuadro VI-5). Una reflexión más pausada sobre los comentarios de estos obreros a sus respuestas sugiere que, cuando hablaban de salario y prestaciones, implícitamente estaban comparando sus ingresos por su trabajo en las desfibradoras estatales con la cantidad de dinero obtenido en las

[6] Uno deseaba dejar la desfibradora porque no estaba a gusto por el sistema de turnos y quería dedicarse a su negocio de refacciones para bicicletas; tres ya se habían fastidiado y querían ganar más dinero; tres más no estaban contentos porque tenían más de quince años trabajando en la desfibración, y lo que querían era dedicarse a la atención de sus parcelas; por su parte, la razón que daban los últimos dos era la de no tener base.

actividades primarias que realizaban en los sitios donde originariamente residían. Lo mismo ocurría con quienes argumentaban el bienestar alcanzado a partir de emplearse en dichas plantas. Aunque no proporcionaron cifras exactas, coincidieron en la inferioridad e irregularidad de los ingresos que les reportaban aquellas tareas respecto a sus salarios como obreros.

La superioridad de los salarios pagados por la empresa sobre lo que les reportaban dichas actividades se manifestó en los bienes que pudieron adquirir, desde los terrenos donde construyeron sus casas o cultivaron sus parcelas hasta los aparatos electrodomésticos que adquirieron. Además, recuérdese que al emplearse en las desfibradoras de Cordemex, no pocos se incorporaron a un tipo de vida urbano que les permitía enviar a sus hijos a la escuela para concluir sus estudios y disfrutar las comodidades y aun las diversiones que ofrece este estilo de vida que, si bien son limitadas, para ellos resultan mucho más amplias que las que tenían en sus antiguos lugares de residencia.

De manera semejante, a pesar de la subjetividad y relatividad contenidas en las razones dadas para estar contentos en el trabajo (ver cuadro VI-4), implícitamente refieren las condiciones concretas imperantes para entonces, en la actividad industrial que llevaban a cabo dichos obreros. La realización de otras actividades económicas extralaborales se tradujo en mayores ingresos para satisfacer las necesidades familiares. Así, la facilidad del trabajo, el menor desgaste físico del trabajador y el "estar a gusto" incidieron en las relaciones de amistad, parentesco, compadrazgo y solidaridad al momento de necesitar fuerza de trabajo en sus actividades extralaborales o de emplazar a huelga a la empresa en defensa de sus intereses como obreros.

La contracción del mercado de trabajo, provocada por la inexistencia de otras fuentes de empleo en la región que les ofreciera lo que les proporcionaba la empresa, contribuye a comprender mejor la racionalidad de los desfibradores sobre su trabajo y su identidad. A pesar de la posición de los 46 obreros en contra de querer cambiar de empleo, siete de ellos expusieron como justificación de su respuesta no su total satisfacción, sino la falta de fuentes de trabajo (cuadro VI-5). En pláticas informales con ellos, eran más quienes compartían este argumento. Efectivamente, en toda la zona

henequenera no existe mejor opción para ellos que la ofrecida por esas plantas fabriles, ya sea –como se vio– por el salario y las prestaciones pagados por Cordemex, el número de trabajadores dependientes de esta empresa, ya por el tiempo "libre" del que disponían para realizar otras actividades económicas.[7]

Si se ponderan los elementos relacionados directamente con el trabajo practicado por dichos obreros, tanto dentro como fuera de la desfibradora, las argumentaciones en torno al salario y las prestaciones que recibían, así como la oportunidad de realizar actividades económicas extralaborales, están vinculadas a otras razones de naturaleza más general. En conjunto, estas razones apelan a otro grado de análisis de la problemática planteada. La primera es la que alude al origen campesino de los propios desfibradores; la segunda es la que se refiere a las condiciones del trabajo que ejecutaban y la tercera es el tipo de empresa a la que pertenecían.

Origen de los desfibradores

En los apartados correspondientes[8] decía que la mayoría de los obreros de las desfibradoras de Cordemex eran campesinos, cuya economía estaba basada en la agricultura milpera, la cría de ani-

[7] Hasta 1992, fecha de nuestras últimas entrevistas, la instalación de maquiladoras en los municipios de Motul e Izamal era un proyecto distante. Solamente "La Carmita" se encontraba operando en el primer municipio. Las empresas instaladas en estos centros urbanos, cinco años después, tampoco son una alternativa para quienes continuaron trabajando en las desfibradoras. En general, prefieren contratar fuerza de trabajo femenina entre 18 y 20 años de edad. Para el caso de los hombres, este rango de edad es uno de los principales criterios, el cual excluía a los desfibradores estudiados (véase el cuadro 2 del capítulo V). Por otra parte, a causa del excedente de fuerza de trabajo, motivada a su vez por el desempleo y la falta de fuentes de trabajo en la región, las maquiladoras pagan, a cambio de ocho horas de labor, salario mínimo. De nueva cuenta, para los obreros mencionados, tanto la jornada como su remuneración resultan insuficientes ante las necesidades de sus familias. Sin embargo, resulta sumamente interesante la versión que proyecta la prensa estadunidense a sus lectores sobre las maquiladoras instaladas en la zona henequenera (véase el artículo publicado por *Los Angeles Times* y reproducido por el *Diario de Yucatán* el 10 y 11 de junio de 1997).

[8] Véase los apartados denominados "Actividades económicas" y "Actividad anterior" correspondientes a los capítulos IV y V, respectivamente, de esta obra.

males y la producción artesanal. En oposición, sólo una minoría no lo era. Retomando la información anterior, 84 desfibradores tenían las actividades primarias como fuente básica de ingresos económicos y 17 en tareas manuales y no manuales. Completan la muestra dos que eran estudiantes y seis que no especificaron su actividad anterior. En esos mismos apartados se encuentran 16 que habían trabajado en las desfibradoras de capital privado.

Los obreros cuya actitud ante el trabajo era de satisfacción con las tareas que realizaban en la desfibración del henequén son quienes inmediatamente antes habían sido agricultores. Entre todos ellos, el punto de referencia más próximo para establecer cualquier comparación fue el de las condiciones adversas en las que desarrollaban sus actividades primarias. Regidas por las condiciones propias de una economía de subsistencia, las actividades agrícolas representaban mayores riesgos e inversión de energía, tiempo y dinero. Esto, sumado a la temperatura media prevaleciente en la región,[9] hace que esas labores sean más inseguras y cansadas que la desfibración. En estos términos, las respuestas más comunes giran en torno a la seguridad de recibir un salario permanente y a la menor fatiga que implican las tareas de extracción de la fibra del henequén. Incluso, para determinados obreros éste era un trabajo fácil.

Las condiciones adversas en las que los desfibradores realizaban sus actividades primarias no deben verse en forma aislada para comprender por qué se sentían satisfechos en el desempeño de su trabajo como obreros de dichas plantas, deben ubicarse en el contexto de las condiciones prevalecientes sobre las comunidades rurales donde residían y practicaban dichas actividades. Lo contrario implicaría reducir la capacidad heurística de la comunidad rural en tanto categoría de análisis, pues solamente estaríamos atendiendo las relaciones de producción que sostienen sus integrantes. Visto así, a los anteriores problemas subyacentes a una economía de subsistencia, es necesario añadir las condiciones de marginalidad

[9] "La oscilación de la temperatura media anual en la zona es de 23 a 25 grados centígrados; siendo las máximas las registradas en mayo, y las mínimas en noviembre, de 42 y 10 grados centígrados respectivamente." Programa Nacional de Solidaridad, *op. cit.*, p. 13.

que cotidianamente dichos desfibradores enfrentaban al vivir en sus poblados, es decir caminos sin pavimentación, irregularidad en el transporte hacia sus cabeceras municipales y viceversa, deficiente o nula atención médica y de servicios urbanos, desabasto y encarecimiento de productos básicos de consumo, y nulas expectativas de superación para ellos y sus hijos.

Los otros once desfibradores que antes de emplearse en las plantas estatales trabajaban ejerciendo diferentes oficios –pescadores, pequeños comerciantes y cocineros–, coincidieron con los anteriores respecto a su satisfacción con la desfibración y su reconocimiento como obreros. Para éstos, su referencia inmediata igualmente fueron las condiciones en las que desarrollaban su actividad anterior. Aunque tenían ocupaciones diferentes, los unificaba, a manera de común denominador, la falta de capital que padecían en ese momento.

Su situación no era fácil. Desprovistos de dinero suficiente y sin posibilidad de obtener algún crédito bancario que les permitiera instalar un taller, incrementar o establecer un pequeño comercio y adquirir los implementos necesarios, quedaban sujetos a las condiciones impuestas por quienes los empleaban, a la existencia de trabajo en obras de construcción y talleres, o a la solicitud de sus servicios por quienes los requirieran. En el caso de quienes trabajaban como pescadores, dependía tanto de la posibilidad para enrolarse en la tripulación de un barco como de las condiciones climatológicas para salir a pescar en el bote de algún amigo. Quien se dedicaba a la atención de un tendajón, en éste vendía algunos víveres, detergentes, papel sanitario, jabones de baño, cigarros, cerillos, papas fritas y refrescos embotellados. Inicialmente, cuando era soltero (y aun casado), los ingresos obtenidos en su miscelánea satisfacían sus necesidades; pero, a medida que tuvo hijos y éstos empezaron a asistir a la escuela, tales ingresos le resultaban insuficientes, razón por la cual decidió cerrar el negocio y solicitar trabajo en la desfibradora José Ma. Morelos. Ahí, "le fue bien". Llegó a ser jefe de turno y poseer 26 cabezas de ganado, por lo cual estaba contento con su trabajo.

La desvinculación de estos obreros con la agricultura y su condición de "trabajadores por cuenta propia" podría hacer pensar que una posible alternativa a los problemas que enfrentaban en

sus lugares de residencia pudo ser su desplazamiento a centros urbanos más grandes. En Yucatán, la ciudad de Mérida no sólo es el mayor sitio urbano, sino también el espacio donde se concentran preferentemente los sectores industrial y de servicios. Sin embargo, a los trabajadores a quienes me refiero no les dio resultado esta decisión. La competencia desigual que experimentaron en el mercado de trabajo fue el principal obstáculo. Otro problema no menos importante fue el gasto por concepto de transporte y comida en Mérida. Así, aunque en un momento dado ganaban más que en su lugar de residencia, las erogaciones por los conceptos anteriores reducían el monto de su ganancia. Además se enfrentaban a la dificultad siempre presente, de encontrar un trabajo permanente.

Ejemplo de lo anteriormente dicho son dos desfibradores que antes de ser obreros de Cordemex trabajaban como electricistas en Motul. Al ver decrecer sus ingresos acudieron a Mérida con la intención de emplearse en algún taller de mantenimiento. Su limitación más inmediata era la escasa calificación con que contaban. Su desconocimiento acerca del funcionamiento y el diseño de los aparatos que tendrían a su cuidado fue decisivo. Por otra parte, las empresas exigían, como requisitos para contratarlos, estudios de primaria completos, cartilla liberada del servicio militar, registro federal de causantes y dos cartas de recomendación, requisitos que tampoco pudieron satisfacer. Sólo uno de estos trabajadores había concluido el sexto año de primaria. No solamente se enfrentaron a sus propias limitaciones, sino también a la dinámica que impone la estructura económica que los envuelve.

La satisfacción en el trabajo de quienes, antes de ser obreros de las plantas de Cordemex habían trabajado en las desfibradoras de capital privado, fue semejante a la experimentada por aquellos provenientes directamente de actividades primarias y a la de quienes habían realizado labores manuales y no manuales. En términos generales, estaban satisfechos con su trabajo en el proceso de desfibración del henequén y también se concebían como obreros. Del mismo modo, la referencia en la cual basaban su opinión eran las condiciones laborales prevalecientes en esas desfibradoras. Como ya se mencionó, en éstas no existe una planta permanente de trabajadores; la existencia de hojas del agave para desfibrar

y de su precio en el mercado determinaban los días y horarios de trabajo, la cantidad de individuos necesarios y los jornales por pagar. Sin prestaciones de ninguna naturaleza, quienes trabajan en estas desfibradoras se ven imposibilitados de depender del jornal que reciben para satisfacer las necesidades de su grupo familiar. Dada esta situación, la alternativa para generar el ingreso requerido fue emprender otras actividades económicas.

Cuando no tenían trabajo en esas desfibradoras, usualmente se empleaban como jornaleros en las parcelas hortícolas, en los planteles de henequén o en los ranchos de los pequeños propietarios. De la misma manera que en esas plantas fabriles, en su posición de jornaleros estaban sujetos a la demanda de su fuerza de trabajo según lo requirieran las tareas correspondientes al ciclo de las hortalizas y del henequén, o a las labores que se desarrollan en los ranchos, y al pago fijado por estas labores en la región. En tales circunstancias, tampoco establecían una relación permanente de carácter laboral con quienes los empleaban. El obstáculo para ello no era solamente de la voluntad de estos jornaleros para establecerse en alguno de los sitios adonde acudían a trabajar, sino de la sobreoferta de fuerza de trabajo disponible. Los propietarios no sólo lo sabían, sino que también lo aprovechaban para mantener baja la remuneración que ofrecían.

Las condiciones del trabajo[10]

La satisfacción o la insatisfacción experimentadas por un individuo respecto a su trabajo depende en gran medida de las condiciones que envuelven esta actividad. Más todavía cuando quien la ejecuta puede compararla con otra u otras labores que practica o practicaba. Me refiero, pues, a las situaciones concretas en las que el individuo realiza su trabajo y no a las establecidas en su contrato.

En oposición a la agricultura de temporal, la desfibración de las pencas de henequén no es un trabajo agotador, incluso, tiene

[10] Una visión amplia que incluye tanto los usos y definiciones dados a esta categoría como sus aspectos físicos, técnico-jurídicos y operativos se encuentra en las obras de J. C. Neffa, *op. cit.*; J. J. Castillo y C. Prieto, *op. cit.*, y A. M. Catalano, N. Mendizábal y J. C. Neffa, *op. cit.*

más ventajas para los desfibradores. En principio las plantas donde extraen la fibra están más cerca de sus casas que las milpas y a ellas pueden ir y de ahí regresar en bicicleta, en moto o a pie el mismo día. La mayoría de las tareas que comprende ese proceso se desarrolla a la sombra; aun aquellas que se cumplen al aire libre, no son tan fatigosas como la quema del monte en el caso del cultivo de la milpa.[11] Por otro lado, además de los descansos establecidos para comer, cuando no hay suficientes hojas para desfibrar, o los desfibradores terminan esta labor antes del tiempo o turno de trabajo, pueden descansar en la forma que prefieran: platicar con los compañeros o dormitar es lo más usual. Para ellos, cualquier actividad que rompa la rutina del trabajo implica descanso, aun las tareas de mantenimiento y limpieza impuestas por los gerentes de las desfibradoras.

Tampoco se puede decir que la desfibración sea un trabajo calificado de alto riesgo, como sería el trabajo en la industria siderúrgica o minera, en relación con la seguridad física de los obreros. La mayoría de los accidentes reportados ocurría entre los raspadores.[12] De acuerdo con su actividad en el proceso de extracción de la fibra, pueden sufrir cortadas en las manos y los brazos a causa de las espinas de las pencas, y cortadas y mutilaciones de los dedos de las manos provocadas por las cuchillas que las aplastan. Para evitarlo, en el primer caso usan guantes y en el segundo procuran mantenerse lejos de las cadenas de cuchillas.

Los mayores riesgos de salud a los que estaban sometidos los obreros de las desfibradoras estatales era contraer enfermedades cutáneas y respiratorias. Los recibidores, tendedores y recogedores de la fibra eran quienes usualmente sufrían el primer tipo de enfermedades, o sea, los responsables de recibir la fibra recién extraída de la penca; los encargados de llevarla a los tendedores para expo-

[11] Una excepción sería la transportación de los rollos de pencas a la maquinaria que las desfibra. En promedio, cada rollo pesa 12 kilos y es llevado al hombro por los desfibradores encargados de esta tarea, tras recorrer una distancia no mayor de diez metros.

[12] Éstos se ocupan de desatar las hojas de henequén y depositarlas en una banda que las transporta hasta una máquina compuesta por numerosas cuchillas que se encargan de extraer la fibra.

nerla al sol y secarla y los que la bajaban de éstos, la colectaban y transportaban en sus espaldas hasta las bodegas, para ser seleccionada y prensada.

Los recibidores y tendedores sufrían dermatitis en las manos y brazos a causa del manejo de la fibra todavía húmeda, en tanto que la enfermedad experimentada por los recibidores en los pies era debida a los jugos que les caían en el momento de pasar la penca entre la máquina de cuchillas mencionada. A diferencia de los raspadores, los recibidores y tendedores no utilizaban protección alguna. Por su parte, las enfermedades cutáneas padecidas por los recogedores en los brazos, el pecho y la espalda se originaban por el polvo que se desprende de la fibra ya seca y se les impregna en esas partes del cuerpo durante su manejo. Dado que esta tarea se realiza al aire libre, el efecto inmediato es una urticaria provocada por la mezcla de este polvo y el sudor del trabajador. Para evitarlo, como única defensa, los recogedores utilizaban un saco de henequén o de algodón para cubrirse la espalda y así llevaban la fibra hasta las bodegas de las desfibradoras.

Las enfermedades respiratorias que aquejaban a los desfibradores, a causa del trabajo realizado, eran más frecuentes entre quienes se ocupaban de seleccionar la fibra y de empacarla. En ambas tareas, el mismo manejo de la fibra seca también provocaba que se desprendiera polvo y fuera aspirado por los obreros encargados de esta labor. Como los anteriores, éstos igualmente se protegían con los paliacates que les proporcionaba la empresa. En otras épocas utilizaban cubrebocas de material sintético, pero en una revisión del contrato colectivo de trabajo propusieron que se los cambiaran por paliacates, pues el plástico con el que estaban hechas les irritaba la cara y los "encalorizaba" más.

En opinión de los obreros y gerentes de las desfibradoras señaladas, la incidencia de enfermedades referidas —o por lo menos de los riesgos a la salud y la seguridad física implicados en el proceso de desfibración— era baja respecto a su satisfacción o insatisfacción en el trabajo. Mucho influía la concepción de los desfibradores en torno a la salud, la enfermedad y la seguridad laborales. En principio, quienes padecían dichas patologías manifestaban indiferencia hacia ellas. Algunos ni siquiera las concebían como enfermedades ocasionadas por el trabajo. Antes bien, las conside-

raban como "normales" y a las que se tenían que acostumbrar de una u otra forma.[13] Si no, no podían ser desfibradores. Digamos que su visión de este problema era parte de sus criterios para autoidentificarse como obreros de la desfibración del henequén. Para otros, si bien dichos males eran producto del trabajo al que estaban sometidos, tenían la alternativa de acudir a la clínica del Instituto Mexicano del Seguro Social a la que estaban adscritos para atenderse. Esta concepción no sólo se expresaba en la satisfacción de los desfibradores en el trabajo, sino también en las demandas que sobre salud y seguridad planteaban ante la empresa y las autoridades laborales por medio de sus respectivos sindicatos. Hasta el cierre de las desfibradoras estatales, esos padecimientos y riesgos laborales no fueron motivo de algún paro de labores ni de conflicto. En todo caso, a los desfibradores les preocupaba más la ocurrencia de un incendio en la desfibradora.

Los problemas de salud entre los obreros de las desfibradoras estatales, evidentemente, son mayores y requieren de un estudio particular y riguroso.[14] Algunas posibles líneas de investigación podrían estar dirigidas a conocer los efectos del ruido, el desgaste físico; si su ingesta compensa la energía perdida, etcétera.[15] Por ahora, baste con señalarlas.

[13] Otros obreros de origen rural que poseen una concepción semejante de las enfermedades laborales son los de la empresa Siderúrgica de Yucatán, S. A. Para éstos las enfermedades cutáneas, conjuntivitis, lesiones óseas, cortadas e incluso mutilaciones son accidentes relacionados con su propio descuido, falta de mantenimiento y uso inadecuado de las herramientas. Cfr. Miguel A. Güémez Pineda, *Percepción social y formas de respuesta obrera ante los procesos de salud-enfermedad laboral en Yucatán. El caso de los trabajadores de la Industria Siderúrgica de Yucatán, S.A.*, tesis de maestría, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 1993.

[14] El tema de la salud entre los trabajadores de las distintas ramas del sector industrial ha sido abordado por numerosos investigadores. No obstante, la incidencia de los elementos culturales e ideológicos en ella no se encuentra en el mismo rango de sus prioridades. Un trabajo sobre estos elementos es el de Miguel A. González Block, *Ideología de las enfermedades ocupacionales y dinámica social en un contexto industrial*, México, Cuadernos de la Casa Chata, núm. 36, 1980.

[15] Un estudio que, en su segunda parte, se refiere a las condiciones de vida y salud, morbilidad, nutrición y mortalidad en la zona henequenera de Yucatán es el de Judith Ortega Canto, *Henequén y salud*, México, Universidad Autónoma de Yucatán, 1987.

El tipo de empresa

La estatización de la industria henequenera ocurrió en 1964, cuando el gobierno federal adquirió las cordelerías que integraban esta industria y creó la empresa paraestatal Cordemex, S. A. de C. V. Enmarcada en la ideología populista de un régimen surgido de la Revolución de 1910, el gobierno federal legitimó estas acciones con la función social que tendría esta empresa: proteger a los trabajadores y beneficiarlos con el resultado de la comercialización de sus productos y materia prima en el mercado internacional.

La pertenencia de los desfibradores a una empresa estatal, tanto productora como comercializadora de la fibra de henequén y sus derivados en la escala mundial, incidió en su percepción sobre el trabajo que realizaban. En principio, significó mayores beneficios para ellos que los obtenidos por quienes trabajaban en las desfibradoras de capital privado. Los volúmenes de producción y los precios que la fibra y sus derivados alcanzaban en el mercado internacional, proporcionaban, por una parte, que pudieran negociar mejores salarios y prestaciones en las revisiones del contrato colectivo de trabajo y, por la otra, que recibieran los repartos de utilidades previstos en la Ley Federal del Trabajo. No así quienes pertenecían a las de capital privado.

A pesar de los altibajos a los que la industria henequenera ha estado sometida a lo largo de su historia, en 1972, esta paraestatal informaba el incremento de la producción logrado en las diez desfibradoras que para entonces tenía en Yucatán. De acuerdo con la versión oficial, este incremento fue de 86% respecto al año anterior, lo cual permitió el ascenso de sus ingresos a 409 millones de pesos; es decir, 110 millones más que en 1971.[16]

Los incrementos alcanzados mantuvieron a Cordemex, hasta los primeros años de la segunda mitad de la década de los setenta, como la quinta empresa exportadora del país. Durante la mitad anterior, Cordemex tuvo un aumento permanente en su producción. En el periodo 1969-1970, ésta fue de 70 300 toneladas y de

[16] Cordemex, *Informe anual*, 31 de marzo de 1972.

109 100 en 1974-1975. A partir de ese momento la producción empezó a decrecer. En el periodo siguiente, el volumen producido fue de 88 700 toneladas[17] (véase el cuadro VI-6).

CUADRO VI-6
Producción de Cordemex

Ciclo abril-marzo	*Miles de toneladas*
1969-1970	70.3
1970-1971	71.4
1971-1972	90.1
1972-1973	106.7
1973-1974	108.8
1974-1975	109.1
1975-1976	88.7

Fuente: Tomás Vera y M. Martín (véase nota 17).

La demanda sostenida, hasta 1975, de fibras vegetales desde el exterior, confirió a Cordemex el liderazgo en dicho mercado. Obviamente, las causas de esta demanda también eran externas. Entre ellas se pueden mencionar las abundantes cosechas de gramíneas en Estados Unidos y Canadá y los altos costos de producción que comportaron las fibras sintéticas, debido a los conflictos entre los países industrializados y los productores de petróleo en Medio Oriente.[18]

Todo lo anterior permitió a los obreros de las desfibradoras estatales tener, hasta 1978, salarios 25% superiores a lo establecido para la zona correspondiente.[19] Como obreros de aquella paraestatal, no sólo recibían mayores salarios y prestaciones que otros que no lo eran, sino que también les permitía aprovechar, además de la situación política que vivía Yucatán, la posición

[17] T. Vera y M. Martín, art. cit.
[18] *Idem.*
[19] *Idem.*

estratégica de Cordemex en la economía yucateca para la formación de su primer sindicato. En el momento de ocurrir esto, en 1974, la empresa registraba los mayores volúmenes de producción en esa década (véase el cuadro VI-6). Este hecho, al mismo tiempo que les permitió obtener los derechos laborales que hasta entonces no tenían, los confirmó como categoría social. Fortalecidos por la creación de sus organismos sindicales, pudieron aumentar su membresía y poder de negociación para reclamar las plazas creadas al entrar en función las desfibradoras que surgieron. Del mismo modo, pudieron oponerse a los planes diseñados por la empresa para abatir el déficit económico que registró al finalizar el decenio. En 1978 y 1979, en plena crisis económica nacional, Cordemex se propuso cerrar turnos de trabajo en varias desfibradoras y reducir el personal. Como respuesta, los obreros organizaron concentraciones tanto en Mérida como en las cabeceras municipales donde residían para oponerse a tales planes.[20]

Contra lo esperado, dados el salario que recibían y los beneficios que les reportó la formación de su primer sindicato, no todos los que acudieron a solicitar trabajo, conforme se abrían las desfibradoras estatales, permanecieron trabajando en ellas. A pesar de las ventajas que ofrecía pertenecer a esa empresa, algunos se mantuvieron en las plantas solamente durante el tiempo que requirieron para ahorrar dinero y comprar sus terrenos o invertirlo en las parcelas de su propiedad. Otros, ni siquiera ese tiempo. Como se mencionó en el capítulo anterior, las diferencias existentes entre el antiguo trabajo agrícola y pecuario que realizaban y las nuevas labores industriales fueron las causas.[21] En el primero tenían el control de los tiempos incluidos en las distintas tareas del ciclo del cultivo correspondiente, de la producción obtenida y de la fuerza de trabajo que requerían. No así en las segundas, en las cuales estaban al margen de su planificación; los productos generados por la aplicación de su energía no les pertenecían; debían cumplir los horarios y turnos establecidos, y sujetarse a la remunera-

[20] *Idem.*

[21] Véase el apartado sobre la conversión de los desfibradores obreros de Cordemex.

ción estipulada. La explicación de esta contradicción será parte del asunto que trataremos en el siguiente apartado.

Conciencia obrera

Identidad y conciencia son categorías cuya estrecha relación entre sí es incuestionable. Al principio de este trabajo, en la introducción, señalaba la relación que Parménides le asignaba al ser y al pensar, y cómo ambas categorías tienen su lugar en lo mismo, en lo que es idéntico, en la identidad del ser.[22]

En este apartado[23] quiero analizar las condiciones que incidieron en la formación de la conciencia obrera de los desfibradores anteriores y el carácter que ésta asumió ante la respuesta de sus portadores en los distintos momentos de su historia como obreros de la empresa a la cual pertenecían.

Desde mi perspectiva, la conciencia tiene un doble significado. Por una parte, ante todo, es un proceso que, a pesar de su naturaleza subjetiva, se objetiva mediante la percepción que tienen los individuos de sí mismos y de la realidad en la cual están insertos,[24] de las relaciones que establecen, de las acciones que emprenden y de las organizaciones que crean. Vista bajo esta consideración, la conciencia aparece como el proceso básico e indispensable de toda identidad, ya que, además de esa percepción, esas relaciones, acciones y organizaciones, los individuos hacen suyos los elementos que asimilan, elaboran y reelaboran durante la construcción de su identidad. Por otra parte, la conciencia constituye una de las formas por las que los individuos expresan la identidad que constru-

[22] Cfr. M. Heidegger, *op. cit.*

[23] La base teórica de su contenido se encuentra en Alain Touraine, *La concience ouvriére*, París, Éditions du Seuil, 1966. En esta obra, Touraine dice que la conciencia obrera "se define siempre por una combinación de tres elementos. En primer lugar, una conciencia de sí mismo, un principio de identidad, en cuyo nombre se presentan reivindicaciones y cuya forma cambia según el sistema de trabajo que se considere" (*Op. cit.*, p. 283).

[24] En este sentido, la conciencia alude al *ser consciente* del que hablan Marx y Engels. Cfr. Carlos Marx y Federico Engels, *La ideología alemana*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1974.

yen, sea explicando su propia condición y la realidad que los rodea o modificando y actuando sobre esa condición y esa realidad, respectivamente, es decir, aquélla manifiesta la capacidad que poseen para percibirse, junto con su entorno, y actuar.

Visto así, un obrero no se identifica como tal únicamente por su participación en algún proceso de trabajo o rama de la producción. Si bien esta intervención es importante, pues lo distingue de otro tipo de trabajadores, es necesario tener presente su incidencia en la percepción que elabora de sí, de los individuos con quienes se relaciona, de los espacios laborales en donde se desenvuelve, de las organizaciones a las que se adscribe, de las acciones en las cuales interviene y de la propia actividad que desempeña,[25] o sea, se requiere incluir en el análisis la conciencia que elabora como obrero.

El caso de los trabajadores de las desfibradoras que pertenecieron a Cordemex no fue ajeno a lo expuesto. La conciencia que adoptaron fue una de las formas por medio de las cuales expresaron su identidad. Como producto social, en ella se incluían, por una parte, la concepción de los desfibradores sobre sí mismos, su trabajo y la empresa y, por la otra, las acciones que emprendieron para modificar las condiciones operantes sobre ellos y su entorno. A lo largo de su elaboración, esa concepción y estas acciones no estuvieron desarticuladas de las anteriores condiciones, por lo que estas últimas habrían de influir en la forma como aquellos trabajadores se concibieron y actuaron sobre las mismas. En este sentido, la formación de su conciencia, *(obrera)*, fue un proceso aparejado a su participación en la industria henequenera, tanto por su intervención en la producción material de los diversos artículos de henequén como en la generación de sus relaciones, organizaciones, acciones, ideas, símbolos y actitudes. Fue un proceso permanente y no algo dado, cuyos límites estuvieran perfectamente diferenciados.

Concebida como proceso, la conciencia obrera encierra múltiples dimensiones. Como producto de la clase obrera refleja su heterogeneidad en cuanto al origen, composición, calificación,

[25] Este tipo de conciencia es la que he denominado, al principio de este trabajo, "conciencia obrera".

organización e identidad de sus integrantes. Para su mejor comprensión y dada su complejidad, se puede definir desde tres categorías de análisis mutuamente complementarias. La primera, es la percepción de los obreros de sí y su relación con las actividades que realizan en sus respectivos centros de trabajo, con la empresa a la que pertenecen y con las organizaciones laborales que han creado. A su vez, la segunda es el reconocimiento de los intereses y las necesidades, naturales y sociales,[26] que posee el grupo del cual forman parte. Por último, la tercera hace referencia a las respuestas esgrimidas ante, por una parte, las diversas situaciones generadas a partir de su relación con el trabajo, la empresa y sus organizaciones y, por la otra, los intereses y necesidades de su grupo.

Sin caer en posiciones psicologistas, la primera categoría de esta definición tiene un contenido ideológico. En términos amplios hace referencia a la representación intelectual que individualmente tienen los desfibradores de sí mismos –al sentirse, pensar y actuar como obreros–, la valorización del trabajo que realizan, la industria a la cual pertenecen y las organizaciones que han creado. Este categoría tiene una base histórico-cultural que proporciona sustento empírico a los anteriores elementos abstractos[27] y da sentido a las acciones de los desfibradores emprendidas como grupo social.

Algo semejante podría decirse respecto a la segunda, es decir, tales intereses y necesidades no se refieren a una mera función psicológica por parte de los desfibradores, sino a la identificación de los intereses[28] y necesidades que poseen como grupo. Si bien esta identificación es un proceso mental, se distingue por el trasfondo material y las acciones que dichos obreros elaboran para satisfacer esos intereses y necesidades, así como también por ser la sociedad el ámbito donde se generan los intereses y las necesidades de los individuos.

La tercera sintetiza las dos primeras. Tanto las relaciones que establecen los desfibradores con su trabajo, la empresa y sus organizaciones laborales como sus intereses y necesidades refieren procesos que van más allá de la simple aprehensión sensorial de los

[26] A. Heller, *op. cit.*

[27] Es decir, esa visión, ese sentimiento y esos valores.

[28] Véase la nota número 23 del capítulo V.

individuos. En tanto procesos, implican acciones que se deben seguir y formas de organización para realizarlas. De otra manera no tendría sentido el solo hecho de percibir las cosas. Por eso, el reconocimiento de sí mismos como obreros, de sus intereses y necesidades conlleva a reconocer la historia del proceso de trabajo al que están sujetos, sus condiciones de participación en éste y la historia de su constitución como un grupo socialmente definido.

Metodológicamente, esta historicidad, para el analista, es un recurso que permite vincular estas categorías de análisis y discernir los referentes empíricos a partir de los cuales los desfibradores establecen, por un lado, las relaciones mencionadas y, por el otro, las acciones y la organización requerida ya sea para relacionarse entre sí y las instancias señaladas, o para satisfacer esos intereses y necesidades.

La conciencia obrera de los desfibradores estatales alude al tiempo al cual están sujetos. En su sentido más general, es el resultado de su historia tanto individual como grupal. Individualmente es la expresión de la ampliación de los límites de su identidad al pasar desde su condición como productores agropecuarios hasta constituirse finalmente como un particular tipo de obreros, esto es, independientemente de que para algunos haya significado su conversión previa en asalariados de las desfibradoras de capital privado.

En tanto grupo, dicha conciencia expresa el reconocimiento de los desfibradores de pertenecer a la industria que hasta hace un par de décadas fuera la de mayor importancia económica para Yucatán, y de ser parte del sector obrero más antiguo en ese mismo estado. Igualmente expresa su intervención en el proceso de constitución de sus organizaciones sindicales y en las movilizaciones emprendidas en demanda de mejores salarios, prestaciones y condiciones de trabajo y de vida en general.

La aplicación al caso de los desfibradores de la interpretación hecha por algunos estudiosos de los enunciados de Touraine,[29] en los que el grado de integración al trabajo industrial determina el tipo de conciencia obrera, presenta algunos problemas. En principio, supone la existencia previa, en un mismo sitio de trabajo,

[29] Cfr. I. Bizberg, *op. cit.*

de dos tipos de obreros: unos con mayor antigüedad y calificación y otros de reciente integración, en general de origen rural, sin antigüedad ni calificación laborales. Igualmente, implica que estos obreros tengan diferentes tradiciones y participación en la acción sindical, de tal modo que, para los primeros, esta práctica no se reduce únicamente a la consecución de mayores salarios, prestaciones y reivindicaciones económicas en general, no así para los segundos, cuyas expectativas son enteramente económicas por su escasa tradición sindical. Tiene, pues, como premisas la existencia de, por lo menos, dos tipos de obreros claramente diferenciados.

La situación de los obreros de las desfibradoras estatales no era precisamente ésta. No es el caso de otros obreros que por el tipo de proceso de trabajo en el cual se ubican y su calificación, poseen dicha diferenciación. Las condiciones tecnológicas en las que operaban estas plantas antes de constituirse Cordemex, más las laborales en las que transcurría el proceso de la desfibración del henequén, impedían la distinción de quienes trabajaban en ellas. En general, todos conocían este proceso y podían emplearse en las distintas labores implicadas. La excepción eran aquellos que, además, tenían conocimiento de mecánica y electricidad y a cuyo cargo estaban la reparación de las "motoras" y su respectivo mantenimiento.

Por otro lado, esta posible diferencia se perdía ante las condiciones laborales de ese momento. La inexistencia de algún sindicato o de alguna organización que los identificara y planteara sus demandas impedía el desarrollo entre ellos de una conciencia obrera de cualquier tipo. Lo que prevalecía era una conciencia asociada a los elementos que sustentaban su identidad de origen. Entre éstos, sobresalían la organización familiar, las actividades para generar el ingreso familiar —en las cuales el trabajo en las desfibradoras representaba una alternativa más— y la racionalidad económica a ellas subyacente.

Etapas y formas de expresión

Vista como proceso, la conciencia de los obreros de las desfibradoras de Cordemex es un *continuum*. Por motivos de exposi-

ción, podemos decir que ha pasado por varias etapas. Son segmentos de su historia; como tales, no corresponden a determinados momentos cronológicos, sino a situaciones coyunturales que resultaron decisivas en la construcción de su identidad. Bajo esta concepción, a diferencia de otros hechos que ocurren en el tiempo, las etapas por las cuales atravesó la formación de la conciencia obrera de los desfibradores no son susceptibles de medición, ni es posible fijarles límites precisos. Es más, ni siquiera se puede decir cuándo empieza y termina cada una. En la realidad, como una cascada, ocurren concertadamente y se suceden una tras otra.

Para los efectos de exposición mencionados, en este proceso se pueden distinguir tres etapas. La primera se refiere al cambio de residencia que hicieron al abandonar sus comunidades rurales y ubicarse en las cabeceras municipales de la zona henequenera donde el Estado instaló o instalaría sus desfibradoras. Simultáneamente, este proceso continuó conforme quienes solicitaron trabajo en la empresa se incorporaron como obreros y, aparentemente, se desligaron de sus actividades primarias. La segunda tiene su expresión más precisa en la formación del primer sindicato de desfibradores y su reconocimiento por parte de la Junta Local de Conciliación y Arbitraje y de los directivos de Cordemex. La tercera se refiere a la recuperación de las antiguas labores agropecuarias que desempeñaban con el fin de generar los satisfactores propios y familiares. Concluye esta etapa con la desincorporación de las desfibradoras estatales de la administración de Cordemex.

Cada una de estas etapas se distingue de las demás por la actitud que asumieron dichos obreros, las acciones por ellos emprendidas y las ideas y símbolos que, por una parte, se derivaron de estas actitudes y acciones y, por la otra, las orientaron. En su conjunto expresaron los tipos de conciencia que, en cada momento, los caracterizó, así como las respuestas dadas a los problemas que enfrentaron.

Primera etapa

En la primera etapa, el cambio de residencia emprendido fue su respuesta a la situación de miseria que vivían en sus respectivos poblados. Sin más alternativas para satisfacer sus necesidades eco-

nómicas y las de sus familias, su único recurso fue trasladarse a las cabeceras municipales desde las cuales podían acudir a trabajar como jornaleros en los alrededores o en las desfibradoras estatales. En este momento, la intención de su traslado no era emplearse en estas plantas fabriles, sino hacerlo en cualquier trabajo que les proporcionara lo que no obtenían en sus lugares de origen.

El tipo de conciencia resultante fue de carácter economicista. Lo importante era obtener el ingreso monetario requerido y no precisamente participar en una actividad económica en especial. Para ellos, esto último ocupaba un papel secundario. Como se ve, no fue el caso de otros obreros, siderúrgicos por ejemplo, a quienes impulsaba el deseo de aprender, capacitarse y progresar con base en una mayor calificación en el trabajo.[30] El progreso para los desfibradores, evidentemente, estaba en función del salario que ganarían en la entonces paraestatal Cordemex.

Muestra del papel secundario que en este momento tenía la desfibración para quienes solicitaron trabajo como desfibradores fue que no todos se incorporaron a dicha empresa. Con el fin de obtener el ingreso para satisfacer sus necesidades, prefirieron desempeñar diversas actividades. Otros, en cambio, a pesar de su incorporación inmediata a las desfibradoras que pertenecieron a Cordemex, no permanecieron en ellas durante mucho tiempo. Recuérdese que varios de quienes acudieron a estas plantas a solicitar trabajo solamente querían contratarse para reunir una cantidad de dinero que les permitiera comprar un terreno para labrar, semilla para cultivar hortalizas, animales para criar o invertir en la actividad manual que practicaban. Éstos nunca regresaron a las desfibradoras. En esta primera etapa, el continuo cambio de actividades económicas impidió a los desfibradores generar una conciencia que los identificara como trabajadores de algún sector, mucho menos como obreros en sentido estricto.

La característica más relevante de esta etapa fue la diferenciación de su rol en cuanto productores primarios. Unos se emplearon en Cordemex, mientras otros lo hicieron en diferentes actividades, y otros más optaron por las actividades primarias que sustentaban

[30] I. Bizberg y F. Zapata, art. cit..

su identidad de origen. El abandono de las actividades agropecuarias por parte de quienes se emplearon en esta empresa fue paulatino. Ocurrió en cuanto obtuvieron su base en la ex paraestatal. Antes de ello continuaron realizando diversas tareas con el fin de generar el ingreso que requerían. En este sentido se puede decir que esos desfibradores fueron desarrollando una conciencia obrera a medida que abandonaron sus actividades primarias y se incorporaron al trabajo fabril. A medida que actuaban y se sentían obreros, se reconocían como tales y así los identificaban los demás productores. Sin embargo –conviene precisar–, no por ello abandonaron su identidad de origen. En todo caso, lo que abandonaron fue uno de los elementos que la constituye.

La realización de otras actividades económicas por parte de quienes se emplearon en Cordemex provocó que se definieran a sí mismos por lo que no eran. En relación con los demás podían diferenciar a quienes eran productores primarios y a quienes no, es decir, ellos. Trabajar en esa empresa no era suficiente para su autoidentificación como obreros, era necesaria la presencia de otros elementos, por ejemplo, su participación en organizaciones que los representaban como trabajadores de la industria henequenera ante la empresa y las autoridades laborales.

Segunda etapa

Los cambios más notables que se generaron en la conciencia de los obreros de las desfibradoras estatales, en tanto obreros, ocurrió con la formación del Sindicato José María Morelos. En esta segunda etapa surge una conciencia propiamente obrera. No porque dichos trabajadores hubieran tomado la decisión de mejorar su adiestramiento para el trabajo, ni porque hubieran abandonado totalmente sus actividades extralaborales, sino porque las demandas presentadas y las acciones emprendidas para lograrlas fueron de tipo obrerista. Una vez formado el sindicato, por primera ocasión en la historia de la industria henequenera, los desfibradores planteaban peticiones estrictamente obreras como eran el trabajo garantizado con jornadas de ocho horas, la percepción de un salario mínimo, el pago de horas extra y aguinaldo, el derecho al reparto de utilidades y el ingreso al Seguro Social. Sus planteamientos

significaron algo más que un paquete de solicitudes, eran el inicio de un tipo de acciones que los identificaba como obreros: la vida sindical.

A diferencia de la primera etapa, en ésta los desfibradores se identificaban entre sí y con los cordeleros pertenecientes al Sindicato de Cordeleros de Yucatán, ya que —en sus términos— igual que ellos, seguían las ideas socialistas de Felipe Carrillo Puerto, y constituían un sindicato independiente de las centrales obreras oficiales. La formación de su sindicato fue más allá de lo previsto, rompió los esquemas organizativos que regían su vida cotidiana. El individualismo que caracterizaba sus actividades como pequeños productores agropecuarios fue sustituido por formas grupales de organización. Por primera vez actuaban en función de ellos y de otros que no eran de su familia, pero con quienes trabajaban, por lo menos, en la misma desfibradora. Para decirlo en breve, se introducían en la práctica de la clase obrera.

Un aspecto significativo en la expresión de la conciencia obrera de los desfibradores de las plantas estatales fue la identificación que entre ellos surgió por lo que sí eran y siguieron siendo. En la primera etapa, como se vio, se identifican por lo que no son, ahora, en esta segunda, la identificación que emergió fue por lo que sí eran: obreros de la industria henequenera. La consecución de las demandas planteadas, la formación de su sindicato y el reconocimiento de éste por las instancias laborales y empresariales correspondientes fueron los referentes empíricos de la conciencia que surgía entre estos obreros. La apertura de nuevas plantas para desfibrar henequén y el reconocimiento del sindicato promovido por la Confederación de Trabajadores de México fueron elementos que reforzaron esta conciencia.

Tercera etapa

La tercera etapa se caracteriza por el retorno de los desfibradores a una conciencia economicista y la actitud individualista que asumieron. El derrumbe financiero de la empresa y el impacto que tuvieron sobre los desfibradores las políticas de reajuste económico y modernización neoliberal, emprendidas por los gobiernos de José López Portillo, Miguel de la Madrid y Carlos Salinas de Gortari,

constituyen el marco sociogenético[31] en el que se desarrolló este fenómeno.

Las crisis económicas que envolvieron al país durante la segunda mitad de la década de los setenta y los primeros años de los ochenta sirven de puente para comprender mejor el comportamiento de los desfibradores frente a la situación de su empresa y las políticas de los regímenes mencionados.

La quiebra económica de Cordemex fue inevitable. Sus causas más inmediatas fueron la reducción de los precios del henequén y sus productos en el mercado internacional, la incapacidad de sus administradores para competir con las fibras sintéticas y la reducción de sus exportaciones. La falta de fibra se agregaría poco después. En este colapso financiero, igualmente fue importante la corrupción de los directivos de la empresa en sus distintos momentos.

El retorno de los desfibradores hacia actitudes y acciones propias de una conciencia economicista y una visión individualista de la realidad imperante se fue conformando a medida que se desenvolvieron los fenómenos mencionados. No por casualidad era grave su situación. Hacia la década de los setenta, a medida que aumentó el encarecimiento de los productos básicos y disminuyó el valor real de su salario, se redujeron su capacidad de consumo y sus niveles de vida; el salario percibido les fue insuficiente para satisfacer las necesidades familiares y la empresa los amenazó con cerrar desfibradoras y reducir personal.

En el segundo semestre de 1975, después de dos años consecutivos de obtener utilidades, Cordemex entró en una nueva crisis financiera. La reducción de los precios de la fibra y sus ventas al exterior fue la medida adoptada por su director.[32]

Al concluir el año de labores correspondiente al periodo comprendido entre abril de 1975 y marzo de 1976, el panorama era sombrío para la empresa y los trabajadores. En su informe, el director de Cordemex reconocía pérdidas por más de 300 000 000 de pesos como consecuencia de la disminución de la demanda en el mercado internacional de fibra y de productos elaborados de he-

[31] Igualmente utilizo este término en el sentido constructivista que Piaget y García le asignan a la epistemología. Cfr. J. Piaget y R. García, *op. cit.*

[32] P. Echeverría, *op. cit.*

nequén. Durante ese periodo, el total del valor de las exportaciones fue de 600 000 000 de pesos menos respecto al año anterior.[33] Este hecho, aunado al previo desplome de precios, llevó a la dirigencia de la exparaestatal a plantearle a sus obreros la necesidad de reducir sus salarios en 25%, disminuir las actividades de varios centros de trabajo y eliminar los puestos que fueran de planta.[34]

Hacia febrero de 1977, como resultado de la nueva cotización de la moneda nacional, las exportaciones y el precio promedio de la fibra aumentaron; este último subió de $5.84 a $10.00 el kilogramo. Sin embargo, Cordemex contrajo nuevas deudas al recibir de Nacional Financiera 480 millones de pesos y adquirir a crédito, ante el Banco Nacional de Crédito Rural Peninsular, fibra ejidal por 630 00 000 de pesos.[35]

En ese mismo año, la situación económica de la empresa se agravó, por lo que las amenazas anteriores se hicieron realidad. Ante la falta de fibra, solamente continuaron trabajando de manera regular tres de sus quince desfibradoras.[36] Al iniciarse 1978, el director de la paraestatal planteó por primera vez la posibilidad de cerrarla y liquidar a todos sus trabajadores en caso de no haber una recuperación del precio internacional de la fibra.[37] A fin de año, el número de trabajadores de Cordemex había disminuido de 7 500, registrados en 1977, a 6 200; solamente en la fábrica Sacos y Telas de este complejo industrial, fueron despedidos 316 obreros.[38] Al principiar 1979, el número de trabajadores sindicalizados era de 5 250.[39]

En la década siguiente, la precaria situación económica de Cordemex no mejoró. Se agudizó el tipo de conciencia y actitud que había surgido entre los desfibradores. Durante este lapso,[40]

[33] Cordemex, *Informe anual*, 31 de marzo de 1976.

[34] P. Echeverría, *op. cit.*

[35] *Idem.*

[36] *Idem.*

[37] *Idem.*

[38] *Idem.*

[39] *Idem.*

[40] Ante el silencio oficial por parte de la empresa y el gobierno, la única fuente de información sobre el comportamiento de la industria henequenera, ya sea sobre Yucatán u otras entidades federativas, fueron los periódicos.

de todos los problemas que se cernían sobre la empresa, el de la falta de fibra continuó repercutiendo negativamente sobre los obreros y trabajadores en general. Las medidas iniciadas en la segunda mitad del decenio anterior prevalecieron. Desde entonces, el despido de trabajadores ha sido la estrategia más inmediata a la que han recurrido los últimos cuatro presidentes que ha tenido el país, incluido el actual.

Tratando de resolver el problema en cuestión, y con el fin de evitar pérdidas, la empresa optó nuevamente por despedir personal y cerrar centros de trabajo. En 1982, Cordemex inició un nuevo programa para despedir trabajadores. En 1984 cerró la desfibradora Benito Juárez, y se redujo un turno en la Venustiano Carranza. En otros tiempos estas medidas habrían sido inadmisibles, pues ambas plantas están situadas en una zona clasificada como de alto rendimiento. En ambos casos resultaron afectados 170 obreros, mismos que fueron liquidados por intermediación de sus respectivos sindicatos.

La política emprendida sobre el recorte de personal, así como el mutismo de los voceros oficiales de la empresa continuaron durante el año siguiente. La prensa, con todas sus imprecisiones, siguió siendo la fuente más inmediata para obtener información. A través de este medio, el secretario general del Sindicato Benito Juárez reconoció que durante esos tres años Cordemex había despedido a 1 500 trabajadores de los 6 000 que tenía en 1982.[41] Antes de concluir 1985 su director declaró, como resultado del proceso de restructuración emprendido, haber liquidado ese año a 280 trabajadores de los segundos turnos de las cordelerías Lourdes y Mayapán, a oficinistas y 52 directivos.[42]

Los despidos igualmente fueron extensivos en las plantas que Cordemex tenía fuera de Yucatán. Durante el mes de noviembre, la prensa local reprodujo la noticia del periódico capitalino *El Universal*, en la cual, con el título "Despide la industria henequenera a miles de obreros. Sólo engaños y promesas del gobierno tamaulipeco", publicaba la quiebra de dicha industria en ese estado. De acuerdo con esa información:

[41] *Diario de Yucatán*, 10 de septiembre de 1985.
[42] *Diario de Yucatán*, 18 de diciembre de 1985.

> [...] cientos de jornaleros y obreros han sido despedidos de las plantas desfibradoras y no hay perspectiva alguna de recuperación [...] De las 50 desfibradoras que había al inicio de la década de los sesenta únicamente subsisten seis, las cuales no trabajan durante todo el año, por lo que miles de jornaleros fueron despedidos.[43]

Conforme cada obrero de las desfibradoras de Cordemex fue sintiendo en carne propia los efectos anteriores y atemorizándose por lo que podría suceder, quienes no fueron despedidos optaron por emprender alguna de las actividades primarias o volver a la práctica de sus antiguos oficios manuales. Frente a la situación de crisis que se vivía en todo México, en ese momento la prioridad para esos sujetos era generar el ingreso requerido, sin importar que lo obtuvieran dentro o fuera de la desfibradora donde trabajaban. La racionalidad subyacente estaba dada por fines completamente económicos. Cada uno procuraba obtener dicho ingreso, y no precisamente capacitarse más ni promoverse en la empresa para enfrentar la crisis. Empíricamente, los desfibradores expresaron esta conciencia mediante la práctica de actividades productivas que definían su identidad de origen, o sea, las hortícolas, avícolas o porcícolas; chapeo de henequén en planteles particulares, carpintería, albañilería, etc., y la incorporación en éstas de fuerza de trabajo familiar.

Hacia la segunda mitad de la década de los ochenta, se agudizaron el economicismo anterior y el debilitamiento creciente de la conciencia obrera surgida a partir de la creación de su primer sindicato. Los hechos que promovieron este tipo de conciencia fueron, por una parte, las políticas de la pasada administración del Ejecutivo federal y, por la otra, la reprivatización de dicha empresa que, en el marco de esas políticas, emprendió el gobierno estatal.

Ambos hechos encontraron en las antiguas demandas de cultivadores y productores privados de henequén la razón para, primero, desincorporar la desfibración del henequén de su industrialización y, después, proceder a la reprivatización de toda la industria henequenera. La estrategia a seguir para desvincular de Cordemex a las desfibradoras junto con su personal fue la liquidación de obre-

[43] *Diario de Yucatán*, 26 de noviembre de 1985.

ros y empleados que trabajaban en dichas plantas, la creación de la empresa Desfibradoras de Yucatán, S. A. de C. V. (Desfiyusa), la cual agruparía a las desfibradoras estatales y la recontratación del personal que ésta requiriera de acuerdo con su capacidad real de producción. Bajo la incertidumbre de los desfibradores y empleados en general y la escueta información oficial, los primeros pasos de esta estrategia se cumplieron durante los meses de febrero y marzo de 1990. Con ello, Cordemex dejó de poseer plantas desfibradoras así como desfibradores entre sus obreros.

Aunque Desfiyusa fue creada el 12 de marzo de 1990,[44] la concepción economicista de los desfibradores se fue acentuando conforme Cordemex procedía en los meses previos a cerrar nuevamente turnos de trabajo en sus plantas y promover la liquidación de su personal entre los propios obreros. En noviembre de 1989, la empresa había cerrado cuatro desfibradoras y reducido a un turno las tareas de la desfibración del henequén en otras siete plantas. Las cuatro restantes laboraban dos turnos, siempre y cuando tuvieran hojas para desfibrar. Según información proporcionada por los dirigentes sindicales, en 1988, el Sindicato José María Morelos tenía afiliados 777 obreros. Al año siguiente, solamente le quedaban 623. Por su parte, el Sindicato Felipe Carrillo Puerto, perteneciente a la CTM, en esta última fecha tenía 200 de los 648 miembros un año antes. En ese periodo, el primer sindicato perdió 154 socios y el segundo 448.

El corolario resultante de la agudización de la conciencia economicista de los desfibradores en esta etapa fue el abandono de su ideología sindical. Su expresión más general fue la pasividad que asumieron al implantarse, en los primeros meses de 1990, la nueva reorganización de Cordemex. El problema no podía ser más grave. No sólo implicaba la reducción del personal, sino también el retorno a las condiciones imperantes en la industria henequenera cuando estaba en manos de la iniciativa privada, o sea, antes de la creación de Cordemex en 1964.

A pesar de los cierres de turno y de desfibradoras, y la liquidación de obreros, en ningún sentido hubo respuesta por parte de

[44] *Diario de Yucatán*, 23 de marzo de 1990.

quienes resultaban afectados. Ni los propios desfibradores ni sus sindicatos plantearon una alternativa para enfrentar las políticas de los gobiernos federal y estatal. A diferencia de lo ocurrido a finales de la década de los setenta (1978-1979), cuando la empresa amenazó con cerrar turnos de trabajo, en esta ocasión no hubo manifestaciones de descontento, ni plantones en las cabeceras municipales de la zona henequenera. Cuando más, hubo reuniones convocadas por los directivos del Sindicato José María Morelos para informar sobre los sucesos del momento. La pasividad asumida por los desfibradores en estas reuniones contrastaba con las acaloradas intervenciones y discusiones que en otras épocas sostenían en sus asambleas sindicales.

La nula resistencia ofrecida por los dirigentes de sus sindicatos a las políticas de Cordemex y del Estado incidió en la opinión de los obreros respecto a la actuación de aquéllos y la funcionalidad de sus organizaciones para enfrentar los problemas generados por estas políticas. La opinión más generalizada es la de quienes consideran que sus dirigentes "no supieron mover a la gente para presionar al gobierno" con el fin de evitar la desincorporación de las desfibradoras de la administración de Cordemex y la liquidación del personal. Otra opinión, aunque menos generalizada, es la de aquellos que disculpan a sus dirigentes. A pesar de su argumentación, en sentido amplio, sobre la importancia que tuvo la preferencia de los obreros por el dinero de su liquidación, en la pérdida de fuerza por parte de la dirigencia sindical, existen diferencias de opinión entre los desfibradores de uno y otro sindicato. Una fracción del José María Morelos no sólo disculpa a sus dirigentes, sino que también les guarda gratitud por haber sido intermediarios durante todo el proceso de su liquidación. No así los afiliados al Felipe Carrillo Puerto, que, si bien no culpan directamente a su comité directivo, saben que por pertenecer a la CTM nunca podrían estar en contra de la empresa ni del gobierno. Una última opinión, opuesta a la anterior, es la de los obreros de la desfibradora Plutarco Elías Calles, ubicada en el municipio de Ixil; para ellos, la pasividad de los sindicatos se debió a que sus dirigentes "se vendieron a la empresa".

La dirigencia de ambos sindicatos también tiene su versión de los hechos. Dicha pasividad fue la respuesta de sus agremiados

a la negativa de la empresa para modificar esas políticas y plantear por escrito sus propuestas sobre el futuro de las desfibradoras. Como únicas alternativas, en términos de estos dirigentes, los directivos de Cordemex ofrecieron verbalmente a los obreros la adquisición en propiedad de las desfibradoras o la formación de cooperativas en cada centro de trabajo, para que ellos las administraran. Rechazaron ambas ofertas en virtud de haberse negado la empresa a formularlas por escrito y por ser desventajosas para los desfibradores.

La confianza que tenían en sus dirigentes y sus sindicatos (poca o mucha) dejó de existir. Prevaleció la desconfianza entre unos y otros. La impotencia demostrada tanto por la cúpula sindical como por los obreros, ante los sucesos referidos, más sus opiniones, provocaron la división de los desfibradores en varios grupos. *Grosso modo,* éstos se definieron según la preferencia de los desfibradores por organizar un nuevo sindicato, su percepción de las políticas del Estado y de la empresa, y la opción adoptada por cada uno para generar el ingreso familiar.

Ante estas condiciones, para los desfibradores fue mejor aceptar el dinero correspondiente a su liquidación. Aunque las razones variaban según fuera la persona, coincidían en la finalidad que perseguían quienes las argumentaban. Para los de mayor edad y antigüedad en Cordemex, ésta era una oportunidad para "jubilarse" e invertir su liquidación en las parcelas que cultivaban y los animales que criaban o en las actividades que realizaban. Para los más jóvenes y con menor antigüedad en la empresa, representaba una opción para instalar su propio negocio en su lugar de residencia, acudir a Cancún a probar suerte o invertir su dinero en las actividades económicas que practicaban. Por su parte, para quienes estaban más calificados, independientemente de su edad y antigüedad en el trabajo, su liquidación significaba reparar su hogar, comprar ropa para ellos y sus familias, invertir en sus actividades extralaborales o adquirir algún aparato electrodoméstico, ya que por su calificación, la recontratación en Desfiyusa estaba asegurada.

VII. IDEAS FINALES

Introducción

La experiencia, propia y ajena, nos enseña que, en la investigación científica, la magnitud de nuestra ignorancia es mayor que nuestro conocimiento. De manera semejante a los colores que proyecta un prisma cuando es atravesado por un rayo de luz, a medida que observamos un fenómeno, descubrimos tanto sus múltiples aristas y caras como algunas de las expresiones que adquiere cuando añadimos nuevos elementos. Así, nuestras dudas y preguntas rebasan por mucho a nuestras certezas y respuestas.

Lo dicho inmediatamente no es secreto. Sabemos que todo texto genera en quien lo escribe y en quien lo lee un sinnúmero de preguntas, dudas y planteamientos que es necesario responder, o por lo menos volver a pensar para extraerles mejor provecho. Ante el imperativo de concluir lo iniciado, en este capítulo quiero retomar algunas de las ideas expuestas, reflexionar sobre ellas y hacer una síntesis de lo dicho en los capítulos precedentes. El objeto de la investigación que dio origen a este libro fue, para decirlo en forma breve, la construcción de la identidad de los trabajadores de las desfibradoras que pertenecieron a la exparaestatal Cordemex, S. A. de C. V. Para ello fue necesario saber cuáles eran los elementos que la sustentaban, los mecanismos que en ese proceso incidieron y las formas como aquéllos la expresaron.

Como parte de este ejercicio, en las primeras páginas quise analizar cuál ha sido el tratamiento que, desde sus respectivos campos de conocimiento, le han dado diversos estudiosos al tema de la identidad y cuáles son los significados que tiene esta categoría tanto para el individuo como para el observador. En esas mismas pági-

nas expuse una propuesta para el análisis de esta categoría entre individuos que se reconocen, y son reconocidos, por su actividad laboral. En los capítulos subsiguientes abordé cómo se fue configurando la identidad colectiva de los desfibradores; cómo incidieron los elementos culturales de la región en esta configuración; cuáles son las bases de su identidad de origen; cómo ampliaron esta identidad, y cómo la expresaron en el trabajo que realizaban.

Ideas para repensar

La construcción de la identidad. Un proceso complejo

Entre las múltiples ideas a las que conduce la lectura de todo lo escrito, quisiera retomar algunas y pensar nuevamente sobre lo ya expuesto. La más inmediata gira en torno a la complejidad que encierra un proceso como el analizado. Éste, lejos de ser monofactorial o un sistema binario, resulta complejo; en la construcción de la identidad se sintetizan diversos procesos, elementos, hechos y actores que la hacen posible. La identidad de los desfibradores, o mejor dicho, la construcción de su identidad, así lo muestra. El telón de fondo más general en el que se produjo este proceso fueron las contradicciones originadas por el desarrollo de la industria del henequén en Yucatán, sobre todo, en la zona donde se cultiva y extrae su fibra. La historiografía al respecto es abundante. En el segundo capítulo, he referido algunos pasajes por lo que no creo necesario repetir. Baste mencionar que a lo largo del desarrollo de esta industria se incubaron los elementos a partir de los cuales los desfibradores de la empresa referida construyeron su identidad.

Como parte de esta complejidad, se observa que la identidad pertenece a una colectividad más amplia que rebasa en mucho al individuo que la porta. Los obreros señalados se incluyen en este planteamiento. Si bien en la construcción de su identidad el papel protagónico central estuvo a su cargo, no es exclusiva de cada uno de ellos. Antes bien, es colectiva, pues pertenece a los grupos de los cuales son miembros; pero también a los grupos de los cuales sus antecesores igualmente fueron miembros. Los elementos

que sustentaron dicha identidad son el sistema de relaciones, el código de valores y normas, las actividades económicas, las actitudes e ideas hacia y sobre el trabajo; las organizaciones y las acciones generadas por los desfibradores a lo largo del tiempo y por medio de los roles que desempeñaron durante su ciclo de vida y su participación en la industria henequenera, es decir, los elementos que incidieron en la conformación de su identidad de origen y su posterior ampliación. Fue un proceso diacrónico en el cual intervinieron tanto los actuales desfibradores como sus antecesores. De estos últimos, quienes hoy viven heredaron los elementos que posteriormente habrían de redefinir en respuesta a la realidad que enfrentaban.

En este proceso, la historia y la cultura de la región constituyeron la materia prima de donde tomaron la carga empírica y simbólica a partir de la cual construyeron su identidad. Sin ellas, o una de ellas, esta última no habría podido existir. Historia y cultura no son categorías rígidas. Por el contrario, son flexibles. Su análisis, referido a la identidad de individuos o grupos concretos, muestra cómo no sólo los individuos de un mismo grupo comparten determinados elementos, sino también cómo individuos pertenecientes a grupos antagónicos comparten, si bien no todos, algunos elementos,[1] sobre todo ante una determinada coyuntura. Aparentemente, esto puede sonar contradictorio. No obstante, en sociedades abiertas como la nuestra, los procesos de apropiación cultural, de unos a otros grupos, son parte de la propia historia. Descontando a los más generales como son la lengua y la religión, en este caso me refiero a ciertos pasajes de la historia local. No importa que hayan ocurrido en la realidad o sean parte del imaginario colectivo. Lo importante es que sean compartidos. Para decirlo en términos de Touraine, la historia y la cultura son parte de los garantes metasociales sobre los cuales se apoya la identidad.[2]

[1] Al respecto, creo oportuno señalar que la identificación puede ser total o parcial, como también transitoria o duradera. Cfr. A. Aisenson Kogan, *op. cit.*

[2] "[...] el llamado a la identidad se apoya sobre la búsqueda de un garante metasocial del orden social, en particular de una esencia humana o simplemente de pertenencia a determinada comunidad, definida por valores o un atributo natural y aun histórico." (Alain Touraine, *El regreso del actor, op. cit.*, p. 107.)

En la construcción de la identidad colectiva de los desfibradores, la historia oral tuvo vital importancia. A través de los relatos de sus mayores, internalizaron las tradiciones, las ideas, los acontecimientos sociales, los hechos políticos, las efemérides y los personajes que han quedado perpetuados en los mitos del grupo al que pertenecen. Es la historia que todos ofrecen como real y se repite de boca en boca por medio de la extensa red de relaciones que sostienen: una historia social[3] que privilegia al individuo y su capacidad para producir y reproducir su realidad social por encima de cualquier suceso y cronología. Los relatos sobre la vida en las haciendas henequeneras y el socialismo de Salvador Alvarado y Felipe Carrillo Puerto son ejemplos de ello.

Por otra parte, los desfibradores, como la mayoría de los individuos, nacieron en el seno de una familia. En ella, la historia y la cultura se expresan en los distintos planos de la vida cotidiana que comparten sus integrantes. La historia es igual al tiempo transcurrido, en el cual la familia y la comunidad a la que ésta pertenece encuentran los referentes a sus vivencias, recuerdos y memoria de lo acontecido. Es el tiempo que se mide por los ciclos del trabajo, de los rituales y de las fiestas que se repiten invariablemente. Por ello no sólo permiten al observador analizar el presente, sino también acercarse al pasado y aun al futuro. En este horizonte de interpretación, la construcción de la identidad de los desfibradores significó sintetizar múltiples momentos, o mejor dicho, traslapar diversos tiempos, esto es, parafraseando a Schütz,[4] el pasado al que pertenecen los antecesores de quienes construyen la identidad, el presente en el que éstos se relacionan con sus contemporáneos y el futuro inmediato contenido en la reproducción de su identidad hacia sus sucesores.

Sin el tiempo, los procesos sociales, como los naturales, resultan imposibles. Solamente que, a diferencia de los procesos naturales, en los sociales sus actores lo construyen como parte de la construcción de su propia realidad, ya sea para registrar hechos, celebrarlos, conmemorarlos, predecirlos o analizarlos, o bien para

[3] Véase Ciro F. S. Cardoso y H. Pérez Brignoli, *Los métodos de la historia*, México, Grijalbo, 1977.

[4] A. Schütz, *Fenomenología del mundo social*, *op. cit.*

referirse a ellos mismos –los actores–; de todas maneras es un tiempo socialmente construido. En este sentido, la relatividad del tiempo no sólo es física, sino también social y cultural.

Como recurso metodológico, el tiempo es un elemento que se exige al observador para abordar y explicar su objeto de estudio y los sujetos que lo hacen posible, y aunque puede ser arbitrario, no es ajeno al objeto ni a los sujetos observados; antes bien, es el punto de partida en el cual se ubican ambos, es decir, el tiempo construido por los sujetos. El tiempo, pues, no es concebible sin un sujeto, sin el individuo que lo observa y lo registra.[5] Por ello, el tiempo que éste construye es una construcción de segundo grado,[6] cuyo objetivo fundamental es generar conocimiento.[7]

En el entorno, o *umwelt*,[8] de la familia y la comunidad, la cultura de los obreros referidos aparece como el conjunto de conocimientos, prácticas, representaciones, modos de actuar, formas de trabajar, hacer cosas, organizarse y relacionarse con los demás, la naturaleza y lo sobrenatural. Mediante la socialización primaria, sus padres, abuelos, hermanos y demás parientes les trasmitieron los elementos históricos y culturales con los que construirían su identidad de origen; pero también, con los que habrían de construir su propio "mundo de la vida".[9] Con ello, a la vez que los

[5] Merleau-Ponty dice que el tiempo no es un proceso real, nace de la relación del observador con las cosas (M. Merleau-Ponty, *op. cit.*).

[6] A. Schütz, *El problema de la realidad social, op. cit.*

[7] Retomando a Hugo Zemelman, el tiempo, concebido en la forma anterior, cumple una función epistemológica, "plantea el problema de cómo una concepción ontológica se transforma en forma de razonamiento, obligando a distinguir momentos (que no lineales) en la construcción del conocimiento, tales como: la aprehensión problemática de lo real, la definición del objeto y la explicación". (H. Zemelman, *Los horizontes de la razón. op. cit.*, p. 139.) En los mismos términos, más adelante, el autor dirá "el tiempo cumple una función en la construcción de la abstracción" (*Ibid.*, p. 178).

[8] "[...] el *Umwelt* incluye algo más que las inmediatas circunstancias físicas. Abarca indefinidas extensiones de tiempo y espacio, y corresponde al sistema de relevancias, conforme al uso que hace Schütz del término, que contextualiza la vida del individuo". (Anthony Giddens, "Modernidad y autoidentidad", en Josetxo Beriain (comp.), *Las consecuencias perversas de la modernidad*, Barcelona, Anthropos, 1996, p. 59.)

[9] "[...] el mundo de la vida es intersubjetivo desde el comienzo. Se me presenta como un contexto subjetivo de sentido; aparece dotado de sentido en los

insertaron en un grupo determinado, pasaron a formar parte de un sistema social total[10] más amplio. Téngase en cuenta que, en sociedades como la nuestra, la familia no está aislada, sino que aparece como pertenencia de un todo mayor, cuyos límites están determinados por la red de relaciones que establecen sus componentes.

En los términos anteriores, los desfibradores entraron en contacto con otros individuos y otros grupos que, a su vez, poseían otras identidades y, por lo tanto, otra historia y otra cultura. Como resultado de esta interrelación, incorporaron a su identidad parte de los elementos que componen su identidad y los hicieron suyos. Por ello se puede decir que la identidad que posee un individuo es el resultado de una doble interacción que ocurre a través de diversos tiempos y espacios. Una es la interacción que sus antecesores[11] sostuvieron entre sí y el contexto social en el cual surgieron, y la otra es aquella que los integrantes de los grupos con los que entran en contacto sostienen consigo mismos y su propia realidad.

La historia y la cultura adquirieron otra significación al integrarse los desfibradores a las labores de la extracción de la fibra del agave. Durante los años en que esta industria estuvo en manos de la iniciativa privada, la historia de esos obreros es la de los cam-

---

actos explicativos de mi conciencia. El mundo de la vida es algo que debe ser dominado de acuerdo con mis intereses particulares". (A. Schütz y T. Luckmann, *op. cit.*, p. 35.)

[10] "Todo sistema social total tiene relaciones mutuas con otros hombres, y es miembro de una estructura social en la que ha nacido o a la que se ha incorporado y que existía antes de él y existirá después de él. Todo sistema social tiene estructuras de relaciones familiares, grupos de edad y generaciones; tiene divisiones del trabajo y diferenciaciones según las ocupaciones; tiene equilibrios de poder y de dominio, dirigentes y dirigidos, y los tiene con todas las jerarquías asociadas" (*Ibid.*, p. 37).

[11] Los antecesores o, como dice Schütz, predecesores, son aquellos individuos que en el pasado, sea remoto o reciente, pertenecieron al grupo del individuo. De ellos, usualmente, se tiene referencia por la tradición oral y la historia escrita; lengua, ideas, valores, creencias y formas de organización y de hacer las cosas que elaboraron y trasmitieron a quienes los sucedieron, por lo que, a la vez que las nuevas generaciones se identifican con sus predecesores, se reproduce la identidad del grupo. Respecto a dicho concepto, véase Maurice Natanson, "Introducción", en A. Schütz, *El problema de la realidad social, op. cit.*, y A. Schütz, *Fenomenología del mundo social, op. cit.*

pesinos y trabajadores rurales de la zona henequenera, quienes acudían a las desfibradoras para completar el gasto familiar. Ahí el tiempo transcurría entre los días dedicados a las labores de la desfibración y a la realización de sus actividades primarias. En el primer caso, el tiempo se regía por el número de hojas por desfibrar durante la jornada y los días en los cuales aquéllos tenían trabajo. En el segundo, las tareas correspondientes a los ciclos de las diversas especies que componen la agricultura milpera y del henequén eran los referentes empíricos del paso del tiempo.

La reforma cardenista, para quienes se empleaban en las desfibradoras de capital privado, en poco alteró su historia. Aun quienes recibieron tierras continuaron sometidos a la existencia de pencas para desfibrar y a la remuneración que quisiera el patrón. Durante este periodo, la cultura de los desfibradores fue la misma de los campesinos y los trabajadores rurales con quienes compartían, entre otros elementos, la lengua materna, prácticas ceremoniales, formas de relacionarse con la naturaleza, modo de vida, ideología y tecnología que heredaron de sus ancestros de origen maya.

El parteaguas en la historia de la industria henequenera fue la creación de Cordemex como empresa paraestatal. A partir de entonces surgieron nuevos tiempos, hechos y también personajes. No obstante, prevalecieron algunos elementos. La instalación de las desfibradoras de la empresa y la contratación del personal que se haría cargo de la extracción de la fibra, fueron los parámetros para referirse al tiempo. Posteriormente, el proyecto de entrega de las desfibradoras a los ejidatarios y la creación de su primer sindicato igualmente se incluyeron entre estos parámetros.

La contratación del personal, en no pocos casos, implicó que los desfibradores se trasladaran a las cabeceras municipales más próximas. Así, se incorporaron a sistemas de relaciones, modos de vida, formas de trabajar, códigos simbólicos y tiempos diferentes a los que practicaban en sus comunidades rurales. En conjunto, estos elementos y los anteriores parámetros se combinaron para que los desfibradores redefinieran la matriz cultural que sustentaba su identidad de origen. A los elementos que ya poseían, añadieron los que paulatinamente fueron adquiriendo como obreros de la exparaestatal. Sobre esa matriz recrearon una cultura en

la cual los elementos adquiridos en el mundo del trabajo jugaron un papel central. En ese proceso, la cultura resultante fue producto de múltiples coyunturas. Como actores de aquélla, a los desfibradores les correspondió restructurar esa amalgama de elementos, internalizar los que resultaran congruentes con la realidad del grupo familiar y comunitario al cual pertenecían y hacerlos aparecer, mejor dicho externalizarlos, como productos propios que expresaban la reconstrucción de su identidad de origen.

Como resultado de esta totalidad, la identidad que un individuo posee en el momento presente no es independiente de su grupo y por consiguiente con él empieza y termina. Es la identidad que los integrantes de su grupo han construido, tanto en términos diacrónicos como sincrónicos, y que él reconoce como suya.[12] La identidad sólo se conforma a través de las interrelaciones que los individuos sostienen en el tiempo, de ahí que puedan identificarse con quienes comparten o han compartido determinadas características, e identificar a quienes no las comparten o no han compartido. En este sentido es posible afirmar que se trata de una identidad colectiva que los individuos que la asumen han heredado y reelaborado con los elementos que crean en respuesta a su propia realidad. Ahora bien, como parte de la heterogeneidad que envuelve a la identidad, las respuestas que aquellos ofrezcan, como expresión de la misma, son múltiples. Por ejemplo, en el caso del poder, dichas respuestas pueden adoptar formas de impugnación o de subordinación a la autoridad, o fuente de ese poder que enfrentan.

Identidad, movimientos y sujetos sociales

En esa misma complejidad, la construcción de dicha identidad por los desfibradores tampoco se puede decir que sea un acto cuyo principio y fin resida en su voluntad; por el contrario, fue un proceso que estuvo fuertemente vinculado a procesos, tiempos, espa-

[12] Es en este sentido que entiendo a Touraine cuando dice "La conciencia de identidad nunca es conciencia del presente, sino invención de la historia." (A. Touraine, *Introducción a la sociología, op. cit.*, p. 249.)

cios y dinámicas más amplios. Lo general y lo particular, lo macro y lo micro, lo diacrónico y lo sincrónico, lo objetivo y lo subjetivo, y aun lo cualitativo y lo cuantitativo, se entrecruzan en distintos planos, direcciones y dimensiones, para dar lugar a un todo por demás complejo, heterogéneo y siempre cambiante.

En la construcción de la identidad de los obreros referidos, los procesos históricos locales y regionales jugaron un papel importante. En éstos estuvieron contenidos muchos de los elementos que, al ser transmitidos generacionalmente, incidieron en la conformación del imaginario colectivo que sustentaban tanto la identidad colectiva del grupo, del cual eran integrantes, como la identidad de origen que como individuos les pertenecía. Entre estos procesos, los movimientos sociales que tuvieron lugar en la localidad o la región jugaron igualmente un papel importante. Más todavía si aceptamos que los movimientos sociales[13] son parte de esos procesos. Tal es el caso de las huelgas o demandas obreras que, por la intervención de la comunidad o los grupos a los que pertenecen sus actores, se transforman en ese tipo de movimientos. Así los movimientos sociales con estas características pasan –a través del tiempo– a formar parte de ese imaginario colectivo que unos u otros internalizarán. Téngase también en cuenta que todo movimiento social supone el surgimiento de una identidad entre los individuos que en ellos participan, el conflicto derivado de la oposición que enfrentan y la totalidad que encierran.[14] La delimitación de los intereses colectivos[15] que persiguen y su defensa son igualmente elementos definitorios de estos movimientos. Las acciones emprendidas para el reconocimiento de su primer sindicato son ejemplo de lo dicho.

[13] Partiendo de esta categoría, algunos autores hablan de "nuevos movimientos sociales". Una tipología de estos últimos y sus características se encuentra en María Dolores Paris Pombo, *Crisis e identidades colectivas en América Latina*, México, Plaza y Valdez-Universidad Autónoma Metropolitana, 1990. Otros en cambio, se preguntan sobre la pertinencia de esta denominación y el significado de un movimiento social. Véase J. Cohen, art. cit.

[14] Cfr. A. Touraine, *Producción de la sociedad, op. cit.*

[15] Cfr. Alain Touraine, *América Latina. Política y sociedad*, Madrid, Espasa Calpe, 1989.

Desde otra perspectiva de análisis, algunos estudiosos sostienen que los elementos donde se forma la "identidad social colectiva", vida social cotidiana y las redes asociativas comunitarias y organizativas, constituyen a su vez la raíz de los movimientos sociales.[16]

En cualquier caso, la participación de los desfibradores en esos movimientos modificó sus formas de relacionarse, organizarse, actuar, percibir la realidad y hacer las cosas, lo cual dio lugar a la ampliación de los límites de su identidad de origen, o sea, su identidad ampliada.

Otro tipo de procesos fuertemente vinculados a la construcción de la identidad, mediante los cuales es posible explicar el caso de los desfibradores, es la constitución, o deconstitución, de los sujetos sociales. A falta de una definición de la categoría "sujeto social", la subjetividad, el mundo simbólico, la historicidad, la vida cotidiana, la coyuntura, la acción, el proyecto, el conflicto, la movilización y la misma identidad fueron algunos de los criterios más generales sobre los que sus estudiosos establecieron una especie de consenso en torno de aquél.[17] La noción de "proceso" y la idea de heterogeneidad subyacían en estos criterios.

Los sujetos sociales, desde mi perspectiva, son grupos de individuos que ocupan una misma posición en la estructura social a la que pertenecen, poseen una cultura común, comparten intereses y se identifican entre sí. Su constitución como tales ocurre en un momento coyuntural ante el reconocimiento de los elementos que los unen, la realización de un determinado tipo de acciones y formas

[16] Enrique de la Garza (coord.), "Crisis y sujetos sociales en México", en E. de la Garza (coord.), *Crisis y sujetos sociales en México*, vol. I, México, CIIH-UNAM, 1992.

[17] Para un intento de definición conceptual, véase Víctor Manuel Durand Ponte, "Sujetos sociales y nuevas identidades", en Enrique de la Garza Toledo (coord.), *op. cit.*, vol. II. Ahí, este autor menciona que "El concepto de sujeto social es pertinente en un plano de menor abstracción, los sujetos son concretos reales, son actores colectivos que se desarrollan en contra del orden que buscan cambiar" (p. 589). Véase también Hugo Zemelman y Guadalupe Valencia, "Los sujetos sociales, una propuesta de análisis", *Acta Sociológica*, vol. III, núm. 2, 1990. En este documento sus autores señalan: "Concebimos a los sujetos como formas particulares de expresión social. Estas formas se constituyen como mediaciones de poder y de lucha entre la estructuración de la sociedad a partir de la división social del trabajo y las formas clasistas de expresión política" (p. 90).

de organizarse y el enfrentamiento con las instituciones representativas de la sociedad dominante para la consecución de esos intereses. Para decirlo en forma breve, sin identidad no es posible la constitución de los sujetos sociales. Su modificación o ausencia desencadenan su reconstitución o deconstitución respectivamente.

Los desfibradores de la exparaestatal Cordemex no sólo ocupan una misma posición en la estructura de la sociedad yucateca, sino que también poseen una cultura e intereses comunes que incidieron en su identidad como obreros de esa empresa. Teniendo como sustento estos elementos, su constitución como sujetos sociales fue posible tanto por las acciones desarrolladas para la creación de su sindicato como por el enfrentamiento que sostuvieron con las autoridades de la misma empresa, y las laborales del Estado para el reconocimiento de esa organización. La reprivatización de la industria henequenera desencadenó cambios violentos en los elementos que sustentaban la identidad de estos obreros. Algunos de aquéllos desaparecieron; en cambio, los que prevalecen adquirieron diferente signo. Su deconstitución como sujetos sociales ha sido hasta ahora el resultado.

La relación entre los movimientos sociales y la constitución de los sujetos sociales igualmente resulta estrecha. En la historia reciente de México, no son pocos los movimientos sociales que han derivado en la constitución de sus participantes en determinados sujetos sociales. Una numeración de los casos contenidos en la bibliografía especializada sería interminable. Baste mencionar a manera de ejemplos, en el marco de la realidad mexicana, la intervención de ciertos sectores de su población ante el crecimiento de las ciudades medias, la insurgencia sindical, el deterioro de la economía, los desastres naturales, la descomposición del aparato estatal y su gobierno, y la redefinición del pacto entre el Estado y los sectores mayoritarios de su sociedad.

Los espacios de la identidad

Otra idea, no menos inmediata, que surge de la lectura de lo aquí expuesto se refiere a los espacios donde los desfibradores construyeron su identidad; pero también donde la reconstruyen y re-

producen. De acuerdo con lo expuesto, podemos distinguir dos grandes tipos de espacios. Unos son aquéllos donde construyeron su identidad de origen y otros más donde ampliaron los límites y expresiones de esta identidad. Otro tipo de espacios serían los sitios en donde el individuo, ante determinadas situaciones, niega su identidad. No trataré estos últimos, pues no abordé dicho problema en esta obra.

Los espacios en donde los desfibradores construyeron su identidad y ampliaron sus límites no fueron siempre los mismos. Los primeros corresponden al hogar y a la comunidad donde transcurrieron sus respectivas infancia y adolescencia. La parcela del padre, la escuela y la Iglesia igualmente se incluyen en estos espacios. Su característica más general es la de ser los escenarios donde se produjo la socialización primaria de aquellos individuos. En ellos adquirieron sus primeros conocimientos, la lengua del grupo, sus normas, ideas, tradiciones, ritos, mitos, anécdotas y memoria históricas y demás elementos sobre los que construirían su identidad. Las hazañas de los héroes que dan nombre a las escuelas, mercados, plazas y calles de sus localidades así como de los villanos, de quienes nadie quiere acordarse, también forman parte del imaginario colectivo que habrían de internalizar. El segundo conjunto de escenarios rebasa los ámbitos familiares y comunitarios. Agrupa aquellos a los cuales los desfibradores asistían, preferentemente, para realizar sus actividades económicas, o bien para desempeñar los roles correspondientes a las diferentes etapas de su ciclo de vida, sobre todo, cuando fundaron su propia familia nuclear fuera del predio paterno y de su comunidad. En otros casos, los sitios adonde el individuo migra para continuar sus estudios también se encuentran comprendidos en estos espacios.

De manera semejante a los anteriores, en éstos se produjo su socialización secundaria. Ahí entraron en contacto con otros individuos y se integraron a nuevas redes de relaciones, organizaciones y actividades, e incorporaron los elementos identitarios de aquellos con quienes se relacionaron.

No se trata, sin embargo, de espacios o lugares solamente físicos. Lejos de ser definidos por su objetividad, unos y otros son subjetivos socialmente construidos, resultado de la aprehensión simbólica que el individuo hace de su entorno físico. Dicho de manera más amplia, son el producto de la expresión que el indivi-

duo hace de la naturaleza por medio de símbolos. Mediante este proceso, transfiere a los espacios los valores que aprende en ellos. Me refiero a su hogar, escuela, Iglesia y comunidad en general. Un santuario no es sagrado en sí mismo, lo es porque sus feligreses le dan esa connotación. Lo mismo ocurre con un monumento que representa a la patria.

En la construcción de la identidad de los desfibradores, los espacios fueron el referente más inmediato para el reconocimiento que hicieron de sí y de los demás. Por ejemplo, un individuo se reconoce como miembro de su familia por medio de las relaciones que establece con los individuos que residen en un determinado espacio. Lo mismo podríamos decir de un obrero. Cuando un obrero se reconoce como trabajador de tal o cual empresa, lo hace aludiendo a la fábrica, al departamento o al taller al cual está adscrito. Pero, más que a los espacios en sí, su reconocimiento lleva implícito todo cuanto éstos representan.

Del mismo modo, como señalaba al referirme al tiempo, los signos, símbolos y demás representaciones contenidos en los espacios remiten al individuo al mundo de sus predecesores y lo relacionan tanto con el de sus contemporáneos como con el de sus sucesores.

La identidad como categoría articuladora

Otra idea sobre la cual quisiera pensar de nuevo es, digámoslo así, la naturaleza de la identidad. En cuanto categoría conceptual, no es autosuficiente y mucho menos absoluta. Al contrario, igualmente está fuertemente vinculada con categorías provenientes de las disciplinas de los especialistas que se han encargado de su estudio; sin ellas no se entiende, o bien, se reduce a un sustantivo más. Dejando de lado las categorías ya vistas, tales como cultura, tiempo, espacio y socialización, o categorías como proceso y subjetividad, la identidad está articulada a categorías que hacen referencia al mismo individuo que la construye. Me refiero al *yo*[18] y al *álter*, las cuales dan

[18] La discusión en torno al *yo* tiene su origen en los estudios de Sigmund Freud sobre el *yo* y el *ello*. A partir de este autor, la psicología, particularmente la psicología analítica, ha desarrollado una intensa reflexión al respecto. Conceptos

lugar a otras categorías como nosotros y ustedes. O a las categorías "el yo del otro" y "el otro como otro" referidas por Schütz.[19] Sin ellas, resulta difícil pensar cómo los desfibradores contruirían su identidad. Obviamente es imposible. La construcción de la identidad de estos obreros fue precisamente un proceso a través del cual construyeron tanto su *yo* como su noción del *álter*. Reconocerse a sí mismos y al otro constituyeron la base de su identidad.

La negación de los enunciados anteriores nos remitiría a la posición de pensadores que sostienen que la identidad es externa al individuo, con lo cual, si optáramos por esta posición, igualmente estaríamos negando al individuo como constructor de su identidad; pero más todavía, lo estaríamos negando en cuanto a su capacidad como actor social. Los problemas resultantes serían múltiples. Uno sería determinar de dónde procede la identidad, otro, cómo se constituye, y otro más estaría orientado a responder cuál sería el papel de la socialización.

¿Y qué decir de "la conciencia"? Sin ésta tampoco es posible la identidad. Reconocerse y reconocer a los otros con los cuales los desfibradores se identificarían y se diferenciarían implicó que tomaran conciencia, primero, de su propia corporeidad y, luego, de su individualidad como sujetos. La toma de conciencia no se produce por generación espontánea, es un proceso mediado por la cultura. Por ello, supone la internalización, por parte de los desfibradores, de la cultura del grupo que inmediatamente los rodeaba, en este caso, la familia.[20] En un sentido más amplio, implicó también que reconocieran la historicidad del grupo, sus espacios, la memoria colectiva, los códigos imperantes y demás elementos que constituyen la identidad de los integrantes del grupo. Asimis-

---

como *sí-mismo, no yo* y *súper yo* son la resultante de esta fecunda discusión (Cfr. A. Aisenson Kogan, *op. cit.*). Posteriormente, Margaret Mead y George H. Mead habrían de hacer interesantes aportaciones desde los campos de la antropología cultural estadounidense y de la corriente que sería conocida como interaccionismo simbólico, respectivamente.

[19] Alfred Schütz, *La construcción significativa..., op. cit.*

[20] Desde la perspectiva psicoanalítica, esto es lo que algunos autores denominan la constitución del *self* o simplemente *self*. Véase Gérard Berquez, "Conceptualización psicoanalítica del *self*", en R. Dorey *et al.*, *El inconsciente y la ciencia*, Buenos Aires, Amorrortu, 1993.

mo, implicó el reconocimiento de la corporeidad e individualidad de aquellos con quienes no se identificaron. Entendida así, la toma de conciencia también es un acto de diferenciación. Bajo estos términos, podemos concebir la construcción de la identidad como un permanente acto de toma de conciencia.

El análisis de la conciencia en la construcción de la identidad de los obreros mencionados sugiere que aquélla es un segmento de la totalidad de la percepción que los individuos elaboran sobre sí mismos, aquellos con quienes se relacionan y la parte del universo donde interactúan. En tanto la conciencia vincula al individuo con las condiciones que envuelven su presente, su identidad en cambio, lo hace con su pasado, presente y futuro inmediato.

Otra categoría vinculada con la identidad que tiene en el individuo a su actor principal es la "acción social". En el más puro significado weberiano, la acción social es una conducta humana cuyo sentido está referido a la conducta de los demás, de "otros" dice Max Weber.[21] La noción de "sentido" que éste le asigna a la acción social, sugiere que es consciente y previamente concebida por el individuo, es decir, encierra una intención o proyecto.[22] En estos términos, la acción social guarda estrechos vínculos con las categorías anteriormente comentadas, me refiero al yo, el otro y la conciencia.

Igual que la identidad, la acción social es una categoría relacional. Concebida en esos términos, las acciones emprendidas por los desfibradores cumplieron sendas funciones en la construcción de su identidad. Una de ellas, semejante a la del tiempo y el espacio, consistió en ponerlos en contacto con otros individuos de su tiempo a quienes, en ese momento, podían o no conocer y con los que podían tener (o no) relaciones. O bien, a través de ellos, con individuos del pasado a quienes no conocían.[23] Visto así, me-

[21] Cfr. M.Weber, *op. cit.*

[22] Esta idea, así como una crítica a la acción social de Weber, aparecen en A. Schütz, *La construcción significativa...*, *op. cit.* y J. Habermas, *Teoría de la acción comunicativa*, *op. cit.*, t. I.

[23] "La acción social (incluyendo tolerancia u omisión) se orienta por las acciones de otros, las cuales pueden ser pasadas, presentes o esperadas como futuras [...] Los 'otros' pueden ser individualizados y conocidos o una pluralidad de individuos indeterminados y completamente desconocidos[...]" (M. Weber, *op. cit.*, p. 18).

diante sus acciones, concebidas en términos de la acción social, el individuo se vincula con sus contemporáneos, pero también puede hacerlo con sus predecesores y aun con sus sucesores.

La acción social, en los términos expuestos, está necesariamente articulada a la categoría "relación social". Al estar referida la acción social a la conducta del otro, o de los otros, lleva al establecimiento de relaciones entre ambos.[24] En este sentido, otra de sus funciones fue servir de mecanismo en la trasmisión de los elementos a partir de los cuales los desfibradores construirían su identidad, la ampliarían y la reproducirían. Vista así, la socialización puede ser entendida como un conjunto de acciones sociales diacrónicas que, a su vez, encierran múltiples relaciones sociales.

La acción social no es homogénea, aunque puede ser racional con arreglo a fines, también lo es con arreglo a valores; afectiva y tradicional,[25] es decir, es heterogénea. De acuerdo con esta tipología igualmente tiene una carga de subjetividad.[26] Los fines, valores, afecciones y tradiciones no son objetivos. Los primeros pueden estar mediados por los valores, afecciones y tradiciones. A su vez, todos ellos, entre otros elementos, por la historicidad, el espacio, las relaciones, la ideología y la cultura del grupo, o grupos a los que pertenecen los individuos que la sostienen. De ahí que la identidad resultante sea tan diversa como las combinaciones posibles de estos elementos, las acciones y relaciones que sostengan los individuos entre sí.

Una última categoría que quisiera referir y con la cual la identidad está fuertemente articulada es la de *poder*. Independientemente de cómo se le conciba, el poder es consustancial a toda sociedad humana.[27] No sólo se encuentra en las distintas instancias de su estructura, como serían la economía y la política, sino también

[24] En la terminología utilizada en páginas anteriores, podríamos decir que la acción social implica la relación entre *yo* y los *otros*, entre *nosotros* y *ustedes*.

[25] M. Weber, *op. cit.*

[26] Weber establece la subjetividad de la acción social al inicio de su obra cuando dice: "Por 'acción' debe entenderse una conducta humana (bien consista en un hacer externo o interno, ya en un omitir o permitir) siempre que el sujeto o los sujetos de la acción *enlacen* a ella un sentido subjetivo." (*Ibid.*, p. 5.)

[27] Giddens sostiene que el poder "es inherente a la constitución de una vida social" (A. Giddens, *La constitución de la sociedad, op. cit.*, p. 255).

en los distintos elementos a partir de los cuales sus integrantes construirán sus respectivas identidades. La historia del grupo, la configuración de su espacio y aun sus mitos, por ejemplo, en una u otra forma aluden a relaciones de poder.

Los cambios a los que está sujeta la identidad de un individuo o grupo pueden entenderse como producto del poder que enfrentan o al que se someten. Dependiendo de la intensidad de dicho poder o de la voluntad del individuo, podrá perder los elementos que soportan su identidad, adquirir otros o sustituirlos por aquellos con los que redefinirá su identidad. En una situación extrema, la deconstrucción de la identidad, como en el caso de los sujetos sociales, también se puede explicar desde la perspectiva del poder.

En este sentido, el poder estuvo subyacente al proceso de construcción de la identidad de los desfibradores. Su contacto con las formas de poder imperantes en la región ocurrió al incorporarse a las tareas de desfibración, y no sólo, como sostienen algunos autores, al trasladarse de sus comunidades agrícolas a las cabeceras de tipo urbano.[28] A partir de entonces, se pueden distinguir dos momentos de esta relación. Uno en el que asumen un papel pasivo y otro en el que desarrollan una ideología y una acción frente al poder que enfrentaban.

Ahora bien, aunque usualmente el ejercicio del poder está asociado al conflicto, no siempre es así. Existen casos en los que está ausente o bien se refiere a las formas instrumentadas para la obtención de resultados previstos.[29] Uno de ellos es la misma socialización a la que aquéllos estuvieron sometidos. Ciertamente implica la administración de diferentes dosis de poder, pero no necesariamente, conflicto entre los individuos involucrados en este proceso. Amparados en las tradiciones, leyes, normas o en lo sobrenatural, quienes trasmitían a los desfibradores (de manera formal o informal) los elementos a partir de los cuales construirían su identidad, ejercían el poder que les conferían sus respectivos

[28] Esta última posición sería la que Touraine y Pécaut señalan en su artículo "Conciencia obrera y desarrollo económico en América Latina", ya citado.

[29] En términos de Giddens el poder igualmente se puede entender como "la capacidad de alcanzar resultados" (A. Giddens, *op. cit.*, p. 283).

roles y estatus, independientemente de la conciencia que tuvieran de este hecho. De cualquier modo, existía, como diría Weber, la imposición de la propia voluntad sobre el individuo.[30]

La internalización de esos elementos por parte de aquéllos lleva a otra categoría estrechamente ligada al poder. Esta es la aceptación u obediencia a ese poder, a quien lo ejerce y a su propia realidad, o por lo menos a su reconocimiento. Las figuras de los padres, maestros y ministros religiosos ilustrarían el primer caso, sobre todo en la socialización primaria. En tanto que la identidad étnica o la identidad de clase, el segundo. Los obreros referidos podrán renunciar a la lengua y a la ideología de su etnia o a su conciencia de clase, e incluso entrar en contradicción con los miembros de otras etnias o clase; pero antes de ello, se reconocerán como integrantes de su propia etnia o clase y se identificarán con quienes a ellas pertenecen.

En sentido opuesto, la experiencia de los desfibradores muestra que en los casos en los cuales el conflicto está presente, éste no siempre lo está en los diferentes momentos en los que se ejerce el poder. Su historia así lo manifiesta. Ante las condiciones que envolvieron la desfibración del henequén durante el desarrollo de esta industria, y que se mantuvieron después de la creación de las desfibradoras de Cordemex, entre esos obreros prevaleció una identidad que se le puede denominar "identidad subordinada". Durante ese tiempo no desarrollaron acciones ni organizaciones que llevaran a la defensa de sus intereses y a su reconocimiento como obreros de determinada industria; antes bien, se sometieron a las formas de poder representadas por quienes imponían esas condiciones. La confrontación que provocó el conflicto entre obreros y empresa dio lugar a que los primeros rediseñaran la identidad heredada de sus antecesores. Las acciones desplegadas para la creación del Sindicato José María Morelos y Pavón fueron decisivas en este proceso.

Hoy en día, desprovistos los desfibradores de los elementos más relevantes que sustentaban su conciencia e identidad en tanto obreros y bajo nuevas condiciones de trabajo, permanecen en

[30] Max Weber define el poder como "la probabilidad de imponer la propia voluntad dentro de una relación social, aun en contra de toda resistencia y cualquiera que sea el fundamento de esa probabilidad" (M. Weber, *op. cit.*, p. 43).

espera de una nueva coyuntura con el fin de reorganizar los elementos que todavía poseen para recrear esa identidad y las formas como habrán de expresarla.

Finalmente quisiera señalar un problema teórico derivado de las relaciones de poder que envolvieron la construcción de la identidad de los desfibradores como obreros de la exparaestatal Cordemex, S. A. de C. V. Gramsci afirma que las clases subalternas "por definición no pueden tener concepciones elaboradas, sistemáticas y políticamente organizadas".[31] Por lo ya visto en el capítulo correspondiente, los trabajadores mencionados no se incluyen en esta afirmación. Por el contrario, sus "luchas" ponen en cuestionamiento la visión gramsciana sobre dichas clases. De acuerdo con el tipo de acciones que realizaron, tenían un proyecto que compartían mutuamente, mismo que perseguía objetivos específicos y estaba dirigido contra sujetos e instancias con los cuales los desfibradores no se identificaban. Tal proyecto era parte de un proceso más amplio que, como tal, por el conflicto que lo revistió y su articulación a formas de poder, supone en sus actores grados de complejidad, sistematización y politización.

[31] Antonio Gramsci, *Literatura y vida nacional*, México, Juan Pablos Editor, 1976, p. 240.

BIBLIOGRAFÍA

Libros y artículos

Adler Lomnitz, Larissa, *Redes sociales, cultura y poder: ensayos de antropología latinoamericana*, México, Flacso-Porrúa, 1994.

Aglietta, Michel, *Regulación y crisis del capitalismo*, México, Siglo XXI, 1979.

Aguado, José C. y María Ana Portal, *Identidad, ideología y ritual*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1992.

Aisenson Kogan, Aída, *El yo y el sí-mismo*, Buenos Aires, Amorrortu, 1982.

Alarcón, Renato D., *Identidad de la psiquiatría latinoamericana. Voces y exploraciones en torno a una ciencia solidaria*, México, Siglo XXI, 1990.

Althusser, Louis, *Ideología y aparatos ideológicos del estado*, Medellín, PEPE, 1978.

Álvarez, Alejandro, "El movimiento obrero ante la crisis económica", *Cuadernos Políticos*, núm. 16, México, Era, 1978.

Ancona, Eligio, *Historia de Yucatán*, t. I, Mérida, Ediciones de la Universidad de Yucatán, 1978.

———, *Colección de leyes, decretos, órdenes y demás disposiciones de tendencia general expedidos por el Poder Legislativo del Estado de Yucatán*, tt. V y VI, Mérida, Tipografía de Gil Canto, 1887.

Anderson, Michael (comp.), *Sociología de la familia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1980.

Anderson, Benedict, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

Arensberg, C. M. y S. T. Kimball, "La familia de la granja pequeña en la Irlanda rural", en M. Anderson (comp.), *Sociología de la familia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1980.

Argyle, Michael, *Análisis de la interacción*, Buenos Aires, Amorrortu, 1983.

Askinasy, Sigfried, *El problema agrario de Yucatán*, México, Botas, 1936.

Ávila Palafox, Ricardo y T. Calvo Buezas (comps.), *Identidades, nacionalismos y regiones*, México, Universidad de Guadalajara-Universidad Complutense de Madrid, 1993.

Aznar Mendoza, Enrique, "Historia de la industria henequenera desde 1919 hasta nuestros días", en *Enciclopedia yucatanense*, t. III, Mérida, Gobierno de Yucatán, 1977.

Baños R., Othón, *Yucatán: ejidos sin campesinos*, Mérida, Universidad Autónoma de Yucatán, 1989.

______, "Los sindicatos agrarios de Yucatán en un periodo de transición: 1933-1937", inédito.

Barceló, Raquel y Faulo Sánchez, "Formación del sindicato de la planta desfibradora Sacola", *Yucatán: Historia y Economía*, núms. 15 y 16, Mérida, Universidad de Yucatán, 1979.

Barjau, Luis, "Yucatán: trabajo y explotación económica", en Rodolfo Stavenhagen *et al.*, *Capitalismo y campesinado en México*, México, SEP-INAH, 1976.

Barth, Fredrik (comp.), *Los grupos étnicos y sus fronteras*, México, Fondo de Cultura Económica, 1976.

Benítez, Fernando, *Ki, el drama de un pueblo y una planta*, México, Fondo de Cultura Económica, 1956.

Berger, Peter L., *El dosel sagrado. Elementos para una sociología de la religión*, Buenos Aires, Amorrortu, 1971.

______, "La identidad como problema en la sociología del conocimiento", en Gunter W. Remmling (comp.), *Hacia la sociología del conocimiento*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.

______ y T. Luckmann, *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu, 1983.

Beriain, Josetxo (comp.), *Las consecuencias perversas de la modernidad*, Barcelona, Anthropos, 1996.

Berquez, Gérard, "Conceptualización psicoanalítica del *self*", en R. Dorey *et al.*, *El inconsciente y la ciencia*, Buenos Aires, Amorrortu, 1993.

Bizberg, Ilán, *La acción obrera en Las Truchas*, México, El Colegio de México, 1982.

______, "Individuo, identidad y sujeto", *Estudios Sociológicos*, vol. VII, núm. 21, México, El Colegio de México, 1989.

______ y Francisco Zapata, "Conciencia obrera y participación sindical en Las Truchas", *Estudios Sociológicos*, vol. II, núm. 4, México, El Colegio de México, 1984.

Boils Morales, Guillermo, "El movimiento de los trabajadores en Yucatán durante la gubernatura de Salvador Alvarado (1915-1917)", *Revista Mexicana de Sociología*, vol. XLI, núm. 3, México, IIS-UNAM, 1979.

Bonfil Batalla, Guillermo, *Diagnóstico del hambre en Sudzal, Yucatán*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1962.

______, *México profundo. Una civilización negada*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Grijalbo, 1990.

_____ (coord.), *Nuevas identidades culturales en México*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1993.

_____ (comp.), *Hacia nuevos modelos de relaciones interculturales*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1993.

Bonilla, Heraclio, *Los mineros de los Andes*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1974.

Braudel, Fernand, *La historia y las ciencias sociales*, Madrid, Alianza, 1968.

Bunge, Mario, *La investigación científica*, Barcelona, Ariel, 1969.

Burch, Thomas, Luis F. Lira y Valdecir F. Lopes, *La familia como unidad de estudio demográfico*, San José de Costa Rica, Centro Latinoamericano de Demografía, 1976.

Callejo, Javier, "Fatalidad del trabajo y culturas de la producción", *Sociología del Trabajo*, núm. 26, Madrid, Siglo XXI, 1996.

Cámara Zavala, Gonzalo, *Reseña histórica de la industria henequenera de Yucatán*, Mérida, Imprenta Oriente, 1936.

_____, "Historia de la industria henequenera hasta 1919", en *Enciclopedia yucatanense*, t. III, México, Gobierno de Yucatán, 1977.

Campero, Guillermo *et al.*, *La participación laboral en la gestión del combinado industrial de Ciudad Sahagún*, México, Instituto Nacional de Estudios del Trabajo, 1978.

Cardoso, Ciro F. S. y H. Pérez Brignoli, *Los métodos de la historia*, México, Grijalbo, 1977.

Cardoso de Oliveira, Roberto, *Etnicidad y estructura social*, México, CIESAS, 1992.

Castillo, Juan José y Carlos Prieto, *Condiciones de trabajo. Un enfoque renovador de la sociología del trabajo*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1990.

Castoriadis, Cornelius, "Lógica, imaginación, reflexión", en R. Dorey *et al.*, *El inconsciente y la ciencia*, Buenos Aires, Amorrortu, 1993.

Catalano, Ana María, N. Mendizábal y Julio César Neffa, *Las condiciones y medio ambiente de trabajo y la salud de los obreros del vidrio en la Capital Federal y el Gran Buenos Aires*, Buenos Aires, Asociación Trabajo y Sociedad, 1993.

Channing, Arnold y Frederick J. Tabor Frost, *The American Egypt. A record of travel in Yucatan*, Nueva York, Doubleday, Page and Company, 1909.

Cirese, Alberto M., *Cultura egemonica e culture subalterne*, Turín, Einaudi, 1970.

Clark, Grahame, *La identidad del hombre*, Barcelona, Paidós, 1985.

Cohen, Jean, "Estrategia e identidad. Nuevos paradigmas teóricos y movimientos sociales contemporáneos", *Sociología y política*, núm. 6, México, Universidad Iberoamericana, 1995.

De Appendini, Kirsten *et al.*, *El campesinado en México: dos perspectivas de análisis*, México, El Colegio de México, 1983.

De La Garza Toledo, Enrique *et al.*, "La investigación sobre la clase obrera en México: un balance preliminar", *Nueva Antropología*, núm. 29, México, 1986.

______ (coord.), *Crisis y sujetos sociales en México*, México, CIIH-UNAM, 1992, 2 tt.

______, *Reestructuración productiva y respuesta sindical en México*, México, IIE-UNAM-UAM-I, 1993.

De Oliveira, Orlandina y Vânia Salles, "Reflexiones teóricas para el estudio de la reproducción de la fuerza de trabajo", *Argumentos*, núm. 4, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, 1988.

______, M. Pepin-Lehalleur y V. Salles (comps.), *Grupos domésticos y reproducción cotidiana*, México, UNAM-Porrúa-El Colegio de México, 1989.

De Paula Leite, Marcia, "Innovación tecnológica y subjetividad obrera", *Sociología del Trabajo*, núm. 19, Madrid, Siglo XXI, 1993.

De Teresa, Ana Paula, *Crisis agrícola y economía campesina. El caso de los productores de henequén de Yucatán*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Miguel Ángel Porrúa, 1992.

Del Valle Fernández, Jorge, "El orden cívico-político en el estudio de la identidad y carácter nacional", en Silvano Héctor Rosales Ayala (coord.), *Primer seminario sobre identidad y carácter nacional*, México, CRIM-UNAM, 1989.

Di Tella, Torcuato S., *Diccionario de ciencias sociales y políticas*, Buenos Aires, Punto Sur, 1989.

Diccionario enciclopédico de derecho usual, 15ª ed. revisada actualizada y ampliada por Luis Alcalá-Zamora y Castillo, Buenos Aires, Heliasta, 1981, tt. II y IV.

Dorey, R. *et al.*, *El inconsciente y la ciencia*, Buenos Aires, Amorrortu, 1993.

Dubet, François, "De la sociología de la identidad a la sociología del sujeto", *Estudios Sociológicos*, vol. VII, núm. 21, México, El Colegio de México, 1989.

Durand Ponte, Víctor Manuel, "Sujetos sociales y nuevas identidades", en E. de la Garza (coord.), *Crisis y sujetos sociales en México* (2 vols.), México, CIIH-UNAM, 1992.

Durkheim, Emile, *Las formas elementales de la vida religiosa*, Buenos Aires, Schapire, 1968.

______, *Las formas elementales de la vida religiosa*, Madrid, Akal, 1992.

El Colegio de México, *Estadísticas económicas del porfiriato: fuerza de trabajo y actividad económica por sectores*, México, El Colegio de México, 1960.

Echeverría, Pedro, *Los cordeleros, 1933-1980*, México, Sindicato de Cordeleros de Yucatán-Universidad de Yucatán, 1981.

Erikson, Erik H., "Identidad psicosocial", en *Enciclopedia internacional de ciencias sociales*, Madrid, Aguilar, 1975.

———, *Historia personal y circunstancia histórica*, Madrid, Alianza, 1978.

———, *Identidad. Juventud y crisis*, Madrid, Taurus, 1992.

———, *Infancia y sociedad*, Buenos Aires, Lumen-Hormé, 1993.

Faletto, Enzo, "Incorporación de los sectores obreros al proceso de desarrollo. Imágenes sociales de la clase obrera", *Revista Mexicana de Sociología*, vol. XXVIII, núm. 3, México, IIS-UNAM, 1966.

Fernández, Francisco y E. F. Quintal Avilés, "Fiestas y fiestas", *Revista de la Universidad Autónoma de Yucatán*, núm. 183, Mérida, Universidad Autónoma de Yucatán, 1992.

Figueroa Valenzuela, Alejandro, *Por la tierra y por los santos. Identidad y persistencia cultural entre yaquis y mayos*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994.

Fossaert, Robert, "Modernización e identidades. México en el centro del Nuevo Mundo", en Gilberto Giménez y R. Pozas Horcasitas (coords.), *Modernización e identidades sociales*, México, IIS-UNAM-IFAL, 1994.

Frente Sindical Independiente, *El Frente Sindical Independiente "Efraím Calderón Lara"*, México, Macehual, 1979.

Friedman Hansen, Judith, *Sociocultural perspectives on human learning. Foundations of educational anthropology*, Illinois, Waveland Press, 1990.

Friedmann, Goerges y P. Naville, *Tratado de sociología del trabajo*, 2 tt., México, Fondo de Cultura Económica, 1963.

Frisch-Gauthier, Jacqueline, "Moral y satisfacción en el trabajo", en Georges Friedmann y P. Naville, *Tratado de sociología del trabajo*, t. II, México, Fondo de Cultura Económica, 1963.

Fromm, Erich, M. Horkheimer, T. Parsons *et al.*, *La familia*, Barcelona, Península, 1978.

García, Brígida, H. Muñoz y O. de Oliveira, *Hogares y trabajadores en la ciudad de México*, México, El Colegio de México-UNAM, 1982.

———, *Familia y mercado de trabajo, un estudio de dos ciudades brasileñas*, México, El Colegio de México-UNAM, 1983.

Geertz, Clifford, *La interpretación de las culturas*, México, Gedisa, 1987.

Gellner, Ernest, *Cultura, identidad y política. El nacionalismo y los nuevos cambios sociales*, Barcelona, Gedisa, 1993.

Giddens, Anthony, *Las nuevas reglas del método sociológico*, Buenos Aires, Amorrortu, 1987.

———, *La constitución de la sociedad*, Buenos Aires, Amorrortu, 1995.

———, "Modernidad y autoidentidad" en Josetxo Beriain (comp.), *Las consecuencias perversas de la modernidad*, Barcelona, Anthropos, 1996.

Giménez, Gilberto, "Cambios de identidad y cambios de profesión religiosa", en Guillermo Bonfil Batalla (coord.), *Nuevas identidades*

culturales en México, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1993.

______, "Comunidades primordiales y modernización en México", en Gilberto Giménez y R. Pozas Horcasitas (coords.), *Modernización e identidades sociales*, México, IIS-UNAM-IFAL, 1994.

Giroux, Henry A., "Teorías de la reproducción y la resistencia en la nueva sociología de la educación: un análisis crítico", *Cuadernos Políticos*, núm. 44, México, Era, 1985.

Glasersfeld, Ernst von, "Introducción al constructivismo radical", en Paul Watzlawick *et al.*, *La realidad inventada*, Barcelona, Gedisa, 1994.

Goffman, Erving, *Estigma. La identidad deteriorada*, Buenos Aires, Amorrortu, 1980.

González Navarro, Moisés, *Raza y tierra. La guerra de castas y el henequén*, México, El Colegio de México, 1970.

González Block, Miguel A., *Ideología de las enfermedades ocupacionales y dinámica social en un contexto industrial*, México, Cuadernos de la Casa Chata, núm. 36, 1980.

Gordon, C. y K. Gergen (eds.), *The self in social interaction*, Nueva York, Wiley, 1968.

Gramsci, Antonio, *Literatura y vida nacional*, México, Juan Pablos, 1976.

Grint, Keith, *The sociology of work*, Cambridge, Polity Press, 1991.

Habermas, Jürgen, *La reconstrucción del materialismo histórico*, Madrid, Taurus, 1981.

______, *Ciencia y técnica como "ideología"*, Madrid, Tecnos, 1984.

______, *Teoría de la acción comunicativa*, 2 tt., Madrid, Taurus, 1987.

Hansen, Azael T. y Juan R. Bastarrachea M., *Mérida. Su transformación de capital colonial a naciente metrópoli en 1935*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1984.

Heidegger, Martin, *Identidad y diferencia*, Barcelona, Anthropos, 1988.

Heller, Agnes, *Teoría de las necesidades en Marx*, Barcelona, Península, 1986.

Heritier, Françoise, "La identidad samo", en Claude Lévi-Strauss, *La identidad*, Barcelona, Ediciones Petrel, 1981.

Hernández Xolocotzi, Efraím, "La agricultura", en Enrique Beltrán, *Los recursos naturales del sureste y su aprovechamiento*, t. III, México, Instituto Mexicano de Recursos Naturales Renovables, A. C., 1959.

Herskovits, Melville, *El hombre y sus obras. La ciencia de la antropología cultural*, México, Fondo de Cultura Económica, 1952.

Hewitt de Alcántara, Cynthia, *Imágenes del campo. La interpretación antropológica del México rural*, México, El Colegio de México, 1988.

Hobsbawm, Eric J., *Rebeldes primitivos*, Barcelona, Ariel, 1974.

______, *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*, Barcelona, Grijalbo, 1979.

Irigoyen, Renán, *¿Fue el auge del henequén producto de la guerra de castas?*, Mérida, Publicaciones de Henequeneros de Yucatán, 1947.

———, *Los mayas y el henequén*, Mérida, Publicaciones de Henequeneros de Yucatán, 1950.

———, *El comercio del henequén a través del tiempo*, Mérida, Centro Regional de Estudios Políticos, Económicos y Sociales de Yucatán, 1966.

Isaacs, Harold R., "Basic group identity: the idols of the tribe", en Nathan Glazer y Daniel P. Moynihan (eds.), *Ethnicity: theory and experience*, Cambridge, Harvard University Press, 1975.

Jacinto Zavala, Agustín y A. Ochoa Serrano (coords.), *Tradición e identidad en la cultura mexicana*, Zamora, El Colegio de Michoacán-Conacyt, 1995.

Jakobson, Roman, *Arte verbal, signo verbal, tiempo verbal*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.

Jelin, Elizabeth y María del Carmen Feijoó, "Presiones cruzadas: trabajo y familia en la vida de las mujeres", en Catalina Wainerman, E. Jelin y M. del C. Feijoó, *Del deber ser y el hacer de las mujeres: dos estudios de caso en Argentina*, México, El Colegio de México-PISPAL, 1983.

Joseph, Gilbert M., *Revolution from without*, Cambridge, Cambridge University Press, 1982.

———, *Revolución desde afuera. Yucatán, México y los Estados Unidos, 1880-1924*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.

Katz, Friedrich, *La servidumbre agraria en México en la época porfiriana*, México, SepSetentas, 1976.

Kosik, Karel, *Dialéctica de lo concreto*, México, Grijalbo, 1976.

Laplanche, Jean y Jean Baptiste Pontalis, *Diccionario de psicoanálisis*, Barcelona, Labor, 1983.

Lara, María Pía, *La democracia como proyecto de identidad ética*, Barcelona, Anthropos-Universidad Autónoma Metropolitana, 1992.

Leach, Edmund R., *Replanteamiento de la antropología*, Barcelona, Seix Barral, 1971.

Lerner, Susana *et al.*, *Análisis de los datos del estudio sociodemográfico de la población de la zona henequenera del Estado de Yucatán*, México, mecanoimpreso, 1982.

Lévi-Strauss, Claude, *La identidad*, Barcelona, Ediciones Petrel, 1981

Linton, Ralph, *Estudio del hombre*, México, Fondo de Cultura Económica, 1956.

Lira, Luis Felipe, "Introducción al estudio de la familia y el hogar", en Thomas Burch, L. F. Lira y V. F. Lopes, *La familia como unidad de estudio demográfico*, San José de Costa Rica, Centro Latinoamericano de Demografía, 1976.

Littlefield, Alice, *La industria de las hamacas en Yucatán, México*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1976.

Llewellyn, Karl N., "La educación y la familia", en Erich Fromm, M. Horkheimer, T. Parsons *et al.*, *La familia*, Barcelona, Península, 1978.

Lukes, Steven, *Emile Durkheim. Su vida y su obra*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas-Siglo XXI, 1984.

Martínez, Marielle P. L. y Teresa Rendón, "Las unidades domésticas campesinas y sus estrategias de reproducción", en Kirsten de Appendini *et al.*, *El campesinado en México: dos perspectivas de análisis*, México, El Colegio de México, 1983.

Marx, Carlos, *El capital*, t. I, México, Fondo de Cultura Económica, 1959.

______, *Manuscritos de 1844, economía, política y filosofía*, México, Cartago, 1983.

______ y Federico Engels, *La ideología alemana*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1974.

Mauss, Marcel, *Sociología y antropología*, Madrid, Tecnos, 1979.

Mc Curdy, David W. y James P. Apradley (eds.), *Issues in cultural anthropology*, Illinois, Waveland Press, 1987.

Mead, Margaret, *Educación y cultura en Nueva Guinea*, Barcelona, Paidós, 1985.

Mead, George H., *Espíritu, persona y sociedad*, México, Paidós, 1990.

Medina Hernández, Andrés, "La identidad étnica: turbulencias de una definición", en Leticia Irene Méndez y Mercado (comp.), *I Seminario sobre identidad*, México, IIA-UNAM, 1992.

Melucci, Alberto, *L'invenzione del presente: movimenti, identitá, bisogni individuali*, Bologna, Il Mulino, 1982.

______, "Las teorías de los movimientos sociales", *Estudios Políticos*, Nueva época, vols. IV/V, núms. 4/1, México, 1985.

Méndez y Mercado, Leticia Irene (comp.), *I Seminario sobre identidad*, México, IIA-UNAM, 1992.

______ (comp.), *III Coloquio Paul Kirchhoff*, México, IIA-UNAM, 1996.

Menéndez, Iván, *Lucha social y sistema político en Yucatán*, México, Grijalbo, 1981.

Menéndez Rodríguez, Hernán, *Iglesia y poder. Proyectos sociales, alianzas políticas y económicas en Yucatán (1857-1917)*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Nuestra América, 1995.

Menéndez Rodríguez, Mario, "Cordemex y Yucatán", *Diario de Yucatán*, 12 de julio de 1963.

______, *Yucatán o el genocidio*, México, Fondo de Cultura Popular, 1964.

Merleau-Ponty, Maurice, *Fenomenología de la percepción*, Barcelona, Península, 1994.

Mesa A., Manuel, "Cultivo del henequén", en Enrique Beltrán, *Los recursos naturales del sureste y su aprovechamiento*, t. III, México, Instituto Mexicano de Recursos Naturales Renovables, 1959.

Murdock, George P., "Nuclear family", en David W. Mc Curdy y James P. Apradley (eds.), *Issues in cultural anthropology*, Illinois, Waveland Press, 1987.

Natanson, Maurice, "Introducción", en A. Schütz, *El problema de la realidad social*, Buenos Aires, Amorrortu, 1974.

Neffa, Julio César, *¿Qué son las condiciones y medio ambiente de trabajo? Propuesta de una nueva perspectiva*, Buenos Aires, Humanitas, 1988.

Novelo, Victoria y A. Urteaga, *La industria en los magueyales. Trabajo y sindicatos en Ciudad Sahagún*, México, Nueva Imagen, 1979.

_____ *et al.*, "Propuestas para el estudio de la cultura obrera", en *Coloquio sobre cultura obrera*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1987.

Olivé, León y F. Salmerón (eds.), *La identidad personal y la colectiva*, México, UNAM, 1994.

Orellana, Roger, "Agave, *agavaceae* y familias afines en la península de Yucatán", en Piedad Peniche Rivero y F. Santamaría Basulto (eds.), *Memorias de la conferencia nacional sobre el henequén y la zona henequenera de Yucatán*, Mérida, Gobierno del Estado de Yucatán, 1993.

Ortega Canto, Judith, *Henequén y salud*, México, Universidad Autónoma de Yucatán, 1987.

Palenzuela, Pablo, "Las culturas del trabajo: una aproximación antropológica", *Sociología del Trabajo*, núm. 24, Madrid, Siglo XXI, 1995.

Palomo Valencia, Florencio, *Los ejidos de Yucatán y el henequén*, México, Librería de Pedro Robredo, 1934.

Paoli, Francisco José, *Yucatán y los orígenes del nuevo estado mexicano*, México, Era, 1984.

_____ y E. Montalvo, *El socialismo olvidado de Yucatán*, México, Siglo XXI, 1977.

Paris Pombo, María Dolores, *Crisis e identidades colectivas en América Latina*, México, Plaza y Valdez-Universidad Autónoma Metropolitana, 1990.

Parsons, Talcott, *El sistema social*, Madrid, Revista de Occidente, 1966.

_____, *La estructura de la acción social* Madrid, Guadarrama, 1968, 2 tt.

_____, "The position of identity in the general theory of action", en C. Gordon y K. Gergen (eds.), *The self in social interaction*, Nueva York, Wiley, 1968.

Pasos Peniche, Manuel, "Actualización de la historia de la industria henequenera desde 1945 hasta nuestros días", en *Enciclopedia yucatanense*, t. XI, Mérida, Gobierno de Yucatán, 1980.

Patch, Robert, "Apuntes acerca de los orígenes y las características de la hacienda henequenera en Yucatán", *Yucatán: Historia y Economía*, año 2, núm. 9, Mérida, Universidad de Yucatán, 1978.

Pellicer, Olga, "Las modalidades ruizcortinistas para mantener la estabilidad política", en Olga Pellicer y José Luis Reyna, *Historia de la Revolución Mexicana*, núm. 22, México, El Colegio de México, 1978.

Pérez-Agote, Alfonso, "La identidad colectiva: una reflexión abierta desde la sociología", *Revista de Occidente*, núm. 56, Madrid, 1986.

Pérez Castro, Ana Bella (ed.), *La identidad: imaginación, recuerdos y olvidos*, México, IIA-UNAM, 1995.

Pérez Cortés, Sergio, "El individuo, su cuerpo y la comunidad", *Alteridades*, núm. 2, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, 1991.

Pérez Ruiz, Maya Lorena, "Reflexiones sobre el estudio de la identidad étnica y la identidad nacional", en Arturo Warman y Arturo Argueta (coords.), *Nuevos enfoques para el estudio de las etnias indígenas en México*, México, CIIH-UNAM-Porrúa, 1991.

Piaget, Jean y Rolando García, *Psicogénesis e historia de la ciencia*, México, Siglo XXI, 1982.

Quesnel, André y Susana Lerner, "El espacio familiar en la reproducción social: grupos domésticos residenciales y grupos de interacción (Algunas reflexiones a partir del estudio de la zona henequenera)", en Orlandina de Oliveira, M. Pepin-Lehalleur y V. Salles (comps.), *Grupos domésticos y reproducción cotidiana*, México, UNAM-Porrúa-El Colegio de México, 1989.

Quintal Avilés, Ella F., "Formas organizacionales del catolicismo en Yucatán", *Revista de la Universidad Autónoma de Yucatán*, núm. 197, Mérida, Universidad Autónoma de Yucatán, 1996.

Radcliffe-Brown, A. R., *Estructura y función en la sociedad primitiva*, Barcelona, Península, 1974.

Ralle, Michel, "La función de la protección mutualista en la construcción de una identidad obrera (1870-1910)", *Sociología del Trabajo*, núm. 16, Madrid, Siglo XXI, 1992.

Ramírez Saiz, Juan Manuel, "Entre la identidad social y el ocultamiento", *Ciudades*, núm. 14, México, Red Nacional de Investigación Urbana, 1992.

Redfield, Robert, *Yucatán, una cultura de transición*, México, Fondo de Cultura Económica, 1944.

Reed, Nelson, *La guerra de castas de Yucatán*, México, Era, 1976.

Remmling, Gunter W. (comp.), *Hacia la sociología del conocimiento*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.

Rendón Monzón, Juan José, "Notas sobre identidad, lengua y cultura", en Leticia Irene Méndez y Mercado (comp.), *I Seminario sobre identidad*, México, IIA-UNAM, 1992.

Robles Ramos, Ramiro, "Geología e hidrología", en Enrique Beltrán, *Los recursos naturales del sureste y su aprovechamiento*, t. II, México, Instituto Mexicano de Recursos Naturales Renovables, 1959.

Rodríguez Losa, Salvador, *El henequén en la época prehispánica*, Mérida, Ediciones de la Universidad de Yucatán, 1977.

Rosales Ayala, Silvano Héctor (coord.), *Primer seminario sobre identidad y carácter nacional*, México, CRIM-UNAM, 1989.

Saglio, Jean, "Intercambio social e identidad colectiva en los sistemas industriales", *Sociología del Trabajo*, núm. extra, Madrid, Siglo XXI, 1991.

Salles, Vânia A., "Una discusión sobre las condiciones de la reproducción", *Estudios Sociológicos*, vol. II, núm. 4, México, El Colegio de México, 1984.

______, "Cuando hablamos de familia ¿de qué familia estamos hablando?", *Nueva Antropología*, núm. 39, México, 1991.

______, "Las familias, las culturas, las identidades", en José Manuel Valenzuela Arce (coord.), *Decadencia y auge de las identidades. Cultura nacional, identidad cultural y modernización*, Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte-Programa Cultural de las Fronteras, 1992.

Sariego, Juan Luis, "Cultura minera en crisis. Aproximación a algunos elementos de la identidad de un grupo obrero", *Cuicuilco*, núm. 19, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 1987.

Schlesinger, Philip, "Identidad nacional. Una crítica de lo que se entiende y malentiende sobre este concepto", *Culturas contemporáneas*, vol. II, núm. 6, Colima, Universidad de Colima, 1989.

Schrecker, Paul, "La familia como institución transmisora de la tradición", en E. Fromm, M. Horkheimer, T. Parsons *et al.*, *La familia*, Barcelona, Península, 1978.

Schütz, Alfred, *Fenomenología del mundo social*, Buenos Aires, Paidós, 1972.

______, *El problema de la realidad social*, Buenos Aires, Amorrortu, 1974.

______, *Estudios sobre teoría social*, Buenos Aires, Amorrortu, 1974.

______, *La construcción significativa del mundo social*, Barcelona, Paidós, 1993.

______ y T. Luckmann, *Las estructuras del mundo de la vida*, Buenos Aires, Amorrortu, 1973.

Serret, Estela, "Género, familia e identidad cultural. Orden simbólico e identidad femenina", en José Manuel Valenzuela Arce (coord.), *Decadencia y auge de las identidades. Cultura nacional, identidad cultural y modernización*, Tijuana, B. C., El Colegio de la Frontera Norte-Programa Cultural de las Fronteras, 1992.

Sigal, Silvia, "Crisis y conciencia obrera: la industria azucarera tucumana", *Revista Latinoamericana de Sociología*, vol. VI, núm. 1, Buenos Aires, Instituto Torcuato Di Tella, 1970.

Singer, Paul, *Economía política del trabajo*, México, Siglo XXI, 1980.

Stavenhagen, Rodolfo *et al.*, *Capitalismo y campesinado en México*, México, SEP-INAH, 1976.

Steggerda, Morris, *Maya indians of Yucatan*, Washington, Carnegie Institution of Washington, 1941.

Suárez Molina, Víctor M., *La evolución económica de Yucatán a través del siglo XIX* México, Ediciones de la Universidad de Yucatán, 1977, 2 tt.

Tepicht, J., *Marxisme et agriculture: Le paysan polonais*, París, Colin, 1973.

Thompson, Edward P., *La formación histórica de la clase obrera*, Barcelona, Laia, 1977, 3 tt.

Thompson, Richard, *Aires de progreso. Cambio social en un pueblo maya de Yucatán*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1974.

Touraine, Alain, *La concience ouvriére*, París, Éditions du Seuil, 1966.

_____ y D. Pécaut, "Conciencia obrera y desarrollo económico en América Latina", *Revista Latinoamericana de Sociología*, vol. II, núm. 2, Buenos Aires, Instituto Torcuato Di Tella, 1966.

_____, *Sociología de la acción*, Barcelona, Ariel, 1969.

_____, *Production de la société*, París, Editions du Seuil, 1973.

_____, *Introducción a la sociología*, Barcelona, Ariel, 1978.

_____, *El regreso del actor*, Buenos Aires, Eudeba, 1987.

_____, *América Latina. Política y sociedad*, Madrid, Espasa Calpe, 1989.

_____, *Producción de la sociedad*, México, IIS-UNAM-IFAL, 1995.

_____ y B. Mottez, "Clase obrera y sociedad global", en Goerges Friedmann y P. Naville, *Tratado de sociología del trabajo*, t. II, México, Fondo de Cultura Económica, 1963.

Trujillo, Narcisa, "Las primeras máquinas desfibradoras de henequén", en *Enciclopedia yucatanense*, t. III, México, Gobierno de Yucatán, 1977.

Udy, Stanley H., *El trabajo en las sociedades tradicional y moderna*, Buenos Aires, Amorrortu, 1976.

Valenzuela Arce, José Manuel (coord.), *Decadencia y auge de las identidades. Cultura nacional, identidad cultural y modernización*, Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte-Programa Cultural de las Fronteras, 1992.

Várguez Pasos, Luis A., "Apuntes sobre la industrialización de Yucatán en el siglo XIX", *Revista de la Universidad Autónoma de Yucatán*, núm. 156, Mérida, Universidad Autónoma de Yucatán, 1986.

_____, "Religión popular en Yucatán", *Revista de la Universidad Autónoma de Yucatán*, núm. 168, Mérida, Universidad Autónoma de Yucatán, 1989.

_____, "Cultura obrera entre los cordeleros de Yucatán", *Estudios Sociológicos*, vol. VI, núm. 17, México, El Colegio de México, 1988.

Vellinga, Meno, *Industrialización, burguesía y clase obrera en México*, México, Siglo XXI, 1989.

Vera, Tomás, "La industria henequenera en la perspectiva histórica", *Yucatán: Historia y Economía*, núm. 35, Mérida, Universidad de Yucatán, 1983.

_____, "El sistema agroindustrial henequenero, 1977-1983", en Eric Villanueva (coord.), *El henequén en Yucatán, industria, mercado y campesinos*, Mérida, Maldonado Editores, Cultur-INAH y Cedrac, 1990.
_____ y M. Martín, "Los trabajadores ante el auge y la crisis de la industria henequenera durante la década de los sesenta", en *Memorias del Segundo Coloquio Regional de Historia Obrera*, México, CEHSMO, 1979.
Villanueva, Eric, *Crisis henequenera y movimientos campesinos en Yucatán: 1966-1983*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1985.
Villanueva, Minerva, *Obreros urbanos: pasado social e incorporación a la industria*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1990.
Wainerman, Catalina, Elizabeth Jelin y María del Carmen Feijoó, *Del deber ser y el hacer de las mujeres: dos estudios de caso en Argentina*, México, El Colegio de México-PISPAL, 1983.
Warman, Arturo, *Los campesinos, hijos predilectos del régimen*, México, Nuestro Tiempo, 1972.
_____, *Estrategias de supervivencia de los campesinos mayas*, México, IIA-UNAM, Cuadernos de investigación social, núm. 13, 1985.
_____ y A. Argueta (coords.), *Nuevos enfoques para el estudio de las etnias indígenas en México*, México, CIIH-UNAM-Porrúa, 1991.
Weber, Max, *Economía y sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1964.
Wuthnow, Robert *et al.*, *Análisis cultural. La obra de Peter L. Berger, Mary Douglas, Michel Foucault y Jürgen Habermas*, Buenos Aires, Paidós, 1988.
Zapata, Francisco, *El conflicto sindical en América Latina*, México, El Colegio de México, 1986.
_____, "Hacia una sociología del trabajo latinoamericano", *Nueva Antropología*, núm. 29, 1986.
_____, *El sindicalismo mexicano ante la restructuración*, México, El Colegio de México, 1995.
Zemelman, Hugo, "Problemas en la explicación del comportamiento reproductivo (sobre las mediaciones)", en Walter Mertens *et al.*, *Reflexiones teórico-metodológicas sobre investigaciones en población*, México, El Colegio de México, 1982.
_____ y Guadalupe Valencia, "Los sujetos sociales, una propuesta de análisis", *Acta Sociológica*, vol. III, núm. 2, 1990.
_____, *Los horizontes de la razón. Dialéctica y apropiación del presente*, Barcelona, Anthropos-El Colegio de México, 1992, 2 tt.
Zermeño, Sergio, "Hacia una democracia como identidad restringida: sociedad y política en México", *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 2, México, IIS-UNAM, 1987.

Documentos

Cordemex, *Informe anual,* 31 de marzo de 1972.
Cordemex, *Informe anual,* 1976.
Gobierno del Estado de Yucatán, *Estudio económico de Yucatán y programa de trabajo,* Mérida, Ediciones del Gobierno del Estado, 1961.
Gobierno Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos-Gobierno Constitucional del Estado de Yucatán, *Programa de Reordenación y Desarrollo Integral de Yucatán,* Mérida, 1984.
Gobierno del Estado de Yucatán, *Plan Estatal de Desarrollo Yucatán 1995-2001,* Mérida, febrero de 1996
Granja Ricalde, Federico, *Informe de Gobierno 1994-1995,* Gobierno del Estado de Yucatán, 11 de junio de 1995.
Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, *XI Censo General de Población y Vivienda, Yucatán, Resultados finales,* México, 1990.
Manzanilla Schaffer, Víctor, *Primer informe de gobierno,* Mérida, Gobierno del Estado de Yucatán, 1989.
______, *Segundo informe de gobierno,* Mérida, Gobierno del Estado de Yucatán, 1990.
______, *Tercer informe de gobierno,* Mérida, Gobierno del Estado de Yucatán, 1991.
Memorias del secretario general del Gobierno del Estado de Yucatán, 1862.
Programa Nacional de Solidaridad, *Programa de desarrollo regional de la zona henequenera 1992-1994,* México, 1992.
Rodríguez Losa, Salvador, "Relación de cantidades, precios e importe del henequén manufacturado y en rama, exportado por las aduanas de Yucatán en el año de 1845", cuadro inédito.
Sauri Riancho, Dulce María, *V Informe de Gobierno,* Mérida, Gobierno del Estado de Yucatán, 1993.
Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos, *Programa de desarrollo agroindustrial,* SARH, Representación de Yucatán, 1980.

Ponencias

Baños R., Othón, "Los sindicatos agrarios de Yucatán en un período de transición: 1933-1937", Québec, reunión anual de la Asociación Canadiense de Estudios Latinoamericanos y del Caribe, Universidad de Laval, 1988.
Reygadas, Luis, "Trabajo y cultura en las maquiladoras de la frontera México-Estados Unidos", México, D.F., Primer Congreso Latinoamericano de Sociología del Trabajo, 22-26 de noviembre de 1993.

Várguez Pasos, Luis A., "Los desfibradores de Yucatán ante la reprivatización de la industria henequenera", Caracas, en XIX Congreso Latinoamericano de Sociología, Asociación Latinoamericana de Sociología, 30 de mayo-4 de junio de 1993.

TESIS

Figueroa Valenzuela, Alejandro, *Identidad étnica y persistencia cultural. Un estudio de la sociedad y de la cultura de los yaquis y de los mayos*, tesis doctoral, México, El Colegio de México, 1992.

Güémez Pineda, Miguel A., *Percepción social y formas de respuesta obrera ante los procesos de salud-enfermedad laboral en Yucatán. El caso de los trabajadores de la Industria Siderúrgica de Yucatán, S. A.*, tesis de maestría, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 1993.

Lugo Pérez, José A., *Familia campesina, estrategias de supervivencia y migración en Cantamayec, Yucatán*, tesis de maestría, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 1991.

Pacheco Castro, Jorge A., *Campesinado y reproducción social en Cacalchén, Yucatán*, tesis de maestría, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 1991.

Valenzuela Arce, José Manuel, *El color de las sombras: identidad cultural y acción social de la población de origen mexicano en Estados Unidos*, tesis doctoral, México, El Colegio de México, 1993.

Várguez Pasos, Luis A., *Economía campesina en el "oriente" de Yucatán*, tesis de licenciatura, Mérida, Escuela de Ciencias Antropológicas, Universidad de Yucatán, 1981.

Villanueva V., Nancy B., *Artesanías y economía campesina en Halachó, Yucatán*, tesis de licenciatura, Mérida, Escuela de Ciencias Antropológicas, Universidad de Yucatán, 1983.

HEMEROGRAFÍA

Diario de Yucatán, 1 de julio de 1936, 29 de diciembre de 1961, 30 de diciembre de 1961, 12 de julio de 1963, 28 de diciembre de 1963, 13 de enero de 1964, 10 de septiembre de 1985, 26 de noviembre de 1985, 18 de diciembre de 1985, 29 de enero de 1986, 17 de enero de 1987, 8 de agosto de 1987, 17 de febrero de 1990, 13 de marzo de 1990, 15 de marzo de 1990, 16 de marzo de 1990, 23 de marzo de 1990, 3 de agosto de 1992, 15 de enero de 1996, 7 de abril de 1996, 12 de abril de 1996, 14 de abril de 1996, 10 de

junio de 1996, 27 de marzo de 1997, 6 de abril de 1997, 9 de junio de 1997, 10 de junio de 1997, 11 de junio de 1997.
La Revista de Mérida, 19 de julio de 1874.
Por Esto!, 12 de abril de 1996.

Identidad, henequén y trabajo
se terminó de imprimir en marzo de 1999 en
Reproducciones y Materiales, S.A. de C.V.
Presidentes 189-A, Col. Portales, 03300 México, D.F.
Composición tipográfica y formación: Grupo Edición, S.A. de C.V.
Se tiraron 1 000 ejemplares más sobrantes para reposición.
La edición estuvo al cuidado del Departamento
de Publicaciones de El Colegio de México.

CENTRO DE ESTUDIOS SOCIOLÓGICOS

El contenido de esta obra se ubica en el amplio tema de la identidad. A diferencia de otros conceptos cuyo tratamiento corresponde exclusivamente a una determinada disciplina, la identidad es objeto del quehacer de diversos especialistas del saber científico. Aunque, como señala el autor, también lo es del dominio de quienes no poseen este tipo de conocimiento.

La importancia del estudio de esa categoría se evidencia en los distintos eventos académicos organizados —ya sea dentro o fuera de México— en la última década, lo cual no significa que antes no haya sido abordado. Sin embargo, a pesar de lo mucho que se ha avanzado en el análisis de la identidad, resulta poco lo que se ha investigado sobre las identidades laborales. En este sentido, *Identidad, henequén y trabajo. Los desfibradores de Yucatán* pretende contribuir a llenar este vacío.

El tratamiento que el autor le asigna a la identidad tiene como fuentes conceptuales básicas las aportaciones de Schütz, Berger, Luckmann y Goffman, y las de Habermas y Touraine. Bajo estas vertientes teóricas analiza los elementos que incidieron en la identidad de los trabajadores de las desfibradoras que pertenecieron a la paraestatal Cordemex, S.A. de C.V., al pasar de su condición de pequeños productores primarios y artesanales a la de obreros de esta empresa. ¿Cómo se expresaba el paso que experimentaban los desfibradores?, ¿cómo se identificaban a partir de su condición de obreros?, ¿qué nuevas formas de relacionarse adoptaban?, ¿cómo se relacionaban con otros trabajadores y grupos con quienes compartían algunas características?, ¿cuáles eran las organizaciones que generaban, las acciones que implementaban y cómo se insertaban en una estructura social ya existente?, son algunas de las preguntas que orientaron la investigación que dio lugar al presente libro.







EL COLEGIO DE MÉXICO